

Elpidio. — Ha cesado la resistencia pasiva en Aleman[illegible]anos ?



Estamos Regalando Cuadros Artísticos.

Deseamos demostrar a los consumidores del Jabón de Sales Naturales «LA TOJA» nuestro agradecimiento por el formidable apoyo que vienen prestando a tan genuino producto.

Aun cuando ello represente un esfuerzo, no superado por nadie, que sepamos, enviaremos, como regalo, un cuadro de los reproducidos aquí, y a elección del interesado, a toda persona que nos remita tres etiquetas del Jabón de «LA TOJA»— para acreditar su calidad de consumidor — acompañadas de 30 centavos en estampillas de correo, para gastos de embalaje y franqueo por certificado. El envío será hecho siempre por correo. No atenderemos personalmente el canje.

Los cuadros miden 60 x 42 centímetros, con artístico «passe-partout». No llevan ninguna leyenda de propaganda. Pueden ir directamente de nuestra casa a la sala más distinguida.

Los remitiremos el mismo día en que se nos pidan.

POLLEDO Y Cía.

Bartolomé Mitre, 1352 — Buenos Aires

La Naturaleza y el Laboratorio

con la maravillosa fuente natural de «LA TOJA» y la capacidad de los químicos, han formado un producto como su

JABÓN DE SALES NATURALES DE LA TOJA

con todas las cualidades exigibles y sin un solo defecto.



SANTA AGUEDA. — Esta es una fiel reproducción del célebre cuadro, cuyo original, avaluado en muchos miles de pesos, se conserva celosamente en el museo del Prado.

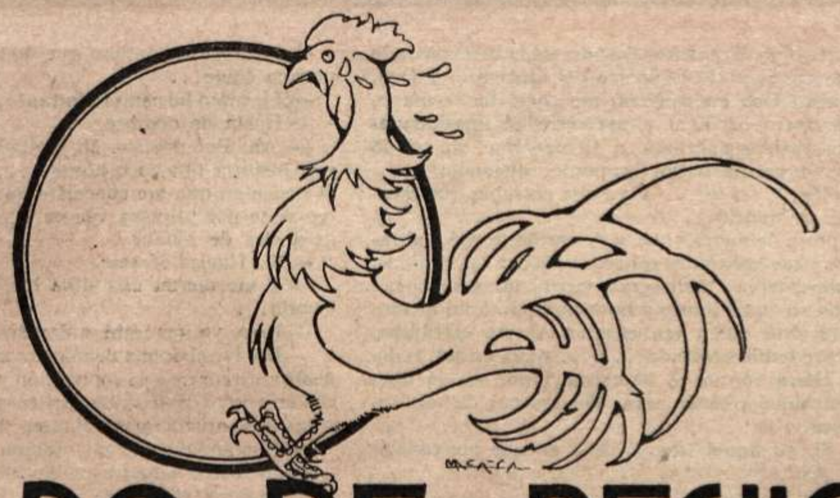


LA GIRALDA. — Toda la amable y pintoresca poesía de la riente capital andaluza ha sido evocada en esta notable obra del eximio pintor Bécquer.



FLORES. — Cayo Guadalupe, el imaginativo pintor moderno, ha volcado en este cuadro toda la gama de colores contenida en su paleta de artista.

El tamaño de los cuadros que regalamos es de 60 x 42 centímetros, con «passe-partout». Estos cuadros no se venden a ningún precio. Se reservan para los fieles consumidores del Jabón de Sales Naturales de «LA TOJA».



EL DO DE PECHO

I

Ah! troppo tardi...
(*Norma*, atto II.)

Sí; tarde, muy tarde llegué al teatro Real, y todo por culpa del tresillo de la generala. Y lo sentí infinito. Debutaba Doli, el gran tenor. Se contaban de él mil maravillas. Se decía que ni Tamberlick ni nadie había cantado *El Trovador* como él. Sobre todo las célebres seguidillas trágicas que todo el mundo conoce por el *Madre infelice*, eran, cantadas por él, de un efecto asombroso, irresistible, arrebatador. Y justamente *El Trovador* era la obra que había elegido Doli para presentarse al público madrileño. Y yo, ¡pecador de mí!, atravesé el pasillo de las butacas cuando aun sonaban los delirantes aplausos con que el público premiaba la maestría y la amabilidad del gran artista, que, después de repetir la popular *cavaletta*, emocionado ante aquel triunfo, daba las gracias inclinando la enmarañada cabeza y llevándose las manos al corazón.

Llegué a mi butaca, y Juanito Rubio y su señora, mis vecinos de abono, me interpelaron cariñosamente:

—Pero ¡hombre de Dios!, ¿cómo viene usted tan tarde?

—Lo que te has perdido, chico. Es mejor de lo que dicen.

—Buena figura sí tiene —contesté mirando al flamante Manrique.

—Figura, y voz, y arte, y todo. Vamos, una eminencia...

—Pero, ¡calla! —interrumpí, —si esa cara no me es desconocida ...

—Quizás le hayas oído en alguno de tus viajes por Italia.

—No. ¿A Doli? Nunca: estoy seguro. ¿Cómo dicen que se llama?

—Pues, hombre... ¿no lo acaba usted de decir? Doli.

—No, no... El nombre...

—¡Ah! Creo que *Giacomo*...

—Giacomo... Doli... No recuerdo... Pero no importa; estoy cierto de que he visto y he hablado a ese hombre, y ahora mismo me voy al escenario a despejar la incógnita.

—Luego nos contarás, ¿eh?

—Sí, sí... a la salida... iré a que me des te antes de acostarme.

Y salí por la puerta lateral de la derecha y me metí en el escenario.

II

Eh! sei tu! Siebel mio...
(*Fausto*, atto IV.)

Menudo baturrillo había allí dentro! El empresario, con igual expresión beatífica en el rostro que si le dieran la noticia de que le había caído el premio gordo; los músicos principalitos de la orquesta, el primer flauta, el violín concertino, el violoncelo, todos esos que hacen mil escarceos y volatines en el pentagrama mientras el tenor o la tiple rezan *in mente* devota salve a la *Madonna dei Galli* para que los aleje de su garganta; los críticos musicales más importantes, los que estropean la lengua castellana por la tarde llenando de flamenquismos y gitanerías la revista de toros y por la noche escribiendo en ininteligible jerga ítaloespañola la de la ópera; los aficionados más entusiastas, ora partidarios del arte por el arte, ora del arte por la tiple o la contralto; los esforzados campeones del conde de Luna y las aguerridas huestes del enamorado hijo de la gitana; todos, ya fundiéndose en apretadísimo grupo, ya disgregándose y desparramándose por el tablado, como humana nebulosa, chillaban, se agitaban, bullían y comentaban de mil maneras la ovación justísima de que había sido objeto el gran Doli.

Pregunté a tres o cuatro por la dirección que debía seguir para dar con su cuarto, y, por fin, el empresario me contestó que me acompañaría gustosísimo hasta allí, pero que el insigne *virtuoso* había dado orden severísima de que no se dejara entrar a nadie hasta que terminase la ópera: era su costumbre.

Insistí, sin embargo, en mi deseo de verle, y tuve la feliz idea de rogar que le pasaran mi tarjeta.

Si, en efecto, ha sido amigo mío, pensé, por su contestación recordaré por dónde nos hemos conocido; si me he equivocado, con no volver más ya estoy arreglado.

No sé quién quedó más sorprendido, si el em-

presario o yo. Momentos después de haberle entrado mi tarjeta se abrió la puerta del santuario, y Doli, el mismo Doli en persona, me cogió de la mano, me arrastró hacia sí y me estrechó apasionadamente entre sus brazos, a tiempo que un criado volvía a cerrar herméticamente, diciendo:

— *Ma... sei tu?...* Y yo que no sabía que estuvieses en Madrid...

Y presa de nueva efusión de cariño, tornó a abrazarme y me aplicó dos sonoros besos en las mejillas. En ellos debía residir gran virtud mnemotécnica, porque en aquel punto y hora se iluminó mi memoria, recordé quién era el que así me estrujaba, dónde le había conocido... y... todo, en fin, todo.

— ¿Pero tú no te llamabas Lido? — le dije, comenzando a sacar notas del arsenal de mis recuerdos.

— Sí, en aquel tiempo feliz en que nos conocimos. ¡Oh!

Nessun maggior piacere
che ricordarsi del tempo infelice
nella ventura...

— ¿Y por qué?...

— ¡Ah, *mio caro!* Ese nombre pertenece a la era del *fischio;* del silbido, como decís vosotros...

— Sí... entonces cantabas...

— Muy mal, dilo. No me importa. ¡Oh! Es una historia... *Aspetta.* Un proyecto... Cuando concluya la ópera, te vienes a cenar conmigo y hablaremos de Venecia, de Milán, de mi hermosa patria... Eh, ¿qué te parece? *Verrai a cena?*

Ahuequé la voz cuanto pude, y con la faz más severa que pudo poner Comendador alguno, contesté:

— Sí.

III — A mensa, a mensa...

(*Gli Ugonotti*, atto I.)

Mi amigo Giacomo Lido o Doli, puesto que el orden de las sílabas no alteraba su afecto, vivía como un príncipe.

Cuando llegamos al hotel en que se hospedaba, ya le esperaba suculenta y apetitosa cena, destinada a hacerle olvidar sus penas de trovador y a reponer las fuerzas malgastadas en luchar con el conde de Luna.

Doli, que sin duda venía con gran apetito, arrojó, al entrar, su abrigo en los brazos de un criado, me quitó de las manos el sombrero, me sentó, acomodóse enfrente, y exclamó:

— Mejor hablaremos cenando. Tengo un hambre digna del conde Ugolino. *Pietro... la cena... subito...*

Un momento después humeaba en nuestros platos una exquisita sopa de macarrones.

IV — Narraci oggi le tue avventure

(*Gli Ugonotti*, atto I.)

Apenas la hubo trasegado Doli del plato al estómago, se enjugó el sedoso bigote y me dijo:

— Perdona, *mio caro,* pero como hace ya tantos años que no nos habíamos visto y yo he corrido después tanto, no me acordaba de ti cuando llegué a tu patria. Por eso me ha sido más grato tu encuentro.

— Pues yo te confieso que dudé un momento... porque como...

— Sí, como he cambiado tanto... *Non é vero?...*

— Hasta de nombre.

— ¡Ah! Fué preciso. Mi verdadero apellido tenía una historia tan poco honrosa... ¿Te acuerdas de la noche en que me conociste, mejor dicho, en que me viste por primera vez en aquel teatrillo de los arrabales de Milán?

— Sí. Hacías *Norma.*

— Y me dieron una silba horrible apenas canté el aria...

— Pero yo protesté aplaudiendo...

— Ese fué el origen de nuestra amistad. Te empeñaste en crearme una reputación y llevaste al barracón en que yo destrozaba partituras a todos tus amigotes de la aristocracia milanesa. Por mi desgracia...

— Ninguno fué de mi opinión.

— Me dieron silba tras silba, hiciste quebrar a mi empresario y me quedé en medio de la calle sin contrata y sin un cuarto... Tuve la feliz idea de ir a verte para pedirte cuenta de tu pernicioso entusiasmo, y no sólo me diste dinero, sino tu mano de amigo...

— Aparte de que era una reparación justísima del mal que, *sin querer,* te había hecho, te confieso que en mi entusiasmo por ti había mucho de secreta e inexplicable simpatía. Tu único defecto, o por mejor decir, la causa de todos tus defectos como cantante era el miedo... Salías siempre a escena tembloroso, emocionado...

— Previendo la grita, querido. Sufría por entonces un *orgasmo* crónico.

— ¿Y te duró mucho la enfermedad?

— ¡Oh! ¿Cuántos años hace que nos separamos?

— Deben ser unos ocho o diez...

— Pues todavía sufrí el poder del *fischio* lo menos un año. El pobre Lido desapareció de los carteles con la más emborronada y sucia de las hojas de servicio. Mi persona ejercía entonces una especie de *iettatura* funesta para las empresas. Yo me guardaba muy bien de decirlo, pero lo presentía. Cuadro artístico en que yo formaba iba, gracias a mis gallos, de mal en peor, hasta estrellarse en la bancarrota. Gracias a los periodistas que telegrafiaban a sus respectivos diarios elogiándome y mintiendo descaradamente, podía obtener nuevas contratas. Algunos decían, sin darse cuenta de ello, la verdad. *Successo stupendo,* solían escribir. Y lo era, *mio caro,* lo era en toda la extensión de la palabra.

— Pero ¿cómo se verificó la dichosa transformación de Lido en Doli? Cuéntame tus aventuras artísticas...

— Oye y admírate. *E un romanzo d'amore...*

— Ya escucho.

— Espera antes que tome fuerzas, porque la historia es larga.

Y mi ilustre amigo la emprendió a cuchillada limpia con un regular trozo de ternera, sazonándolo con algún que otro trago de *Beaujolais.* Le imité y hubo una pausa elocuente e higiénica.

V — Di pescatore ignobile

(*Lucrezia Borgia,* atto I.)

No sé si te dije alguna vez — comenzó a decir Doli luego que sintió reparadas sus fuerzas — que soy veneciano. Mi padre era gondolero. Apenas tuve vigor para mantenerme sobre las ágiles y del-

gadas piernecillas y bríos para ayudarle en la limpieza y arreglo de la góndola, me sacó de la miserable casucha en que vivíamos y me llevó consigo a todos los paseos y excursiones que sus muchos parroquianos le ordenaban. Siempre recordaré con delicia aquellos primeros años de mi vida. La frágil embarcación era para mí un juguete precioso que me proporcionaba múltiples y agradabilísimas diversiones. Cuando estábamos desocupados, empuñaba yo, ora los remos, ora la pértiga, y gozaba infinito viendo que la góndola obedecía a mis débiles esfuerzos y se deslizaba, más lenta, sí, pero siempre gallarda, por la superficie de los lagos. Allí empecé a cantar. Cuando las noches eran claras y tranquilas y esperábamos desalquilados algún romántico extranjero que quisiera pasear y soñar con la Borgia y los Faliero, yo, con mi vocecilla de chicuelo, entonaba las barcarolas más populares recostado en el fondo de la góndola. Bien pronto me hicieron una reputación los compañeros de mi padre. «*Giaco* — me decían, — canta esto o lo otro»; y yo, incansable, soltaba canción tras canción, haciéndome el estribillo un coro abigarrado y poético, compuesto de toda clase de voces y estilos. Extendióse mi nombre, y ya se daba el caso de que los que se embarcaban en nuestra góndola pidieran a mi padre que yo cantase alguna cosilla mientras paseaban. Como gracias a mi habilidad artística se aumentó la clientela, instigado a la vez por mi padre y por mi vanidad, dime a aprender, no ya sólo canciones populares, sino trozos de ópera y todo cuanto llegaba a mis oídos, cosa que me era sumamente fácil, porque retenía lo que escuchaba con rapidez asombrosa. Una noche entró un caballero apuestísimo en la góndola, me hizo sentar a su lado y me rogó que cantase. Obedecí, y apenas hube terminado, me dió un beso y me dijo:

— *Ragazzo, hai una bella voce. Bisogna studiare, ed essere un gran artista.*

Llamó luego a mi padre, le habló y le convenció de que yo debía estudiar música; le ofreció el dinero que le faltase para sufragar mi educación artística y se fué, dejándome su nombre y su inolvidable recuerdo.

Doli se puso en pie, empuñó una copa que parecía tallada en un enorme y sangriento granate, la levantó en alto y, poseído de viva emoción, prorrumpió:

— ¡A la memoria de Mario, el rey de los tenores!

Le imité, bebimos, tornó a sentarse y reanudó la narración.

— Desde aquel momento comencé a padecer el más horrible de los tormentos. Di a un pajarillo, acostumbrado a trinar libremente en las ramas de los árboles, que es preciso que olvide sus amorosas y espontáneas canciones y que se sujete a la intolerable férula de las cinco líneas y de los cuatro espacios: le habrás condenado a tristeza perpetua. ¡Eso me pasó a mí! ¡Adiós góndola, y paseos a la luz de la luna, y *dolce far niente*, y aplausos de gondoleros y propinas de paseantes! Todo acabó. Pasaron los años y después de difíciles estudios y muchas influencias, entré de partiquino en la *Scala* y de alumno en el Conservatorio de Milán. ¡Ah, *mio caro!* Apenas pisé la escena, empezó para mí el más doloroso de los calvarios. A mis solas, en mi casa y aun en cátedra, enfrente del ceñudo y exigente maestro Lamperti, mi voz salía clara, suave, flexible, plegándose obediente a las órdenes de mi voluntad; pero en escena, un miedo inmenso, indescriptible, me obscurecía la voz, ponía tirantes y rígidas mis cuerdas vocales, cerraba mi garganta, y ora me hacía desafinar como un pavo real, ora soltar espantosa serie de gallos. Llegó a hacerse célebre mi malaventura. Los abonados de la *Scala* aplaudían mis intolerables gritos. No había ovación cómica más ruidosa que la que yo provocaba al salir en el primer acto de *Africana* a anunciar: «*Il concilio, signor...*»

— ¿Y cómo — le interrumpí — te silbaron después tan despiadadamente?

— ¡Ah! Los silbidos primeros sonaron en mis oídos como la música más celestial. Sentía ya mucho menos miedo. Cantaba mejor. Ya no se reían de mí. Comenzaban a tomarme en serio. Créeme: cuando yo arranqué el primer silbido al público, sonreí, satisfecho de mi triunfo. Pero eso no fué en la *Scala*. Allí mi rehabilitación era imposible. Fué en el teatrillo en que me conociste destrozando las clásicas frases de Pollión. Entonces empezó la segunda de las épocas de mi vida de cantante. La que yo llamo la era del *fischio*. ¡Bebamos otra copa a la memoria del desdichado Lido, *fischiato* en cuantas óperas tomó parte!

Y llenando de rico Oporto dos copas verdes, como el agua del mar en día de tormenta, alargóme una, acercó a sus labios la otra y las apuramos alegremente.

VI — Bella, siccome un angelo...

(*Don Pasquale*, atto I.)



ANTES de continuar su narración, Doli se levantó, descolgó de la pared una fotografía encerrada en sencillo marco de felpa azul, y acercándoseme, dijo:

— Quiero que mi novela sea ilustrada, y aquí tienes la más interesante y preciosa de las viñetas. Mira...

Y puso en mis manos el cuadrito. Era el retrato de una mujer hermosa, alta, esbeltísima, vestida con la blanca túnica y la corona de flores de la aletargada Julieta.

— ¡Buena mujer! — dije saboreando su vista con el mismo placer con que antes paladeara la copa de Oporto.

— *Ti piace?...*

— Mucho.

— Bueno: ponla aquí para que presida la cena y oiga el canto de amor que entono a su recuerdo.

Quitómela de la mano, la apoyó sobre un frutero, y siguió contando:

— Un año después de conocerte y quedarte agradecido por toda la vida, porque aun más que tu dinero me obligó el cariñoso afecto que me mostraste, fuí contratado a un teatro mísero y destartalado que había entonces en Pisa. Llegué a la histórica ciudad, y en el primer ensayo a que tuve que asistir quedé enamorado, deslumbrado, hechizado por la belleza de la primera tiple absoluta, como que no había otra, la *signorina Medea Corsi*. Era alta y rubia como una Margarita alemana, sin que en sus ojos ni en su aire hubiera esa placidez e indiferencia que caracteriza a nuestras vecinas de allende los Alpes; su figura y sus ademanes tenían una majestad no aprendida en ninguna clase de mímica, sino natural, espontánea y por lo mismo más subyugadora: el rostro era oval y perfecto como el de una *Madonna* de Rafael; los labios sonrosados tenían aún un tinte más vivo por la cos-

tumbre graciosa de morderlos de continuo con sus menudos dientes; para hablar entornaba dulcemente los ojos, mostrando con coquetería los transparentes párpados, sutiles como pétalos de una flor, y las sedosas pestañas; y el italiano en sus labios era canto de ruiseñores, lengua de dioses, beleño con que adormecía y dominaba las almas. En fin, ahí la tienes. ¡Cuántas veces mientras ella reposaba sobre su sepulcro, representando el papel de la apasionada Julieta, yo, vestido de Romeo, aprovechaba los ritornelos y frases de la orquesta para murmurar a su oído palabras mucho más ardientes y amorosas que las que contenía el libreto de la ópera! Te aseguro que en todos los dúos de amor estuve, como actor, a gran altura. Romeo, Hernani, Manrique, Ruy Blas, tuvieron en mí el más concienzudo de los intérpretes. Sobre todo, el final de *Lucrezia* era, representado por mí, de una verdad insuperable. ¡Cuánto cariño... filial había en mis apretados abrazos! ¡Con qué placer reclinaba, para morir, mi cabeza en su seno! En resumen, que, como se llamaba Medea, me hechizó por completo...

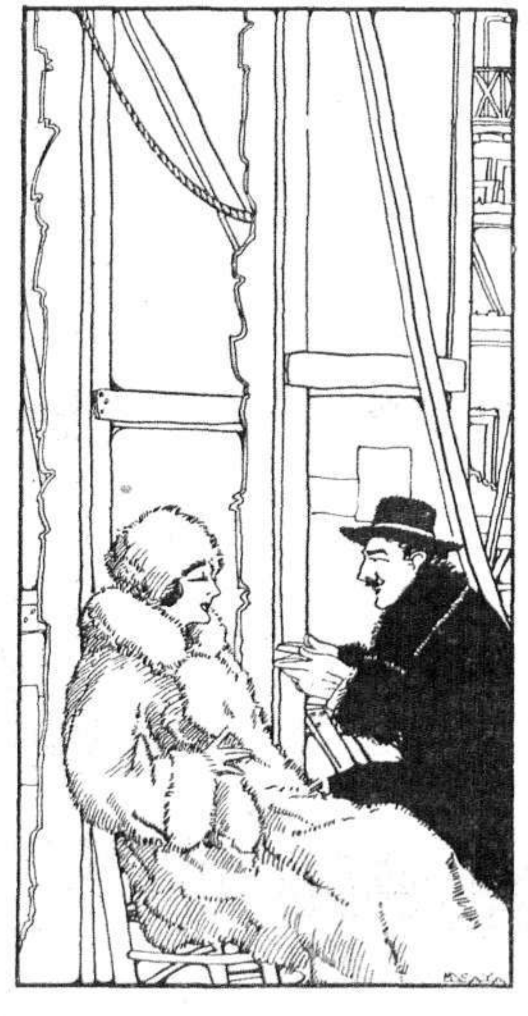
—¡Bravo! —interrumpí levantándome. — Pues ahora me toca a mí.

Llené de *champagne* dos copas planas y abiertas, como campanillas próximas a marchitarse, y alzando la mía, coronada de lechosa espuma, grité:

— *Evviva Medea!*

— *Evviva!* — repitió entusiasmado Doli.

Y para que nadie volviera a posar sus labios en aquellas copas que sirvieran para la libación en honor de tal diosa, una vez vacías las arrojamos con violencia al suelo, donde se quebraron en menudos pedazos.



VII In odiarci e in amor pari siamo...

(*Ernani*, atto I.)

PERO ya habrás supuesto, *mio caro*, que siendo ella tan hermosa no había de ser yo sólo el que quedara preso en la red de sus encantos. Otros había en la compañía que suspiraban, como yo, por la primera tiple. Mas entre todos descollaba, por enamorado y por temible, uno, que era el supremo árbitro de nuestros destinos artísticos: el director de orquesta. El caballero *Aristide Burrone* era una eminencia, si se atendía a su colosal estatura; sus brazos eran tan largos, que cuando se sentaba en su sitial para dirigir un ensayo y la ópera no salía bien tan pronto como él deseaba, y montaba en cólera, y se volvía al músico infeliz causa del desbarajuste momentáneo, el pobrecillo culpable se encogía y amenguaba, temiendo que aquella mano ganchuda llegase, como la de Dios, a todas partes, y lo cogiera y lo enviase a las bambalinas en un rapto de furor filarmónico. Pues ¿y cuándo se levantaba del sillón? Todos los días nos causaba la misma sorpresa. Se nos olvidaba, viéndole sentado, lo largo que era, y cuando se desplegaba retrocedíamos instintivamente como si viésemos venir al gigante Briareo. Ocultaba los ojos saltones y sin expresión tras unas gafas de miope, cuyos cristales tenían casi medio dedo de grosor, y se peinaba de un modo tan extravagante, que un mechón espesísimo de cabellos le bajaba, queriendo huir de sus patrios lares, hasta el nacimiento de la nariz, dividiéndole la frente en dos mitades igualmente sucias y arrugadas. Cuando llegaba la *stretta* de un concertante y él comenzaba a dar saltos en el sillón y a agitar los brazos como alas de murciélago, y el mechón a volar arrastrado por aquel huracán de notas, el maestro Burrone se ponía del todo imponente, y hasta que caía el telón no volvía la calma a los conturbados espíritus de los que gemíamos bajo su potestad. Aparte de esto, como su carácter era huraño y sombrío, bien podía decirse que el ilustre director era tan obscuro y tenebroso como su apellido. (1)

Tal era el principal de mis rivales. Medea, es claro, tenía que guardarle ciertas consideraciones y miramientos, para que no le hiciera una noche cualquier barrabasada que la pusiera a dos dedos de la silba y del descrédito; y como el muy estúpido no pensaba que le acariciaban por miedo, cada día se apasionaba más de su ídolo y cada día me miraba a mí con ojos más aviesos y traidores, como pidiéndome cuenta del nunca visto atrevimiento mío, que me inducía a disputarle el amor de aquella mujer. Yo veía más claro que él, entre otras razones, porque, ¡gracias a Dios!, no era corto de vista ni usaba lentes; comprendía que, como Medea cantaba poco más o menos como yo, necesitaba tener

(1) Burrone, en italiano, significa abismo.

contento al maestro para que éste velase con un *forte* oportuno sus descarrilamientos musicales; pero así y todo me fastidiaba ver a aquel mochuelo empeñado en la conquista de mi divina compañera.

VIII Si, vendetta, tremenda vendetta...

(*Rigoletto*, atto II.)

Y por fin, un día que ensayábamos *El Trovador*, la tormenta que amenazaba estallar hacía tiempo comenzó a dejar oír sus primeros truenos y a lanzar sus primeras chispas. Mi pasión creciente por Medea me hizo olvidar toda prudencia y decidirme a poner en claro la situación y a pedir a la codiciada tiple que eligiera entre el amor gigantesco de Burrone y el mío. Aproveché para proponer tal dilema un breve descanso que mi tiránico rival nos concedió, después de hacernos ensayar sin tregua los dos primeros actos de la ópera. Medea estaba sentada de espaldas a una caja de bastidores, envuelta en monumental abrigo de pieles y cubierta la cabeza por una gorra rusa, que, como todo lo que se ponía, le sentaba divinamente. Cogí un taburete, me senté tras ella, amparado por la sombra que proyectaba el bastidor, y desde aquella especie de confesionario comencé mi plática.

—Medea, es preciso que hablemos seriamente.

—¿Seriamente? ¿De qué?

—Yo no puedo resistir más. Yo la quiero a usted más que a mi vida, y deseo saber si usted me corresponde y me da derecho a que espante a toda esa turba de estúpidos que la persigue...

—¿Tan antipáticos le son?... ¡Pobrecitos!...

—Sí... les odio a todos..., pero principalmente a Burrone, a ese mamarracho de director que está persuadido de que usted le distingue...

—Y puede que no se equivoque...

—Medea, ¡por Dios!... no tome usted a broma lo que le estoy diciendo. ¡Usted no sabe lo que yo sufro cada vez que veo pavonearse a ese mentecato por esa preferencia imaginaria!...

—Pero, Giacomo, reconozca usted que sufre sin motivo alguno. Si usted mismo reconoce y comprende que esa distinción de que Burrone se cree objeto sólo existe en su mente y no es verdadera, ¿cómo no le sirve a usted de diversión tal error de su vanidad, en vez de servirle de tormento? ¿Qué quiere usted que yo haga para evitarlo? ¿Decirle a usted que es buen adivino y que, en efecto, yo no distingo ni amo a ese espantapájaros y que no le querré nunca? Vaya, pues téngalo usted por dicho y no se martirice usted más, y ríase usted, como yo, de nuestro maestro *concertatore e direttore*, que en este asunto ha perdido la batuta.

—Gracias, Medea, gracias. Pero entretanto ese necio continuará en sus trece, robándome ocasiones de hablar con usted, interponiendo siempre su tétrica figura entre los dos y, en fin, haciéndome pasar muy malos ratos... Vamos... ¡dígamelo usted una vez siquiera!... ¿Usted me quiere?

—*Un pochittino.*

—Y queriéndome, ¿por qué no le da usted pasaporte a ese fantasmón?

—¡Ah, Giacomo! Eso es imposible por ahora. Cuando concluya la temporada, en seguida. Entretanto, paciencia... No quiero ser silbada.

—Si ahora ya no puede usted serlo. Usted, con su hermosura y su gracia, se ha atraído todas las simpatías del público y lo tiene por completo de su parte. Las maquinaciones y estratagemas de Burrone no harán a usted daño y se volverán en contra suya... ¡Vamos!... ¡Por un día al menos, cara fosca al presumido gigantón!...

—No, no es posible...

—¡Por tu pobrecito Giacomo!...

—*Sei un pazzo!* No es posible...

—Tienes más miedo que amor.

—Sí.

—Pues a mí no me importa, con tal que tú me quieras, ser silbado.

Y aun no había acabado yo de pronunciar estas palabras, cuando un mechón más terrorífico que toda la cabellera de Medusa apareció entre nosotros dos y una voz cavernosa y lúgubre gritó en mi oído:

—*Lo sarai, stupido tenore!*

Me volví y quedé petrificado. Ni Macbeth ante la sombra de Bango, ni Póstumo ante la de su padre, ni Hamlet ante la del rey, quedaron más espantados y confusos que yo. El interlocutor inesperado era Burrone. Se alejó, pronunciada la profética sentencia, y Medea y yo nos miramos temblando, como si nos hubiese acometido el frío precursor de la *malaria*.

IX Madre infelice...

(*Il Trovatore*, atto III.)

Doli suspiró ante el recuerdo de aquella escena terrible, y luego dijo:

—Ahora permíteme que, antes de continuar la historia, te haga, a guisa de paréntesis, digresión o como quieras llamarlo, una confidencia artística importante. Quédese, por ahora el cuento en tan dramática situación, y así me acreditaré ante tus ojos de artista apto para escribir folletines a lo Jerónimo Paturot. Volvamos a Milán y a la clase en que el eximio maestro Lamperti nos enseñaba con furibundo ceño y coléricas frases el arte de respirar, *filar* las notas, hacer mordentes y apoyaturas y demás secretos y garatusas del arte. Lamperti y tú habéis sido los únicos, después de Mario, que han adivinado mi actual nombradía. El célebre catedrático se esforzaba día y noche en convencerme de que yo tenía una hermosa voz y que, desechado el miedo que me obscurecía y apagaba, podía hacer con ella maravillas. Pero sus predicaciones eran inútiles. El miedo era, por entonces, la característica de mi ser. El *do* de pecho que Lamperti se empeñaba en que diese, seguro, como él decía, que era para mí cosa fácil, o no salía de mi garganta, detenido allí por las férreas cadenas de la *paura*, o si brotaba era una nota angustiosa, trémula, vacilante, como viajero que caminase entre dos abismos, próximo a derrumbarse doquiera le empujase su mala suerte. Y es evidente que, si en clase, ante mi maestro y entre mis discípulos, la malhadada nota se hacia tanto de rogar para salir a luz, fuera de allí cualquier tentativa hubiera sido temeraria y expuesta al más horrible de los fracasos. Esta reflexión me había detenido siempre, y jamás abrigué el osado propósito de entusiasmar a un público con ese famoso *do* que hoy le enloquece y apasiona. Lamperti concluyó por convencerse de que

mi miedo era insuperable, y, aunque con pesar, me aconsejó al separarme de él que continuase siendo prudente y no me arriesgara a la peligrosa aventura de dar en público el *do* de pecho. ¿Y cómo, me preguntarás, estando vedada para ti la famosa nota, cantabas *El Trovador* en aquellos tiempos? Aquí de la receta artística, del camelo musical empleado por mí y por tantos otros Lidos que van por el mundo, y cuyo secreto te ruego y encomiendo que conserves. Como el miedo me impedía subir a aquellas vertiginosas alturas de la voz humana, cuando llegaba la popular *cavaletta* del aria de la ópera, el director hacía que la orquesta transportase medio tono más bajo todo el resto de la pieza, y yo, tranquilo ya con la complicidad de tanto músico, me lanzaba desde el fondo del escenario a la concha del consueta a carrera abierta, emitiendo con toda la fuerza de mis pulmones aquel *do* falsificado, que era lo único que los espectadores me solían aplaudir, tomando cándidamente gato por liebre. Me dirás que eso es una picardía, una estafa musical; que aquel *si* natural que yo daba cometía una usurpación de estado civil, haciéndose pasar por un *do;* pero ¿qué quieres? De un lado está la ignorancia de los públicos, que no paran mientes en esos tiquis miquis filarmónicos; de otro el temor horrible mío que se contagiaba a la empresa, a mis compañeros, a la orquesta y hasta a los acomodadores del teatro, obligándoles a erigirse en cómplices y encubridores de mi superchería; de otro la poca piedad del que es hoy mi ilustre amigo, de Verdi, que ha escrito sus inmortales partituras — perdóname la inmodestia — para que las canten los Dolis, y no los míseros tenorcillos que las destrozan en los teatros de cuarto orden. Estas tres consideraciones me empujaban a cometer aquel fraude artístico, y el éxito con que lo repetía una y otra vez me hacía envalentonarme de mi delito. ¡Ay! Era mi único triunfo, y, por otra parte, los grandes moralistas lo han dicho: el primer paso es el que cuesta en la pendiente del crimen. Hecha esta indispensable digresión, prosigo el relato. Capítulo veintiocho. La venganza de Burrone.

Llegó la noche y la hora de la representación, y me vestí de Manrique y canté la trova entre bastidores haciendo pucheros como los chiquillos. El termómetro de mi temor había subido a cien grados sobre cero. Cuando salí, gracias a la visera calada, no vi gran cosa; pero cuando la levanté para mostrar mi irritada faz a la engañada Leonor, no sé qué misterioso imán me llevó a fijar mis miradas en el ofendido Burrone, y le vi mirarme con expresión mefistofélica, como anunciándome que la hora de su venganza y de mi desdicha estaba próxima. Palidecí. Medea tampoco las tenía todas consigo porque estaba cantando peor que nunca. Pero pasó aquel acto y el siguiente, y nada: la orquesta, sumisa y cariñosa como siempre, me seguía, velaba por ocultar mis desaciertos y realzar mis escasas gracias. ¡Ay! Era el halago del monstruo, la caricia del tigre antes de desgarrar a su víctima. El infame se complacía en infundirme confianza y ánimo, deseoso de que así la caída fuera más inesperada, más terrible, más mortal. Hubo un momento en que pensé si le habría juzgado mal, y el alma de aquel hombre sería tan grande que me perdonaría las ofensas que vomité en mi diálogo con Medea, y las castigaría con un olvido tan generoso como impensado. Mas llegaron los compases que preceden al recitado del aria de tenor y se me apretó el corazón, olfateando la catástrofe que se acercaba. Muerto de miedo y con la frialdad mayor del mundo canté el *andante;* aquellas apasionadas notas que otras veces decía yo con tanto amor, estrechando entre las mías las manos de Medea y devorándola con mis ardientes miradas, salían aquella noche de mi garganta con la misma indiferente expresión con que un pregonero lanza a los vientos las órdenes del alcalde o un sereno participa a los adormilados vecinos las horas que les quedan de reposo. El público comenzó a agitarse y cuchichear, presagiando futuras muestras de desagrado. Sentí que me latían las sienes y que mi pulso caminaba a desordenados saltos como caballo a quien no rige el freno. Al fin, ¡oh instante inolvidable!, sonó el acorde en que la orquesta hacía el trampantojo de bajar medio tono lo que restaba de aria, y sonó como la trompeta del juicio final en mis oídos. El infame Burrone había circulado, sin duda, órdenes nuevas, y la orquesta seguía tocando en el tono escrito por Verdi y conduciéndome a mí al más afrentoso de los suplicios. Miré a Medea con angustia; vi en sus ojos idéntico pavor al que moraba en los míos. Sostuve el diálogo con el mensajero que trae a Manrique tan aciagas nuevas de su madre como un sonámbulo; yo no sabía si cantaba: era como un organillo que, obedeciendo a la mano que da vueltas al manubrio, lanza notas tras notas sin conciencia de lo que hace. Lo que pasaba en escena era para mí como un sueño, una ilusión en que yo no tomaba parte. Yo no era Manrique: era el mísero Lido que iba a salir de allí silbado, pateado, arrastrado, hundido para siempre, víctima de la pérfida venganza del rencoroso director. ¿Qué me importaban a mí ni qué tenía yo que ver con las zozobras ni los sentimientos del enamorado trovador al saber que Azucena, la mísera gitana que creía su madre, estaba presa en poder de su poderoso rival? Otras angustias, otros terrores me llenaban el alma y me hacían casi perder la luz de los ojos. Cuando salieron de mis labios las primeras frases del *allegro;* cuando el *Di quella pira* sonó en la sala, el público se estremeció, comprendiendo que nunca Manrique alguno había expresado mejor la pena que el amor filial le inspiraba. Había intensa palidez en mi rostro; nubes de dolor en mis ojos; lágrimas y sollozos en mi garganta. El murmullo de admiración de los espectadores llegó hasta mí y me despertó del letargo de terror que me dominaba. Comprendí que era preciso jugar el todo por el todo. El amor de Medea; el triunfo sobre mi rival; el aborto de su infame venganza; mi reputación ya tan quebrantada... Todo me empujaba a la lucha. Estaba al borde del precipicio. Era necesario intentar el salto. Llegó el instante. Cerré los ojos, hice un esfuerzo, y el *do* de pecho, el legítimo, el verdadero, el que es hoy firme base de mi celebridad, el que me profetizaba una y mil veces el maestro Lamperti, brotó de mi garganta claro, potente, sonoro, brillantísimo. Un aplauso nutrido, inmenso, interrumpió mi canto. Me sentí cambiado. Avancé saludando al público y clavé mis triunfadoras miradas en el desdichado Burrone: allí estaba absorto, espantado, con los ojos fuera de las órbitas y la batuta inmóvil, como muñeco al que se le acaba la cuerda. Seguían los aplausos: hice una señal con aire de dictador, y repetí el *allegro* y tornó a vibrar en mis labios la famosa nota, más enérgica, más hermosa, más pujante que la primera vez. Tenía razón mi maestro: aquello era para mí juego de niño, una nota como otra cualquiera. Cuando cayó el telón, Medea se arrojó en mis brazos y me dijo:

—¡Cuánto te amo, Giacomo!

X — Ore soavi al cor...

(*Romeo e Giulietta*, atto IV.)

A partir de aquella inolvidable noche comenzó para mí una inacabable de dulzuras y felicidades. Medea, que tenía tanto ingenio y travesura como poca voz, fué quien me sugirió la idea de cambiar de nombre y borrar de esta suerte todas las obscuras páginas de la historia de Lido. Apenas terminó la ópera, inundóse mi cuarto de gente que acudía a sancionar mi triunfo, a estrechar mi mano, a felicitarme; mi idolatrada compañera reunió en torno suyo a los periodistas pisanos y a los corresponsales de las revistas musicales, y fraguó con ellos la conspiración que tuvo por fin el trastrueque de las sílabas de mi apellido. El nombre de Doli comenzó a elevarse en alas de la fama y a esparcirse por el mundo, unido ya para siempre a la romántica partitura verdiana, que canto cada vez con más cariño, recordando que le debo mi nombradía y mi felicidad.

No necesitarás que te diga que al siguiente día se volvió a poner en escena *El Trovador* y que el teatro estuvo, como no lo habíamos visto nunca, rebosando espectadores. El desdichado Burrone pretextó una enfermedad para no dirigir, y pocos días después volvió a alegarla para romper su contrata y alejarse de Pisa, vencido, desesperado y encorvado por el despecho. Nos pareció, al alejarse, una copia humana de la famosa torre inclinada de la histórica ciudad.

Lo que sí es preciso que te cuente es que Medea ya no opuso resistencia a mostrar públicamente su amor por mí; antes bien, pareció cifrar en ello su orgullo. Mis rivales respetaron mi indiscutible superioridad, y concluí aquella temporada mimado por el empresario, aplaudido por el público, elogiado por los periódicos e idolatrado por Medea. *Oh, mio caro!* El dúo de amor que Wágner escribió con el título de *Tristán e Isolda* es pálida sombra del que nosotros entonamos sin tregua ni reposo desde la noche de mi triunfo. Hasta ella, transfigurada por la pasión, cuando se puso en escena *Romeo y Julieta* sacó fuerzas de flaqueza y llegó a realizar el milagro de cantar toda la ópera sin desafinar una vez siquiera. De entonces es ese retrato que guardo como preciosa reliquia, como la imagen del ángel precursor de mis triunfos, de la diosa protectora que me infundió aliento para la lucha y la victoria. ¡Cuán divinas horas pasé en sus brazos repitiendo *sotto voce* las inspiradas frases que el amor dictó a Gounod para que las escribiera en sus celestiales dúos! ¡Cuán inolvidables las que gocé bebiendo su aliento, más aromático que este delicioso café que ahora nos incita humeando en las tazas! ¡Cuán felices las que disfruté oyendo a aquella sibila enamorada profetizar mi gloria presente! Como nuevo Jasón, aquella Medea me llevó a la conquista del vellocino de oro, y hoy tu amigo Giacomo Lido, el hijo del pobre gondolero veneciano, tiene una renta de príncipe, coches, caballos, joyas y una preciosa quinta en Italia, a la que, por gratitud, llamo Villa Medea. Allí te invito a pasar unos cuantos alegres días de la próxima primavera cuando termine mi contrata en el Real. Formarás el primero en el círculo de buenos amigos que vienen a disfrutar conmigo las delicias de mi casa de campo. ¿Y cómo no? Ellos no han concedido su afecto más que a Doli, al que se enorgullecen de llamar amigo, y tú, tú no vacilaste en ofrecérselo a Lido, que necesitaba del amor para transformarse de gusano en mariposa.

Levantóse al decir esto el gran tenor, rodeó la mesa y me estrechó de nuevo con emoción entre sus brazos. Correspondí con entusiasmo a su demostración de cariño. No cabía duda. Doli tenía un alma de artista.

XI — Folletto, folletto, veloce, leggier...

(*Mefistofele*, atto II.)

Y qué fue de Medea? — pregunté deseoso de poner un epílogo a tan soberana historia.

— ¡Medea!... ¡Oh! La realidad tiene soluciones muy cómicas — contestóme Doli riendo.

— ¿Por qué?

— Te satisfaré en dos palabras. Nos separamos en Pisa: ella, contratada para Palermo y yo para Milán. No he vuelto a encontrarla. Pero año y medio después leí en la *Gazzetta Musicale* que la eminente soprano Medea Corsi había contraído matrimonio en Viterbo con el eminente maestro Aristide Burrone.

Reí tan de buena gana como si leyera uno de los más atrevidos cuentos de *Messer Giovanni Bocaccio.*

— ¡Pobre Medea! — exclamé desalentado ante tan prosaico desenlace.

— ¡Y pobre Burrone!... Porque ella parecía dispuesta a ser la Julieta de todos los *Romeos* con quienes cantara...

— En fin, adiós — dije levantándome. — Volveré a verte. Entretanto, y por si te hago falta, ahí tienes mi tarjeta.

Y la dejé sobre la mesa.

— *Aspetta un po*... Falta la última libación. ¿No apurarás una copa de *chartreuse* a la salud de tan ilustre matrimonio?

— Tienes razón. Venga una copa.

Llenó Doli del tan exquisito licor, brillante como oro fundido, dos copitas tamañas como dedales y las apuramos entre risas y cuchufletas.

Tras un último y amistoso apretón de manos, salí.

Y miren ustedes si soy trasnochador, que aun fuí a casa de Juanito Rubio, seguro de encontrarle en pie, porque tiene, como yo, el vicio de acostarse con el alba. Y mientras saboreábamos el te ofrecido, me dispuse a contarle de pe a pa la historia de Doli. Pero como ustedes ya la han oído de labios del propio cosechero, no es cosa de volver a comenzar el cuento.

LUIS CÁNOVAS

DIBUJOS DE MACAYA.



25.° ANIVERSARIO DE

SALUDOS DE

Con motivo de haberse celebrado las bodas de plata de nuestra revista, la prensa de todo el país y de las naciones hermanas, comentando la fausta fecha periodística que acabamos de cumplir, ha tenido para Caras y Caretas *sinceras y cordiales frases de elogio, que mucho agradecemos, tanto porque reflejan un leal compañerismo como por el estímulo que significan para nuestra labor; y sin que se nos tilde de inmodestos, sin la más leve intención de que nuestras palabras abriguen alabanzas propias, por muy justas que fueran, es pertinente ahora decirlo con el natural orgullo, que* Caras y Caretas *agota todas sus*

LA PRENSA

Caras y Caretas ha cumplido 25 años de existencia. El cuarto de siglo transcurrido marca una serie de progresos, no sólo para la popular y difundida revista, sino también para las artes gráficas nacionales, que cuentan en este colega con una de sus mejores manifestaciones. Caras y Caretas, entre las publicaciones de su género, ha llegado a ocupar un puesto de primera fila, conquistado día por día con inteligente labor y ejemplar perseverancia, hasta que su nombre se impuso dentro y fuera del país. No existe sitio en la República donde Caras y Caretas no sea conocida, donde su nombre no sea ya una cosa familiar.

La popularidad y el aprecio alcanzado por esta revista entre el pueblo argentino es una justa comprobación de los esfuerzos hechos por el colega para ofrecer semanalmente páginas interesantes, ilustrativas y amenas, para llevar a sus numerosos lectores las notas gráficas de actualidad y sus páginas humorísticas, ya célebres en los anales del periodismo nacional. Existen, además, otros importantes factores en el éxito alcanzado por Caras y Caretas: su espíritu nacionalista y su seriedad literaria. Han colaborado y colaboran en ella firmas prestigiosas del país y del extranjero, que fueron así conocidas entre nosotros.

Pero si la popular revista porteña ofreció en sus páginas la colaboración de los maestros en la literatura y en el arte, acogió también con un alto concepto de su misión las colaboraciones de nuestros jóvenes escritores y artistas. Son muchos los nombres de los que se han formado y consagrado en las páginas de Caras y Caretas, siempre abiertas a estas manifestaciones del espíritu. Por todo ello, su 25.° aniversario toma los contornos de un acontecimiento que cruza los umbrales de la casa de la calle Chacabuco, para ser compartido por la numerosa falanje de sus colaboradores y por los muchos miles de personas que leen la revista.

«La Prensa» agradece al estimado colega los conceptos que le tocan y hace votos por nuevos y merecidos éxitos.

LA NACION

Con su último número, este popular semanario cumple veinticinco años de existencia. Fundado en 1898 en una época en que todavía aparecía precario el porvenir de una revista de ese género, Caras y Caretas no tardó en ocupar sitio destacado en el periodismo hebdomedario ilustrado, contando desde el primer día con el concurso de los escritores y artistas más prestigiosos y abriendo sus páginas a los que aun no constituían sino una promesa para las letras y las artes.

Caras y Caretas puso así en contacto con un público en dones más vasto y más difundido el pensamiento de los escritores y de los artistas y sus páginas han servido para revelar más de un espíritu interesante, animándolo y fortificándolo con su propia popularidad. El periodismo gráfico, al que esta revista dió un aspecto característico, recibió un impulso poderoso a punto de imponer un tipo y marcar casi un género. Pero Caras y Caretas no se redujo a ser un periódico de crónica ilustrada. Su amenidad se ha exteriorizado en formas agudas y ha sido y es al mismo tiempo una publicación de caricaturas. Los más agudos artistas del dibujo han colaborado en sus páginas, y algunas producciones, destinadas al comentario de sucesos políticos y de acontecimientos importantes, se recuerdan aún: su carátula se hizo pronto popular por su espiritualidad cáustica y constituía y constituye un comentario ingenioso y agudo de la actualidad que el público busca con fidelidad asidua.

Nunca detenidos, los progresos de Caras y Caretas han sido tan merecidos como sólidos. Actualmente, sus talleres son motivo de legítimo orgullo para el arte tipográfico nacional, y bajo la dirección del doctor Fernando Alvarez y de don Juan Alonso mantiene gallardamente su bien ganado puesto en el periodismo, que tiene en esa revista y en Plvs Vltra dos brillantes exponentes de la cultura argentina.

LA RAZON

Caras y Caretas. — Ha cumplido veinticinco años el popular y difundido semanario que fundara el inolvidable escritor tan nuestro que se llamó José S. Alvarez.

Iniciado en la vida periodística nacional, bajo los auspicios de una mentalidad vigorosa y una competencia profesional como la de Fray Mocho, Caras y Caretas, que ha tenido la fortuna de contar siempre con hombres capaces de continuar la obra de los de la primera hora, ha ido afirmando sus prestigios como publicación y su potencialidad como empresa, hasta llegar al desenvolvimiento franco de una importancia que la coloca a la cabeza de las publicaciones de su género en América del Sur.

El progreso y mejoramiento de Caras y Caretas, vanguardia de las artes gráficas de Buenos Aires, lo muestra como exponente de perfecciones técnicas que permiten realizaciones artísticas insuperables en el país y aun en el extranjero. Plvs Vltra, el suplemento mensual de Caras y Caretas, llena todas las condiciones exigibles como revista lujosa y delicada en la impresión, cuidada e impecable en la selección del material que la destaca en su categoría.

Brillantemente dirigida y hábilmente administrada, el interés del variadísimo material de sus páginas siempre amenas, la ha llevado hace tiempo fuera del país, asegurándole en Europa una circulación envidiable y altamente satisfactoria para los factores de su progreso.

Al cumplirse el primer cuarto de siglo de vida próspera y fecunda, nos es grato formular votos por la continuación de la obra, ya que ello asegura la prosperidad siempre creciente de la gran revista argentina.

EL DIARIO

Con el número aparecido hoy, cumple 25 años de vida el popular semanario ilustrado Caras y Caretas. Intentar la historia de esta revista desde los tiempos del «Mocho» y Bartolito Mitre hasta ahora, sería tarea larga y nada fácil, pues ella se liga a una serie de factores entre los que señálanse especialmente los progresos gráficos alcanzados en el país, de manera que, por la senda marcada desde el primer momento por Caras y Caretas, han seguido cuantas revistas populares han existido y existen entre nosotros.

Fué siempre Caras y Caretas el semanario que ha dado al público la nota gráfica de actualidad, la página literaria del actor preferido, la caricatura del hombre político, el chiste, nunca mal intencionado,

NUESTROS COLEGAS

ediciones, y la última, la correspondiente al N.º 1306, alcanzó una tirada exacta de ***154.410*** *ejemplares. Esta cifra es convincente de por sí y no necesita comentarios. A todos los colegas damos las gracias por sus cariñosos párrafos, y en la imposibilidad de referirnos particularmente a cuantos nos han enviado sus felicitaciones, desde estas columnas muy de veras las agradecemos, deseando a nuestros numerosos favorecedores, lo mismo que a todas las publicaciones argentinas y extranjeras, análogas prosperidades y larga vida.*

---

del momento, los versos humorísticos reclamados por la ocasión. En esto ha continuado siempre el programa de sus fundadores, hombres de buen humor que conocían nuestro pueblo.

Como empresa, ha llegado CARAS Y CARETAS a ser la más fuerte, y la línea ascendente de sus progresos está patente en la diferencia que existe entre su humilde casa de la calle Bolívar y su palacio actual en la calle Chacabuco, en cuyos talleres, para muestra de su perfección, se imprime mensualmente su suplemento, PLVS VLTRA, que no supera ninguna publicación de América o de Europa.

Es, pues, su aniversario, fecha que escapa de los límites privados, interesando a la prensa, a las artes gráficas y al público mismo, ya que CARAS Y CARETAS es una «cosa» perfectamente argentina, en absoluto identificada con la vida del país.

Nuestro saludo y nuestros mejores votos de prosperidad para CARAS Y CARETAS.

ATLANTIDA

Nuestro colega CARAS Y CARETAS, la popular revista semanal fundada por Fray Mocho, ha cumplido veinticinco años de existencia. Durante todo ese tiempo, un batallar firme y entusiasta ha conseguido para «CARAS...» uno de los primeros sitios en el periodismo nacional. La empresa se encuentra hoy en pleno florecimiento y ha extendido su campo de acción fundando PLVS VLTRA, que es uno de los más altos exponentes del adelanto indiscutible de las artes gráficas y del periodismo artístico en nuestro país.

Atlántida envía al difundido colega su saludo fraternal y sus mejores augurios de progreso y mejores éxitos.

LA PATRIA DEGLI ITALIANI

CARAS Y CARETAS. Compie ora il 25.º anniversario di sua fondazione questa rivista illustrata, che é diffusissima non solo nell'Argentina e nelle altre republiche sudamericane, ma anche in ogni paese del mondo.

E per una pubblicazione di questa natura non potrebbe desiderarse di meglio: é il raggiungimento dell'esito più grande.

Ed é inutile dire che CARAS Y CARETAS é ben degna di questa fortuna, perché ognuno sa che se l'é ben meritata puó dirsi davvero che la sua fortuna é premio agli sforzi, aal sacrifici fatti per arrivare ad esere una fra le primer riviste mondiali.

Presentiamo pertanto, in questa lietissima circostanza, la nostre congratulazioni a CARAS Y CARETAS, e le auguriamo sinceramente ancora fortuna.

Il numero di questa rivista, pubblicato nella circostanza del suo anniversario, é veramente magnifico.

LA FRONDA

CARAS Y CARETAS. — La popular revista semanal ilustrada CARAS Y CARETAS ha cumplido con el número que apareció ayer 25 años de vida.

La fecha sorprende a la revista mencionada en plena prosperidad y progreso, habiendo sabido reunir todos los elementos indispensables para el éxito, desde la admirable presentación gráfica hasta la más bella colaboración literaria, amén de la nota gráfica de actualidad, de la caricatura chispeante y fina, del buen chiste y de los buenos versos.

CARAS Y CARETAS vió la luz en una pequeña y humilde casa de la calle Bolívar y hoy ocupa en hermoso edificio en la calle Chacabuco. Esa es la mejor prueba de su vitalidad y de su fuerza como empresa editora, que ha probado su perfección imprimiendo en sus talleres su suplemento PLVS VLTRA, que no tiene similar en América y que puede ponerse a la par de muchos de Europa.

CARAS Y CARETAS es algo que está dentro de la población, es un algo muy argentino que se busca y espera con ansiedad el día de su salida.

Por todo eso, enviamos nuestro saludo cordial y nuestros votos de prosperidad a CARAS Y CARETAS.

LA ARGENTINA

Ha cumplido 25 años de existencia la más antigua y difundida revista ilustrada argentina CARAS Y CARETAS.

Ha logrado en ese lapso de tiempo, a más de su consagración ante propios y extraños, una potencialidad que honra al periodismo nacional.

Fundada en 1898, época difícil para cimentar una publicación de ese género, no tardó en imponerse y ocupar un sitio destacado, contando con el concurso de los más prestigiosos escritores y artistas locales y extranjeros.

Es del dominio público que este popular semanario gráfico dió, desde su aparición, nuevos rumbos e impulso al periodismo ilustrado, imponiéndole desde el primer día, un carácter completamente ameno. Sus caricaturas de actualidad, encomendadas a los más conocidos dibujantes, y el selecto material que ofrecía, le abrieron justificadamente el camino de la decidida aceptación por parte del público y aseguraron su éxito permanente.

Sus progresos materiales y morales la han convertido en un exponente de la cultura argentina, puesto adquirido legítimamente por su obra educadora y fecunda.

El concurso literario nacional que acaba de realizar es una buena prueba del apoyo que a la difusión de las letras nacionales presta CARAS Y CARETAS, cosa que por todos los medios ha venido haciendo.

En un cuarto de siglo, su labor ha sido grande, sus esfuerzos noblemente inspirados y así el plan primitivo de su fundador, don José S. Alvarez, el inolvidable Fray Mocho, ha culminado ampliamente con un triunfo definitivo que, en buena parte, corresponde a los continuadores de aquel espíritu exquisito y múltiple.

Pocas publicaciones, en verdad, como CARAS Y CARETAS, han tenido una influencia tan amplia en la cultura general, pues hizo conocer y dió prestigio a los literatos y dibujantes argentinos y puso en contacto con el público del país a los más prestigiosos autores extranjeros.

Semana tras semana vuelca su prodigioso tiraje sobre la masa de lectores de todo el país, así como fuera de las fronteras, aplacando la justa ansiedad del público lector, sin distinción de clases, que anhela siempre novedades y busca el reflejo de las notas de actualidad más resonantes, sabiendo que CARAS Y CARETAS llena esa misión con verdadera maestría.

Club Atlético Empleados de "Caras y Caretas"



Señoritas Erlinda Scarpati, Marta Stecher y Frida Feuz y señores Julio Vázquez, Benito Diz Molina, José De Diego, Esteban Juncá y Martín Juncá que tuvieron a su cargo la interpretación de la comedia del doctor Pedro B. Aquino titulada "El Reo de la Familia".



"Los Valencianitos", que prestaron *gentilmente su concurso ejecutando* aplaudidos números de baile.

Parte de los concurrentes al festival y baile organizado por el Club Atlético Empleados de "Caras y Caretas" celebrando las bodas de plata de nuestra revista, fiesta que se desarrolló en un ambiente de alegre camaradería y que contribuyó a estrechar los lazos de confraternidad que unen a los numerosos empleados de esta casa.



EL RAYO Y LA T. S. H.

La destrucción por un rayo de uno de los hilos de la antena de la torre Eiffel ha despertado la atención pública sobre un peligro posible. Toda antena grande o chica situada en un punto abierto del espacio para captar al paso las ondas armónicas, parece estar en condiciones de recoger también el rayo que cae, e introducir tan indeseable huésped en el gabinete del operador.

Los aficionados y algunas compañías de seguros se han impresionado ante la posibilidad de tal contingencia. La sociedad francesa de estudios de T. S. H. inicia una información, e invita a los que hayan sufrido percances debidos a la electricidad atmosférica para que remitan detalles circunstanciados del accidente y características de la instalación.

Desde luego se puede predecir que no serán muchos los casos a estudiar. Una antena, después de todo, no es otra cosa que un hilo metálico más en la enorme red que la telegrafía, telefonía, luz y energía eléctrica, etcétera han tejido desde hace ya bastante tiempo, y sin embargo no se sabe que el rayo demuestre por ella preferencia notoria, ni hay memoria de accidentes graves a ello debido.

El rayo al caer tiene por finalidad sumarse a la enorme masa conductora formada por el conjunto terráqueo.

El suelo no siempre es buen conductor: ciertas rocas y tierras son más o menos dialéctricas; en ellas no caen chispas. El rayo busca siempre el camino que mejor puede conducirle a su fin; por ello los árboles, cuyas raíces se hunden en terrenos húmedos o penetran en las napas de aguas subterráneas, son los preferidos. Para que un pararrayos sea eficaz el cable debe terminar en el fondo de un pozo, o sea en la napa de agua subterranea.

Los hilos conductores de electricidad, cables telefónicos, telegráficos, etc. no tienen contacto con la tierra; por consiguiente no se hallan particularmente expuestos a ser alcanzados por el flúido eléctrico atmosférico. Pero en algunos puntos los circuitos se encuentran muy vecinos a órganos en contacto con la tierra y el rayo, encontrando una menor resistencia, se precipitará por ellos. Para evitar este peligro se colocan pararrayos de puntas convergentes que dan paso lento y no oscilante al flúido eléctrico llegado el caso en que un elemento aislado de la instalación alcance una tensión amenazadora.

Ahora bien; el pararayos de puntas convergentes es todo lo contrario a un condensador, y puede perturbar el buen funcionamiento de la antena, por lo cual el pararrayos debe colocarse en la base de ésta, provisto de un interruptor que permita anularlo durante las recepciones de ondas.

El tomatierra de la antena puede dar fácil paso al rayo, por ello la más elemental prudencia aconseja no entretenerse en escuchar la música terrestre cuando el cielo deja oir sus voces.

Ing. Santiago E. Barabino



El deceso del presidente de la Sociedad Científica Argentina, ingeniero señor Santiago E. Barabino, miembro de la mayor parte de las sociedades científicas y culturales del país en las que se destacó siempre por su labor asidua y eficiente ha causado profunda y dolorosa impresión en nuestra sociedad, que además tenía en suma estima la caballerocidad y las singulares dotes personales que adornaban al extinto.



Toser en el tranvía!

mire que es fastidioso para todos! Pero dejando a un lado la molestia que ocasiona a los vecinos, hay que pensar en el peligro que corre el que no cuida su tos. Un resfrío abre paso a la bronquitis, al enfisema, a la misma tuberculosis. Cuídese; es fácil con las

Pastillas iodeína Montagu

que son muy agradables al paladar y de acción específica sobre la tos, ya sea de garganta o de pecho.

Ningún remedio le dará tanta satisfacción porque es rápido y no daña el estómago.

Es bueno para resfríos, ronquera, bronquitis, laringitis, asma y en general todas las toses, ya sea que provengan de garganta o branquitis.

Farmacia Franco-Inglesa

La mayor del mundo

Sarmiento y Florida **Buenos Aires**





LOS DEJO TURULATOS

Aspirante

Renuncia Herrera Vegas ¿Qué dicen sus colegas?
¡El hecho es sorprendente! Renuncia Herrera Vegas.

Meritorio

Ni en las historias indias ni en las historias griegas
se registró tal cosa ¡Renuncia Herrera Vegas!

Portero

No basta lo que dices, no basta lo que alegas
para explicar, mi amigo, lo que hace Herrera Vegas.

Chauffeur

Con esos aspavientos a todos nos congregas.
Tu asombro es explicable. Se marcha Herrera Vegas.

Ordenanza

Me asustan los resfríos, las noches veraniegas;
pero aun me da más miedo lo que hizo Herrera Vegas.

Escribiente

De todo tu pasado con tu actitud reniegas.
¿Por qué nos abandonas, querido Herrera Vegas?

Auxiliar

No creo en tus pretextos. A mí no me la pegas.
¿Vas mejorando en algo, discreto Herrera Vegas?

Oficial

Te cortas, te separas, te partes, te segregas.
¿Por qué obras de ese modo, valiente Herrera Vegas?

Jefe

¿Estabas aburrido? ¿Te callas? ¿No lo niegas?
¿Por qué, tan satisfecho, te vas, Herrera Vegas?

Secretario

¿Te sientes derrotado cuando a la cumbre llegas?
A todos nos sorprende tu gesto, Herrera Vegas.

Domecq García

Agitanse las aguas del mar en que navegas.
Te puedes ir a pique, amigo Herrera Vegas.

Justo

Envidia vas a darles a muchos estrategas.
Tu retirada aplaudo, profundo Herrera Vegas.

Le Breton

¡Parece una terrible novela por entregas!
¡Se fué ya el hacendista! ¡Se fué ya Herrera Vegas!

Gallardo

Es poco apetecible el cargo que me legas.
En el duré dos días, amable Herrera Vegas.

Marcó

Las alfas están tristes, suspiran las omegas.
Debía usted quedarse, señor Herrera Vegas.

Matienzo

Del bloque te separas, del bloque te disgregas.
¿Quién seguirá más tarde tu ejemplo, Herrera Vegas?

Loza

Yo creo que esté errado, yo creo que anda a ciegas.
¡Jamás pienso imitarle, doctor Herrera Vegas!

Alvear

Yo no delego el mando y tú sí lo delegas.
De veras lo deploro, dilecto Herrera Vegas.

Elpidio

Pensando en la renuncia ni duermes ni sosiegas.
Tampoco yo sosiego, conspicuo Herrera Vegas.

Sucesor frustrado

Yo soy, Herrera Vegas, novicio en tales bregas.
¡Por Dios, préstame ayuda! ¡Por Dios, Herrera Vegas!

Le Breton

Lo sienten los borregos, lo sienten las borregas
y yo también lo siento, activo Herrera Vegas.

Domecq García

Murmuran en los palos igual que en las bodegas.
¿Quizás hay mar de fondo? Conteste, Herrera Vegas.

Matienzo

Que te olvidemos pronto humildemente ruegas.
¡Medita lo que dices! ¡Medita, Herrera Vegas!

Le Breton

Ya se hable de semillas, ya se hable de fanegas,
tu fuga nos aplasta, veloz Herrera Vegas.

Justo

No has sido, como algunos, imbele en las refriegas.
Te marchas sin rendirte. ¡Muy bien, Herrera Vegas!

Diputado

A los que ya ganaste, un nuevo lauro agregas.
Jamás discutiremos. Jamás, Herrera Vegas.

Le Breton

Aunque alguien te critique, los labios no despegas.
Admiro tu silencio. Lo admiro, Herrera Vegas.

Senador

¿Acaso te imaginas que con nosotros juegas?
Ya ves lo que te ocurre, doliente Herrera Vegas.

Loza

Ni nunca te sometes ni nunca te doblegas.
No se si haré lo mismo. Lo dudo, Herrera Vegas.

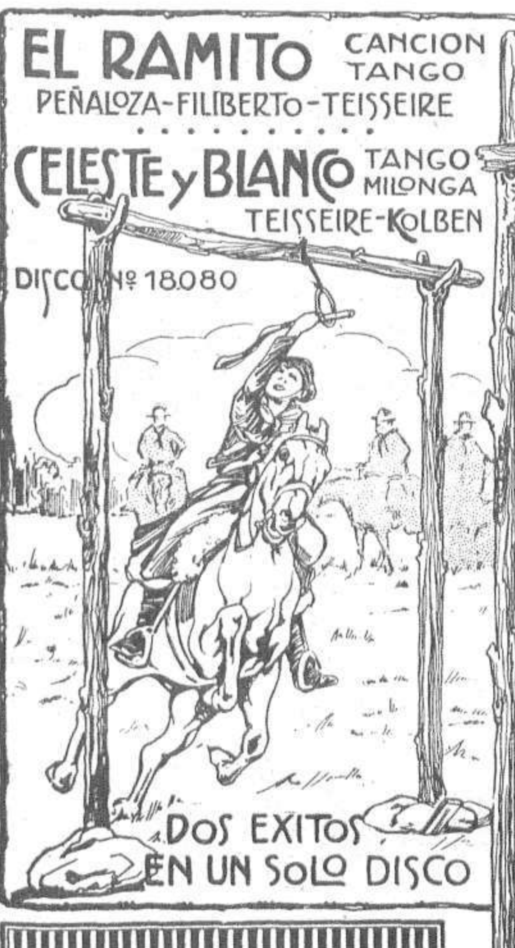
Matienzo

Está mal el partido y habrá que darle friegas.
Que Dios no nos olvide. ¡Buen viaje, Herrera Vegas!

Molina

Como he crecido mucho, me siento Micromegas.
Hay pocos de mi talla. ¿No es cierto, Herrera Vegas?





DISCOS DOBLES "NACIONAL"

NUEVA LISTA DE EXITOS Y NOVEDADES

DUO GARDEL-RAZZANO
(Con 4 guitarras RICARDO-BARBIERI)

Disco doble «NACIONAL», de 25 centímetros, a $ 3.25

18080
(**El Ramito.** Canción-tango. Solo Gardel. Peñaloza-Filiberto-Teisseire.
(**Celeste y Blanco.** Tango milonga. Solo Gardel. Teisseire-Kolben.

ROBERTO FIRPO
ORQUESTA TIPICA Y JAZZ-BAND

Discos dobles «NACIONAL», de 25 centímetros, a $ 3.—

6212
(**Escalera Real.** Tango. Orquesta Típica. R. Firpo.
(**Antoinette.** Shimmy. Jazz-Band. L. Hillier.

6213
(**Desolación.** Tango. Con acompañamiento de serrucho. Orquesta Típica. A. R. Aviles.
(**Mi Llanto.** Tango. Orquesta Típica. A. R. Aviles.

FRANCISCO CANARO
ORQUESTA TIPICA Y JAZZ-BAND

6930
(**De mis Pagos.** Tango. Orquesta Típica. José L. Padula.
(**Mes Parents sonts Venus me Chercher.** Shimmy. Jazz-Band. F. Pearly.

6935
(**Lison-Lisette.** One Step. Jazz-Band. Borel-Clerc.
(**Mi Amorcito.** Tango. Orquesta Típica. F. Canaro.

ORQUESTA TIPICA "PACHO". (Juan Maglio)

7404
(**Mate Amargo.** Tango. A. Romano.
(**Encantado de la Vida.** Tango. E. J. Nervo.

D. C. MINOTTO
(Solo de Bandoneones)

6875
(**Camarada.** Tango. F. Canaro.
(**Chicago.** Shimmy. F. Fisher.

ELEUTERIO YRIBARREN
AMERICAN JAZZ-BAND

8003
(**Yes! We have no Bananas.** (Sí! No tenemos bananas). Shimmy. Silver-Cohn.
(**Le Je n'sais Quoi!** Shimmy. R. Mercier.

MARIO A. PARDO
(Con acompañamiento de guitarra)

6571
(**Recuerdo de un Roto.** Canto con acompañamiento de guitarra. V. Espí-Codoñer.
(**La Mariposa.** Tango. Solo de guitarra. P. Maffia.

Solicite el nuevo Catálogo General de "Discos dobles Nacional", se remite gratis.



Sección Fonógrafos.

ESTE ES EL APARATO IDEAL
PARA TODO HOGAR FELIZ

Máquina perfecta, simple y sólida. De membrana último modelo y caja elegante y fuerte.

NO TIENE SUSTITUTOS NI EN CALIDAD NI EN PRECIO



San Isidro



En el Club Atlético San Isidro. Las señoritas Escalada en la cancha donde se celebró la fiesta deportiva.



Jugadores del equipo "Rugby" que se clasificaron ganadores del campeonato, en cuyo honor se dió la fiesta.



Señoritas Braidet Miley Almeira, Martínez Alvarez, Silveira Delgado y Matheu, presenciando el desarrollo del juego.



Señora y señoritas de Meyer Arana y de Lamadrid, comentando las incidencias de la bellísima fiesta.



TIPOS DEL RANCHO

POR ERNESTO MARÍO BARREDA

MEDIA LENGUA

Era húmeda la mañana y el sol apenas podía penetrar la blanca gasa de la niebla. Sobre el pasto empapado marchaba con mis grandes botas de «expedicionario», en dirección a la cañada, a revisar una trampa que había armado la tarde anterior. Era debajo del puente, junto a la viga de sostén, donde vi desaparecer a la nutria y comprobé luego la existencia de su cueva.

Había armado muy bien la trampa, en la dirección que el animal seguía siempre para entrar al agua. Hasta clavé algunas estacas en el fondo cenagoso, para estrechar el camino y obligarle a que fuera a caer directamente en el lazo. Ya estaría cazada la nutria.

Fué entonces que me hallé con aquel niño en medio del campo. Era un pibe de tres años, con la cara sucia y unos ojos inmensos. Apareció llorando entre la niebla y se tomó de mi mano como si fuera un hijo.

—¿De dónde eres, criatura?

—A *chito*... a *chito*...

¡Hum!... aquello no resultaba un dato muy preciso. ¿Sabría hablar el pequeño? Lo miré con atención y no me fué difícil comprender que aquel niño se hallaba perdido entre la niebla. El, muy grave ahora, parecía ligeramente extrañado de que no hubiera tomado aun mi determinación ante su clara respuesta. Le oí repetir *a chito*, entre dientes, retorciendo la punta de la camisita que llevaba fuera. Volví a interrogarle:

—¿Cómo se llama papá?

—Papá... papá... *atocho*... *shima*... *tito*...

Y se puso las manos atrás, como diciendo: Ahora estarás conforme, ¿o quieres todavía más datos?

Me limpié el ligero sudor de la frente.

—Y mama... ¿cómo se llama?

—¡*Shima!*... a mamá... *avadera*...

Bueno, me dije; a este rapaz me lo llevo hasta que las cosas se aclaren. Decididamente, hijo mío, soy un asno y no te he comprendido una palabra. El, por su parte, estaba dispuesto a seguirme, y ya íbamos a reanudar la marcha, cuando escuché el cercano galope de un caballo.

—¿Quién es?... —grité a través de la niebla, que no dejaba ver a los diez pasos.

—¡Yo!... ¿anda por ahí una criatura?... —me contestó un acento, ligeramente velado por la ansiedad.

—Sí, por acá... por acá... —respondí, conociendo la voz del «andaluz», un tachero que vivía en un ranchito del bajo.

Ranchito, me dije: *chito*... *chito*... Y se hizo la luz en mi nublado cerebro. Y mientras el caballo se iba acercando lentamente, conseguí esclarecer otro término ininteligible: *avadera*... Sí, pues, el chico era hijo de la lavandera!

Renuncio a describir la alegría del hombre cuando se tiró del recado y abrazó al pequeño, a quien ya suponía ahogado en el arroyo o pisoteado por las vacas que abundan allí.

—Ez un demontre er chavaliyo... Mire usté... yego recién der pueblo, sin haber hecho náa, porque ahora pa encontrar una miaja d'estaño hay que tocarze er quinto botón... y me doy en er camino con la Jesusa... «¿Que no has visto ar niño?...» «Que no, mujé...» «Pus se nos ha perdío... ya estará muerto, ahogao, hijo de mi arma!...» Y eya tira po ayá y yo pa este lao... y vea y que Dios lo había mandao a usté!



Enjugóse una lagrimilla y agregó estrechándome la mano conmovido, mientras se disponía a marchar:

— ¡Que mucha gracia!... y me voy porque la Jesusa andará echando las entrañas por esos campos.

— Sí, apúrese... y el día que tenga un momento, allá lo espero... Hay unos trabajitos que darle...

— Cuando usté guste será servío... — y después de subir al hijo, saltando él a caballo: — Pero, lo dicho: el estaño por las nubes... hay que tocarse er quinto botón!

Se fué el andaluz, en el fondo orgulloso de su retoño. El trote del caballo perdióse entre la niebla, que ahogaba los sonidos como una plumazón, y yo seguí mi ruta distraído, ya sin entusiasmo por la caza y deseando vagamente que la nutria no hubiera caído en la trampa...

TIRRITITÍ...

¡Ah! el rancho de Batistín! Era de chapas, sobre paredes de barro, y en eso nada había de particular. Pero su propietario un día se dedicó a la cría de conejos, y como los tenía sueltos, los lepóridos anidaron debajo de la casa construyendo infinidad de galerías.

Toda excavación presupone dos modificaciones: el vacío dejado por la tierra que se desaloja y el montículo formado por dicha tierra. Y si esta operación se realiza debajo de un rancho no muy sólido sobre sus cuatro paredes de quincho y barro, resulta que el edificio al par que se levanta por un lado se hunde por el otro.

La vivienda de Batistín parecía en aquel momento un barco zarandeado por la tempestad.

Al aproximarse el visitante, ponía en rápida fuga un gran número de conejos y gazapos, que por diferentes y múltiples cuevas desaparecían debajo del rancho. A veces aparecían de nuevo por la puerta, lo que hacía suponer comunicaciones interiores.

Batistín vivía allí con su mujer y tres hijos. Ninguno de ellos sabía el castellano, aunque los chicos eran argentinos. Así, pues, las terribles peloteras de Batistín con su mujer no han pasado a la posteridad, debido a que siempre se originaban en el dulce dialecto piamontés. Y el que esto escribe no lo habla ni lo entiende.

Batistín era alto, moreno como un cabileño, alegre, le gustaban el vino y las canciones. Su mujer era pequeña, rubia, trabajadora como una maquinita movida por un motor de energía perpetua. Y de un genio terrible.

Y a Batistín le gustaba el vino... ¡Diablo si le gustaba!... Y cuando se hallaba entregado a la bienaventurada influencia del mosto, la generosidad le desbordaba por todos los poros. Vendía los conejos por cualquier cosa, cuando no se le ocurría hacer un guiso y convidar a los amigos...

Después venía la gresca conyugal, y durante mucho rato no se oía otra cosa que la voz ululante de su mujer, subiendo, bajando de tono, pero siempre en un paroxismo de exasperación. Batistín nada contestaba. Con las manos caídas entre las rodillas, dejaba pasar la tempestad poseído de una cólera sorda. Por fin se hacía el silencio y después de un minuto se oía siempre, invariablemente, esta frase final de la mujer que daba remate a la trifulca:

— *Ti t'irriti ti... ti m'irriti mí...*

Y Catalina, sudorosa, roja como un tomate, volvía a la tina de lavar la ropa continuando la constante faena.

Batistín entonces se levantaba furioso, ataba la yunta al arado y le daba, le daba, hasta dejar a los pobres caballos tendidos, con los riñones rotos...

Entonces se oía resonar entre el gran silencio del campo su voz tonante, que durante una larga hora clamaba al cielo, renegaba de todo, juraba y maldecía. Por fin se hacía el silencio. Y luego, como una *coda*, la consabida frase de Catalina, dicha en un tono de admonición y amargura:

— *Ti m'irriti mí... ti t'irriti ti...*

Como las damajuanas iban y venían y las peleas eran casi diarias, todo el vecindario había tenido oportunidad de escuchar el estribillo más de una vez. Así fué que, poco a poco, concluyeron por llamarle el rancho de los *tirrititi*...

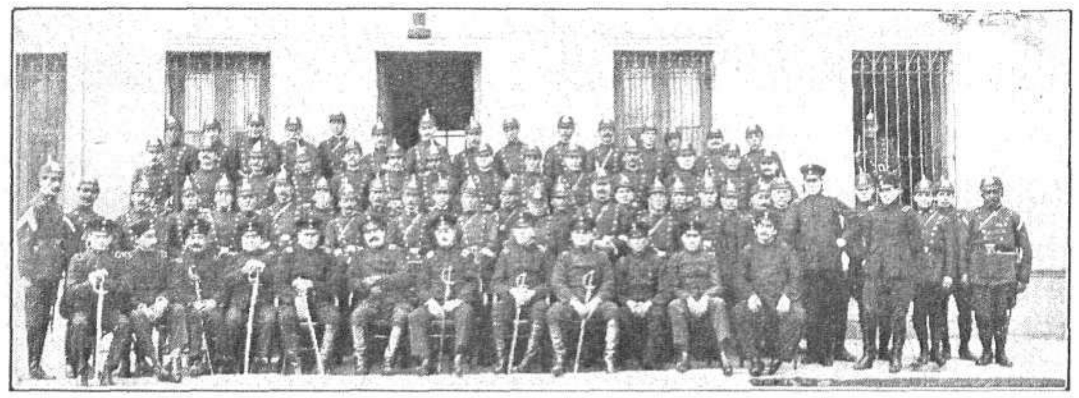
Y ahora solo me falta referir un detalle final. Me hallaba cierta vez ocupado en no sé qué cosa cuando surgió a mi vera, entre el alfalfar, el mayor de los hijos, una especie de saboyanito de ojos azules y cara roja. Como no hablaban en castellano — ya lo he dicho — todo su discurso me fué tan inteligible como si lo dijera en chino. Pero había una expresión muy azorada en sus ojos y me llegó a tirar de la manga con tal insistencia, que le seguí.

Al llegar al rancho, Batistín salía entre una nube de conejos que se desparramaban como blandas pelotas de algodón. Levantó los brazos al cielo, con un ademán liberador. Quiso explicarse, pero no le entendí. Pasamos al interior del rancho...

En fin: hay cosas que en el campo se comprenden fácilmente. Catalina era una mujer en toda la línea, y aquella tarde, quieras que no quieras, tuve que ayudar en mi nuevo oficio de «hada madrina». Y la tierra se pobló con un argentino más...

DIBUJOS DE GIGLI

De Avellaneda



El comisario de la sección 2.ª, señor Eduardo Bertoni, rodeado por el personal superior y agentes que tan eficazmente lo secundan.

LA TIPOGRAFÍA VATICANA

«Il Corriere d'Italia», importante diario de Roma, ha publicado la siguiente interesantísima información:

«El día 23 del corriente, a las once y cuarto de la mañana, acompañado de los altos dignatarios de la corte pontificia, Su Santidad el Papa pasó a visitar los talleres de la Tipografía Vaticana, en donde se han realizado mejoras en el local, maquinaria y material.

«Después de visitar todos los departamentos, el director de la Tipografía ofreció al Padre Santo una publicación editada con motivo de la visita pontificia, o sea: «El texto íntegro de la carta del Papa Juan VIII a Williberto, arzobispo de Colonia» sobre la cual el Padre Santo había hecho importantes estudios cuando fué prefecto de la Biblioteca.

«También le regalaron un ejemplar del Misal romano de forma grande y otro del pequeño y además las copias de todos los trabajos actualmente en curso, entre los cuales son los más importantes: el Catálogo de los Códices vaticanos latinos, el Catálogo de los Códices vaticanos griegos, el Misal y el Breviario bracarense, la «Memoria Apostolorum» de la Vía Apia, de monseñor Duquesne; el Catálogo astrográfico vaticano, de la «Specola Vaticana»; las Fuentes de los Códices de Derecho canónico y otras ediciones muy notables.

«A la salutación de los obreros y al ofrecimiento que le hicieron de dejar dos horas de salario para las víctimas del Etna, el Padre Santo contestó con un admirable discurso a sus obreros, en que les felicitó por el orden admirable que hay en todos los talleres, y les dijo que aprobaba y concedía el nuevo régimen de pensiones que habían solicitado y que entraría en vigor el año próximo.

«Después de darles la bendición apostólica y a besar su mano, el Padre Santo salió de los talleres sumamente satisfecho de su visita.»



La Princesa de Pless
—una de las más hermosas mujeres— y la Cera Mercolizada para el cutis.

LA CERA MERCOLIZADA es un absorbente que, al eliminar las capas exteriores del cutis, viejas, resecas y descoloridas, permite que surja a la superficie de la piel la tez fresca y lozana que se halla debajo. Usela usted durante unas cuantas noches, y verá que, como por encanto, desaparecerán de su rostro ese aspecto marchito y esas arrugas que lo afean aún más. Esta cera, cuya fama es verdaderamente universal, puede ser conseguida en cualquier farmacia, tienda o perfumería.

Traducimos del original inglés la siguiente carta de la Princesa de Pless:

"Muy señores míos:

Experimento verdadero placer al escribirles, pues esto me proporciona el medio de dar a conocer a todas las mujeres el inmenso beneficio que puede derivar para todas ellas del empleo de la Cera Mercolizada. Es de tan esencial importancia la buena apariencia del rostro femenino, que puede afirmarse que una mujer, bien poco es considerada en este mundo si no posee un cutis límpido y una cara sin arrugas. Puedo asegurarles, estimados señores, que la gente cree que soy de menor edad de la que realmente tengo, y es por ello que debo todo mi agradecimiento a vuestra maravillosa Cera Mercolizada, la que he estado usando y uso desde el año 1921, es decir, desde que he vuelto a ver a mi vieja y querida Inglaterra y los amigos que en ella había dejado. Cualquier otra mujer que, como yo, haya hecho uso del "cold-cream" y de esos así llamados *alimentos del cutis* podrá constatar cuán mucho mejor que todos ellos es la Cera Mercolizada para el tratamiento del cutis.

Mi doncella, que se halla a mi lado mientras escribo estas líneas, afirma que, desde que estoy haciendo uso de la Cera Mercolizada, aparezco rejuvenecida. Yo me la aplico todas las mañanas, después de mis abluciones, y todas las noches, antes de acostarme, y, a consecuencia de ello, mi tez se ha vuelto más suave y más blanca, y mis arrugas han ido gradualmente desapareciendo.

Escribo esta carta con el propósito de ayudar a aquellas damas que realmente desean saber cómo deben hacer para tratar su cutis, conservándole el aspecto juvenil, y esto con un gasto nimio, en lugar de engolfarse en esos costosísimos tratamientos de *belleza* y de masajes faciales. Ellas mismas pueden hacerse la aplicación de esta cera, y, si lo hacen, al cabo de bien poco tiempo quedarán sorprendidas por la diferencia que notarán en su rostro. Blanquea el cutis quemado por el sol, y para las manos es lo mejor.

Su atenta

(Firmado) MARÍA TERESA, PRINCESA DE PLESS.

De Villa Domínico



Grupo de señoritas y jóvenes que participaron en la fiesta organizada por la comisión protectora de la Escuela General Urquiza N.º 64 con objeto de allegar fondos para la compra de útiles y ropas que se distribuirán entre los niños necesitados.

EL RELOJ MAYOR DEL MUNDO

Es el del Parlamento inglés. Sus cuatro cuadrantes miden cada uno siete metros de diámetro, y la aguja del minutero avanza diez y ocho centímetros cada cincuenta segundos. Dos horas tarda el relojero, cada ocho días, en darle la cuerda. Y desde el fondo de nuestra alma compadecemos al tal relojero; ¡ahí es nada, dos horas de estar dale que dale a la cuerda! Presumimos que el resto de la semana se la pasará dándose friegas en el brazo. El péndulo del susodicho reloj tiene seis metros de largo. Las ruedas de la maquinaria son todas de acero; la campana de las horas mide 1 metro sesenta y un centímetros de alto, su peso es de varias toneladas.



Oración

SEÑOR: Tú que preservas de la lluvia y del viento
entre dos ramas frágiles el milagro de un nido,
Tú, que en la cumbre tronchas a la encina robusta
y en el valle respetas la corola de un lirio...

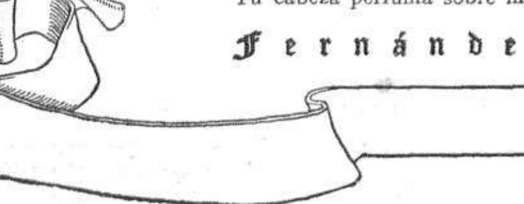
Protege nuestro amor, nuestro tesoro único;
debes estar contento de vernos siempre unidos,
y por fin, oh, Señor, oye esta dulce cosa:
las gentes se aman más después de habernos visto.

Vida

Llego a mi casa a veces un poco fatigado
del polvo del camino y del sol irritado.

Un ligero descanso tórname el humor bueno;
almuerzo sobriamente, pero almuerzo sereno.

Con el bocado último me voy a sestear;
me llevo siempre un libro amable que hojear.



Al despertar, el libro yace en cualquier rincón.
Tu cabeza perfuma sobre mi corazón.

Fernández Moreno

CAPRICHOS Y REALIDADES

MI RONDA DE SAN JUAN

La luna del amor,
la luna de oro viejo,
está en el claro espejo
que tiene el surtidor.

Los chorros vienen, van.
Y ahora, la rotonda
le está haciendo la ronda,
la ronda de San Juan.

MIRADAS

Ojos, luceros y luna,
y un abanico de estelas.
Los focos en la laguna,
se alargan en lentejuelas.



EL GUARDIAN

Para los niños pobres
es el terrible cuco.
Parece que asomara
siempre con un trabuco.

¡YA VERAS LO QUE TE PASA!

Yo andaba bajo los plátanos
con Darwin y la gramática.

Tú, coqueta, y él, un vivo...
y solos por esta plaza.

Catorce años y con ése...
¡Ya verás lo que te pasa!

PEDRO HERREROS



N.º 40—**Preciosa Faja** toda de elástico de seda. Revela este modelo la encarnación genuina de la elegancia. Pesos..... **25.—**

N.º 105 — **Rico Corsé** en brocato de seda, adornado con finas valencianas, presillas y cuatro ligas de seda, $ **22.—**



Señora:

Para que sus vestidos adquieran la característica de la moda, y el cuerpo la forma escultural que distingue a la mujer de buen gusto, debe visitar la

CASA IZQUIERDO
Carlos Pellegrini, 490

y adquirir uno de sus famosos

CORSÉS O FAJAS

únicos que responden ampliamente a las leyes de la estética y distinción, armonizando la moda con el arte que impera en su esmerada confección.

Los pedidos para el interior los despachamos en el dia sin recargo en los precios.

Casa Izquierdo

La más importante de Sud América

C. Pellegrini, 490
BUENOS AIRES
Unión Telef. 38 Mayo 0313



N.º 25—**Hermosa Faja** para sostener el vientre, confeccionada en rica batista de hilo floreada y elástico adelante..... $ **18.—**

N.º 20 — **Elegante modelo de Corsé Faja,** confeccionado con rico elástico de seda y tricot de hilo, pesos....... **18.—**

De Martínez



Equipo del Club Santa Fe ganador de las copas donadas por el gobernador doctor Mosca y el doctor Severo M. Lubary.



Equipo del colegio San Salvador que, no obstante el brillante juego desarrollado, resultó vencido por el club Santa Fe.

ESPECIALIDADES DE LA CASA AMERICA



¡NUNCA VISTO!

GUITARRA

VALENCIANA

LEGITIMA

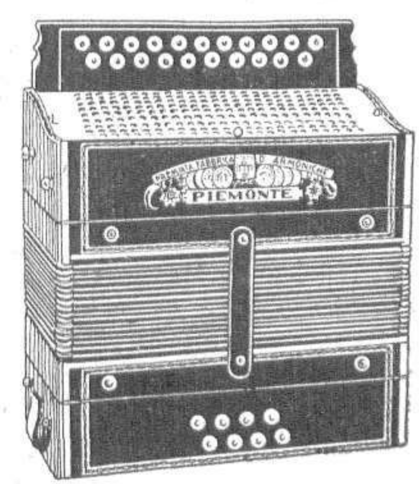
$ 39.-

Precio Reclame

para dar a conocer su calidad insuperable. Precioso instrumento, construído con todo esmero en madera extrafina de Nogal de los Pirineos, cuádruple filete alrededor de la tapa armónica, boca típica **Valenciana**, voces inmejorables. Se remite con método para aprender sin maestro y embalaje gratis. Otros modelos de guitarras Nacionales, Españolas e Italianas desde

9.50 hasta $ **500**

Solicite catálogo ilutrado N.º 23 enviando $ 0.20 en estampillas.



ACORDEONES FINOS

N.º 6010. — **Acordeón** de 8 bajos, voces fuertes y vibrantes. Con método para aprender sin maestro y embalaje gratis............................ $ **18.—**

N.º 6015. — **Acordeón PIEMONTE**, 8 bajos y 19 voces de acero. Con método para aprender sin maestro y embalaje gratis.......................... $ **30.—**

N.º 6017. — **Acordeón PIEMONTE**, 8 bajos y 21 voces de acero finísimo, modelo igual al dibujo. Con método para aprender sin maestro y embalaje gratis $ **67.50**

Grandioso surtido en acordeones SEMITONADOS, a PIANO y CROMATICOS, exclusivamente artículos finos y modelos de STRADELLA. Solicite gran catálogo ilustrado N.º 26 enviando $ 0.20 en estampillas.

VIOLINES FINOS Modelo STRADIVARIUS

Fabricación esmerada, sonoridad incomparable...

N.º 4100 bis. — **VIOLIN** tipo «Conservatorio», completo, con estuche, arco y pez, a........................ $ **33.—**

N.º 4101 bis. — **VIOLIN** de orquesta, completo, con estuche, arco y pez a.................................. $ **38.—**

N.º 4102 bis. — **VIOLIN** de salón completo, con estuche, arco y pez, a................ $ **45.50**

N.º 4103 bis. — **VIOLIN** de gran orquesta, completo, con estuche, arco y pez, a.......... $ **53.—**

Otros modelos desde $ **25.—**. Solicite gran Catálogo ilustrado N.º 24 enviando $ 0.20 en estampillas.

Cuerdas Armónicas para violin

Encordado fino, para estudio, $ **1.90**

Encordado extra, para concierto, con 4.ª de plata........ $ **2.60**

Encordado **CONCERTOLA** de gran concierto, 4.ª de plata, pesos...................... **3.40**

comprando los tres encordados en una sola vez.. $ **7.50**



NUESTRAS CUERDAS ARMONICAS DARAN DOBLE VALOR A SU INSTRUMENTO

CUERDAS ARMONICAS PARA GUITARRA

Pídanos un encordado de ensayo y se convencerá. Oferta extraordinaria por un tiempo limitado.

Encordado Tripa Romana impermeable «Colorada», con bordonas de seda amarilla, a...... $ **2.70**

Encordado Tripa Romana impermeables «Amarilla», con bordonas seda violeta, a.......... $ **3.60**

Encordado Tripa Romana «Concertola», con bordonas seda violeta, a...................... $ **4.20**

Por los tres encordados juntos cobramos solamente ..... $ **10.—**

Porte pago a cualquier punto de la República. Cuerdas para toda clase de instrumentos.

Pidan catálogo N.º 30. Buena comisión a revendedores.



AVENIDA DE MAYO, 979 — BUENOS AIRES

NO TENEMOS SUCURSALES. **NO CERRAMOS LOS SABADOS.**



EL HOMBRE DE LOS OJOS INMOVILES



Alfredo R. Bufano

DIBUJO DE BESARES



Era singular este hombre! Yo solía encontrarlo a menudo, dos o tres veces por semana, en el tren en que hacía mis cuotidianos viajes a la ciudad. Era alto, sumamente delgado y de una palidez cadavérica. Vestía todo de negro. Una barba rala y obscura, como descuidada, hacía resaltar la tétrica blancura de su rostro. Pero este hombre tenía algo más llamativo. Eran dos ojos siniestros, horriblemente siniestros. Negros, profundos, luminosos como los de vidrio; y como los de vidrio, inmóviles. Jamás los vi moverse. Jamás los vi girar hacia uno u otro lado. ¡Eran dos ojos siniestros!

Yo tomaba habitualmente el tren que pasaba por mi pueblo a la una y media de la tarde, que era, justamente, en el que con mayor frecuencia solía encontrarme con el hombre de los ojos inmóviles.

Recuerdo que, la primera vez que lo vi, era una de esas tardes de invierno, lluviosas y tristes, propensas a llenar de angustias la pobre alma viajera. Subí a mi tren y me interné en uno de los coches pequeños, de veinte asientos apenas, donde se suele viajar mejor o, por lo menos, más recogidos. Elegí el último asiento de uno de los ángulos, dando espaldas a la marcha del tren, cuyo puesto vecino, o sea el de enfrente, estaba ocupado por el extraño pasajero que tanto hubo de preocuparme. Yo me senté. Dejé mis papeles a un costado, y me disponía a abrir un libro para leer, cuando me dió por fijarme en mi vecino que permanecía en su asiento, erecto y pálido como la imagen de un lienzo antiguo.

Claro, le miré a los ojos. Y un extraño temblor me sacudió los nervios. Estaban fijos en mí. Terriblemente fijos; como clavados en los míos. Vidriosos, inmóviles, siniestros.

Bajé la mirada, como ruborizado o molesto, y cuando volví a levantarla con el anhelo vehemente de encontrarme con la de mi vecino dirigida hacia otro punto, me estremecí de nuevo. Ahí estaban los ojos, siniestros, inmóviles y luminosos.

Un desasosiego se apoderó de mí. Cualquiera hubiera notado mi turbación. Pero mi vecino permanecía como siempre: recto contra el respaldo; las piernas juntas; las manos, escuetas y blancas, apoyadas abiertas sobre las rodillas enjutas. Yo hice esfuerzos inauditos por simular la lectura; pero era imposible. A pesar de tener mi rostro inclinado, yo «sentía» la mirada de aquel hombre entrándoseme por el cuerpo como una hoja de acero. Y maquinalmente levantaba los ojos para mirarlo, y volvía a bajarlos con un secreto temor.

No hacía un solo movimiento. Parecía un cadáver sentado frente a mí. Aquel viaje fué torturante. Un impulso instintivo me indujo más de una vez a levantarme y dirigirme a otro coche, pero la curiosidad, que puede más que la cordura, me obligaba a quedarme y seguir sufriendo mi extraño suplicio.

Yo fingía leer. De pronto se abrió la puerta del coche y entró el guarda. «Boletos, pases y abonos», sonó la voz. Yo sentí un íntimo regocijo, algo así como la alegría de los niños miedosos cuando ven que alguien viene a acompañarlos.

«Ahora tendrá que moverse», pensé yo con cierta satisfacción. Llegó el guarda, y el hombre de la cara de momia levantó despaciosamente una mano, la llevó al bolsillo del chaleco y sacó su abono, no boleto, mostrándoselo al guarda, que siguió su tarea. Pero entretanto, su rostro no se había movido para nada; y sus ojos estaban en mí, como dos puñales...

Por fin llegamos a la estación ciudadana. Esperé a que todos bajaran. El extraño viajero se levantó como un autómata y se dirigió hacia afuera. Yo le seguí. Descendió al andén y se perdió entre la confusión de pasajeros como una sombra fantástica; siempre erecto, ahora más que nunca, y con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, sin moverlos para nada. Me adelanté, busqué, pero no pude hallarlo más.

La figura escuálida y singular de aquel extraño tipo se me quedó metida en la cabeza como una garra de cuervo. ¡Y sus ojos! Siniestros y horriblemente inmóviles, los veía ante los míos como dos puntos negros en perpetua estabilidad.

Pasé un día malísimo. Anduve por la ciudad como aturdido, y al anochecer tomé mi tren de regreso.

Lo primero que hice fué cerciorarme de que mi vecino no fuera el mismo del día. No obstante, fué allí en el viaje, allí en el coche, de regreso a mi pueblito, donde más se acentuó la obsesión de los ojos inmóviles del hombre de la cara de momia.

Seguramente mi vecino de ahora se sintió molesto por mi manera insistente de mirar, porque, algo nervioso, pero cortés, me preguntó acercándoseme: «Discúlpeme, señor, ¿me conoce usted?», a lo que yo, reaccionando, contesté en seguida con amabilidad: «No, señor; perdóneme; estaba distraído...»

Llegué a mi destino, y la figura estática de aquel hombre se me aparecía en todas partes. Al doblar una callejuela; por entre los árboles del camino; por encima de los setos; así, como una persistente alucinación.

Por la noche me entregué a la lectura, haciendo todo lo posible por distraerme. Afuera caía una garúa helada y finísima. Me senté ante mi mesa, frente a la ventana que daba al huerto, silencioso y enigmático, poblado de rumores de ramas bajo la noche profunda. Toda la casa dormía. A mi alrededor sentía, presentía, algo así como un soplo de las cosas de más allá de la vida...

Después de algunas horas de lectura alcé mis pupilas fatigadas dirigiéndolas hacia los cristales de la ventana. Un estremecimiento de espanto me hizo quedar frío como un trozo de mármol. Pero no pude apartar la vista de aquel lugar. Había notado primero algo obscuro que se movía detrás de los cristales, y fijé más que nunca los ojos. Era, en efecto, la cabeza de un hombre que iba subiendo paulatinamente, con una lentitud de muerte. Vi el cabello negro, alborotado; luego la frente, profundamente lívida; y después, poco a poco, aparecieron los ojos, los terribles ojos inmóviles, siniestros y brillantes, que me contemplaban desde la obscuridad como dos ojos de gato.

Y la cabeza trágica subía, hasta que llegó a la altura del cuello, y ahí se quedó como incrustada en los cristales. ¡Y era el mismo rostro pálido, con su barba rala y negra, su boca descolorida, con sus comisuras profundas; y sus ojos, los ojos esos inmóviles y siniestros, sin color definido, fijos en los míos como dos puñales!...

El espanto me había dejado rígido. No pude articular ni una sola palabra; no pude hacer ni un solo gesto.

La cabeza obsedante fué bajando, paulatinamente, como había subido, hasta que volvieron los cristales a quedar transparentes, dejándome ver una que otra rama que se agitaba en el huerto dormido.

Decididamente fué una alucinación. Pero yo pasé una noche horrible, casi macabra. ¡Qué tipo singular!

Bueno; el hecho es que después me encontré a menudo con el extraño personaje; y tantas veces sufrí su encuentro, que terminé por habituarme. ¡Eso sí, no podía mirarlo a los ojos!

Una mañana, mientras me disponía a dar un paseo pueblerino, salióme al paso una vieja del barrio, quien, toda alarmada, como poseída por todos los dioses maléficos, me dijo entre ademanes y volteretas: «¿Ha visto, señor, que nuevo vecino tenemos? ¡Jesús, si lo viera!...» Algo sorprendido, inquirí: «¿Quién es? La vieja, tapándose la cara, continuó como llorando: «¡Ah, señor, es un hombre raro!... ¡Jesús, qué raro! ¡Tiene unos ojos!» «¿Qué?», dije yo sobresaltado. «Sí, señor,¡ tiene unos ojos! ¡Ah, si los viera! Asustan. No se mueven para nada. Están siempre inmóviles. ¡Ay, Dios mío!» A mí, claro, me invadió un sudor frío. ¡Vaya si conocía esos ojos! Reaccionando, aconsejé a la anciana: «No se aflija, señora; debe ser un buen hombre. No hay por qué alarmarse». «Sí, pero ¡tiene unos ojos!»

Así fué. El tipo se había mudado a mi pueblo, a una vieja casa cercana a la mía. Nos encontrábamos a menudo. El hombre había alarmado a todos los pacíficos vecinos. ¡Y nunca hacía nada! ¡Qué de murmuraciones, sin embargo! Brujo, decían unos; loco, decían otros, y no faltó la comadre que lo supuso curandero. Pero el hombre no hacía nada. Vivía en su caserón, pero en una compañía tan extraña como todas sus cosas. Era una criaturita como de dos años. Rubia, rosada, juguetona, como todos los niños que empiezan a sonreir a la vida y a las cosas; y un perrazo enorme. Nada más.

El tipo solía salir con la niñita y el perro a dar unos paseos por los alrededores del pueblo, y a la tarde, de vez en cuando, iba a tomar su tren, y regresaba temprano y con algunos paquetes. En tanto, la niñita se quedaba sola en la casa, y se le veía jugar con el perro por los patios con árboles, como si el animal fuese otro niño como ella.

Una mañana no apareció el vecino. A la tarde tampoco. La casa dormía en un silencio absoluto; parecía deshabitada. Ni el perro ni la niña; nada. Estaba como vacía.

Al día siguiente continuó lo mismo; el vecindario hacía mil conjeturas; claro, todas hipotéticas. Por fin, al atardecer, empezó a oirse intermitentemente el ladrido del perro. Al anochecer era ya un lamento continuo, un lloro desesperado.

Los supersticiosos vecinos se aglomeraron frente a la casa. ¡Qué de caras extrañas; qué de cosas no se decían! Y el lamento del perro que se hacía cada vez más hondo, cada vez más triste y desolador.

Decidimos llamar y llamamos; pero sólo nos respondió el fúnebre aullar. Tomamos la última resolución: avisar a la policía. Esta llegó, y se repitieron los llamados, con más fuerza que nunca; pero también, con más fuerza que nunca, nos respondía el terrible lamento del perro.

Al fin se decidió forzar la puerta. Entramos unos pocos; el comisario, dos gendarmes, dos o tres vecinos y yo. El aullido fúnebre cesó por un momento, pero el animal, al sentir pasos, redobló su música de muerte. Nos aproximamos a la puerta de la la habitación de donde partía el lamento, y se procedió a romperla como la puerta de calle.

Anochecía ya. Los últimos fulgores del crepúsculo iluminaron el cuadro en toda su misteriosa tragedia. Un espasmo de horror nos detuvo a todos. Retrocedimos espantados. La habitación, en completo desorden, nos hizo suponer una lucha espantosa. Y allí, sentado en el suelo, y recostado contra la pared estaba el hombre extraño, pálido como nunca, con toda la garganta destrozada como por una terrible mordedura...

Tenía las manos crispadas y manchadas de sangre. Y sus ojos, los ojos de siempre, más abiertos que nunca.

El perro seguía aullando, pero despaciosamente, mientras agitaba la cola como agradecido.

De pronto un pensamiento nos asaltó a todos. ¿Y la niñita? Buscamos, llamamos; nada. Todo fué inútil. Había desaparecido.

Nos acercamos al desconocido, y alguien que no era yo se atrevió a tocarlo: «Está muerto», dijo, y retrocedió unos pasos haciendo una mueca de miedo y de repugnancia...

La noche había caído. Los ojos siniestros brillaban en la semiobscuridad de la alcoba. Y el perrazo negro, como asustado, corrió hacia el fondo de la casa desierta y empezó de nuevo su espeluznante responso.

A los pocos días yo dejé aquel pueblo para siempre.

FIN

De Tigre



Señoritas y jóvenes que integran la comisión directiva de la Sociedad Recreativa y Filodramática "Glorias que nacen" y que organizaron un festival comemorando el IV aniversario de la fundación de dicha entidad.

LA EDAD DE LOS MARES

El profesor Frank Clarke, que es una de las figuras preeminentes de los Estados Unidos en todo lo que se relaciona con los estudios de las ciencias geológicas, ha calculado recientemente que el océano debe tener unos noventa millones de años de existencia. Esto, como es de suponer, no deja de ser una hipótesis que se basa, no obstante, en datos científicos de la mayor precisión.

Todas las aguas que contienen los mares fueron un tiempo vapor que, en densas nubes, ocultaba la tierra. En el momento en que estos gases empezaron a condensarse formando agua, comenzó el proceso de la adición de la sal a las mismas, siendo ésta la obra de los ríos, que al deslizarse sobre lechos de sales minerales arrastraban grandes cantidades de éstas en disolución, yendo a depositarlas en los mares. Día por día, la cantidad de sales que contiene el océano ha ido aumentando a causa de este arrastre, ofreciendo cada vez más saladas sus aguas, y ésta es precisamente la base del cálculo hecho por el profesor aludido, quien ha comparado la masa de sal que los ríos depositan anualmente en el mar con la que éste posee en los momentos actuales, tales como la evaporación de las aguas y la velocidad de las corrientes.

Las aguas del mar contienen un tres y medio de materias sólidas en disolución y tres cuartas partes de estas substancias son sal común o cloruro de sodio. El resto está compuesto de cloruro, sulfato y bromuro de magnesio, sulfato y carbonato de calcio, sulfato potásico y pequeñas cantidades de otros minerales y cuerpos simples, entre ellos el oro y la plata.



Déjese llevar por Sanatogen a la salud

Después de usar Sanatogen solamente algunas pocas semanas, Vd. podrá constatar que verdaderamente se halla en vías de recuperar por completo la salud.

Dé Vd. el primer paso ahora mismo. Pruebe el Sanatogen, y verá como día por día le conducirá a mejor salud, a nervios más fuertes y tranquilos, a eficacia más grande y a un goce más pleno de la vida.

Más de 23.000 médicos, entre ellos muchísimos de fama mundial, han escrito cartas dando cuenta de sus observaciones respecto a la manera como el Sanatogen reconstruye las células y los tejidos, enriquece la sangre, estimula el apetito, hace que un sueño reparador y libre de pesadillas nos proporcione el descanso que necesitamos e infunde nueva energía y vigor a todo el sistema.

El Prof. Dr. Businelli, de Roma, escribe:

"Con verdadera satisfacción tengo el gusto de participarles que he tenido oportunidad de "administrar el Sanatogen a cuatro enfermos que padecían anemia, demacración y debi-"lidad general, quedando asombrado por la rápida mejoría que observé en estos enfermos."

Sanatogen se vende en todas las farmacias.

Decídase **AHORA** a probar

SANATOGEN

el tónico nutritivo.

De Bahía Blanca



Concurrentes al baile organizado por el Centro Juventud Israelita celebrando la inauguración del salón social propio.

LA MÚSICA Y LOS REPTILES

¿UNA LEYENDA?

Mr. S. Williams, director de la Sociedad norteamericana para el estudio de los reptiles, acaba de publicar el resultado de los experimentos que por el espacio de veinticinco años ha practicado con el fin de comprobar la influencia de la música sobre los reptiles.

«He ensayado — dice el señor Williams en su Memoria — todo género de música, desde el silbato hasta la orquesta sinfónica, y esto con serpientes de casi todas las especies y variedades conocidas... y hasta el presente no he obtenido respuesta de ningún género por parte de los reptiles.

En cierta ocasión creí notar en una hermosa serpiente india signos de inteligencia con respecto a la música. Entonces la coloqué encima del piano, mientras yo tocaba. Miróme un momento con atención, y después se deslizó del piano en dirección a un agujero de la pared, de donde anteriormente había salido un ratón, al que ella diera caza.»

En otro experimento, el señor Williams puso en torno de un violín unas doscientas culebras de todos tamaños y razas, sin que ni una sola diera señales de percibir los sonidos del instrumento.

Según el doctor Williams, parece ser una leyenda lo que se cuenta con respecto a la influencia mágica de la música sobre los reptiles.

Austria fué la primera nación que usó las tarjetas postales.

El águila puede vivir veintiocho días sin alimento.

El cóndor puede ayunar cuarenta días.

EL CORTE Y CONFECCION POR CORRESPONDENCIA
Repujado y Pirograbado

Un alto exponente de progreso y legalidad en la instrucción de la mujer. A los antiguos métodos de enseñanza personal a base de cuotas mensuales, sucede el nuevo sistema de enseñanza por correspondencia, basado en el pago por series de lecciones a medida que las aprende y pide la alumna. Un Instituto único, con sistemas de enseñanza propios y privilegiados por todos los Gobiernos de América.



Señorita Purita C. Alvarez, calle Otamendi, 333, de Juárez (F. C. S.)



Señorita María Cotillo, calle Río Bamba, 1060, de la Capital Federal.

DIPLOMADAS, MEDALLA DE ORO

El Instituto de Artes y Conocimientos Femeninos «Corte Práctico El Profesor» ha venido a llenar una necesidad. Desde que inició sus actividades educativas en esta República (hace poco más de dos años), viene desarrollando una labor tan proficua y eficaz, que pasan de cuatro millares ya los hogares que han recibido sus beneficios, estudiando en la actualidad casi dos mil alumnas. El fundamento de un éxito tan grande estriba en en la maravillosa facilidad y perfección de sus métodos modernos y en la severa legalidad de sus procedimientos.

Así como la enseñanza por correo puede ser un ofrecimiento dudoso cuando lo hace una institución nueva sin prestigios ni méritos reales adquiridos — lo que debe tener muy en cuenta la interesada — en el caso del «Corte Práctico El Profesor» supone una de las más completas garantías que puede ofrecer a la mujer un estudio tan importante y general como lo es el Corte y Confección, y como lo son, dentro de las manualidades más hermosas y de actualidad, el Repujado y el Pirograbado.

Resulta una revelación la lectura clara y concreta de los folletos explicativos de cada curso que envía la dirección en la Argentina a quien los solicite, gratuitamente, tanto en lo que respecta a la perfección de los sistemas como a los detalles de organización, que han de permitir a la alumna — sea cual fuere el lugar en que reside — un estudio completo, agradable y cómodo, al que dedicará las horas que desee, sin preocupaciones sobre el mayor o menor costo del curso y con la certidumbre de que el Instituto no ha de hacerle perder tiempo inútilmente.

Agreguemos que son muchísimas las que hoy cosechan los frutos de lo aprendido, dirigiendo academias personales incorporadas, para demostrar la protección que ofrece el Instituto a sus diplomadas.

Y como las manifestaciones poca cosa significan si no están documentadas con testimonios verdaderos, dejamos la palabra a algunas distinguidas alumnas que honraron al Instituto, diplomándose con las más altas notas a los pocos meses de haber ingresado, rindiendo sus lecciones y exámenes de Corte y Confección por correspondencia.

De los archivos individuales de cada alumna extractamos párrafos de algunas cartas. Corresponden a las dos distinguidas señoritas cuyo retrato adorna esta página:

De la Srta. Purita C. Alvarez.

«Recibí su atenta carta la que «me hace experimentar el placer «de ver colmados mis anhelos al «verme diplomada profesora de «Corte y Confección. Ello no lo «debo solamente a mi estudio y «constancia a que usted se refiere, «sino a la buena dirección de su «parte. Si muchas de las señoritas «que desean diplomarse conocie«ran los beneficios y las facilida«des que su método les ofrece, no «dudo que serían innumerables «sus discípulas.

«Llegue hasta usted, mi querida «señora, la expresión de mi ma«yor agradecimiento y que sea «ésta una de las tantas pruebas de «simpatía hacia el Instituto que «con tanto acierto dirige; y que «los muchos éxitos que su Acade«mia posee sean seguidos cada día «por otros más grandes, son los «deseos de su reconocida alumna.»

De la Srta. María Cotillo.

«Nunca me cansaré de agrade«cerle el comportamiento que ha «tenido conmigo el Instituto en «todo momento durante mis es«tudios, los que en ninguna otra «forma me habría sido posible rea«lizar debido a mis ocupaciones. «Comprendiendo que el estudio en «otra forma hubiera significado la «pérdida de años enteros, quien «sabe si inútilmente, supe que en «su Instituto, sin desatender mis «obligaciones, podía aprender y me «decidí. El resultado es un verda«dero reconocimiento, que me «obliga a ser en todo momento una «sincera propagandista de su valio«sa enseñanza.»

Dirección en la Argentina, calle Córdoba, 3863, Buenos Aires.
(En Montevideo, Av. Agraciada, 803).



En el frigorífico



El oficio de Gregori era el de carpintero. Su habilidad, indiscutida, no le autorizaba, aun después de cinco años de servicios en la fábrica, a ser más que peón en la «cajonería». Decían muchos que era culpable de su estancamiento la afición del catalán por el *vino tinto*. Acaso no se equivocaban mucho.

Gregori tenía por jefe a un italiano quien, según él, no había visto nunca de donde se obtenía la madera, porque en aquella cabeza no cabía la idea de que madera y árbol eran, al menos, cosas parecidas. No obstante, era el capataz. Gregori se reía cuando pensaba en ello.

— ¡Recorchos! Para ser carpintero aquí no hace falta saber cepillar, ni haber tenido en las manos una garlopa nunca. ¡Carpinteros! já, já...

Efectivamente, allí no se trabajaba la madera ni poco ni mucho; se hacían cajones y nada más. Llegaban las tablas cortadas, cepilladas y hasta con la impresión a fuego del nombre del establecimiento, en fardos. A máquina se iban uniendo aquellas tablas, unas maquinitas que parecían relojes por lo exactas y que clavaban matemáticamente sus cinco clavos sin que el que la manejara tuviera otro trabajo que el de cuidar que las tablas fueran quedando «a escuadra» bajo el martillo. Aquello era un trabajo de chiquillos. ¿Y para ir a parar en eso había malgastado tantos años al lado de un banco, jadeando con el serrucho y echando el quilo con la sierra? Así iba todo empeorando desde que las máquinas suplantaban el brazo del obrero! Aquellas maquinitas para hacer cajones ahorraba cada una lo menos cinco obreros, y eran diez las maquinitas ¡Recorchos! Llegaría un día en que en cada sección de una fábrica no haría falta más que un chiquilín: el engrasador de las máquinas.

— El progreso nos reventará definitivamente — decía, — nos quitará del medio. Aquí, ya lo ven ustés, se hacen los cajones a máquina, se hacen los tarros, se embalan, se cierran, se pintan, ¡todo a máquina! ¿Cuánta gente, a ver, cuánta gente se queda sin trabajar por culpa de eso? ¡Miles de hombres! ¡Esto es todo un problema!

Se rascaba la cabeza como buscando ideas, y seguía asustando a sus oyentes con el pavoroso porvenir que entreveía:

— ¿Han visto ustés que ahora en el escritorio ya no sólo escriben a máquina, sino que suman, restan, multiplican y lo calculan todo con otra maquinita que manejan dándole vueltas a una manija? ¡Pues eso! ¡Ya nos cuentan los miserables centavos que ganamos, a máquina! ¡Y los que sepan sumar por haberlo aprendido en la escuela, a la calle, por burros! ¿Pa'qué va ir uno a la escuela a romperse los cascos metiéndose adentro toda la tabla de multiplicar si después salimos con que eso lo hace una maquinita?... ¡Corchos! ¡Y todo va asimismo, ven ustés! Ahora dicen que el martillo de la playa no lo va a manejar más nadie, que traerán un martillo automático, ¡otra maquinita!, que, zas, sola, va a matar más bueyes en una hora que diez hombres en un día. Y en la playa los peones que se ganan la perra vida empujando reses, se irán a la calle también, porque los animales marcharán solos también por unos nuevos guinches que ha inventado un gringo... ¿Y qué haremos los hombres, vamos a ver, cuando too sean máquinas?

En su afán de probar lo que decía, poníase Gregori a detallar cuanto se hacía en la fábrica, comenzando desde el momento en que el animal entraba en los corrales hasta que quedaba encajonado y en el buque, mencionando las operaciones en que entraban las máquinas a ahorrar jornales a los dueños.

En cuanto se dejaban limpias las reses y enfiladas como un batallón rojo, en la «playa», que íbase aquietando de a poco, un grupo de peones a las órdenes de un capataz, libreta y lápiz en mano, comenzaba a catalogar aquellos trozos de animales que humeaban aún. Para el «mercado» apartábanse no más de un centenar de reses, las mejor «presentaditas»; destinadas a los cuarteles de Marina se corrían hacia otros guinches toda una serie de patas y paletas, «cuartos» de animales a los que se quitaba previamente los mejores pedazos — lomo, costillas, «bifes de chorizo» — para los grandes hoteles que se surtían directamente del establecimiento, o de no — como era carne que se daba a bajo precio, para cumplir con el compromiso de una licitación oficial — retazos de animales que habían sido destrozados por los veterinarios eliminando abscesos. Hecho este primer aparte, operación que no duraba más que minutos, llevábanse las reses escogidas para «frío», corriendo siempre por unas roldanitas, y quedaban allí las flacas para «despostar».

La «despostada» comenzaba antes del amanecer, o a media noche cuando la faena era abundante. La «playa» que había quedado en reposo unas horas, semiobscura y silenciosa, se poblaba con un centenar de hombres, emblusados en blanco, calzados los zuecos de madera o las ensebadas botas, con su delantal y su gorrita de brin. Las medias reses se corrían a una cercana cámara donde en poco tiempo quedaban convertidas en pedacitos, la carne a un lado, los huesos a otro. Largas mesas de zinc con reborde de tabla llenaban la cámara, espaciosa, blanca, fría... Montones enormes de carne iban llenando las mesas hasta que otros hombres llegaban empujando unas grandes canastas de hierro sobre sonoras zorras y se las llevaban. ¡Era de ver las manos de los despostadores! ¡La rapidez asombrosa de aquellos cuchillos pelando huesos sin



dar un solo tajo inútil! ¡Cuando pelaban los costillares, arpas de gruesas cuerdas rojas, con todo arte, casi matemáticamente, hasta en la manera de mover los brazos!

Transportada la carne en los canastones hasta la boca del «saladero», entraba en juego la primera *maquinita*. Volcábase la carne en una especie de gran embudo donde cuchillas encontradas cortábanla en trozos no mayores que la palma de una mano, escapando en seguida, por unos largos tubos de hojalata, al subsuelo, donde otros hombres armados de cuchillas y palas la distribuían en las enormes piletas de la salmuera, donde quedaban, sazonándose, cuarenta y ocho horas.

La carne que no se destinaba a la salazón íbase, por unos ascensores, con canasto y zorra, al primer piso, donde estaban las *cocinas*.

Las *cocinas* eran cuatro filas conteniendo cada una seis redondos recipientes de hierro. En cada recipiente cabría con toda comodidad un buey sentado. Cada cocina tenía una tubería para la renovación del agua, que hervía a vapor, conducido hasta allí por otros tubos. Los canastones con la carne se sumergían en estas cocinas mediadas de agua, quedando sujetos por unas grampas. Dábase vuelta a una llave, el vapor calentaba el agua y un cuarto de hora después hervía el enorme puchero que daba gusto verlo. Los «cocineros», con su gorrito blanco como cualquier congénere de fonda, munidos de una pala de hierro más alta que ellos removían la carne, y con movimientos de remeros echaban fuera la espesa espuma morada que se formaba en la superficie de los tachos.

Cocida la carne, ya en su punto, alzábase el canasto por medio de una roldana, se dejaba escurrir el agua, y se corría hasta nuevos guinches. Una máquina muy sencilla hacía el traspaso de la roldana grande a la roldana chica, y allá marchaba el canasto, chorreando agua aún y humeante, hasta el otro extremo del galpón, donde dos silenciosas máquinas esperaban que le fueran arrojando paletadas de seis libras de carne hervida para encargarse ellas solas de meterla, bien prensadita, en los tarros. Llenos los tarros y retirados de la máquina, un ejército de peones, ataviados como los «cocineros» con su delantal, su blusa y su gorra blanca, volvían a pesarlos, rectificando su contenido, quitando o agregando trozos; limpiaban otros la boca del tarro para facilitar el estañado que no se adhiere con la grasa; poniéndoles la tapa y echándolos a las «soldadoras», unas especies de tornos que facilitaban grandemente la labor de soldar la redonda tapita. Pasaban de allí los tarros a las «bombas» neumáticas, que se encargaban de quitarles todo el aire que les restara dentro, por un agujerito de la tapa que quedaba en seguida tapado con una bolita de estaño antes de abandonar la «bomba». Y en seguida, en las «sarandas» — unas especies de bandejitas de cintas de hierro tejidas — a las *hornallas*, a concluir de cocer.

Según la clase de conserva, era el tiempo que permanecían los tarros en las hornallas a vapor. Quitados de allí por un medio tubo se dejaban correr las «sarandas» hasta el patio, donde una gran pileta de agua fría las recibía, para enfriar y lavar, dejándolos listos para pasar a la «pintada», donde finalizaban los tarros bañados en tinta azul, brillantes, desconocidos, después de tanto traqueteo.

A máquina se pintaba y máquinas eran las que empujaban el tarro al *secador*, donde en dos minutos quedaba la pintura seca. De allí pasaban a la sección «etiquetas»; cien muchachas que pegaban los papeles de colores con una agilidad admirable. Un grupo de peones iba apilando los tarros por clases, formando verdaderas montañas de tarros. Los encajonadores se servían de ellas. Llenaban y llenaban cajones y más cajones, y otros en *zorras*, crujidoras en sus rieles, se los llevaban al «embarcadero», al galpón del depósito o directamente a las bodegas del mismo buque que las transportaría a Europa, atracado éste en el Riachuelo, a los fondos de la fábrica.

Cuando Gregori terminaba de explicar detalladamente todo el manipuleo de la carne vacuna, desde que el animal entraba al corral hasta que, en tres días a veces, concluía perfectamente entarrada y encajonada, en las bodegas de un buque, comenzaba a explicar la matanza y el manipuleo que a su turno sufrían las ovejas y los cerdos.

El chiquero de los cerdos estaba al lado de la *playa*. Allí, cuando comenzaba la *matanza*, prendíanle a cada animal una cadena de una pata trasera y quedaban izados de un guinche, gruñendo fortísimamente, porque no había quien hiciera en todo el establecimiento más estrépito que los chanchos. Corrían por los guinches hasta enfrentarse con el *degollador*, un diablo con mandil de cuero, ensangrentado hasta las orejas, que iba clavándoles el cuchillo en el cuello conforme pasaban por su lado, permaneciendo sólo un momento quietos, sobre una canaleta de argamasa, desangrándose. Al instante subía el cerdo al primer piso, mediante un juego de cadenas, y allí caían matemáticamente en una pileta de agua hirviendo para pelarlos luego con más facilidad. Rosaditos salían de allí, como chiquillos recién bañados. Algunos caían en el agua con un tanto de vida aún, y gruñendo...

Las ovejas, en cambio, eran la antítesis de los barulleros cerdos. Las tomaban de las cuatro patas y colocaban boca arriba en unas arqueadas tarimas de hierro, con la cabeza suspendida sobre una canaleta de latón. En esta posición quedaban como sesenta o setenta animalitos, sin que se quejara ni uno. Tres hombres iban colocándolos y uno solo degollándolos. Se dejaban degollar bíblicamente: sin chistar. Movían unos minutos sus patitas mientras se desangraban y miraban con ojos de dulce sorpresa a los hombres que las mataban. Eso era todo. Al instante estaban sobre otros taburetes, siempre patas arriba, sin piel, dejándose revisar por los veterinarios.

Al catalán le fatigaban los estruendosos cerdos que, desde que entraban al chiquero hasta que los dejaban perfectamente muertos, no cesaban un momento de gruñir como si presintieran el fin que los esperaba, pero le desesperaba y hasta le daba lástima aquella incomprensible mansedumbre de las ovejas dejándose degollar como... ovejas... ¡Pobrecillas! Algunas había visto él que lo miraron en el instante de morir de una manera que Gregori sintió la necesidad de disculparse, de pedirles perdón. ¡Recorchos! Aquellas miradas parecían interrogaciones. ¿Qué hemos hecho nosotras para que así nos tratéis?... ¡Nada, nada, no habían hecho nada! Pero era necesario convertirlas en conserva para que se las comieran unos hombres rubios, unos hombres negros, unos hombres de muy distintas razas, que allá, lejos, lejos, estaban también degollando y dejándose degollar sin haber hecho nada tampoco, sin más delito que el de haber nacido hombres, como estos pobres animalitos habían nacido ovejas...

B. GONZÁLEZ ARRILI



Notas varias



Profesor A. F. Frizziani, que ha tenido la gentileza de obsequiar a "Caras y Caretas" en su 25.° aniversario con una bella composición musical.



Señorita Magdalena Dragonetti, recibida de profesora de solfeo, obteniendo en los exámenes el primer premio.



Señor Nicolás Selén, director de "El Censor", periódico que bajo su dirección ha entrado en el 9.° año de su existencia.



Señor Guillermo J. Southam, ganador del premio de "Caras y Caretas" en las carreras de palomas organizadas por la Sociedad Mensajeros Belgranenses.

RETRATOS DE LOTI

Pierre Loti, el insigne novelista francés recientemente fallecido, era uno de los hombres que más se han fotografiado.

Las tarjetas postales han divulgado su imagen vestido de marino, de paisano, de académico, etc.

Un fabricante de pastas alimenticias se ha servido de la imagen del novelista para ponerla en todos sus saquitos de macarrones y de fideos. Se ignora el por qué.

Loti era de una coquetería tan grande como la de la mujer más coqueta, y cuando un periódico ilustrado reproducía su persona, tenía gran cuidado de hacer retocar el retrato, adelgazando el talle, y de borrar las arrugas de su fisonomía.

Sin embargo hay que añadir a esto que detestaba una de sus fotografías, quizá la más conocida de todas las que representan al Inmortal, el bicornio bajo el brazo y un aire favorecido y adonizado.

Habíasele enviado a Loti un ejemplar de esta fotografía con objeto de que estampara su firma en ella. Rabiosamente rayó a plumazos la cabeza de la fotografía, devolviéndola a su destinatario acompañada de otra fotografía que tuvo a bien rubricar.

Jamás concedía un autógrafo. Pero en esta ocasión hizo excepción a la regla, con objeto de indemnizar a su admirador de haberle inutilizado la fotografía por él enviada. La que Loti autorizara, subrayándola con su nombre, nos le muestra de perfil, vestido de chaqueta, los brazos desnudos, soñadora la fisonomía.

Es una fotografía muy retocada; data de 1911, y Loti parece en ella no tener más de veinticinco años.

No se sabe por qué esta fotografía le gustaba más que la otra, puesto que es aún más pretensiosa.

Quizá precisamente sea ésta la razón.

El hombre sabe transformar el mundo exterior con su genio y su voluntad. Aprenda a transformar también con su voluntad y su genio, sus propios egoísmos, y entonces sí que todo será luz.



El Ilmo. Monseñor Santiago L. Copello, Obispo auxiliar de La Plata, agradeciendo en sentidas palabras las demostraciones de afecto de que fuera objeto durante su última visita a esta localidad.

EL ALUMBRADO DE LOS FAROS

A Egipto pertenece la gloria de haber construído el primer faro de que guardan memoria los anales de la humanidad. Dicho faro se hallaba emplazado en la isla de Faros, en la embocadura del puerto de Alejandría. Fué mandado edificar por un gran gobernante, Tolomeo II, seiscientos sesenta años, aproximadamente, antes de nuestra era.

Esta torre media 136 metros de altura, y fué considerada como uno de los monumentos más grandiosos de la civilización antigua, hasta que en el siglo XIV fué arrastrada por el mar.

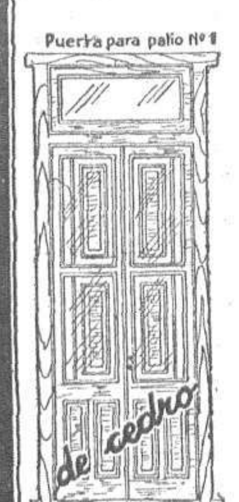
Su luz consistía en una hoguera de madera, habiéndose empleado el mismo procedimiento en todos los faros hasta comienzos del siglo XVII. En 1790 el faro de South Foreland, en Inglaterra, se alumbraba todavía con carbón.

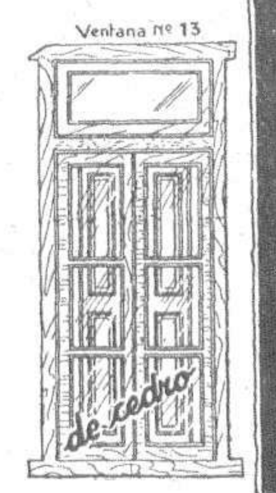
El famoso faro Eddystone, en 1759, se encendía con 10 libras de bujías, y un reloj provisto de una campana anunciaba cada media hora al torrero del faro que había que velar por ellas.

En 1763, lámparas de aceite con reflectores eran empleadas para la iluminación del canal Mersey, y después de la invención del alumbrador Argand, veinte años más tarde, el aceite era el alumbrado típico.

El aceite mineral fué introducido en 1872, y las mechas concéntricas del alumbrador Argand dieron lugar al manguito incandescente, que es el que todavía hoy suministra la luz a la mayoría de los faros del mundo.

Máximum de perfección





y precios más económicos que las de madera inferior, distinguen en forma absoluta a nuestras

PUERTAS Y VENTANAS DE CEDRO

Tenemos existencia permanente de los siguientes números de nuestro catálogo:
1 - 2 - 3 - 4 - 13 - 14 - 15 - 16 - 17 - 18 - 19 - 20 - 21
22 - 23 - 24 - 25 - 26 - 27 - 35 - 36 - 47 - 48 - 51 - 52.

SOLICITE CATALOGO

Acordamos 5 % de descuento

Estos precios comprenden las aberturas con marco y herrajes colocados.

PUERTA N.º 1		VENTANA N.º 13	
De 300×110 c/u.,	$ 94	De 240×100 c/u.,	$ 78
» 280×110 »	» 92	» 220×90 »	» 72
» 260×100 »	» 89	« 200×80 »	» 68

TORTOSA Hnos

Escritorio: **Charcas 2941** - *Buenos Aires*

Los predilectos de las damas

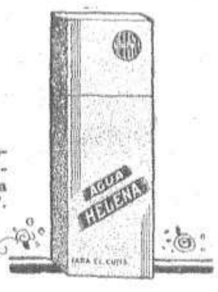
Las señoras y señoritas que aprecian en todo su valor el encanto cautivador de un rostro divinamente bello, hermosean su cutis diariamente con estos exquisitos productos de tocador.







Exija en estas especialidades nuestra marca registrada "LA LECHUGA".





Crema LECHUGA

J. Beauchamphs

Suaviza maravillosamente el cutis eliminando las arrugas y la piel marchita. Evita la formación de pecas, granos, etc., y su uso constante confiere al rostro aspecto juvenil.

Esta crema se expende en envases de loza y vidrio esmerilado.

Pídala en tiendas y farmacias.

Agua HELENA

Producto incomparable preparado a base de éter en las proporciones justas. Higieniza la piel y la blanquea.

Especial contra la transpiración.

Si en su farmacia no encuentra **Agua Helena**, remítanos $ 2.50 y se la enviaremos franco de porte.

Farmacia Danesa y Droguería
DIAZ KELLY
Cabildo, 2171
U. T. 0321, Belgrano - Bs. Aires

PEROGRULLO Y YO

ELOGIO DE PEROGRULLO

De algún tiempo a esta parte vengo estudiando con particular interés cuanto se refiere al inmortal Perogrullo y a su formidable sistema filosófico. Reconozco que, en ocasiones, pongo acaso excesiva vehemencia en esta campaña, reparatoria de una gran injusticia; pero es que, para mí, la figura de Perogrullo, dentro de la filosofía mundial, es no solamente la más grande, sino también la única digna de respeto y de estudio. «Si no hubiera perros no querría vivir», ha dicho Schopenhauer. «Si no hubiese existido Perogrullo, la vida me sería insoportable», digo yo parodiándole. Después de haber consumido muchos kilogramos de filosofía — principalmente de filosofía alemana y de la considerada de mejor calidad — he llegado a la conclusión de que todo eso son logomaquias, simples logomaquias, cuando no verdaderas imbecilidades. El propio Kant, con ser un filósofo tan acreditado, ha escrito verdaderos disparates. Así, por ejemplo, cuando en sus «Principios metafísicos del Derecho», parte segunda, sección primera, capítulo XLIX, «Poder ejecutivo: observaciones generales, sobre los efectos jurídicos que resultan de la naturaleza de la asociación civil», letra A, afirma que «el pueblo no tiene derecho para oponer jamás resistencia al gobernante, aunque éste obrase contra las leyes», en razón de que el gobierno es emanación de la Divinidad. Y bien: esto, que constituye un dislate, no era menos dislate en la época en que fué escrito. Afirmo estas cosas así, con toda valentía, porque he hecho siempre un verdadero culto de la sinceridad, y, además, porque considero poco probable que haya descendientes de Kant establecidos en esta República.

Quería dejar sentado que todos los sistemas filosóficos, incluso el kantiano, están en discusión, que están plagados de incongruencias y de inexactitudes. El único sistema que puede aceptarse de plano, el único sistema filosófico limpio de todo error, es el sistema perogrullano (si se me permite la denominación). Por eso me he consagrado con tanto ahinco a recopilar la filosofía de Perogrullo, a comentarla, a difundirla entre el pueblo. Me declaro albacea intelectual de Perogrullo.

Resultado de toda esta labor — de esta vasta y compleja labor — será un volumen monumental que probablemente se imprimirá en Leipzig y que bajo el título general de «El jardín de Perogrullo» contendrá todo lo que de la obra filosófica de Perogrullo haya podido compilar. Reconozco que es ése un jardín hasta ahora completamente abandonado, un jardín que han ido invadiendo el cardo, la ortiga y el jaramago; pero esta misma necesidad de destrozar, de destruir la maleza, hace doblemente interesante cada nuevo hallazgo. Porque el jardín de Perogrullo es un inmenso jardín, un jardín que no tiene linderos, un jardín del que cada día se descubren nuevos arriates.

La tarea, por lo demás, nada tiene de fácil. Comparativamente, es muy poco lo que ha escrito Perogrullo. El Maestro prefería exponer sus doctrinas e inculcar sus principios por medio del diálogo, como Diógenes el Cínico, como Sócrates Alopecense, como todos los grandes y verdaderos filósofos. Nunca le preocupó que su nombre saliese en letras de molde. Por tal causa, la mayor parte de sus aforismos, máximas, parénesis y apotegmas andan de boca en boca entre sus discípulos y continuadores, que no son tan escasos como pudiera creerse. Y a esas fuentes he debido acudir a fin de dar cima a mi trabajo.

Mi eminente colega don Jorge Moineaux, alias «George Courteline», en esa obra genial, en ese verdadero monumento de la filosofía contemporánea que se titula «La philosophie de Georges Courteline», segunda parte («Oú des verités qui, sans doute, ne sont guére que des paradoxes, alternent avec des paradoxes qui sont peut-etre des verités»), formula esta afirmación estupenda: «Sganarelle et La Palisse sont peut-etre de touts les hommes (moi compris) les seuls qui ne me paraussent pas ridicules». Permitid, pues, que yo, a mi vez, declare rotundamente que Perogrullo, entre todos los filósofos que en el mundo han sido, es el único que me parece de veras inteligente, el único que nunca se ha equivocado, el único a quien no se discute, el único que no ha dicho disparates; en una palabra, el único que merece nuestro respeto.

AFORISMOS SELECTOS

En el amor o en la mesa, que el último minuto de placer no sea el primer minuto de saciedad. Levantémonos de la mesa o separémonos de la amada con un poco de apetito.

—

Se creyó siempre que los críticos más fastidiosos son los que a todo le encuentran un «pero». En la actualidad, son peores los que a todo le encuentran un «empero».

—

Los ilusos que sueñan con una sociedad ideal, piensan que el amor puede ser su base. Ignoran que es el amor en sus diferentes formas — el amor patrio, el amor religioso, el amor familiar, el amor sexual — quien ha engendrado, quien continúa engendrando todas las injusticias. El amor es siempre tan injusto como el odio; como que no es sino el odio visto por el revés. En realidad, esa sociedad perfecta sólo podría fundarse sobre la base de la inteligencia, y, desgraciadamente, cada día es menor el porcentaje de personas inteligentes. Por otra parte, el amor es indestructible. Concretándonos a una sola de sus manifestaciones, al amor sexual, nos encontramos con que ese sentimiento resiste indemne todos los embates. No lo ha podido destruir ni la institución del matrimonio cristiano.

—

Hasta para morir con cierta comodidad se necesita gozar de buena salud.

—

Es desagradable haber nacido en una época en que la cuestión sexual puede ser todavía motivo de preocupación. Yo pienso que Freud está en lo cierto, pero que no lo estaría en una sociedad más inteligentemente organizada.

—

Es curiosa, en el

amor, la facilidad con que creemos aquellas cosas que necesitaríamos que fuesen ciertas.

En ninguna parte se encuentran tantas mujeres razonables como en las altas clases sociales; salvo, acaso, en la Martinica. La parquedad en la indumentaria es ya una prueba de buen gusto y de inteligencia.

No recuerdo en cuál de sus obras — creo que en una memoria laureada por la Real Sociedad de Copenhague — Perogrullo define el amor como «la gratitud de la carne». Según dicho filósofo, esa gratitud puede ser anticipada, simultánea y «a posteriori». La gratitud anticipada, o gratitud motivada por placeres hipotéticos o en perspectiva, suele llamarse amor platónico. La gratitud «a posteriori» es el amor conyugal de los ancianos.

«Et le reste est litterature».

Jesús le dijo al hombre: «No desearás la mujer de tu prójimo». Y en este punto procedió como lo que era: como un dios.

Pero se olvidó de decir a la mujer: «No desearás al hombre de tu prójima». Y en este punto procedió como lo que era: como un hombre.

En cuanto vi a aquel amigo mío todo vestido de negro, sospeché que había ocurrido alguna desgracia muy grande: que se le había muerto algún pariente cercano o que lo habían nombrado catedrático.

Es horroroso pensar que la rosa florece sin otro objeto que el de dar vida a otras rosas; es horroroso pensarlo por lo vacía que aparece la vida cuando eso se piensa. Sin embargo, la verdad es esa: la vida no tiene más objeto que la reproducción. O, dicho en otros términos, la vida carece de objeto.

Toda afirmación general adolece de inexactitud. Excepto ésta.

Los grandes diarios modernos, cuyos redactores escriben a máquina para mayor rapidez, dan la impresión de estar también pensados a máquina.

Desde el punto de vista del individuo, saber simular el talento es mil veces más útil que poseerlo. El talento que se simula produce más ganancias y menos preocupaciones que el talento que se posee.

Un hombre puede vivir en la ciudad tanto más holgadamente cuanto mayor sea su aptitud para explotar los vicios y las debilidades del prójimo.

Si levantamos un censo de la imbecilidad, incluyendo en él a todos aquellas personas que padecen de alguna manía de índole estupefaciente, como, por ejemplo, la del juego de azar, las de deportismo, pasión política, fe religiosa, alcoholismo, afición literaria en sus grados agudos, alcaloidomanía, etc., y sumándoles los idiotas puros, los que sufren idiotez congénita, nos encontraremos con un resultado harto penoso: el de que el porcentaje de personas sensatas, en cualquier país civilizado, está representado por una cifra inferior a la unidad.

Ha habido algunas mujeres que han sido eminentes novelistas o eminentes poetisas; pero, en cambio, ninguna mujer ha pasado a la historia como gran dramaturgo.

Se trata de un género literario que exige concisión y amor a la verdad.

«Muere el anciano escritor dejando más de cien volúmenes...»

Sí: de aire.

«Buen gusto» equivale a «mi gusto»; «sentido común» quiere decir «mi particular manera de pensar».

«Deja su muerte un vacío imposible de llenar» — dice el redactor de necrologías. Y, en la mayor parte de los casos, es precisamente la muerte quien viene a llenar un vacío.

Admiro a los escritores que extraen sus libros de la realidad viva y palpitante; no a los que los sacan de otros libros, así como una patata nace de otra patata y de un poco de estiércol.

El pudor no debe pensar. La reflexión le cuesta la vida.

Hasta para conquistar mujeres conviene ser casado. En ese terreno, el soltero es un ser inofensivo. ¡Qué ilimitadas perspectivas no le ofrecen a un casado las amigas de su mujer! Para el soltero todo son dificultades. Dice al respecto Perogrullo: Yo, soltero, no puedo invitar al paseo o al teatro a una mujer que me interesa, pero podría hacerlo si fuese casado, con sólo soportar la pequeña molestia de que mi cónyuge me acompañase también.

Mujeres inteligentes: llámanse así aquellas que hablan bien de lo que nosotros escribimos y mal de lo que escriben nuestros amigos.

Las ciudades son pústulas que le han salido al campo

Traspuestos esos nebulosos períodos que se denominan la Edad de la Piedra Pulimentada, la Edad del Hierro y la Edad del Bronce, la Humanidad de hoy, agotada y dispéptica, ha entrado con pie firme en la Edad del Bicarbonato de Sosa.

Dígase lo que se quiera, la idiotez es incurable. Nos parece en ocasiones que un amigo nuestro a quien teníamos por idiota se hubiese mejorado, nos parece que ya no fuese tan idiota, nos parece hasta inteligente... ¡Vana ilusión! Cuando menos lo esperemos, la idiotez volverá a aparecer en él, incontrarrestable. El mal no estaba curado; el mal no estaba sino dormido, no estaba sino acorralado, confinado en algún obscuro rincón del cerebro.

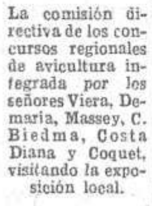
No hay satisfacción tan completa y tan pura como la de saber que un amigo nuestro acaba de volverse loco.

Hacer todo aquello que la opinión pública condena; hacerlo sistemáticamente; hacerlo con decisión: he ahí el arte de triunfar en la vida: abusa del débil, ataca al indefenso, engaña al inocente, mancilla la virginidad, despoja al pobre, y morirás rodeado del amor y de la gratitud de tus conciudadanos.

ENRIQUE MÉNDEZ CALZADA



De San Nicolás



La comisión directiva de los concursos regionales de avicultura integrada por los señores Viera, Demaria, Massey, C. Biedma, Costa Diana y Coquet, visitando la exposición local.



El gobernador, señor Cantilo, y autoridades locales presidiendo la manifestación que acudió a saludarlo durante su última visita a esta ciudad.

Luzca Vd. una hermosa cabellera

Poseer una cabellera hermosa no es difícil. Por descuidado que esté su cabello puede darle brillo, detener su caída y hacerlo crecer en abundancia, librándolo al mismo tiempo de la caspa, si lo cuida, aplicando metódicamente sobre el cuero cabelludo el afamado ESPECIFICO BOLIVIANO BENGURIA.

Esta científica preparación tonifica la raíz capilar; cura la CALVICIE; hace desaparecer las CANAS, devolviendo su color primitivo al cabello sin teñirlo; elimina la CASPA y la grasitud del cuero cabelludo, principales factores de la caída del cabello, y mejora la condición general de la cabellera.

El ESPECIFICO BOLIVIANO BENGURIA es una preparación única vegetal, sana, y ensayada ya por millares de damas y caballeros con el más halagador de los resultados, y reconocida en todas partes del mundo por eminencias médicas como INSUPERABLE. Use usted Benguria si quiere detener la caída de su cabello y curar las CANAS o la CALVICIE. Cada frasco lleva sus instrucciones.

UNICO LUGAR para consultas y venta del Específico en esta ciudad, atendido personalmente por su propietario

Dr. RAFAEL BENGURIA B.

Av. DE MAYO, 1239 U. T. 5753, RIVADAVIA BUENOS AIRES

AGENCIAS PARA LA VENTA DEL ESPECIFICO:

En Rosario de Santa Fe: Gran Tienda "La Buenos Aires", Córdoba esquina Entre Ríos. — En Mendoza: Casa Riba, San Martín, 1456. — En La Plata: Jockey Club, Avenida 7 esquina 51. — En Santiago de Chile: Moneda esquina Estado. — En Montevideo (R. O.): José J. Vallarino e Hijo, Sarandí, 429, y "Au Bon Marché", de Vicente C. Cerizola, Sarandí, 620.

ATIENDE PEDIDOS Y CONSULTAS DE PROVINCIAS POR CORRESPONDENCIA



De Tandil

Señoritas alumnas de la Escuela Nacional de La Plata que efectuaron una jira de estudio por esta ciudad.

DICHO Y HECHO, POR ALVAREZ



ONDA ABURRIDA

Matienzo. — ¡Ya es hora de que cambie la onda! ¡Esto es inaguantable!

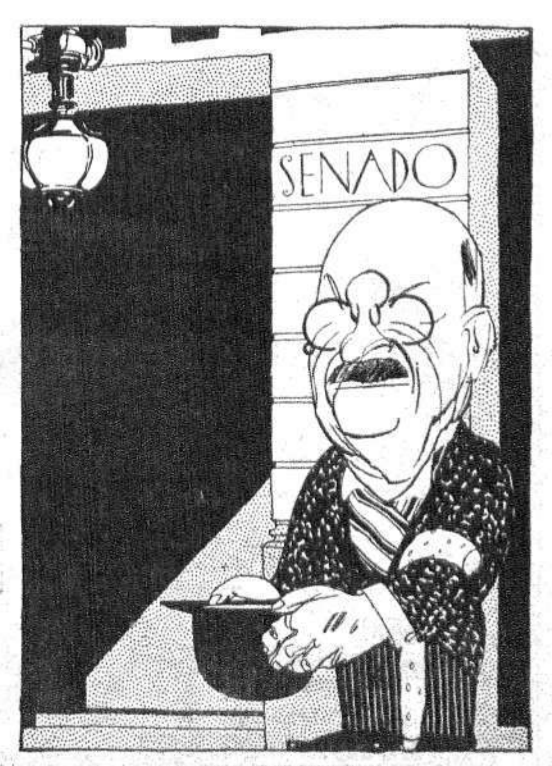


Noel. — Debe aplicarse con todo rigor el impuesto a los terrenos libres de mejoras. Ahí tiene un ejemplo. ¿Quiere decirme qué mejoras hay en ese terreno?



EL ASOMBRO DE ELPIDIO

Elpidio. — Alvear ha pedido licencia para ausentarse de la capital. ¿Será verdad tanta belleza?



LO QUE LE ESPERA

Molina. — ¡Un duodécimo, por amor de Dios, para este pobre ministro que no tiene presupuesto!

De Merlo (F. C. O.)


Propietarios de tambos que han constituído la Sociedad de Tamberos Unidos para velar por los intereses del gremio.

LA CEGUERA NOCTURNA

En la Academia de Medicina de París, el doctor Weckers, médico del ejército belga, ha referido un hecho bastante singular que, al parecer, no ha sido observado en las guerras precedentes: es la ceguera nocturna, la hemeralopia.

Mientras que durante el día la visión es buena, al anochecer y, sobre todo, por la noche, son ciegos, hasta el punto de estar completamente desorientados; no consiguen orientarse más que a costa de grandes dificultades, tropiezan con los objetos que hallan al paso, caen en los hoyos y son incapaces completamente de seguir su camino si no es con la ayuda de sus camaradas; algunos han tenido que permanecer a veces largo tiempo en el mismo sitio por no atreverse a andar sin compañía. Tales hombres, aun siendo valientes, temen grandemente estar en puesto avanzado como centinela, a causa de la responsabilidad que contraen ante sus jefes y sus compañeros de armas, puesto que se ven incapaces de prevenir la aproximación de un peligro. Si son conductores de vehículos, de noche son incapaces de guiar sus caballerías.

En una estadística de 3.977 enfermos de la vista procedentes del frente, 409, es decir, el 10 por 100 presentaban síntomas muy marcados de hemeralopia, siendo en todos ellos normal el fondo del ojo.

La causa principal de la ceguera nocturna es el agotamiento nervioso, la fatiga excesiva, la falta de dormir, etc., causas todas que se hallan reunidas con exceso en los sujetos que nos ocupan.

Una forma clínica de hemeralopia que es bien conocida es la que se observa, en forma epidémica, en ciertas colectividades, a consecuencia de una alimentación insuficiente o defectuosa; por ejemplo, en las penitenciarías, en los navíos, en las casas de expósitos, etc. Durante las siete semanas de ayuno que preceden a las fiestas de Pascua, en Rusia, sobrevienen gran número de casos de hemeralopia. Pero en los soldados de que tratamos no puede atribuirse la hemeralopia a la deficiencia de la alimentación, pues estaban bien alimentados.

Tales enfermos se mejoran cuidando de su estado general y proporcionándoles descanso. También ayuda visiblemente a mejorarles el uso de lentes ahumados, siendo asimismo de utilidad el hacerles llevar lentes en relación con las alteraciones (presbicia, miopia, antigmatismo) que su vista puede presentar.


Té Bagley
De hojas puras aromáticas y seleccionadas, procedentes de las famosas plantaciones de Ceilán.
Probarlo es adoptarlo.
TE
TE
BAGLEY
BAGLEY

PARA TOMAR BUEN TE

hay que recordar sobre todo dos cosas:

Tiene que ser fresco, y esto se consigue comprando te de marca bien acreditada y de mucha venta.

Hacerlo y servirlo bien. El mejor modo de tomar el te, es a la inglesa.



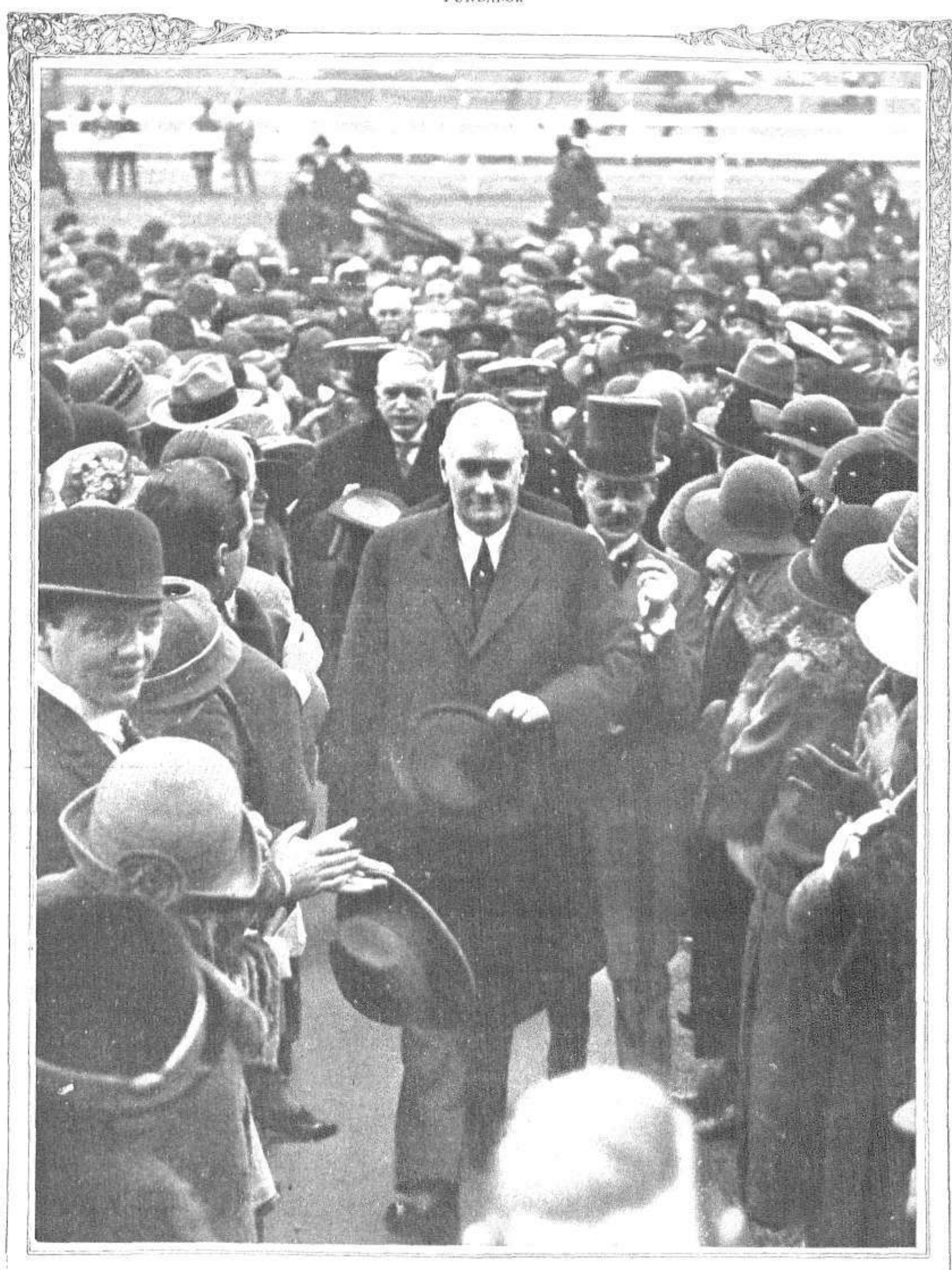
BUENOS AIRES, 20 DE OCTUBRE DE 1923

AÑO XXVI

CARAS Y CARETAS

N.º 1307

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



EN EL HIPODROMO ARGENTINO

El Presidente de la República asiste al Gran Premio Nacional

El doctor Alvear con el ministro de Agricultura, doctor Le Bretón, y el presidente de la aristocrática institución, doctor Joaquín S. de Anchorena, saludado, a su paso hacia la tribuna oficial, por conocidas damas y caballeros que lo victorearon cordialmente. Lo desapacible de la tarde impidió que alcanzara mayor esplendor la tradicional fiesta turfística en la que se reune lo más elegante de nuestra sociedad para presenciar la prueba hípica de mayor resonancia durante la temporada. La victoria del crack de Maroñas, Sisley, fué comentada con gran animación por la enorme concurrencia que llenaba el hipódromo.

FOTO DE VARGAS

Nuestro 25º. aniversario



Hermosa placa de bronce con que los empleados y obreros de "Caras y Caretas" testimoniaron su adhesión y simpatía al celebrar ésta sus bodas de plata.

Ante el monumento a Colón



El doctor *Juan Carlos Garay pronunciando un discurso alusivo ante el monumento* a Cristóbal Colón en el acto del homenaje organizado por la Asociación „Progenie D'Italia''.

Entrega de premios a los ganadores de la copa Mitre



El intendente municipal, su señora y otras destacadas personas juntamente con los hábiles deportistas chilenos hermanos Torralba en el acto de serles entregado a éstos el preciado trofeo en el local del Buenos Aires Lawn Tennis.

Dr. Salvador Oria



Nombrado secretario del ministerio de Hacienda. Tal nombramiento ha sido recibido con satisfacción en nuestros círculos políticos y sociales, donde el destacado profesional, que en otro tiempo fuera colaborador de "Caras y Caretas", disfruta del aprecio a que le hacen acreedor su talento y su caballerosidad.

Demostración a los estudiantes genoveses



Concurrentes al dinner-danzant que el Centro Cultural Latium ofreció en obsequio a los profesores y estudiantes que componen la misión genovesa de visita en la Argentina en viaje de intercambio intelectual.

XIII Salón Nacional de Bellas Artes. — Los premiados



Augusto Marteau. Primer premio Municipal de pintura con su cuadro "Plaza del Congreso" (5.000 $).



José Fioravanti. Primer premio Municipal de escultura con el retrato del doctor J. Allende (5.000 $).



Angel D. Vena. Segundo premio Municipal de pintura, "Los arbolitos" (2.000 $).



Lorenzo Gigli. Segundo premio del Salón con su cuadro "Segadores" (1.000).



Luis A. Rovatti. Primer premio de escultura "Cabeza de niño" (2.000 $).



Antonio Sibellini. Tercer premio Municipal de escultura "Candor" (2.000 $).



Juan C. Oliva. Segundo premio de escultura "Retrato" (1.000 pesos).



Jorge Larco. Tercer premio del Salón con su cuadro "Venus Porteña" (500 $).

Recientemente ha sido clausurado el 13.º Salón Nacional de Bellas Artes en el que se expusieron diversas obras de pintura y escultura. El conjunto estimable de las allí reunidas ha constituido una nueva demostración del esfuerzo artístico realizado por nuestra juventud.

El primer premio de $ 2.000, sección pictórica, se adjudicó al lienzo titulado «Sol de Abril» (Mallorca) de don Francisco Bernareggi, quien hace muchos años se halla ausente del país. El tercer premio, Concurso Municipal, de $ 2.000, correspondió, por unanimidad de votos, a nuestro director artístico, señor Alonso, por su cuadro «Feria de Flores».



Emilio Sarniguet. Segundo premio Municipal de escultura "De regreso" (3.000 $).



Juan Grillo. Tercer premio del Salón, escultura "Esclavizado" (500 $).

Homenaje de la Federación de Sociedades italianas al Presidente de la República



El ministro de Italia, delegados de distintas asociaciones que forman aquélla y conocidos miembros de la colectividad saliendo de la Casa de Gobierno al terminar el acto en el cual se le entregó al doctor Alvear la medalla de oro que lo acredita como socio honorario de la institución.

En el Club de Flores





Distinguidas familias que asistieron al animado baile organizado por la Comisión Directiva de dicha agrupación para conmemorar el Día de la Raza, velada que se llevó a cabo con gran brillantez.

CELEBRACION DEL DIA DE LA RAZA



Vista general del desfile compuesto por entidades argentinas, españolas e italianas a las que se adhirió un numeroso y entusiasta público. El conde Colli de Felizzano, juntamente con otros personajes, encabezando la columna formada por sus compatriotas. Esta manifestación fué uno de los actos más importantes, conmemorativos de la grande e histórica efemérides.

Grupo de concurrentes al gran baile que se efectuó en el Club Español en honor de las familias de los asociados y para festejar la Fiesta de la Raza, habiendo asistido a dicha velada lo más selecto de la colectividad española y muchas destacadas personas de nuestra sociedad, que dieron a la reunión excepcional lucimiento.

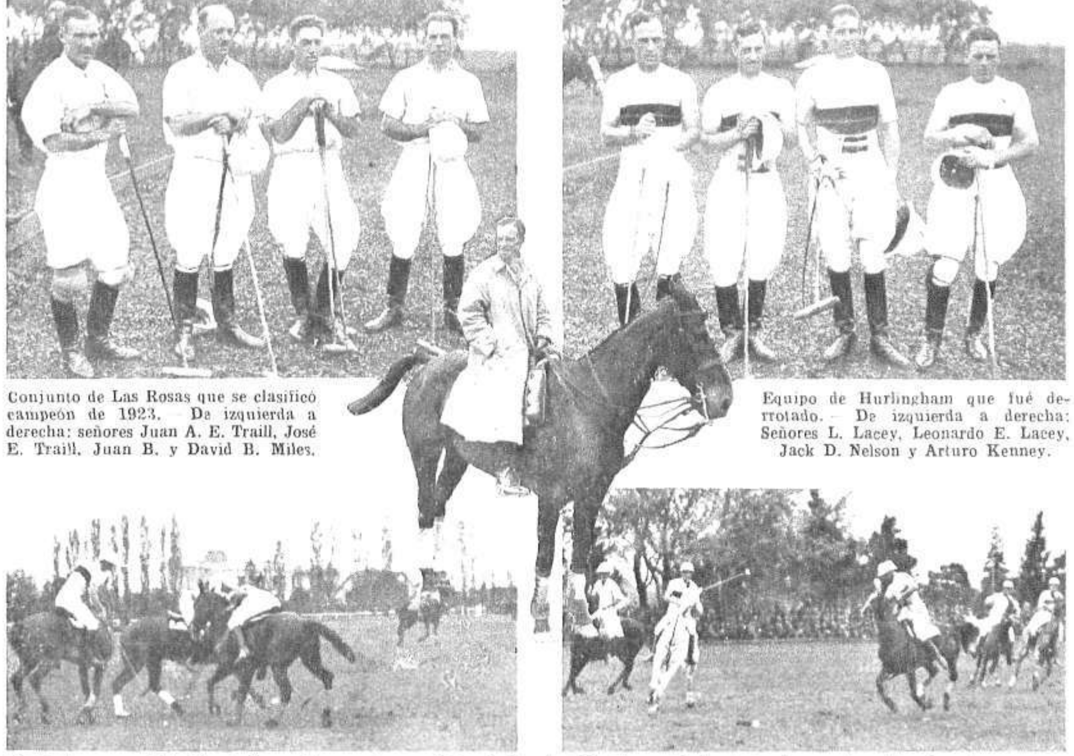
FOTOS DE BELL

POLO

Campeonato argentino de 1923



Una de las interesantes jugadas a que dió lugar el match en que se disputó el campeonato de este año, siendo satisfactorio consignar las hábiles incidencias que se originaron y el creciente interés que viene provocando entre nosotros este deporte, así por parte de los numerosos aficionados como del público en general.



Conjunto de Las Rosas que se clasificó campeón de 1923. — De izquierda a derecha: señores Juan A. E. Traill, José E. Traill, Juan B. y David B. Miles.

Equipo de Hurlingham que fué derrotado. — De izquierda a derecha: Señores L. Lacey, Leonardo E. Lacey, Jack D. Nelson y Arturo Kenney.

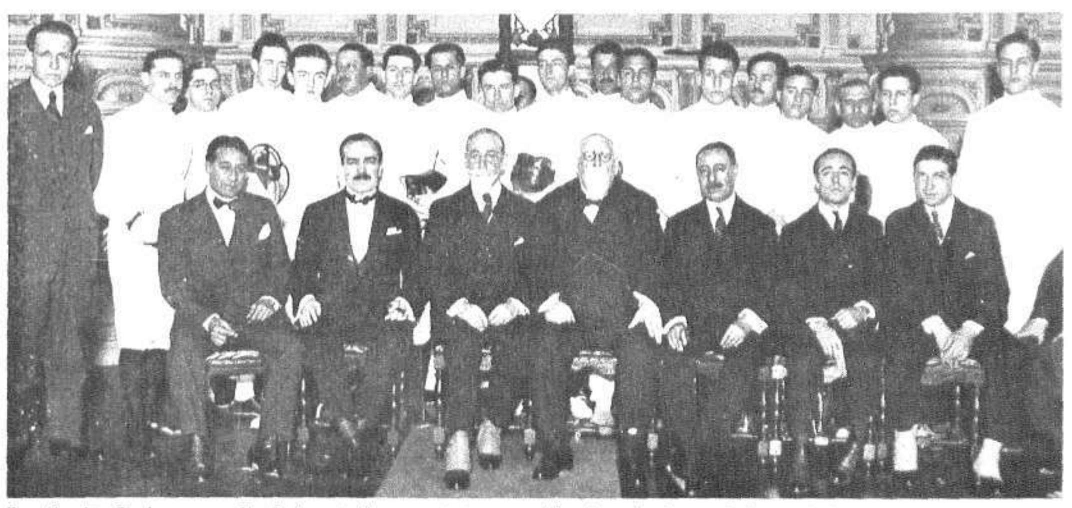
Un tanto muy reñido, disputado por los expertos jugadores.

Señor C. Crawford Smith, „umpire" en el partido.

Persiguiendo de cerca la pelota durante unos momentos decisivos.

ESGRIMA

Torneo por la copa "Eusebio Jiménez" en el Club del Progreso



Don Eusebio Jiménez en medio de los caballeros que integraron el jurado y de algunos de los esgrimistas que tomaron parte en el viril torneo que se desarrolló en la Sala de Armas del prestigioso Club con asaltos en que la competencia y el entusiasmo [illegible] dores [illegible]

TENNIS

Campeonato sudamericano de 1923

Los jugadores chilenos Luis y Domingo Torralba, que resultaron triunfadores después de reñidísimos y brillantes encuentros en que fueron derrotados los argentinos, adjudicándose la copa "Mitre". Es de advertir que esta notable pareja también venció en buena ley a los uruguayos, mereciendo francos elogios por su magnífica actuación que los clasifica por primera vez campeones sudamericanos.



Ronaldo Boy, argentino.



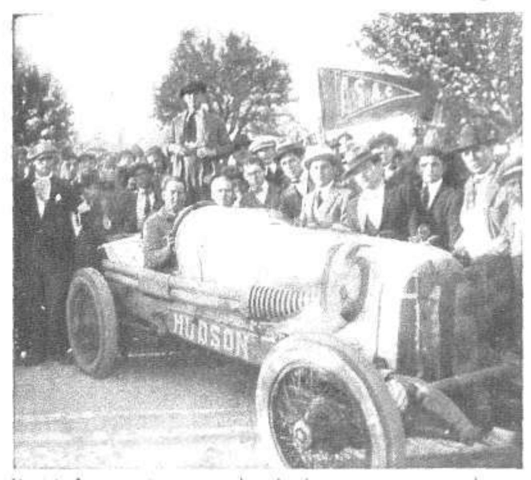
Domingo Torralba.



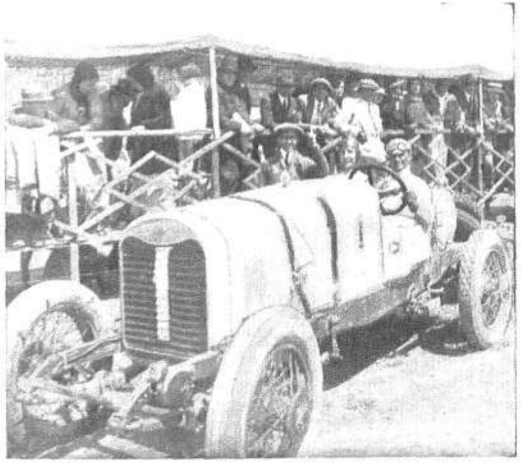
Arturo Hortal, argentino.

AUTOMOVILISMO

Carrera de 500 kilómetros organizada por el Audax Club de Córdoba



Daniel Artagaveitya, vencedor de la carrera, manejando su máquina Hudson que, a razón de 85 a 90 kilómetros por hora, hizo el recorrido del circuito indicado.



Pedro Malzor, que se clasificó en segundo término manejando un coche Lincoln, en la más importante y concurrida prueba automovilística que se realizó en el año.

CAZA DEL ZORRO

Organizada por el Club Alemán de Equitación



Señorita Groeger.



Señorita Olga Ericsson, montando su caballo "Fray Mocho".



Señorita Maria Aida Olivera.



Las gentiles amazonas y algunos de los jinetes que tomaron parte en la pintoresca caceria, de la que resultó ganadora la señorita Olga Ericsson después de una accidentada persecución del zorro por las cercanias de la estación Munro. La agradable excursión, que fué dirigida por el señor Alfredo H. Pass, se vió coronada con el mayor éxito.

FOOTBALL

San Lorenzo de Almagro v. San Isidro



E... ...po del Club San Lorenzo, ganador del partido jugado en la cancha del Club San Isidro por 2 goals a 1.



Team de San Isidro que, al perder con los visitantes, sufre la primera derrota en la actual temporada.



Señoritas y jóvenes que dieron realce al animado festival celebrado en el Club Español para solemnizar el Día de la Raza, nota social que alcanzó brillantes proporciones.



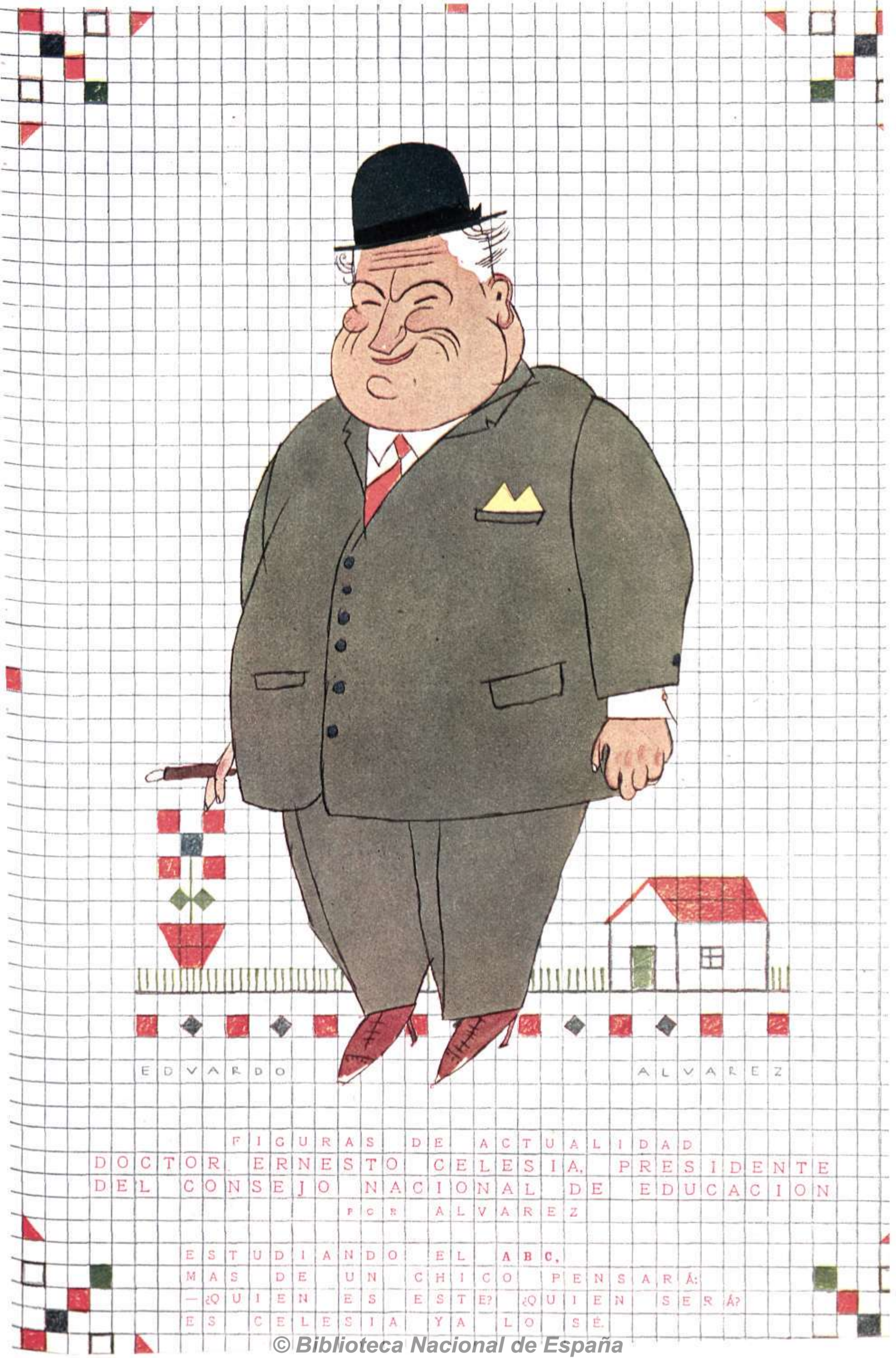
El gobernador, doctor Mosca, y distinguidas damas y caballeros que asistieron a la comida que ofreció el doctor Rouillón al ministro del Uruguay en la Argentina, señor Daniel Muñoz.



Familias de la colectividad británica durante el baile de fantasía que organizaron a beneficio del Colegio San Bartolomé, velada que resultó muy concurrida.



Aspecto del salón del Colegio Nacional en el acto de verificarse la ceremonia de los Juegos Florales, que constituyeron un éxito literario y social.


EDVARDO ALVAREZ
FIGURAS DE ACTUALIDAD
DOCTOR ERNESTO CELESIA, PRESIDENTE
DEL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION
POR ALVAREZ
ESTUDIANDO EL ABC,
MAS DE UN CHICO PENSARÁ:
—¿QUIEN ES ESTE? ¿QUIEN SERÁ?
ES CELESIA YA LO SÉ.



Dos últimos modelos que atrajeron la atención en Deauville.

Dos elegantes y sencillas "toilettes" de primavera.

Vestidos blancos sin mangas y hermoso tapado de primavera.



HOMBRES CÉLEBRES

JULIO CÉSAR

La vida de Cayo Julio César te ofrece, niño, una gran lección. Unos historiadores lo alaban demasiado; otros lo atacan furiosamente. Hay que ponerse en el medio. César hizo cosas buenas y cosas malas.

Nació el 12 de julio del año 102 antes de Jesucristo. La fecha no es muy segura, pues se dice también que vino al mundo el año 100. Eran sus padres Cayo Julio César y la hermosa Aurelia. Esta señora tenía talento y cultura, dones que heredó el hijo. Desde pequeño distinguióse por su excelente memoria y su facilidad de palabra.

A los diez y siete años era ya una personalidad en el partido democrático. Su tío Mario le nombró sacerdote de Júpiter. Cuando Sila triunfó de Mario quiso condenar a muerte a César que rehusó casarse con una sobrina del terrible dictador. El terrible Sila le perdonó cediendo a las súplicas de los nobles romanos.

César había huido a Asia donde estuvo hasta la

muerte del tirano. Estudiaba el arte de la guerra y la oratoria, además de otras artes y ciencias. También se dedicó César a gastar dinero pródigamente. Al volver a Roma ocupó diversos cargos de importancia.

Cuando fué nombrado para gobernar una gran región de España, país que entonces hallábase bajo el dominio romano, un alto personaje tuvo que pagar los millones adeudados por César, pues los acreedores no le querían dejar salir de Roma.

Sin embargo, aquel manirroto gobernó y administró admirablemente, haciendo que aquella parte de España se enriqueciese. El también reunió una gran riqueza, pero legalmente. Dícese que al ver en Cádiz una estatua de Alejandro Magno lloró y dijo: «A mi edad había éste conquistado el mundo, y yo aun no he hecho nada». Tenía 31 años.

Volvió a Roma el año 59 formando con Craso y Pompeyo el primer triunvirato. El año 60 fué nombrado cónsul en compañía de Bíbulo, persona a quien él dominaba. Durante este gobierno logró la aprobación de importantísimas leyes de tierras.

Luego se le confió el gobierno de la Galia (Francia), país que conquistó, enviando a la metrópoli enormes riquezas.

Como cada vez adquiría más fama, el Senado se le puso en contra y le quitó el gobierno de la Galia. César pidió le dejasen el mando de un pequeño territorio galo. Los senadores se opusieron, y entonces César pasó el Rubicón. Esto de pasar el Rubicón, o sea el arroyo que servía de límite a la Galia y el territorio romano, era equivalente a marchar contra la patria. Pompeyo, su antiguo compañero del triunvirato, se le opuso al frente de las tropas nacionales, pero fué derrotado. Pompeyo huyó y César dirigióse a España donde supo batir a los hijos de su rival. Después pasó a Grecia derrotando a Pompeyo en la sangrienta batalla de Farsalia. El vencido refugióse en Egipto, donde el rey Tolomeo lo mandó degollar, enviando la cabeza a César. Este lloró al ver el fúnebre despojo y en castigo destronó a Tolomeo, poniendo en su lugar a Cleopatra.

Libre de su poderoso enemigo pasó a Asia, derrotando al rey Farnaces, soberano del Ponto. Todavía le quedaban poderosos enemigos: el Senado romano y los partidarios de Pompeyo que aun había en España. César derrotó a los ejércitos senatoriales y pompeyanos, volviendo luego a Roma donde se le nombró dictador perpetuo. Se le adoraba como a un Dios y se le erigían estatuas y templos.

El gobierno de César fué sabio y clemente. Decretóse la amnistía general y se promulgaron leyes beneficiosas. Por orden del dictador se volvieron a erigir las estatuas de Sila y de Pompeyo. César sabía perdonar y no era implacable en sus odios. Un grupo de patriotas republicanos, en el que figuraba Bruto, sobrino de César, creía que el dictador aspiraba a la corona. Aquellos fanáticos decidieron asesinarle. César fué muerto en pleno Senado por los conspiradores. Recibió veintiuna puñaladas, y dicen que al ver a su sobrino entre los atacantes le dijo: «¡Tú también, hijo mío!» Después se cubrió el rostro con la toga, expirando a los pies de la estatua de Pompeyo. Esto sucedió el 15 de marzo del año 44.

Además de gran guerrero y político, fué César un notable literato. Sus «Comentarios de la guerra de las Galias» y «Comentarios de las guerras civiles» resultan dos monumentos del idioma latino.

Los romanos exigían a sus escritores un empleo justo de las palabras y una elegancia prolija en las frases de que nosotros, acostumbrados a maltratar el idioma español, no podemos tener idea. Don Julio sabía escribir hermosamente; su prosa, según dicen los latinistas antiguos y modernos, es un majestuoso y claro río de sonoros vocablos, reunidos con todas las reglas de la gramática y del buen gusto. En la conversación, en sus arengas a los soldados, en sus discursos se distinguía por lo enérgico y lo conciso. No abusaba del palabrerío.

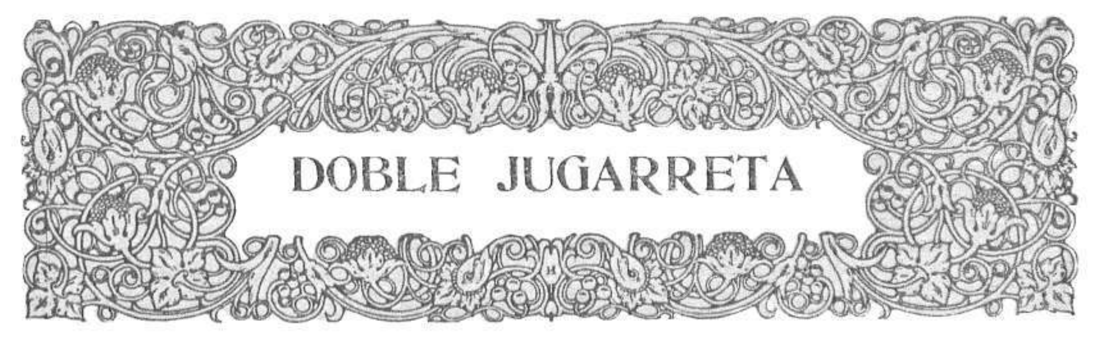
César fué el más noble de los dictadores que tuvo el pueblo romano. Como guerrero nunca conoció la derrota ni manchó con crímenes sus victorias. En épocas tranquilas hubiera brillado más en el gobierno de Roma, porque tenía admirables condiciones.

Según demuestra la historia hay tiempos en que salen lógicamente a la superficie los tiranos. Estos se aprovechan de las pasiones salvajes que dominan al pueblo, y ayudados por ellas dominan al país.

Si el tirano es un monstruo, figúrate la cantidad de barbaridades sangrientas que realizará durante la tiranía. Pues bien: César hizo muchísimas menos de las que otros hubieran realizado.

En vista de que los dictadores son inevitables pidamos que todo tirano se parezca a César y no a esos tiranuelos de tres por diez que tan a menudo aparecen gobernando con bárbaros instintos.





DOBLE JUGARRETA



NTES muerto que rendido, Bert — sentenció Mr. Culpepper con plácido semblante. — Tú me satisfaces porque observo que sabes lo que te conviene; y si Florrie tiene el mal gusto de no opinar como yo, tanto peor para ella: se quedará soltera hasta que se convenza.

Mr. Albert Sharp le dió las gracias.

— Ven por aquí con más frecuencia — añadió Mr. Culpepper. — Si ella no sabe distinguir las cualidades de un hombre constante que no abandona su puesto, suya será la equivocación.

— Ninguno más constante que yo — confirmó el pretendiente.

Mr. Culpepper aprobó.

— Lo peor de todo, en estos revueltos tiempos, es que las muchachas no gustan como debieran de los hombres formales y constantes. Esta es la necia conducta de las jóvenes casaderas de ahora, hay que confesarlo — dijo mesándose los pocos cabellos grises que poblaban su cráneo.

— Pero usted siempre ha sido un hombre juicioso y su señora se casó con usted — objetó el joven.

— Sí; ella juzgó que yo lo era, lo cual es lo mismo que si lo fuera — explicó imperturbable el otro. — Y no es porque yo lo diga, pero mi mujer estaba encantada en aquellos días con mi tipo. Yo tenía entonces una frondosa cabellera castaña. El otro día quemó un mechón mío que guardaba desde hace treinta años.

— ¿Lo quemó? ¿Y por qué? — inquirió Mr. Sharp.

— Cosas, palabras — murmuró Mr. Culpepper bajando la voz. — Cuando yo quiero una cosa ella quiere lo contrario, y lo que ella desea es lo que yo odio precisamente.

Mr. Sharp sacudió la cabeza como si le picara una mosca.

— Usted no es bastante «expresivo» para interesar a Florrie, lo comprendo — dijo Mr. Culpepper mirándolo en todos sentidos.

— Yo puedo hablar con soltura como cualquiera — defendióse el pretendiente. — Si usted me oyera a mí explicarme en sociedad se sorprendería; pero no se puede uno explicar agradablemente con una muchacha que no contesta.

— Cierto, cierto; hablas a lo discreto. Sin embargo, hay que ser descarado cuando la ocasión se presenta. Anímate. Requiébrala, dispárale ternezas, palabritas dulces...

— No me da resultado — contestó Mr. Sharp con tono de decepción. — El otro día, aprovechando una breve oportunidad, la llamé salmoncito en almíbar, y por la mirada que me dirigió volviéndome luego las espaldas, cualquiera podía suponer que la había insultado. Ella no entiende de piropos, por lo visto. ¿Dónde está ahora?

— Arriba.

— Eso es porque yo estoy aquí. Si en vez de mi persona fuera la de Jack Butler con seguridad que habría bajado al momento.

— No puedo ver a ése — dijo el viejo — y no lo quiero ver en mi casa. Ya se lo dije, se lo dije a la muchacha y se lo dije a su tía, por no decir mi mujer. Y si ella se casa sin mi consentimiento antes de los treinta años, perderá las setecientas libras esterlinas que su padre le dejó. Tienes tiempo por delante: diez años.

El mozo, sentado con sus manos entre las rodillas, paseaba sus ojos por el suelo como buscando algo.

— Tengo docenas de muchachas, si yo quisiera — afirmó sin vacilar, — que se casarían conmigo en cuanto yo levantase el dedo para escoger.

— No lo dudo, y todas tendrían muy buen gusto al aceptarte — dijo Mr. Culpepper; — siempre es preferible un muchacho juicioso y reposado a esos otros saltimbanquis que todo se les va por la boca. Un joven como tú que gana siete libras, once chelines y tres peniques por semana puede pretender una excelente novia sin necesidad de una bonita figura, y si yo no se lo he dicho a Florrie cien veces no se lo dije ninguna.

— Además, en cuestión de gustos no hay nada escrito — habló el mozo con aire convencido. — Algunas muchachas a quienes yo he dicho acerca de este particular...

— ¡Oh! Sí, sí, por supuesto — interrumpió vivamente el otro. — Ahora escúchame: vas a tomar una nueva táctica, créeme a mí, que tengo un fardo de experiencia; comienza por acostumbrarte a tomar con frecuencia un vaso de cerveza como los hombres... un vaso o tres; fuma cigarrillos o bien en pipa, arriesga algunos chelines por ahí... no hay que ser tan melindroso y retraído. Después que consigas casarte con ella podrás ser tan miserable como quieras ¿comprendes?

Mr. Sharp, después de una pausa dubitativa, dió las gracias a su consejero.

— El próximo jueves es el día de mi santo — prosiguió diciendo Mr. Culpepper contemplándole con benevolencia. — Ven a las siete y yo te invitaré a cenar. Tú aprovecharás la oportunidad que te brindo. En días como ese ya sabes que se permiten ciertas expansiones sin dejar de ser correcto. Bébete tres o cinco vasos y luego, para lucirte, echas un dicursito, muéstrate risueño e ingenioso y ellas — tía y sobrina — se quedarán con un palmo de narices de puro sorprendidas. El oporto te ayudará. Y si tú quieres, como presumo, justificar con gentileza tu presencia en el convite, puedes traerme de regalo una caja de cigarros habanos. Es costumbre muy corriente.

— También lo es enviar una tarjeta que diga: «Muchos y felices años le deseo» — contestó el ahorrativo mozo. — Bueno.

— No te olvides... no te olvides de comportarte como yo te digo: alegría, desparpajo — amplió el pariente de la «girl» con severo aspecto. — Claro que dentro de ciertas conveniencias. Apurarás los vasos que apetezcas y por mí no te preocupes.

— Bien; que venga ese día y usted no tendrá nada que reprocharme. Seguiré sus consejos — dijo Mr. Sharp poniéndose en pie.

Mr. Culpepper, un tanto desilusionado ante el aspecto y cualidades del pretendiente, iba desmigajando en su cabeza la idea de que, si no fuera por miedo a estar de acuerdo con su mujer, hubiese podido seleccionar mejor novio para su sobrina.

A la mañana siguiente fumaba Mr. Sharp su primer cigarrillo, y como no lograra marearle el humo, el hombre se envalentonó y fué a adquirir una pipa de las grandes.

En lo de tomar cerveza no tropezó con inconveniente alguno. Verdad que el sabor de esta bebida era desagradable, pero tragándola como si fuese medicina no tuvo mayores dificultades.

Tres días después ya era objeto de críticas en el vecindario por la ostentación pública que hacía de sus nuevos hábitos. Un lunes en la noche penetró en el bar Royal George saludando a la patrona, que le correspondió con sus trazas de mujer superlista.

— ¿De veras? — exclamó el mozo como si despertara de un dulce sueño.

— Sí; pero no quiero que mi tío lo sepa, cuidado — dijo ella en tono mimoso y confidencial. — ¿Qué dirección lleva usted?

El aludido no supo contestar de pronto. Su cerebro era una devanadera. Cualquier camino le parecía un paraíso con tal de ir en compañía de la muchacha.

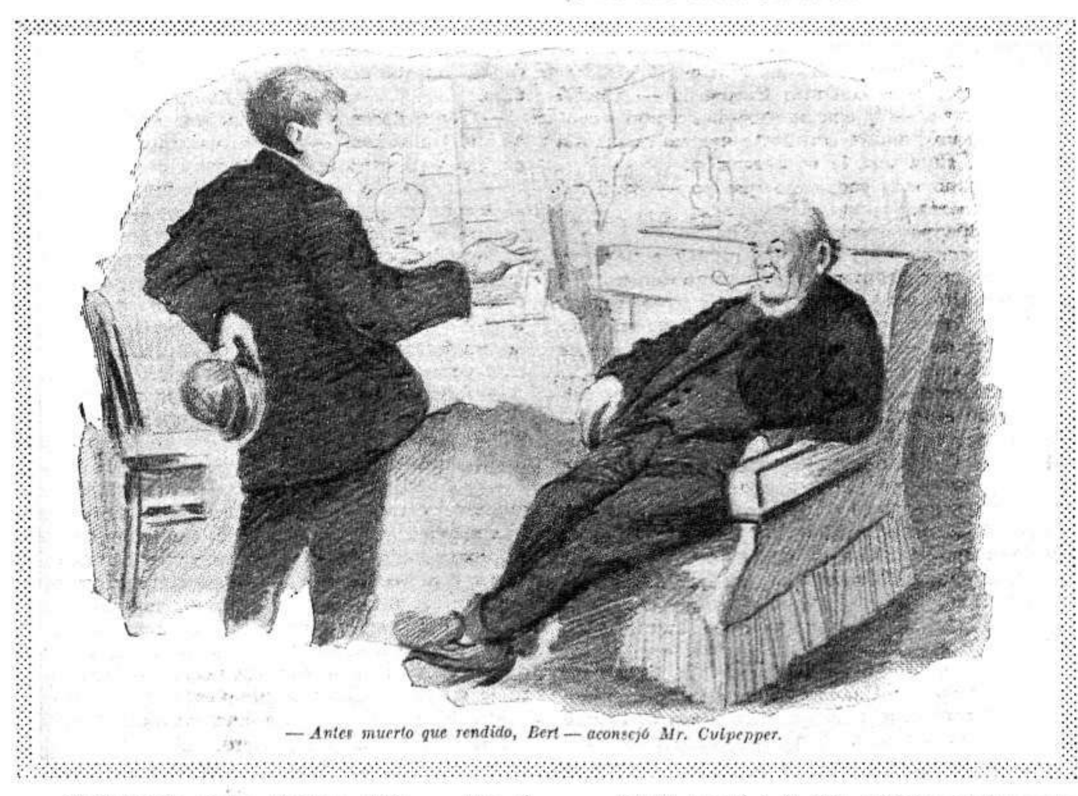
Y se pusieron a caminar juntos.

— Nosotros queremos dar una buena lección al tío, una lección para que la recuerde siempre.

— ¿A él? — balbuceó Mr. Sharp.

— Mi tío — explanó miss Garland — es un rico tipo, empecatado por demás, que desea pervertir con sus malos consejos a un joven tan razonable como usted. Mi tía opina lo mismo que yo.

— Pero — preguntó atónito su acompañante — ¿cómo sabe usted eso si...?



— Antes muerto que rendido, Bert — aconsejó Mr. Culpepper.

— Trabajando como siempre ¿eh? — dijo el mozo mientras metía las narices, cerrando los ojos, en el vaso de cerveza.

— Qué remedio queda, amigo — contestó la tabernera: — que la salud no falte.

Mr. Sharp, luego de consumido el líquido y consumado el sacrificio, se dirigió hacia la puerta; más la voz perentoria de la dueña le detuvo a medio camino.

— Venga acá, no se vaya; tengo que hablarle.

Y cuando el mozo se aproximó le condujo hasta la salida opuesta a tiempo que por la acera cruzaba miss Garland (la muchacha Florrie) la cual iba a pasar por delante.

Mr. Sharp, al verla, cambió de color y se apresuró a descubrirse, murmurando, con una voz que tremolaba, un «buenas noches» entusiasta.

Florrie contestó con gracioso ademán y en vez de proseguir su camino detúvose ante el asombrado pretendiente y le tendió una de sus manos.

— Me alegro mucho de encontrarle, Mr. Sharp. Tenía que decirle algo. Mi tía y yo hemos estado conversando acerca de usted toda la tarde.

— Mi tía le oyó a él. Ella entraba precisamente en aquellos momentos y pescó algunas frases; luego se puso a escuchar. ¡Ah! No sabe usted lo que deploró los consejos endiablados que a usted le daba Mr. Culpepper.

Los ojos de Mr. Sharp salíansele de las órbitas de puro sorprendidos.

— Yo pensaba... yo estaba en la firme creencia de que ella no me podía ver — dijo al fin con acento apagado.

— ¡Ah, qué gracioso! — contestó ella con viva entonación. — ¿Quién le metió a usted en la cabeza tan absurda idea? Puras fantasías. Lo que pasa es que mi tía no siempre opina como mi tío, y de ahí la equivocación de usted. Pero si alguien, en este caso, la ayuda en sus propósitos...

— ¿Eh? — imploró el mozo todo tembloroso.

— Nada.

Ambos dirigíanse con pasos mesurados sin saber adónde; ella, con rostro complaciente, iba un paso adelante; él, emocionado, contemplándola como a una celeste visión.

— Yo creía — tartamudeó como si hablara

consigo mismo — yo creía que era Jack Butler el preferido por ustedes.

— ¿Jack? — replicó ella desdeñosamente, aparentando gran sorpresa. — ¡Vaya una idea! ¡Qué ciegos son los hombres! No pueden ver a un palmo de sus narices. Bueno, bueno. Mi tía tendrá gran placer en verle a usted el jueves próximo y yo...

— ¿Y usted...? — pudo alentar el hombre.

—Vámonos de aquí, pueden vernos; vamos a la orilla del río y le explicaré lo que nosotras queremos.

Le colocó una de sus manos en el antebrazo, sonriéndole. Mr. Sharp obedeció como un autómata, desechando ciertas desconfianzas que le pinchaban el corazón ante tantas y tan inesperadas amabilidades. Después de todo, ¿por qué no? ¿No era él un...? Sin embargo...

— Pero su tío jamás me perdonará si le contrario, y me negará la entrada en su casa — objetó vacilante.

— Basta con que mi tía consienta, mi tía y yo. Por supuesto, si usted no desea complacerme...

Florrie alzó su lindo rostro como mirando al firmamento. Mr. Sharp, con ánimo resuelto, se aventuró a tomarle las manos, oprimiéndoselas con blandura y sintió ¡oh, placer! que el tierno apretón era correspondido aunque con tímida levedad.

— No hay por qué temer nada; con el apoyo de mi tía y... la broma resultará un lindo juego.

— Así lo espero — murmuró el hombre.

Florrie, mientras contemplaba las silenciosas aguas del río, acabó de tonificarle con estas palabras:

— Confíe en mí y en mi tía.

Al séptimo cielo se sintió transportado Mr. Sharp al deleitarse con esta mágica frase. Suceda lo que suceda — pensó — estoy dispuesto a todo lo que me manden.

— Usted no debe hacer ningún caso de lo que mi tía y yo digamos o hagamos la noche del cumpleaños del tío; no se olvide de que es cosa convenida — prosiguió ella ampliando sus instrucciones. — Nosotras guardaremos una apariencia de circunstancias; no le importe aunque nos vea ceñudas, y considere que los tres estamos de perfecto acuerdo.

El alelado pretendiente, con la mejor de sus anchas sonrisas, contestó que había comprendido al pie de la letra.

— Y ahora ya me voy, que se está haciendo tarde — dijo la «girl» acentuando en esta ocasión su sonrisa. — Alguien pudiera vernos y contárselo a mi tío, y entonces fracasaríamos. ¡Adiós!

Le dió ambas manos, estirando los bracitos y avanzando el busto en coqueta postura. Se las sacudió él con expresión derretida y luego ella, con rápidos y menudos pasitos, fué alejándose no sin volverse tres veces para despedirle agitando el pañuelo

Danzábanle en la cabeza las prolijas y precisas instrucciones confidenciales que ella le diera, y, a pesar del grado máximo de su delicioso aturdimiento, juróse cumplirlas hasta el último extremo

La mañana del jueves su estado de ánimo era excelente. Un tanto nervioso, pero decidido.

Llegó la hora y se dirigió a la casa de Mr. Culpepper, encontrándole vestido de fiesta, luciendo un chaleco fantástico en tanto se estiraba a toda satisfacción en un sofá.

Mr. Sharp colocó sobre sus rodillas una pequeña caja de cigarros manufactura nacional.

— Muchas felicidades en el día de su santo, Mr. Culpepper — saludó.

La entrada de las dos mujeres que, por su aire de rigidez, parecían dos bloques de hielo, interrumpió al cabeza de familia cuando le daba las gracias.

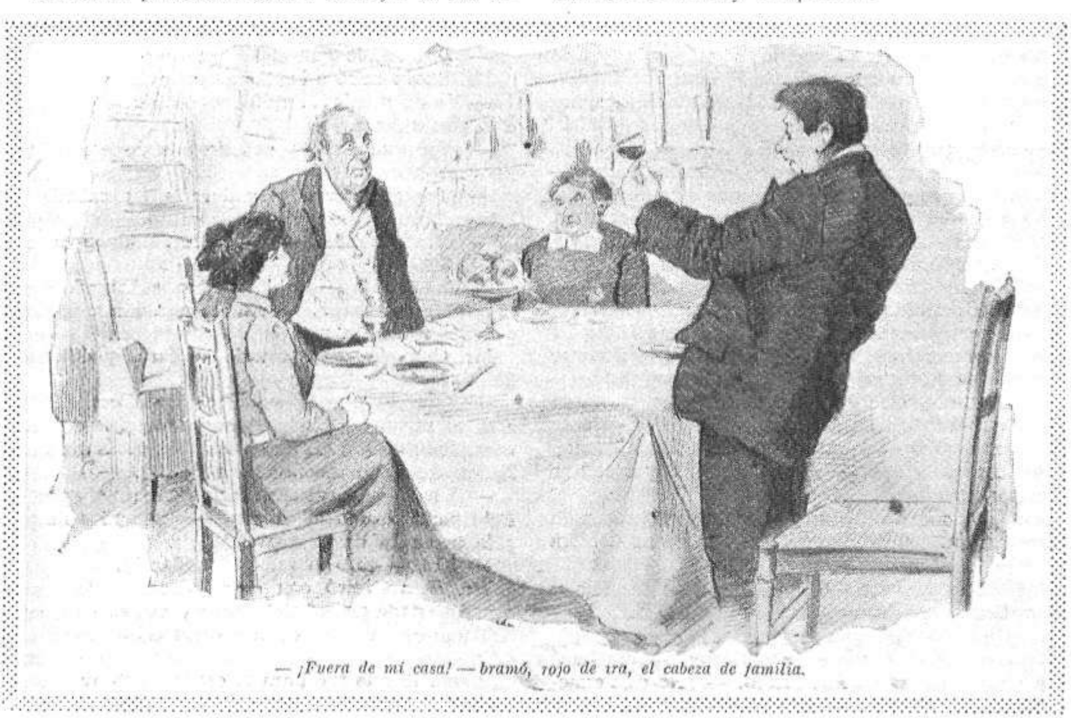
— Aquí me tienes hecho un milord. ¿Ves este chaleco? Mi vieja tía Isabel me lo regaló. Mi mujer, por su parte, me obsequió con una pipa y mi sobrina Florrie con media libra de picadura. Y yo tengo una botella de vino de Oporto para todos ¿eh?

Y Mr. Culpepper, con el mejor ánimo del mundo, señaló con uno de sus dedos la botella, que su «costilla» retiró para arreglar la mesa y colocar la sopera sobre el mantel.

Mr. Sharp ocupó una silla frente a su adorado tormento.

Los cubiertos comenzaron a ejercitarse.

— Simpatiquísima reunión; estoy encantado — exclamó Mr. Sharp. — Sírvete cerveza, Bert, no andes con melindres — díjose a sí propio en tanto colmaba su vaso y lo apuraba.



— ¡Fuera de mi casa! — bramó, rojo de ira, el cabeza de familia.

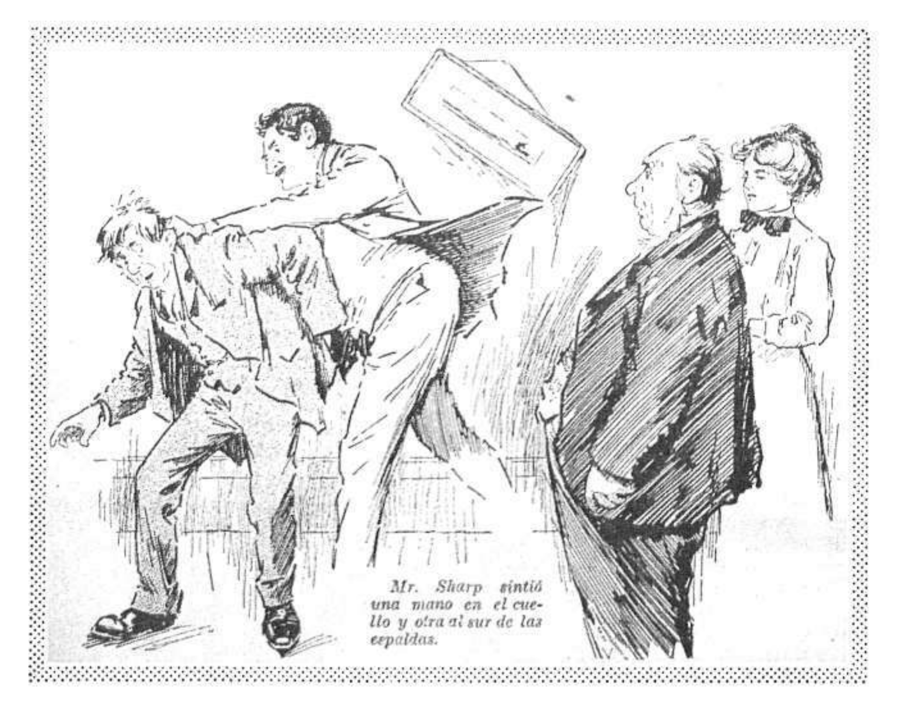
Ambas mujeres aguzaron su atención ante tan extraña salida.

Durante el segundo plato el resuelto convidado metía su nariz en el vaso con una frecuencia aterradora, pasándole la botella a Mr. Culpepper en una proporción de dos vasos por uno.

El cabeza de familia contemplábale con rostro admirativo y no le reconocía.

— ¡Hey, Bert! Bebes como si te gustara — exclamó.

— Claro que sí —afirmó el huésped empinando otra vez el codo con el vaso lleno.


Mr. Sharp sintió una mano en el cuello y otra al sur de las espaldas.

El cabeza de familia descorchó otra botella y de nuevo se sirvió el muchacho, pronunciando algunas frases en las que manifestó sus buenos sentimientos para Mr. Culpepper, deseándole una larga y feliz vida.

— Si usted no es dichoso con su señora aquí presente — voceó con original galantería — debería serlo.

Nada replicóle por el momento el aludido, limitándose a sonreir con la cabeza metida en el plato; y cuando su apetito se satisfizo puso a un lado tenedor y cuchillo y su aspecto se tornó sentimental.

— Estar casado treinta años — murmuró gravemente, posando su mirada sobre su esposa — y nunca, nunca tener un disgusto.

— ¿A quién se refiere usted? — dijo el impertinente Mr. Sharp.

— ¿A quién ha de ser? A mí... y a ella — contestó sorprendido Mr. Culpepper.

El otro, que había aproximado el vaso cerca de sus labios, sonrió con malicia. No fué una sonrisa muy atrevida, pero sí lo bastante molesta para que el viejo le preguntara:

— ¿Por qué te sonríes así?

— Nada, pensamientos que le vienen a uno — se limitó a decir el pretendiente mirando de soslayo a Florrie. — Pensaba en algo que usted me contaba el otro día.

Mr. Culpepper lo miró ceñudamente.

— Te daré un penique por tus pensamientos — soltó aparentando jocosidad.

— No se compran con dinero — retrucóle mister Sharp con voz solemne — espe... especialmente después de la buena cena que usted me da.

— Bert — protestó el casado mientras su esposa se estiraba rígida en su asiento; — Bert; este es mi cumpleaños; yo no envidio nada de nadie, conste, y tú estás bebiendo demasiado y como no tienes costumbre...

— ¿Qué culpa tiene la cerveza? Me gusta y la bebo, eso es. ¿Es que he dicho algo que no debiera decir? — inquirió.

Mr. Culpepper meneó la cabeza con fastidio y se dedicó a comer un trozo de «pudding».

— ¿Qué dije yo que usted no me dijera y que no pudiera decir delante de la señora? — machacó con *vaporosa* pesadez Mr. Sharp. — ¿No dije exactamente lo mismo?

— ¡No! — chilló el hostigado posando de golpe sus cubiertos sobre el mantel. — Nada dije; eres un malicioso y estás delirando.

— Bueno; si dije algo molesto, lo siento mucho. No puedo ser más consecuente.

— Muy bien — exclamó Mr. Culpepper tratando, en vano, de cambiar una mirada amigable con su esposa. — Adelante.

— ¿Quiere que lo diga todo? — murmuró incisivamente el convidado.

— ¡No! Estás mareado. Guarda las conveniencias y no fastidies. ¿Por qué no callas... y comes el «pudding» y te dejas de tonterías? Nadie te va a escuchar si continúas — rajó el viejo con mal contenida bilis.

— Habla por ti mismo — dijo su esposa con irritante sequedad. — A mí me gusta oirle.

Y dirigiéndose al convidado:

— ¿Qué fué lo que él le dijo que no dijera?

Mr. Sharp miró a la dama con nublado aspecto.

— Yo no puedo... no debo decirlo — balbuceó a medio aliento.

— ¿Por qué no? — insistió ella con gesto insinuante.

— Porque... porque peligraría su cabello — borbotó, al fin, el endiablado mozo.

— ¡Impertinente! — chilló Mr. Culpepper con acritud.

— El me dijo — habló el otro, señalándole con el cuchillo — que... ¿quién me está dando patadas por debajo de la mesa?

Mr. Culpepper, temblando de furor y de susto, habló aprisa y fuerte:

— Mejor es que te vayas a casa, Bert. Tú no eres el mismo; estás perdiendo la cabeza. Nadie te pisa por debajo... no sabes lo que estás diciendo. Nunca he visto inconsciencia mayor.

— A usted se le va la memoria — dijo el apostrofado penduleando la cabeza. — Juguemos limpio. ¿No recuerda usted que...?

— ¡No! — rajó el molesto anfitrión.

Mr. Sharp miró con cierto desconsuelo la faz congestionada de Mr. Culpepper y casi se arrepentía de haber ido tan lejos cuando sorprendió una mirada de radiante admiración con que le gratificaba miss Garland, lo que fué para él estímulo sobrado para proseguir en sus indiscreciones.

Se estableció una embarazosa pausa.

El mortificado marido se dedicó a recoger varios platos y a colocar sobre la mesa una fuente colmada de dulce doméstico.

— Sírvase, Mr. Sharp, sin cumplimientos — le animó Florrie a éste en tanto que le ponía la botella de oporto cerca del plato.

No se hizo de rogar. Sirvió a las damas medio vasito, se escanció para sí con abundancia y luego corrió la botella hacia el sitio del apabullado cabeza de familia. Dos veces se animó con dos tragos y sonriendo con cazurra mansedumbre púsose en pie anunciando su intención de pronunciar un discurso «alusivo».

— *Si ya has pronunciado uno, recuerda* — *explotó* contrariadísimo Mr. Culpepper.

— Eso fué la noche pasada — contestó el vaporizado parlanchín. — Ahora quiero decir algo para vuestro cumpleaños.

— Ya basta; no queremos oir nada más — rugió sordamente el vapuleado.

Mr. Sharp pareció vacilar, pero reaccionó al momento.

— Es una broma de él — dijo paseando una mirada alrededor y echándose al coleto un nuevo trago. — *No le gusta que le celebre, que le vaya* a celebrar. ¡Mi viejo y buen amigo! ¡Mi mejor amigo! Claro. Todos tenemos nuestras faltas y él tiene las suyas... las suyas. Y... ¿dónde iba yo?

— Siéntate de una vez — ronqueó Mr. Culpepper.

— Díganos, díganos acerca de las faltas de él — dijo la matrona.

— Vamos a ello — asintió el orador echándose las manos a la frente. — No hay por qué alarmarse — agregó posando sus ojos saltones sobre el rojo semblante del mártir. — No se alarme usted; no voy a referirme a sus pecadillos. No soy tan tonto como todo eso. No deseo amargarle su existencia.

— ¡Siéntate! — bramó, aunque reprimiéndose todavía, Mr. Culpepper.

— Estás demasiado ansioso por que se siente — exclamó con voz aguda su esposa.

— No, si no me importa un rábano. Lo que quiero es evitar que diga nuevas estupideces.

En tanto, Mr. Sharp, ya de pie, apuró otro trago y contempló el aspecto inflamado de su «amigo». Luego volvióse del lado de Florrie para adquirir bríos.

— El es una persona bien vista y respetada — prosiguió Mr. Sharp. — Si es verdad que sale para Londres con mucha frecuencia en viaje de negocios, ello significa que es hombre cuidadoso de sus asuntos... eso es. Mi idea es... eso es... yo le sugiero que debería llevarse siempre consigo a su digna esposa. En tan «grata» compañía y entregándole algunos billetitos algunas veces... ¿por qué no? Y, además, ¿qué razón hay para que ella no concurra «también» a los cabarets y music-halls? Vamos a ver: ¿por qué?..

— ¡Sal de mi casa ahora mismo! — gritó, con la cara como un ascua, Mr. Culpepper levantándose con violencia y golpeando la mesa con el puño. — Vete de aquí, y si pretendes algún día enseñar las narices por este hogar, prepárate. ¡Fuera! ¡Largo de mi casa!

— ¿Largo de aquí? — repitió el interrumpido sentándose de golpe. — No; yo no me voy hasta que salga el sol.

— Vamos a verlo — contestó el otro echándole las manos sobre los hombros. ¡A la calle!

Una enérgica resistencia, aunque pasiva, inmovilizaba el pesado cuerpo de Mr. Sharp, pegándole a la silla a pesar de los esfuerzos con que pretendía sacudirle el «acusado».

Las dos mujeres cambiaron una significativa mirada y luego, con gesto de reinas ofendidas, salieron del comedor con grave rigidez, la joven detrás, volviéndose desde la puerta para, con una postrer mirada dulzona, inyectar al «pretendiente» nuevos impulsos agresivos.

— ¡Fuera o...! — gritaba el marido zarandeándole en vano. — ¡Sal de mi casa! — repetía hecho un basilisco. — Estoy harto de escucharte necedades toda la noche. Quién puso tantas maldades en tu estúpida cabeza yo no sé, pero... ya no te oiré más embustes en mi vida.

— *¿Estúpida cabeza?* — *silabeó* Mr. Sharp con alarmantes maneras. — ¡Dígalo otra vez!

Mr. Culpepper repitió la frase y la acentuó.

— ¡Ah! Muy bien — chilló el soltero.

Saltó del asiento y se abalanzó sobre su enemigo, sentándolo sobre la silla con violencia y agarrotándolo de tal modo y con tan feroces gestos, que al pobre agredido le entró un miedo formidable.

— Ahora no se mueva — le amenazó con terribles visages. — ¿Dónde puso el trinchante?

— ¿El qué? — articuló Mr. Culpepper con los ojos saltones. — *Yo creo que*... esto es *mucho*... que vas demasiado lejos. Eres soberbio con tus bromas.

Mr. Sharp pareció calmarse un poco.

— Pasaremos aquí la noche — dijo. — Pero usted ahí quieto, sin moverse una pulgada.

Cerró la puerta y en seguida, colocando una botella llena y dos vasos sobre la mesa, arrastró su silla a la del «prisionero» y se dispuso a pasar la noche alternando. Las instrucciones recibidas eran terminantes: mostrarse incesantemente lo más desagradable posible; y en cumplimiento de lo prometido, tres veces agarró del flamante chaleco a su pacífico «contrario», obligándole a dar bruscas zancadas por la pieza en dislocado danzar al mismo tiempo que lo aturdía con incoherentes parrafadas y recitaciones escolares.

Aguantaba Mr. Culpepper con indignación contenida, intentando convencerle de que ya era hora de irse a dormir, y el endemoniado «pretendiente», puesto en el disparadero, seguía bebiendo y berreando en tono mayor.

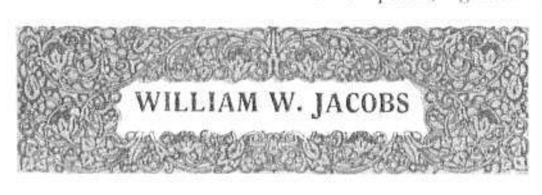
Las diez, las once, las doce. Y precisamente cuando el reloj de pared daba las campanadas, abrióse la puerta y apareció la agradable Florrie. Detrás de ella, ante la mayúscula sorpresa de ambos, surgió la corpulenta figura de Jack Butler.

— Yo pensé que usted estaría muy a gusto con él, tío — dijo la «girl» avanzando por el comedor — y por eso tía no me dejó venir antes. — Pero si no se siente «confortable»...

Mr. Sharp, en atónito y cómico aspecto, vió cómo, en un instante, Mr. Culpepper se asió de la mano del hombretón, cambiando con él una intensa mirada y dos gestos; y en seguida, en el colmo del asombro, aturdido todavía, sintió que la experta y robusta mano del último, semejante a un garfio, se le incrustaba en el cuello, mientras que otra mano no menos activa, que él reconoció pertenecer al primero y que se le había enganchado al sur de las espaldas, le impelía brutalmente hacia el pequeño pasillo.

En esto se abrió misteriosamente la puerta de la calle y Mr. Sharp, dando bruscos trompicones, fué a parar, gateando por el suelo, hasta el medio de la silenciosa y obscura calle.

Cerróse la puerta y una plácida carcajada femenina sonó procedente de la ventana entreabierta.



EL DECHADO DE LA ABUELA

Cuántas veces no se ha hablado de esas viejas reliquias de familia que nos llegan con el dejo de un aroma moribundo! Es una vez un viejo daguerreotipo, el de la abuela o la bisabuela, de miriñaque acaso; puede ser en un viejo devocionario con su olorcillo espiritual a jansenismo, un pensamiento — flor — tan seco que a poco que se le sople se convierte en polvo, una flor pensamiento hecha polvo. (¿Y por qué se la llamará *pensamiento* a esa flor llamada también *trinitaria*, en francés *pensée* y en inglés *heart's-ease*, alivio del corazón? Lo que más parece, con sus cinco pétalos, es un ojo compuesto y misterioso. Ha pasado por el símbolo del recuerdo).

Pero de entre estas reliquias ninguna más interesante que la del dechado — es la misma palabra que *dictado* — o modelo en que nuestras abuelas, allá en la época romántica, en el primer tercio del siglo XIX, bordaban en cañamazo y a punto de cruceta un abecedario, mayúsculas y minúsculas, en letra gótica, luego los números, después una casita con un arbolito y una mariposa mayor que la casa y el árbol y el nombre de la niña que lo hizo en la escuela y el año.

Niña en 1837 cuando se suicidó Mariano José de Larra y surgió sobre su tumba la gloria de José Zorrilla.

Estoy ordenando las composiciones que me ha dejado un pobre poeta recién fallecido, y de tisis, un poeta desconocido y romántico, un caso de atavismo, que dedicó sus últimos años a cantar a su Teresa, a su amada, muerta también de tisis. Y entre sus rimas hay un soneto — el único — en que canta al dechado de la abuela de Teresa — Teresa también — que presidía la sala de la familia. El soneto dice así:

Me acuerdo del dechado de tu abuela,
de abecedario gótico de trazo,
bordado en el pajizo cañamazo
de sus días ligeros de la escuela.
Desprendíase de él, como una estela
espiritual, el halo del abrazo
que ciñó al bastidor y del regazo
que llevara a tu madre. El tiempo vela.
Vela y no vuela. Así la mariposa
más grande que la casa que en contraste
allí junto a la pobre casa posa.
Venciendo de los años el desgaste:
«Lo hizo Teresa Sanz y Carrizosa».
El tuyo tú, su nieta, en mí bordaste.

En los comentarios en prosa que el poeta desconocido hizo añadir a las rimas que me ha legado hay una muy sentida descripción del dechado de la abuela de su novia y de los sentimientos que le sugería respecto a la eternidad del tiempo, al remansarse y embalsarse de las horas. Porque para ese poeta, que tenía su filosofía — poética, por supuesto — las horas son lo eterno, o sea lo que vuelve — como vuelven las olas en la mar, y los vencejos y las golondrinas, y las flores y las nieves — y los siglos lo pasajero. Los siglos son la historia y las horas son la costumbre. Y a ella responde también esta rima suya:

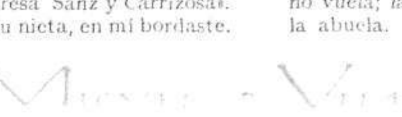
Los siglos son la historia, — las horas el amor;
va con la historia gloria, — con el amor dolor.
Van pasando los siglos, — las horas al volver,
desfilan los vestigios, — se queda la mujer.

«El dechado de la abuela de mi novia — me decía — que es de 1840, representa algo eterno y que perdurará cuando se haya borrado el recuerdo del abrazo de Vergara con que terminó, en aquel mismo año, la guerra civil carlista de los siete años.»

He pensado mucho leyendo ese soneto de mi pobre legatario de rimas románticas en la frase inspirada por un momento poético de: «El tiempo vela; vela y no vuela». Sin duda. El tiempo de las horas vela y vuelve; el que sueña y pasa es el tiempo de los siglos. Las tormentas son pasajeras; el oleaje es perpetuo. Y la ola, como todo lo que vuelve, es lo eterno.

Y quedan por ahí, ¡venerandas reliquias!, dechados de mujeres que no supieron leer ni escribir. Bordaron su abecedario pero no llegaron a saber leer. A lo sumo en su devocionario y sólo en él. Bordaron una vez su firma y no volvieron a firmar.

¡Y la mariposa! ¡La simbólica mariposa! Es el pabellón de las horas, de la eternidad. Porque pabellón, esto es: *papilionem* (en acusativo) no quiere decir sino mariposa. Y la mariposa puede ser, con el pensamiento, el símbolo de lo que vuelve, de lo que revolotea, de la eternidad. Era el símbolo de la inmortalidad entre los egipcios. Y más la mariposa posada; la que vela y no vuela; la *mariposa* del dechado de la abuela.



Página Infantil

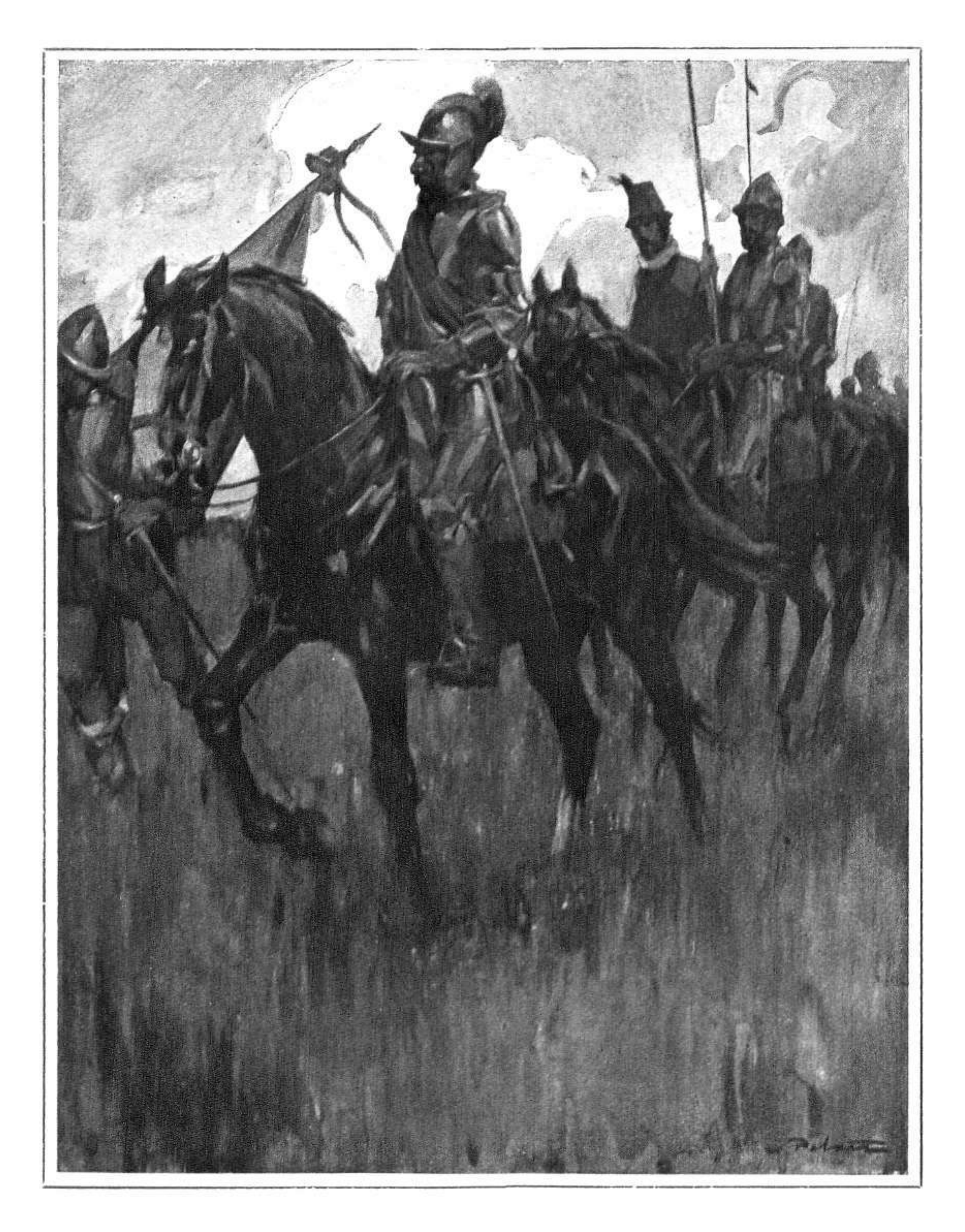
Margarita y Haydée González Hevia



Amalia Elvira Román

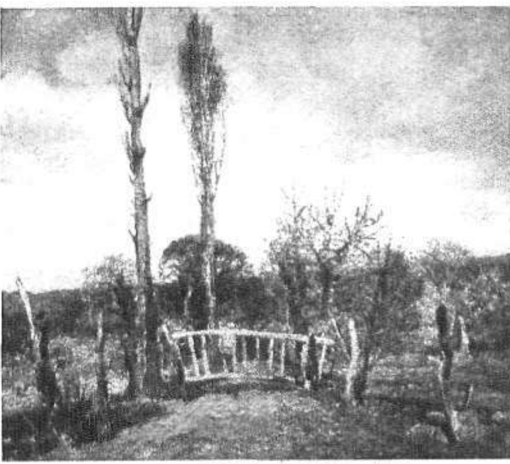


M. Lila Tiraboschi M.



EVOCACION HISTORICA





«PRIMAVERA EN MI CALLEJÓN», ÓLEO.



«MAL TIEMPO», ÓLEO.

EXPOSICION
FERNANDO FADER
EN EL SALON MULLER

Nuevamente Fader expone en el mencionado salón. Su talento, su técnica y su poder interpretativo de nuevo descuellan en sus lienzos, confirmándole, una vez más, como maestro indiscutible de la pintura nacional, y siendo su figura, en el arte argentino contemporáneo, la genuina representación de muchos aspectos de nuestro ambiente, que en sus telas, merced a sus pinceladas vigorosas, cobran vida y acción, expresando el enérgico pensamiento que ha querido imprimirles, y cuyo prestigio artístico, así en la presente como en las futuras generaciones, constituirá un timbre de honor para su patria.

«TARDE TRISTE», ÓLEO.

El Gobierno

Singulares características

El doctor Carlos María Morales, de larga actuación en la Argentina. (Consejero nacionalista).



El doctor Federico Fleurquin, que es el apoyo del Presidente de la República en el Consejo. (Colorado neutral).

ADOLFO Posada llamó a nuestro país «laboratorio de las leyes». Esto, que a otros mortales tal vez satisficiera, contraría a muchos uruguayos, que apetecerían la tranquilidad a las inquietudes de este tilonecismo cuya causa hay que buscarla en el espíritu reformador del señor Batlle y Ordóñez.

El extranjero que venga aquí no dejará de asombrarse viendo nuestro sistema de gobierno, único en el mundo.

Porque en materia de gobiernos pluripersonales hay antecedentes en el viejo Arcontado y, más recientemente, en la Confederación Helvética.

Lo que falta en todos los países de la tierra es un régimen híbrido, como el de aquí, con un Presidente de la República por un lado y por otro un Consejo Nacional de Administración.

El Presidente de la República manda la policía y el ejército y dirige la política exterior del país. No tiene autoridad ninguna sobre el poder administrador, o sea el Consejo. Las finanzas dependen, pura y exclusivamente, de éste. De modo que si al Presidente de la República se le ocurre ponerse a mal con la otra rama (¡aquí todo son ramas!) del Gobierno, el Consejo malogra su gestión al negarle los recursos que necesita la presidencia para atender sus tres Ministerios: Interior, Relaciones Exteriores y Guerra y Marina.

Entretanto el Consejo se desenvuelve con cuatro carteras: Hacienda, Obras Públicas, Instrucción y Ganadería e Industrias.

Pero también al Consejo Nacional de Administración pueden presentársele situaciones angustiosas como la actual, cuando el Parlamento no le aprueba el Presupuesto, ni le vota leyes de impuestos, ni le autoriza a concertar un empréstito que remiende los agujeros de las finanzas oficiales, bien colocando títulos en el propio país, o dándoselos, en determinadas condiciones, a la banca extranjera. En este país imperaba el régimen presidencial más absoluto. Nuestros presidentes eran tan omnímodos como pudieron serlo los zares. Tenían en la Cámara de Representantes y en el Senado mayorías punto menos que regimentadas.

Ellas se encargaron siempre de hacer las leyes a gusto del que mandaba.

Pero el señor Batlle y Ordóñez, dos veces Presidente de la República, prendado del régimen helvético, quiso hacernos un gobierno pluripersonal con sus ribetes originales. *Llegó después la lucha entre los «colegialistas», todos ellos rodeando al autor de la* innovación, y «anticolegialistas», provenientes de todos los partidos. La contienda fué obstinada y acabó con un pacto político extraordinario, mediante el cual los antipresidencialistas aceptaron el que se dejara un Presidente de la República, con facultades limitadas, y los anticolegialistas admitieron que se implantara un colegiado.

Es decir, que todos se quedaron con lo que no querían.

A. RUBEN



El señor Julio María Sosa (batllista), que preside actualmente el Consejo Nacional de Administración.



El doctor Feliciano Viera (Colorado radical), saliendo del Consejo con el senador Santiago Rivas.

EN EL URUGUAY

Colegiado

cas del actual régimen

Pero política, ya se sabe, cuando no es negocio, es manicomio.

Se implantó el voto secreto y el Partido Nacional — bajo un régimen de libertad — hizo avances extraordinarios.

Estamos abocados a grandes sorpresas. Pero no es lícito oficiar de augures aquí, cuando se pretende ofrecer a los extranjeros una descripción de lo que es el Gobierno Colegiado o poder administrador.

Este se compone de nueve miembros. Cada dos años se renueva una tercera parte. Y el consejero elegido en primer término, es decir, el candidato que encabeza la lista más votada, ejerce funciones de presidente. Quiere decirse que la duración de esa presidencia es tan sólo de dos años. Por el contrario, el Presidente de la República, elegido también por voto directo, de acuerdo con la nueva Constitución, permanece en el cargo eminentemente representativo cuatro años.

* * *

El local del Consejo de Administración presenta, a diario, un aspecto animadísimo. *Lo de menos son los altos funcionarios* que van hasta antesalas y lo de más la cantidad de postulantes que afluyen para entrevistarse con este o aquel Consejero.

El Presidente, que es un político de acción, cuya fogosa personalidad se hizo en los comités, para culminar luego en el Parlamento, es buscado por centenares de correligionarios semanalmente. Los recibe en el despacho oficial.

Otros de los Consejeros atienden a las visitas en sendos saloncitos. Y hay tres de ellos — los señores Aramendia, doctor Campistegui y doctor Lamas — que no reciben al público sino en sus despachos particulares.

Es indudable que en pocos lugares de la tierra han de mostrarse los gobernantes más acogedores y democráticos. De este modo no puede admitirse que haya atropello alguno en las dependencias del Estado sin que de inmediato sobrevenga la denuncia.

He ahí la gran virtud y el gran defecto del régimen. Virtud por lo que el poder tiene de abierto y justiciero. Defecto, porque preocupado el Consejo con un sin fin de minucias, no le queda tiempo para meditar en los grandes problemas, que exigen una certera y rápida orientación.

De momento, el Gobierno del Uruguay, en su conjunto, da la sensación de una vasta máquina que funciona mal. Se mueve el motor — léase el Consejo Nacional. Pero faltan los transmisores, se echan de menos nexos...

Y esto es lo que colegialistas y anticolegialistas explican de un modo harto diferente. Puede ser que la gente de ambos grupos tenga razón.

Porque decir que no tiene razón... ahora, en este lugar, nos parece un poco fuerte.

DE CELIS



El consejero nacionalista señor Pedro Aramendia y, tras de él, el doctor Juan Campistegui, Consejero riverista



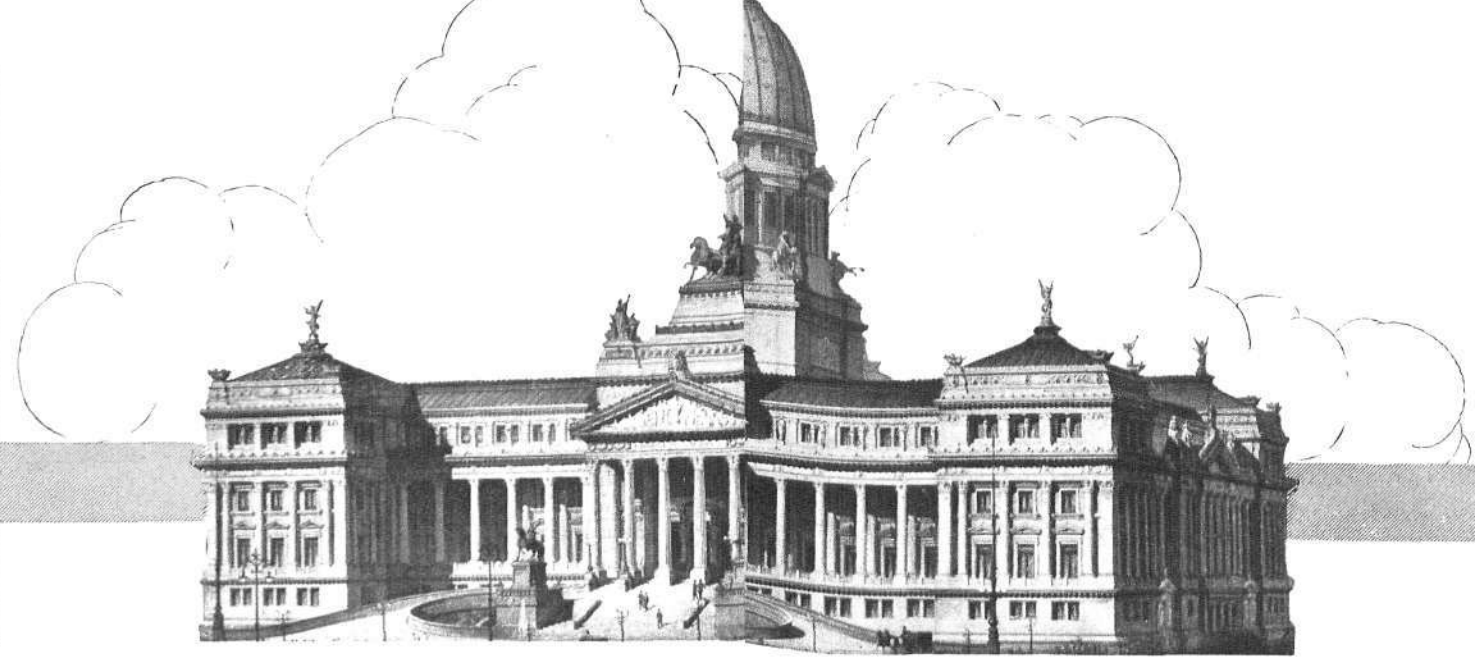
El doctor Alfonso Lamas, que es un eminente facultativo también. (Consejero nacionalista).



El doctor Ricardo J. Areco (Colorado radical), sale del Consejo de la mano de sus familiares.



El consejero doctor Atilio Narancio, figura popular, portavoz de las ideas del doctor Batlle y Ordóñez.





EL DECANO DE NUESTRA CASA, DON EUGENIO HENRY, A QUIEN LA LEY SORPRENDE CON EL GESTO DE OPTIMISMO QUE LE ES HABITUAL.



DIPUTADO NACIONAL DOCTOR RODOLFO MORENO, UNO DE LOS AUTORES DEL PROYECTO.

UNA LEY DE REPARACION Y JUSTICIA

La jubilación de empleados de empresas e industrias particulares

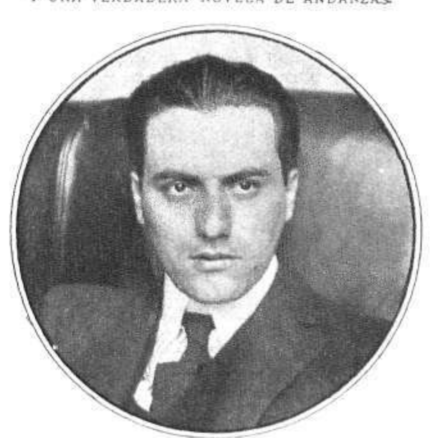
Por fin la Cámara popular ha dado su nota brillante acogiendo la ley de retiro para empleados no oficiales. En estos momentos el país espera del Senado una sanción que, por otra parte, constituye desde hace mucho tiempo el justo y legítimo anhelo de los que trabajan, y que, cada cuál en su puesto, colaboran en la obra constructiva con que vamos deparando el magnífico porvenir del país.

Estamos ahitos de presenciar los dramas de la vejez sin amparo, a cuyo dintel suelen llegar muchos que fueron importantes factores en alguna empresa, y a quienes la desgracia u otros agentes han vedado el acceso a la prosperidad a pesar de una larga y constante vida de trabajo. La justicia social se sentirá mejor equilibrada entonces, cuando la nueva ley haga sus efectos. Habrá forma de clasificar con más claridad las actividades, y cada hombre, seguro de la recompensa que le otorga el tiempo, verá mejor el camino de la vida iluminado por el resplandor de una verdadera vocación.

Yo he tenido la estupenda curiosidad de recorrer la historia de miles de hombres que han hecho una carrera extraña, o que han caído en la inepcia debido a sorpresas de una ruta escogida erróneamente, o que, sin más rodeos, han desatinado lamentablemente. Pues bien. El noventa y dos por ciento de esos desorientados, náufragos de la fortuna, han sido experimentadores de oficios, hombres puestos por la adversidad en una encrucijada de muchas calles, que han buscado resolver el pavoroso problema del más allá. En esa lucha titánica de asegurar la vejez, les ha dado el zarpazo el tiempo, y, perdido el encanto de la lucha, sin alicientes de ninguna especie, han poblado el ambiente de su pesimismo y de su dolor. Quiere decirse, que al haber una esperanza, el porcentaje de los fracasados mermará considerablemente, puesto que aquél cuyas inclinaciones no se adapten a los recursos de hacer capitales, entenderá que en la perse-



CAPITÁN DE LA NAVEGACIÓN INTERIOR DON JUAN B. CANONIERO, CON 42 AÑOS DE EMBARQUE Y UNA VERDADERA NOVELA DE ANDANZAS.



DOCTOR LEONIDAS ANASTASI, DIPUTADO NACIONAL QUE COLABORÓ EFICAZMENTE.



JOSÉ FERNÁNDEZ, UN VETERANO DE LOS OBREROS INDUSTRIALES QUE DESCONFÍA DE QUE LA



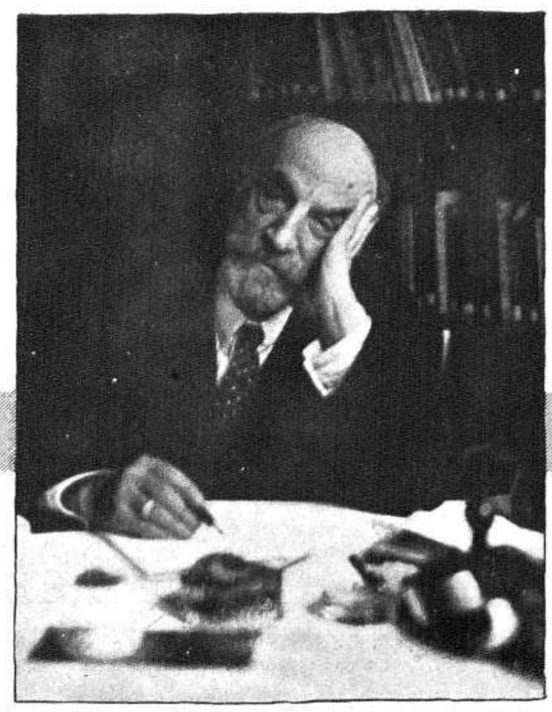
HILARIA UNGRIA, 40 AÑOS DE COSTURA EN ROPA BLANCA SIN PERDER UNA HORA DE TRABAJO. RECORRE 52 CUADRAS POR LA MAÑANA Y OTRAS TANTAS POR LA TARDE AL IR Y REGRESAR DE SU [illegible]



54 AÑOS DE MOSTRADOR Y APENAS SI LE CONMUEVE LA NOTICIA DE LA JUBILACIÓN. EL SEÑOR IGNACIO ELIZONDO EN SUS FUNCIONES DE VENDEDOR.



DON ESTEBAN CAVASSA, 32 AÑOS DE VIDA EN-



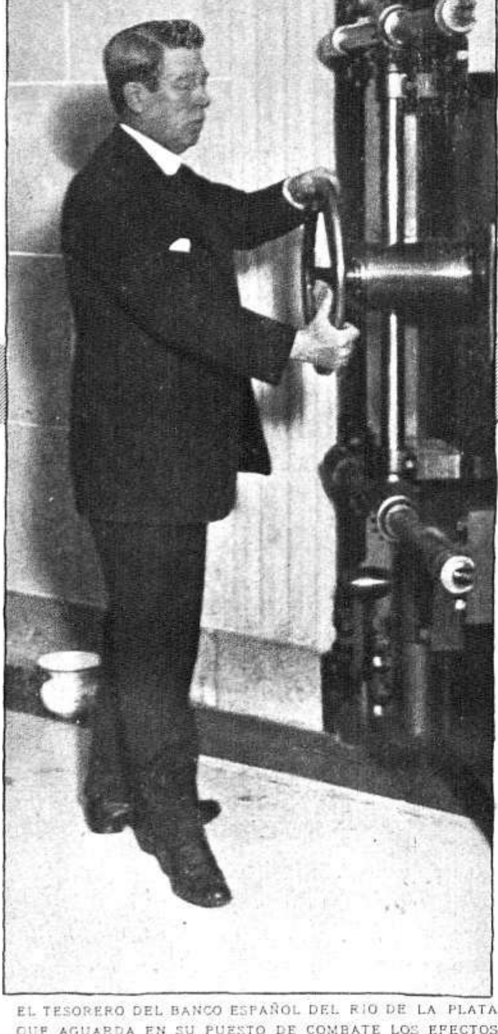
PUBLICISTA DON RAFAEL BARREDA, QUE POR SUS AÑOS DE PERIODISMO ES CONSIDERADO EL MÁS ANTIGUO DEL GREMIO.



DIPUTADO NACIONAL SEÑOR JORGE RAÚL RODRÍGUEZ, QUE APOYÓ EL PROYECTO.



MIGUEL MAGLIONE, CONOCIDO MAQUINISTA EN LA NAVEGACIÓN FLUVIAL: DESDE 1872.



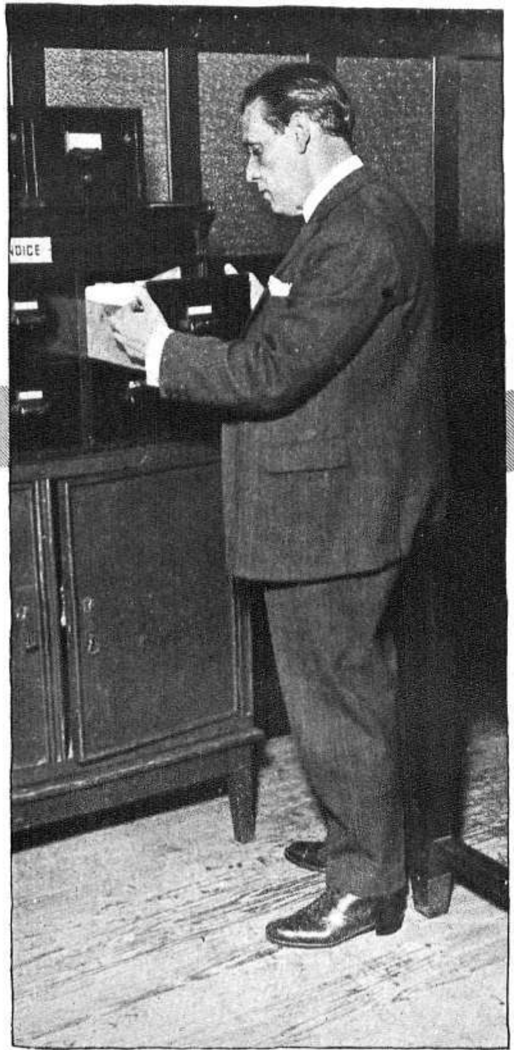
EL TESORERO DEL BANCO ESPAÑOL DEL RIO DE LA PLATA QUE AGUARDA EN SU PUESTO DE COMBATE LOS EFECTOS DE LA LEY, CON 28 AÑOS Y 3 MESES DE SERVICIOS.

verancia viene el premio: con ello, la industria, el comercio, las artes y los campos, encontrarán prontamente sus verdaderos especialistas. Baste, para reforzar esta teoría, el ejemplo de Bélgica, donde hay leyes aseguradoras de la vejez desde hace muchos años.

El paso dado por la Cámara joven es fruto de una idea que prevalecía en nuestro ambiente, y por lo cual salieron a debatir algunos partidarios decididos buenos años ha. En una democracia que tira sus lineamientos a una gran perfección, debía triunfar una idea que representa equidad y es expresión del más razonable derecho. Por lo demás, en cuanto se realicen los mandatos de la nueva ley, se producirá el saludable movimiento de renovación que hace bella y vibrante la existencia. Fuerzas cansadas en largo producir serán relevadas por nuevas energías, bajo el



SEÑOR MANUEL O. CAMPOAMOR, LEADER DE LA CAUSA PRO-JUBILACIÓN DE EMPLEADOS DEL COMERCIO Y DE LA INDUSTRIA.



DON EMILIO LUDERITZ: 28 AÑOS DE VIDA BANCARIA. HOY GERENTE DE LA SUCURSAL FLORES DEL BANCO ESPAÑOL DEL RÍO DE LA PLATA.



EL SEÑOR LUIS SCALESSE CON 35 AÑOS DE ASTILLEROS, PUERTOS Y NAVEGACIÓN.



SR. FRANCISCO VIDUEIRO, EL MÁS ANTIGUO Y POPULAR VENDEDOR DE TIENDA EN B AIRES



DIPUTADO NACIONAL DOCTOR ARTURO BASS, ENTUSIASTA SOSTENEDOR DEL PROYECTO.



SEÑORITA PEPITA GOÑI, DECANA DE LAS OPERARIAS DE SOMBREROS FEMENINOS, EN SU TALLER DE JEFE DE SECCIÓN EN UNA DE NUESTRAS GRANDES CASAS.

régimen que dignifica y a la vez suprime situaciones que ya no tienen razón de ser.

También a nosotros, los obreros de la prensa nos alcanza la sanción. Hay que pensar que no todas son glorias, y no pocas veces hemos tenido que recoger, para darle sepultura, el cansado cuerpo de un viejo batallador que, tras medio siglo de acción y de ideas al servicio del país, vió malogrados sus más generosos esfuerzos.

Seguramente el nuevo estado de cosas transforma el sol de numerosos hogares. Nuestros hermanos, los que han trabajado desde la juventud a la ancianidad, van a recoger su velamen junto al último amor de los suyos, pero con una gran satisfacción: la que sustenta un derecho, conquistado con loable fervor cuando quizás resulte más oportuno.

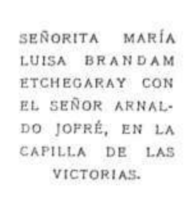
SANTIAGO FUSTER CASTRESOY.

ENLACES





SEÑORITA ZAIDA SÁNCHEZ DÍAZ CON EL DOCTOR TOMÁS J. RUMI, EN LA IGLESIA DE SAN MIGUEL ARCÁNGEL.



SEÑORITA MARÍA LUISA BRANDAM ETCHEGARAY CON EL SEÑOR ARNALDO JOFRÉ, EN LA CAPILLA DE LAS VICTORIAS.

SEÑORITA MARÍA EMILIA ANCELL CON EL INGENIERO CARLOS BOSCH ARANA, EN LA CAPILLA DE LAS VICTORIAS.

LOS LIBROS

LAS HERMANAS TUTELARES

POR RAFAEL ALBERTO ARRIETA.

El excelente poeta que es el autor de este libro ha reunido en este volumen una media docena de artículos en los cuales presenta al lector la imagen de seis mujeres excepcionales, que lo fueron no por ser hermanas de sus hermanos, sino porque poseyeron condiciones intelectuales y morales de orden superior: Dorotea Wordsworth, Eugenia de Guerin, Enriqueta Renán, Paulina Leopardi, Isabel Rimbaud y María Páscoli. Bastarían los nombres de los escritores que leyendo esta lista se recuerdan para que el libro del señor Arrieta apareciese interesante aun antes de haberlo abierto, y si a ello se agrega la consideración de que el autor es, como ya se dijo, excelente poeta, el interés se hace invencible. Lectores abundantes ha de tener, por lo tanto, este libro, y estamos seguros de que ninguno de ellos ha de arrepentirse de la lectura, porque el señor Arrieta ha puesto en sus estudios, junto con el saber indispensable para afrontar esa clase de temas, una emoción tan delicada que desde el primer momento subyuga al lector.

LA REVOLUCIÓN DE DICIEMBRE Y SUS CONSECUENCIAS, POR M. DE MITRE Y VEDIA.

Bastante conocido y apreciado por abundantes trabajos históricos es el autor de este libro, fracción de una obra en preparación, para que sea menester presentarlo a los lectores de Caras y Caretas. Ahora, el señor Vedia aporta al conocimiento de la historia de aquellos tan angustiosos años un documento de capital importancia: el pacto secreto entre Rosas y Lavalle, pacto que, arrancado a la inexperiencia política del heroico militar, tuvo las consecuencias que se sabe. Son también de singular interés los documentos referentes a la proposición de Lavalle a San Martín para que éste pusiese el prestigio de su gloria al servicio de la causa que aquél servía de tan buena fe, pero que el Libertador vió, con ojo certero, en todas sus inevitables proyecciones, así respecto al país como respecto a su persona. Trabajos como éste, a la espera de las obras de que deben formar parte, contribuyen grande y felizmente a la comprensión de hechos históricos importantes, sobre los cuales es menester agotar la investigación para poder apreciarlos en su verdadero valor, y explicarse las situaciones que los produjeron y las consecuencias que tuvieron.

EL TRAJE MARAVILLOSO Y OTROS CUENTOS A CHALITO, POR ARTURO LAGORIO.

Sería interesante averiguar por qué, en los tiempos contemporáneos, no ha nacido ningún escritor de cuentos para niños cuyas obras hubiesen hecho olvidar las de los maestros de los pasados siglos. No será, por cierto, porque las gentes de ahora se preocupen de los niños, del cuidado de su cuerpo, de su inteligencia y de su carácter, menos que antes, puesto que la verdad es que los niños ocupan cada día mejor sitio en la preocupación de todos. ¿O será porque los viejos maestros — que no fueron muchos, por lo demás — agotaron el caudal aprovechable y adaptable a la inteligencia y a la sensibilidad infantiles? Sea de ello lo que quiera, lo seguro es que el cuento para niños es un género literario poco cultivado en todas partes, y en la mayoría de los casos con éxito apenas relativo, lo que demuestra que es un género difícil, circunstancia que da mayor valor al libro del señor Lagorio, que tenemos al frente. El señor Lagorio es escritor muy laborioso y su producción literaria goza de merecido prestigio por las condiciones que los lectores de esta revista han podido gustar más de una vez. Este último libro suyo contiene siete cuentos para niños, y en todos ellos el autor demuestra que, a pesar de las dificultades del género, no fué vana presunción en él el intento de escribirlos. Se nos ocurre que si nosotros fuéramos niños y algún tío amable nos obsequiase el libro del señor Lagorio, lo leeríamos con deleite; pero encontraríamos tal vez que los cuentos son más bien largos y están escritos en un bien cuidado estilo que nos quedaría grande, como quien dice. Mas esta conjetura no tiene, como todas las conjeturas, sino un valor relativo, puesto que todo depende de la edad del niño lector. Los cuentos del señor Lagorio son para niños algo crecidítos, en los cuales las enseñanzas precoces de la vida empiezan a poner orden en las alborotadas fantasías de la imaginación; son cuentos tanto para la sensibilidad como para la inteligencia de los niños, y no solamente para la primera, lo que suele ser la condición esencial de los cuentos para niños. Con todo, se trata de un libro que seguramente ha de ganarse los sufragios de muchos padres, y ese será el mejor de sus triunfos, pues nadie mejor que los padres saben lo que los niños deben leer. Y todos, chicos y grandes, admirarán las ilustraciones que a los cuentos del señor Lagorio ha puesto López Naguil. La influencia de ciertas tendencias predominantes en algunos dibujantes ingleses es visible en esas ilustraciones; mas esa circunstancia no quita que sean muy bellas y tengan, no obstante aquella circunstancia, cierto carácter personal, ese carácter que se percibe en las obras de los verdaderos artistas, por encima de las influencias que sobre ellas han actuado. En suma, literaria y artísticamente, un bello libro éste de Lagorio y López Naguil.

LOS JUEGOS EN GRECIA

POR CÉSAR VIALE.

Contiene este folleto la conferencia que el autor leyó en el Jockey Club a mediados del mes pasado. El señor Viale es, como se sabe, uno de los más tenaces e inteligentes fomentadores de los deportes entre nosotros, y su erudita y amena conferencia no fué sino una nueva manifestación de esas inclinaciones suyas, que, dado el creciente desarrollo de las aficiones deportivas en el país, encuentran amplio y simpático eco cuando se traducen en hechos.

AMOR Y VIRTUD

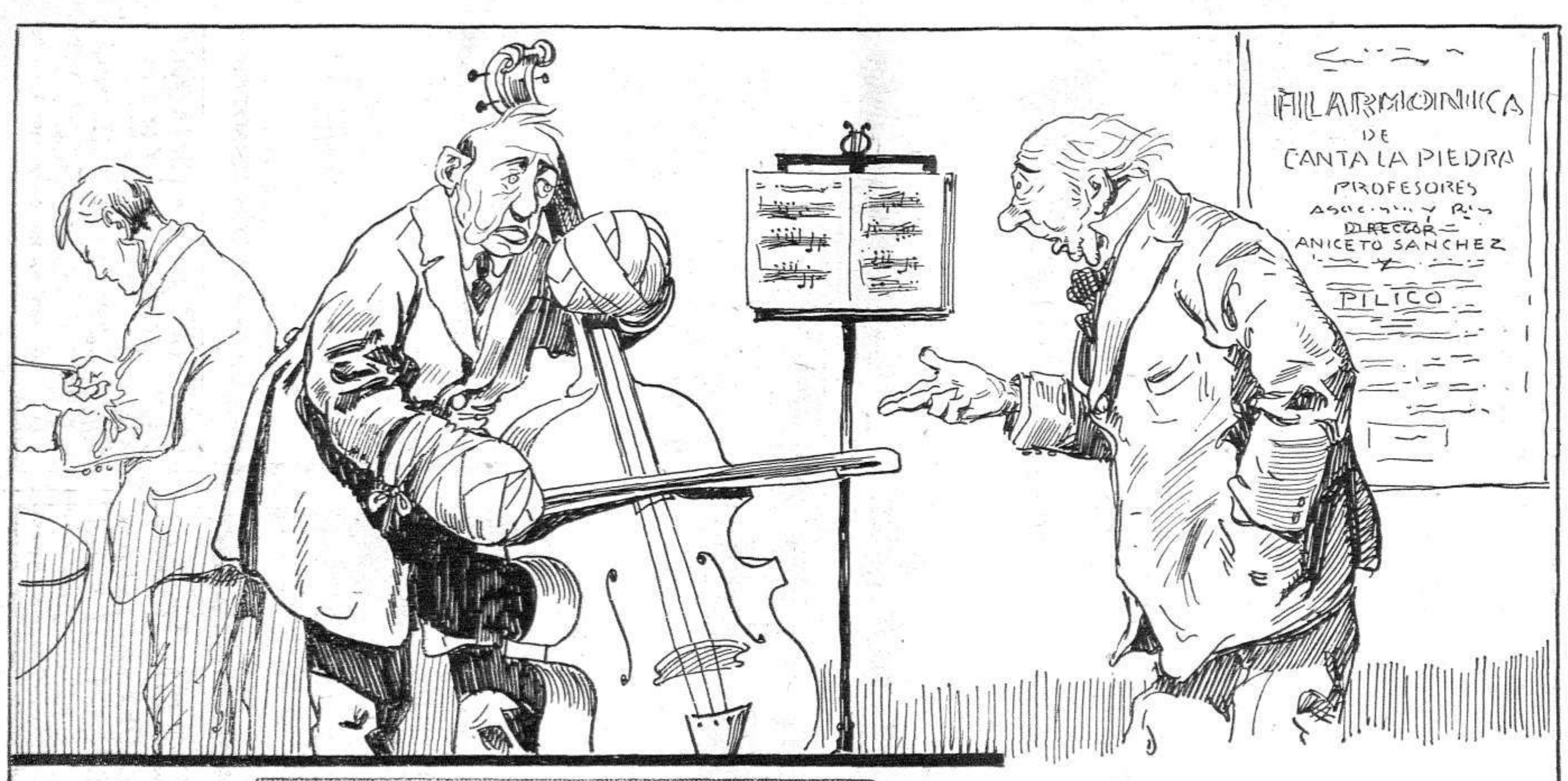
POR PEDRO ECHAGÜE.

Se sabe ya el lugar que ocupa en la historia del teatro nacional don Pedro Echagüe, cuya obra había quedado casi olvidada por tanto tiempo. Un editor discreto ha tenido ahora la buena idea de publicar este volumen, que contiene un drama romántico de Echagüe: *Amor y Virtud*, que fué representado en San Juan en 1868. Ignoramos nosotros si ahora hay en San Juan alguna producción teatral; pero caso de haberla, no nos parece que tenga la significación que, desde todo punto de vista, tiene el hecho de que *Amor y Virtud* fuera escrito y representado allá hace más de medio siglo. La interesante obra del dramaturgo sanjuanino viene precedida de un substancioso estudio del doctor Ataliva Herrera sobre los orígenes y la significación del teatro argentino.

EL ÁRBOL FRAGANTE.

POR HORACIO A. REGA MOLINA.

En este nuevo libro de este poeta sentimental y delicado hay composiciones muy bellas, de entre las cuales entresacamos la siguiente, titulada Crepúsculo, cuya lectura da mejor idea que cualquiera apreciación rápida, de su valer: «Parece que la tarde cerrara al irse, extinta, — con sus obscuros dedos, la puerta de la quinta. — Un toque de campanas bendice la arboleda. — Se oyen viejas palabras en un aire de seda: — Es la hora en que dan ganas de andar cortando rosas — por largas avenidas, desiertas, silenciosas».



NOTA COMICA DEL

GLAUDA VERMOUTH ARGENTINO

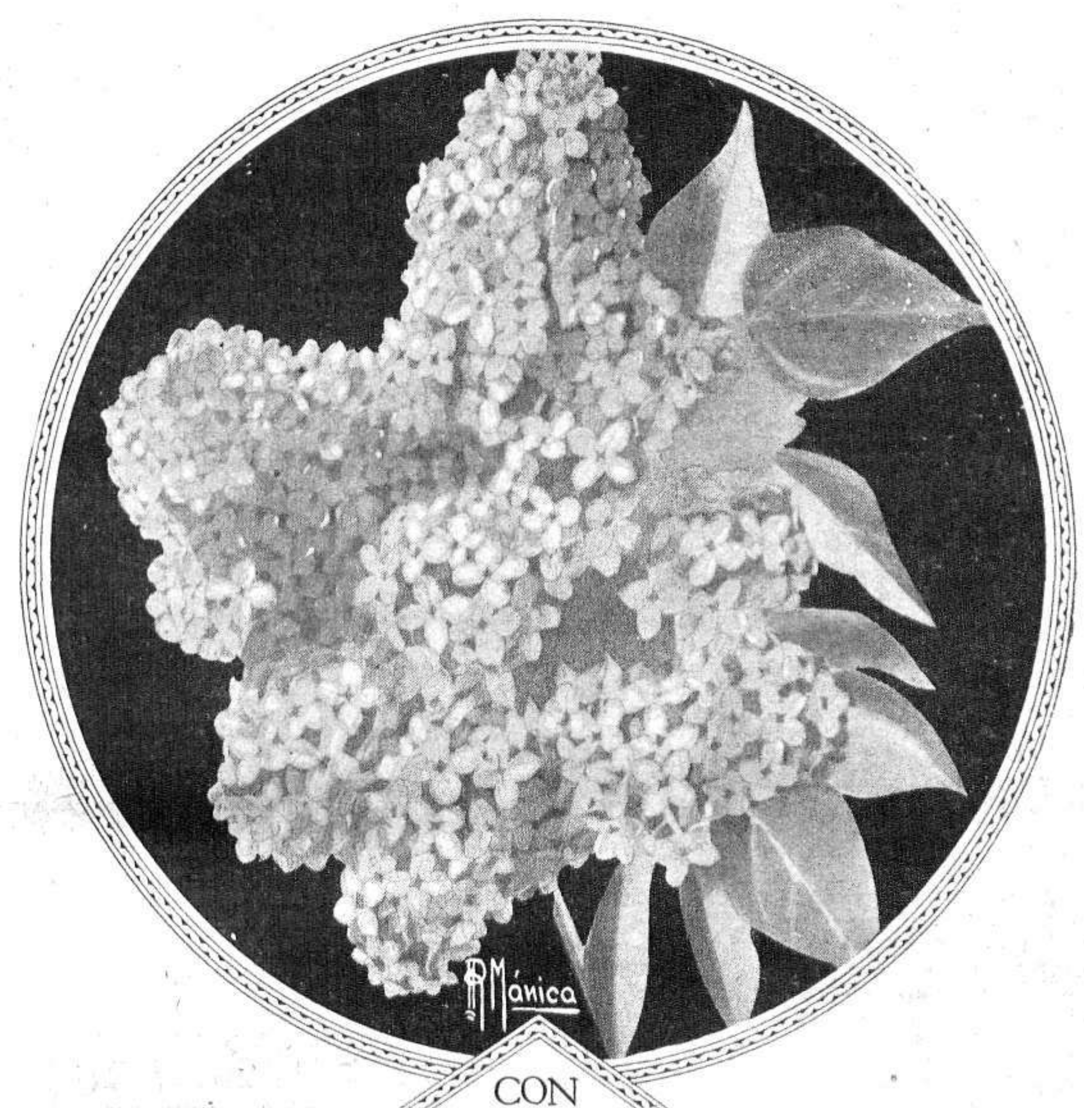
—¿Pero no tocaba Vd. antes violín?

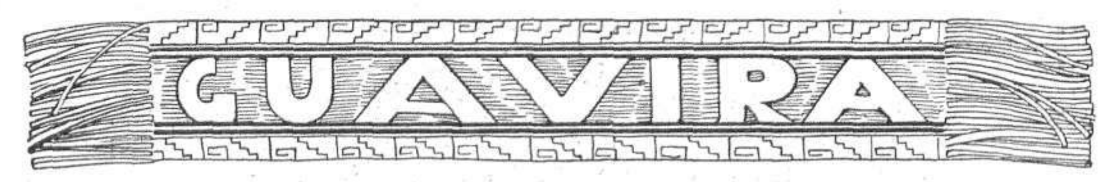
—Sí; pero ahora toco con trabajo... ¡pero con muchísimo trabajo!

De Chacabuco



El doctor Victor Noriega dirigiendo la palabra a la *entusiasta multitud de correligionarios políticos poco después* del acto electoral en que se constituyeron las autoridades locales de la Unión Cívica Radical.





He aquí una leyenda en la que se narra por qué el nombre de Guavirá es venerado por las doncellas.

Guavirá era cuñataí (1). Al nacer, todos los signos anunciaron para ella los dones excepcionales de la cuñataí.

Según costumbre, al nacer la criatura tomáronla el rubicha (mago) y la cuñataí, cada uno con su mano derecha y cantando, invocaron la protección de Tupá (Dios). Y fuera del toldo, encendida una fogata de yuyos aromáticos, danzaron y cantaron para alejar los malos espíritus de la criatura, el de Añac (Diablo), particularmente.

Realizadas tales tradicionales costumbres, tocábale a la cuñataí, la hechicera de la tribu, dar nombre a la criatura. Para ello, acostada en un lecho de hierbas aromáticas y rodeada de su familia, comenzó la hechicera a girar a su alrededor al tiempo que aspiraba humo de tabaco (2). Esta aspiración la llevaba a un grado de exaltada embriaguez; y comenzó entonces a pronunciar palabras y frases incoherentes. La primera que dijo fué Guavirá; y así llamóse la niña.

Faltaba ver si la Luna (Ñaceindeg) la tomaba bajo su protección. Esperóse el plenilunio, y la madre llevóla al bosque. Allí la acostó a la luz de la luna y Guavirá se durmió. Prueba de que la deidad de la Noche le era propicia y que la criatura estaba reservada a altos fines (3).

Pasaron los años y Guavirá daba pruebas siempre de que la Luna estaba con ella y que a ella debía consagrarse. Decidió ser cuñataí.

No eran pocos los sacrificios que para ser cuñataí se requerían: El ayuno y la castidad son indispensables; cada dos días, la aspirante a cuñataí ayuna uno, tomando sólo infusiones de caá (yerba); el amor le está vedado para siempre, y si algún osado pretende hacerla violar su juramento, es obligación de ella matarlo. Para esto cuenta con la *jararaca*, terrible víbora ponzoñosa a la que la cuñataí ha hechizado y cuyo veneno es mortal. La novicia de cuñataí debía demostrar voluntad con tales prácticas y con esta otra considerada definitiva: beber de cierto brebaje compuesto de una infusión de caá, taperiba y *jugo de muerto*. Este *jugo de muerto* obteníase poniendo, bajo las tumbas aéreas, calabazas en las que se recogían los líquidos productos de la descomposición del cadáver. Muchas fueron las aspirantes a cuñataí que se vieron obligadas a renunciar por no poder pasar por este prueba de beber el repugnante bebedizo.

Guavirá a los veinte años ya era cuñataí. Ni el líquido éste ni los ayunos ni el renunciamiento al amor pudieron desviarla, y fué cuñataí.

Vistió entonces el traje a ellas propio: un ancho sombrero de plumas trenzadas, un collar y pulseras de plumas y semillas pintadas de vivo color y, por toda vestimenta, un jubón hasta la rodilla tejido de fibras vegetales y plumas.

Y Guavirá, como cuñataí que era, sabía interpretar las voces de la selva y sacar pronósticos buenos o malos del alarido del viento, del trueno o de los cantos de las aves y los aullidos de las bestias.

Sentada a la sombra del molle (4) y embriagada con el humo del tabaco, a manera de la helénica pitonisa, contestaba a las preguntas que acerca del porvenir y sus destinos se la hacían.

También sabía vaticinar por medio de sus serpientes domesticadas y por los yacarés (caimanes). Si al consultar las serpientes éstas se enfurecían, mal pronóstico; por el contrario, si se conservaban mansas, buen augurio.

Los yacarés consultábalos mediante un cachorro de pecarí (cerdo salvaje): Llegábase hasta el río, abundante en yacarés; a su orilla se quemaban perfumes e invocaba a Tupá, conjurando a los yacarés que se pronunciasen. Luego ataba el pecarí a la orilla, alejábase prosiguiendo sus oraciones, y si al tornar, al cabo de un tiempo — quizás media hora — el cachorro de pecarí no había sido devorado, buen augurio, y malo si los yacarés lo habían comido.

También sabía Guavirá predecir la suerte que le estaba reservada al cazador del yaguareté (tigre americano); para ello poseía un halcón al que consultaba dándole de comer: si devoraba la presa, el aventurero cazador corría riesgo de muerte.

Pero en lo que Guavirá sobresalía de las cuñataíes de su tribu era en el peligroso arte de magnetizar serpientes.

Buscándole los ojos, mirándoselos fija y duramente, giraba a su alrededor, en tanto que un haz de hierbas aromáticas ardía en su mano; y giraba cada vez apretando más y más sus círculos, hasta que la serpiente dominada, inmóvil, aplastábase bajo su mirar duro y fijo.

Desde entonces el terrible reptil quedaba bajo su influjo y obedecía a su voluntad.

Era Guavirá la más célebre de entre las cuñataíes cuando ocurrió el hecho que ha proyectado su nombre por el sendero aromado de la leyenda.

Una joven de la tribu habíase enamorado de un hombre exótico; un raro hombre de color blanco, vestido de hierro y plumas de color y que había llegado a las tierras guaraníes desde el lejano mar, con otros muchos como él, amos del fuego que mata.

Aquel hombre blanco, herido en un combate con la tribu, había sido salvado de la muerte por la joven, la que, curándolo, había llegado a amarle; y el cacique de la tribu, respetando lo que el destino ordenaba por los sentimientos de ambos jóvenes, la india y el español bizarro, permitió la unión de la joven de su tribu con aquel enemigo exótico llegado del mar.

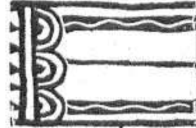
Guavirá vióle por vez primera durante el ritual del casamiento; y la cuñataí, obligada por su destino de hechicera a no amar nunca, se enamoró del hombre blanco.

Impasible, contempló la ceremonia por la cual el hombre que amaba dábase a otra mujer.

El rubicha, rompiendo el delantal de la novia, tiróle a oriente, luego a occidente, y lo enterró a sus pies.

Los hombres de la tribu comenzaron a danza







a su alrededor, y a medida que pasaban por el sitio donde el pedazo de delantal se hallaba enterrado golpeábanlo con el pie y gritaban: «¡Añac, Añac!... «De tal modo alejábase el espíritu malo. Se hicieron después fumigaciones de tabaco y otras plantas aromáticas, cuyo humo aspiró la novia hasta caer sin sentido... En tanto, el novio regresaba a la choza con los obsequios: pieles, cueros, collares de semillas, a esperar a que la novia, ya vuelta en sí, regresase a la choza, según era costumbre, con lo que terminaría la ceremonia nupcial.

Pero esta vez mucho tardó en volver en sí la novia, y al cobrar el conocmiento comenzó a gritar llorando:

—¡Añac, Añac, lo lleva!

Había soñado que Añac, el Demonio, robaba a su hombre blanco.

Fueron a la choza donde él debía estar aguardándola. ¡No había nadie! Buscaron inútilmente por el bosque; nada había. Nunca más debían verlo, ni a él ni a Guavirá, la hechicera.

Nunca más supieron de ella en la tribu; pero una anciana cuñataí, la que fuera maestra de Guavirá y su confidente, habló bajo el molle sagrado y narró lo que había sucedido como si todo lo estuviese viendo con sus ojos cegatones de anciana...

Esto lo narró algunos años después. Dijo:

— Guavirá, enamorada del hombre blanco, decidió unirse a él. Se lo impedía su condición de cuñataí, condenada a la castidad; decidió robarlo. ¿Qué pudo costar a la magnetizadora de serpientes el magnetizar al hombre blanco?... Huyó con él lejos; y entre las selvas solitarias realizó su amor, violando la tradición que la impedía amar a hombre alguno.

¡Ah!, pero la perjura había sido castigada: el hombre blanco, el extranjero, le había sido infiel. Breve tiempo gozó ella de su amor; él había huído, seguramente con los suyos, a amar y ser amado por una mujer blanca.

Y a Guavirá le tocó vagar y gemir de desesperación y morir de la misma muerte que a la desdichada novia del hombre blanco ella había condenado al raptárselo.

Pero los designios de Tupá son sabios: La hechicera Guavirá no había desaparecido del todo: su cuerpo habíase trocado en planta y daba ahora un fruto de virtud maravillosa, ejemplar: Todo extranjero que coma de él olvida su país de origen y se radica en la comarca que produce el guavirá.

Y he aquí cómo por virtud de una mujer que murió de amores por un extranjero tornadizo, la Naturaleza da a las doncellas el talismán que obliga a los hombres de lejanas comarcas llegados a radicarse en las suyas y a amarlas definitivamente.

Y he aquí por qué el nombre de la cuñataí Guavirá es venerado por las doncellas.

ERNESTO MORALES

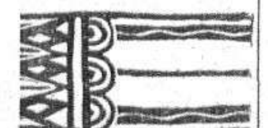
DIBUJOS DE MACAYA

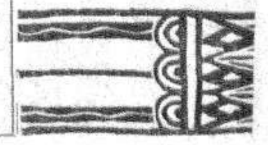
(1) Cuñataí, en guaraní Cuñatahí, quiere decir mujer joven; pero por antonomasia llevaban tal nombre las hechiceras de las tribus, aun las viejas, porque cuñataí quiere decir también mujer casadera, y las magas estaban obligadas a soltería perpetua.

(2) Los indios lo conocían con el nombre de palan-palan. Es la *nicotina glauca* de nuestros científicos.

(3) Si Guavirá no se hubiese dormido, señal de que la Luna no la auspiciaba, entonces hubiera tocado a la madre castigarla con un manojo de hierbas aromáticas, castigarla hasta hacerla llorar, para de tal modo alejar de ella el espíritu malo que impedía al bueno de la Luna llegase hasta la niña.

(4) El molle o molle negro (Moya Spinosa) era el árbol sagrado de los guaraníes. En cada población había una plaza y en medio de ésta se encontraba, infaltablemente, el molle. A su sombra, que causaba el sueño, la cuñataí vaticinaba y el anangé (curandero) practicaba sus fumigaciones, baños de calor y masajes curativos.





De Escobar

Grupo de tamberos que han constituido una sociedad cooperativa para defender los intereses del gremio y que cuenta con delegado ante el Ministerio de Agricultura.

TRAPICHE





Estos son los Vinos que se distinguen cuando se prefieren los mejores.

BENEGAS Hnos. & Cía. Lda.
Sociedad Anónima INDUSTRIAL y COMERCIAL
744, FLORIDA, 744 - Bs. Aires
Unión Telefónica 1752 y 1365, Retiro
Cooperativa Telefónica 3708, Central

De Trenque Lauquen

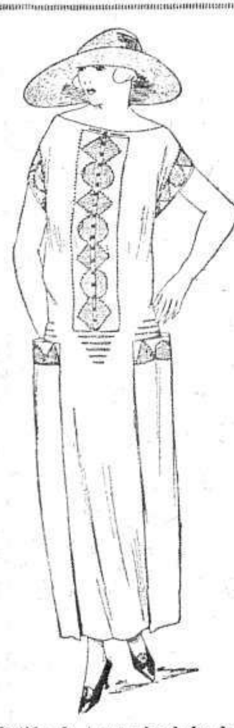
Caracterizados miembros de la colectividad italiana que celebraron el XX de Septiembre y agasajaron al señor Luis E. Scalesse por su reciente nombramiento de agente consular. — En ángulo: Señor Luis E. Scalesse, nuevo agente consular de Italia.

LA MODA AL DIA

Por LUZ Y SOMBRA

Sombrero de paja picot verde almendra con media cocarda de terciopelo de tres tonos

de verde. Cinta azul marino y blanca sobre paja trenzada azul marino.



Vestido de tussor bordado de seda de varios tonos. Bolsillos laterales. Metraje: m. 4 × 1.

Vestido de crepella verde almendra con cinta mordoré. El escote y los puños son de crepe estampado sobre fondo mordoré. Metraje: m. *3.25 × 1.20*

Todo el triunfo de la moda pertenece este año a los *géneros estampados.* Triunfo muy fugaz por cierto, pues en estos meses de otoño para Europa se nos anuncia la vuelta al color negro, el monarca indestronable. Pero nosotros esperamos todavía ver cubrirse de flores los duraznos y los árboles de hojas, esperamos ver surgir la Naturaleza en toda la impetuosidad de su resurrección anual, y miramos, por lo tanto, las sedas multicolores que llenan las vidrieras de nuestra capital.

Estos géneros ofrecen efectos de colores muy bonitos y fáciles de hacer resaltar, puesto que se suprime cualquier otro adorno *que no sea un cuello o un* pañuelo o un fichú de color liso, y para los primeros meses aun frescos, la casaca obscura y la capa cortísima pondrán su nota sombría sobre las polleras aun demasiado claras. Los efectos más bonitos los ofrecen los fichús blancos, ya sean cruzados de adelante y atados de atrás, o cayendo sueltos adelante, sobre un vestido de línea absolutamente derecha.

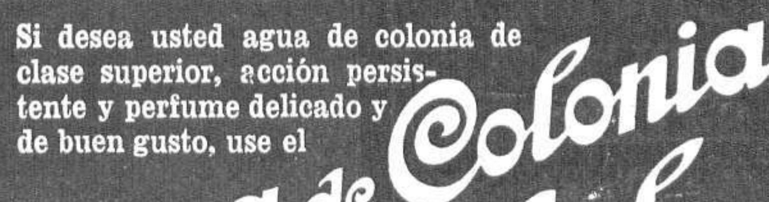
«Derecho no quiere decir angosto», dicen los franceses, y eso es verdad, sobre todo cuando se trata de voile estampado o de foulard. El vuelo se nota siempre, ya sea por el montaje con frunces de la pollera, o por los volados bastante anchos y colocados regularmente o en espiral y a veces rodeando un «delantal». La fantasía más descabellada preside. Y nadie se extrañó ya de ver en las reuniones hípicas de Francia vestidos hechos de broderías chinescas al lado de los voiles estampados, cuya pollera desde la mitad para abajo era enteramente cubierta de volados de género liso sobrepuestos. Sobre los vestidos multicolores el fichú es de seda lisa ribeteada. Se coloca, por ejemplo, con la punta sobre el brazo izquierdo y el nudo sobre el hombro derecho. Sus extremidades son tan abundantes que caen sueltas hasta el borde del vestido. Es éste el adorno más recomendable para un vestido de voile estampado. Muchos vestidos de verano son de lanita blanca, acompañados o no por un saquito, y resultan siempre mejor que los de foulard. El género debe ser suave y ya de por sí adornado, como es, por ejemplo, la resillaine flamée, que también es indicada para capas o abrigos de noches estivales. Sobre los vestidos blancos el marabout rasé será un lindísimo y elegante adorno; son de marabout estos inmensos cuellos destinados a substituir el zorro y al armiño, demasiado costosos y demasiado llamativos para vestido de calle. Capa y abrigo, además de ser prendas de utilidad, son de alta moda para el veraneo. Hay el abrigo confortable y práctico en género liso con forro a cuadros, llamado abrigo «reversible» porque se puede usar de los dos lados. Los kasha lisos y a cuadros son también muy indicados para un ranglán o un abrigo con capita, pero habrá que doblarlos de seda fina, crepe o pongé. El kasha beige liso irá acompañado de una seda floreada, y para los de *cuadros se preferirá un pon*gé que recuerde la línea de los mismos. Se ven modelos de abrigos blancos adornados de liebre imitando el zorro a la perfección. La forma es absolutamente derecha, y la piel es el único adorno. Los mismos modelos se hacen en gris. Un conjunto suntuoso es ofrecido por una capa de mayunga negro con un inmenso cuello de marabout rosa y forrada de este mismo. El abrigo negro es indispensable para las noches del veraneo elegante. Los crepes mayunga, el marrocain de lana, el crepella mayunga son los más indicados y se forran de crepe de chine añadiéndole una fina hoja de ouata si se quieren usar también en otoño. Los adornos son casi siempre del mismo género, y la piel de mono los completa deliciosamente. Los sombreros de verano son muy grandes, para substituir la sombrilla. París había anunciado, a principios de mayo, la aparición de las sombrillas japonesas; pero luego París y sus playas vieron pasar el verano sin que se realizara la profecía... ¿Y nosotros? No esperamos otra cosa, pues aquí más que en cualquier parte la sombrilla parece olvidada. A menos que los recientes acontecimientos no cambien los gustos... Sabemos que en una fiesta oficial pro víctimas del Japón la concurrencia no llegó a 300 personas... ¿Quién sabe si, en compensación, este verano no veremos nuestros centros de veraneo sembrados de sombrillas japonesas, tributo de nuestras elegantes al país que la tierra se tragó? No sería nueva la forma de conmiseración... Las consecuencias del desentierro de Tutankhamón son el más reciente precedente.



La elegancia de noche: Grande capa "reversible" de terciopelo negro fruncida sobre un "empiécement" llano y adornada de ruches de cinta de terciopelo verde, como el forro. El vestido que acompaña la capa es de crepe marrocain verde y negro con ancho y suple cinturón haciendo juego.







Si desea usted agua de colonia de clase superior, acción persistente y perfume delicado y de buen gusto, use el

Agua de Colonia Mendel

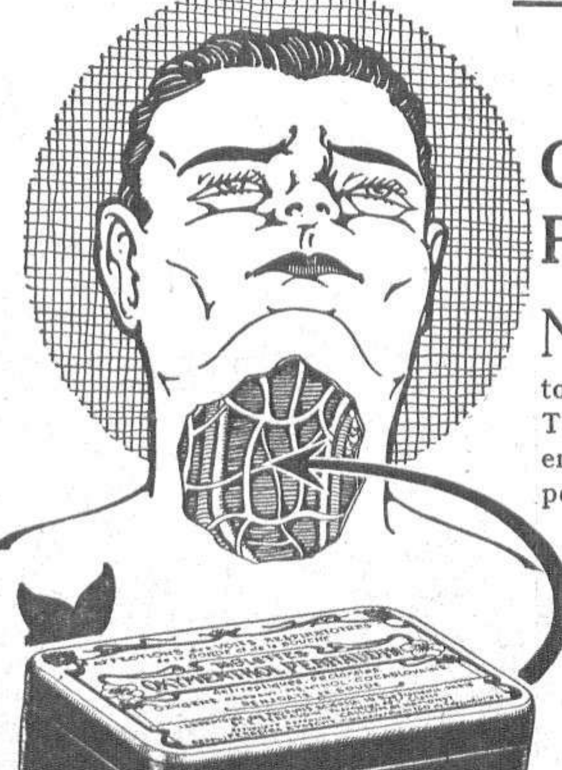
y hallará en ella un exquisito producto de calidad insuperable.

PERFUMERIA MENDEL

En Buenos Aires:
Calle Guardia Vieja, 4439

En Montevideo:
Calle Cerrito, 673





TABLETAS OXYMENTHOL PERRAUDIN

NO más tos, dolores de garganta, grippe, influenza, bronquitis, si tomáis las TABLETAS OXYMENTHOL PERRAUDIN al oxígeno puro en estado naciente, el antiséptico más poderoso conocido, pero únicamente las VERDADERAS TABLETAS DE OXYMENTHOL son las que llevan sobre la caja la marca "TABLETAS OXYMENTHOL PERRAUDIN - PARIS".

De venta en todas las Farmacias.

Laboratorio de los "Productos Scientia"
10, rue Fromentin, París.

Necrología



Señorita Leonor Muñaguria. — Chaco.

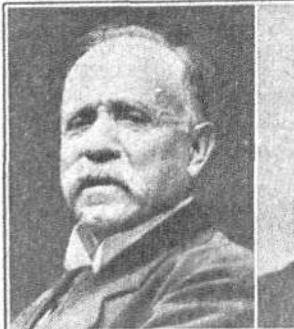
Señora Dominga Ciarlante de Avicolli. — Ciudad.



Señorita Herminia Esther Costar. — Avellaneda.



Señor Federico Muzzio. — Ciudad.

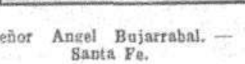


Señor José Costa. — Rosario.



Señor Pedro Asecio.—Navarro.

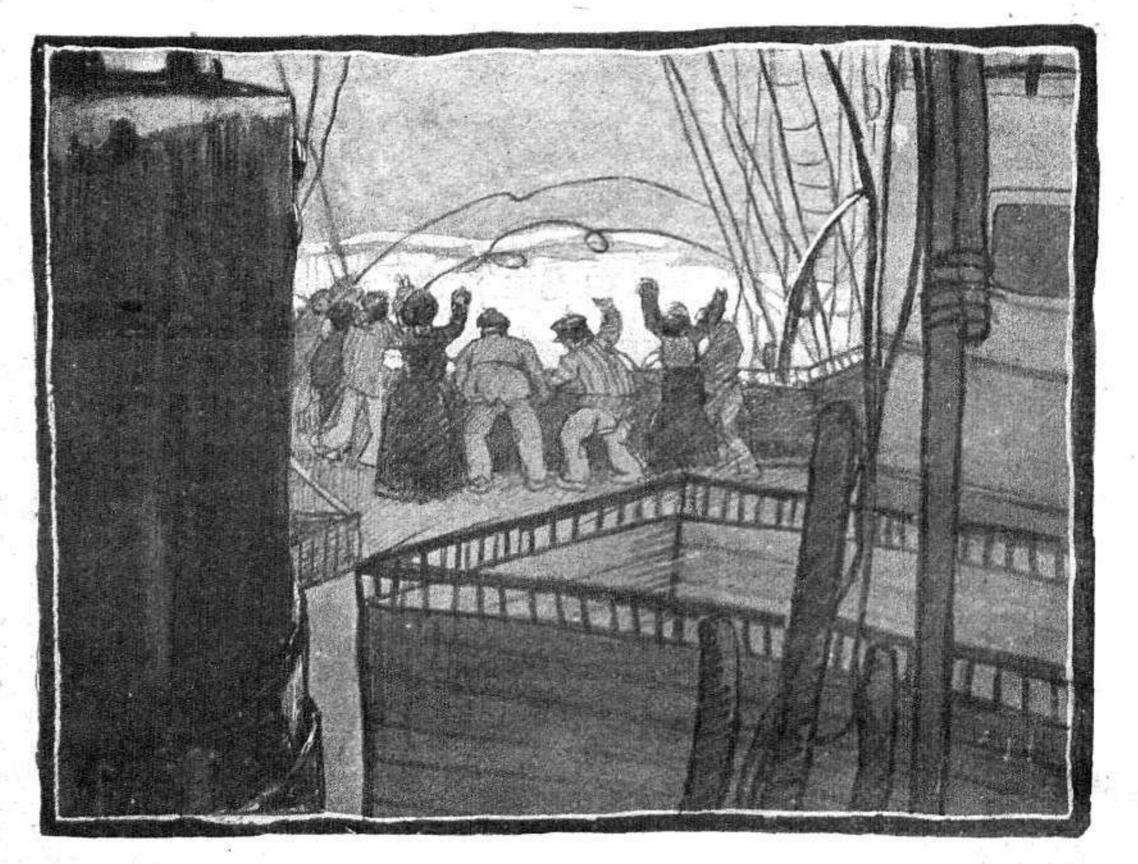




Señor Angel Bujarrabal. — Santa Fe.



Señor Germán Girard. — Trenque Lauquen.



LA GOLONDRINA

(NARRACION HISTORICA)

QUIÉN no la conocía ya por todo el vapor?

Se llamaba Pilar, pero yo la llamaba siempre la *Golondrina*.

Con su trajecito negro hasta las rodillas, sus medias negras, su pelo negrísimo, como las penas de su madre, y sus ojos más negros tal vez que aquellas penas, curioseándolo todo, encontrándose en todas partes, me hacía el efecto de una de esas golondrinas que van y vuelven y revolotean por los jardines a la caída de las tardes mayales.

Venía con su madre a bordo del vapor *Panamá* desde Guayaquil, donde acababa de perder a su padre, hasta Valparaíso, donde le esperaban los brazos cariñosos de su tía Remedios.

La madre de Pilar era una señora joven aún, y muy hermosa.

Recuerdo que de ordinario se levantaba con la aurora, vestíase primorosamente su rico traje de luto, y sentándose en un banco de sobrecubierta que daba al mar, se abismaba en la lectura de un librito, que permanecía en sus manos horas enteras sin mudar la página, como si cada letra de aquel tomo fuese para ella objeto de seria y profunda meditación.

Era un libro de poesías escrito por su malogrado esposo.

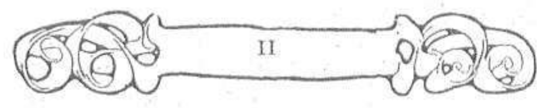
De cuando en cuando una lágrima temblorosa y brillante salía de sus ojos, rodaba por sus mejillas y manchaba el libro.

Entonces se estremecía, volvía de su meditación, limpiaba con su pañuelo de seda negro aquella gota de acíbar, doblaba la hoja y seguía leyendo.

No era, sin embargo, una de esas almas neurasténicas y lacrimosas. Cuando alguna amiga le venía a hablar, cerraba el libro, bordaba sus labios con una sonrisa de agradecimiento y seguía la conversación con ese tino, con esa delicadeza propios de las mujeres de alta sociedad.

Mientras tanto, la *Golondrina*, que aun no sabía lo que eran penas en el mundo, vagaba a su placer, ora pidiendo naranjas y chirimoyas a los reposteros del vapor, ora quedándose muy seria, con los brazos en las espaldas y los ojuelos fijos en dos yanquis, jugadores de ajedrez, siguiendo sus lances y jugadas; yendo de allí a marear a un reverendo franciscano para que le diese alguna medalla; de allí a hacerle chillar a un maldito loro, que nos traía mareados a la tripulación y pasajeros más aún que los vuelcos del barco, y de allí, finalmente, corría al banco donde estaba su madre, se abrazaba a su cuello sin decirle una palabra, saludándola con una lluvia de atronadores y resonantes besos.

Su madre la quería con delirio, con cariño nervioso, frenético; había reconcentrado en su *Golondrina* toda la pasión sin fondo de su alma joven, aferrándose a sus caricias como el náufrago que se aferra a la única tabla de salvación que le restaba en medio de aquellas olas de amargura y de pena en que la dejaron desamparada y solita la muerte prematura de su esposo.



II

El vapor fondeó en el desabrigado puerto de Eten.

Eran las nueve de la mañana; hacía ya dos horas que el vapor estaba anclado, y los lanchones del puerto no se atrevían a acercarse para descargar las mercancías.

Olas inmensas, llegando de la playa, azotaban el costado del buque, que se revolvía con un vaivén tan intranquilo, tan angustioso, como si se quisiera resistir a que le robaran las riquezas que traía en sus bodegas.

Todos los pasajeros estaban guarecidos en sus camarotes. Sólo los dos impertérritos yanquis sostenían hacía tres horas una partida de ajedrez, y sólo la *Golondrina* jugueteaba en proa con las hijitas de un emigrado peruano, que, sin tener opción a camarote fijo, pasaba con su familia las noches frigidísimas y lluviosas bajo el toldo de proa.

De pronto varios pasajeros, que desde un puentecillo curioseábamos los contornos de la costa, sentimos una fuerte sacudida del vapor, vimos una inmensa ola que se alejaba majestuosa por el costado opuesto a la playa, en tanto que un grito agudo, desgarrador, vino a herir nuestros oídos.

Todos nos lanzamos a la borda de estribor, y otro grito de angustia se escapó de nuestros labios. En el mar, a pocas varas del barco, con la agonía pintada en sus negros ojazos, estaba Pilar, la *Golondrina*, lanzada al mar, sin duda, por la fuerte sacudida de la ola.

Aun me acuerdo, y me acordaré mientras viva. Es una de esas impresiones que se quedan como estereotipadas en las paredes mismas de la memoria.

La niña no gritaba: el espanto había paralizado todos sus sentidos. Sólo miraba a los espectadores con los ojos extraviados, dementes, y se agitaba en medio de aquellas parduzcas lomas que la subían y la ocultaban entre sus ondulaciones.

¿Y su madre?

Su madre oyó el grito desde el camarote, y abarcó con una sola mirada del alma todo lo que pasaba a su hijita; cuando llegó a la borda parecía un cadáver.

Dos gritos salvajes se juntaron, se chocaron como se chocaban entonces los rugidos de las olas al encontrarse una con otra.

—¡Mamita, mamita mía!

—¡Hijita de mi vida!

Y se siguió un segundo en que todos los ojos estaban clavados en la niña.

—¡Mil libras al que la salve! —rugió, más bien que gritó, aquella pobre madre.

Otro momento de expectación, de silencio, cortado por los gritos desesperantes de la niña, que clamaba:

—¡Mamita, mamita, por Dios, que me ahogo!

—¡Diez mil libras al que me la traiga viva o muerta!

Nadie se lanzaba al mar.

La pobre *Golondrina* se iba alejando del barco.

En aquel momento la actividad más asombrosa se había despertado en el vapor.

Cuerdas y más cuerdas se lanzaban al mar con todas las fuerzas de los robustos brazos. Los rollos de soga se desenroscaban en el aire como una serpiente, y caían a pocos metros de la niña. Imposible salvarla. Arrojarse al mar era agregar una segunda víctima a la primera.

De pronto la *Golondrina* hizo un último esfuerzo, dió un grito y se sumergió.

La madre no pudo más. Sacudió con violencia los brazos de los que la sujetaban, subióse sobre la borda, y su cuerpo se hundió en las aguas, reapareciendo en seguida sobre la superficie. Asió un cabo que le arrojaron, y nadó hacia su hija.

Entonces conocí las fuerzas que tiene una madre. Creedme, son casi infinitas.

En menos de tres minutos llegó hasta Pilar, pasó por su cuerpecito la cuerda dos o tres veces, y aferrada a la soga, luchando a brazo partido con cada ola que venía a disputarle la presa, se acercó a la borda del vapor. Se habían salvado.

—Ahora, ahora —le gritamos todos, —mucho cuidado al acercarse al barco.

En efecto: el oleaje abofeteaba la banda del buque de un modo indescriptible.

Varios marineros tiraban con precaución de la cuerda a que se agarraba la madre con una mano, mientras con la otra sostenía a su hijita, que no daba señales de vida.

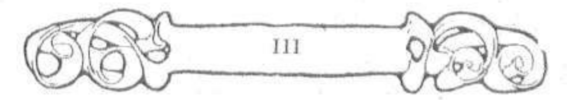
Llegó el momento solemne, decisivo, en que los dos cuerpos iban a salir del agua y a salvar el punto difícil.

El buen esposo (a lo que yo creo siempre que recuerdo la triste tragedia) padecía nostalgia por su esposa y por su hijita, y quería abrazarlas ya a todo trance con el abrazo de la eternidad.

Un golpe de mar enorme bajó hasta el abismo los dos cuerpos, los subió después casi hasta la baranda del barco, y...

—¡Jesús! —fué la última palabra de aquella heroína.

La ola se retiró majestuosa, imponente, triunfante.



III

Sobre el pavimento de proa contemplábamos a poco a las dos víctimas, como se contempla un espectro sombrío en medio de horrible pesadilla.

El cadáver de la madre, sin lesión visible, pálido, aéreo, estrechaba contra su seno el cadáver destrozado, cárdeno, de la pobrecita *Golondrina*.

¡Qué de lágrimas se derramaron sobre aquellos dos cuerpos!

Y la madre, entretanto, sonreía como si estuviera alegre por haber obtenido aquel triunfo sobre el poder del Océano.

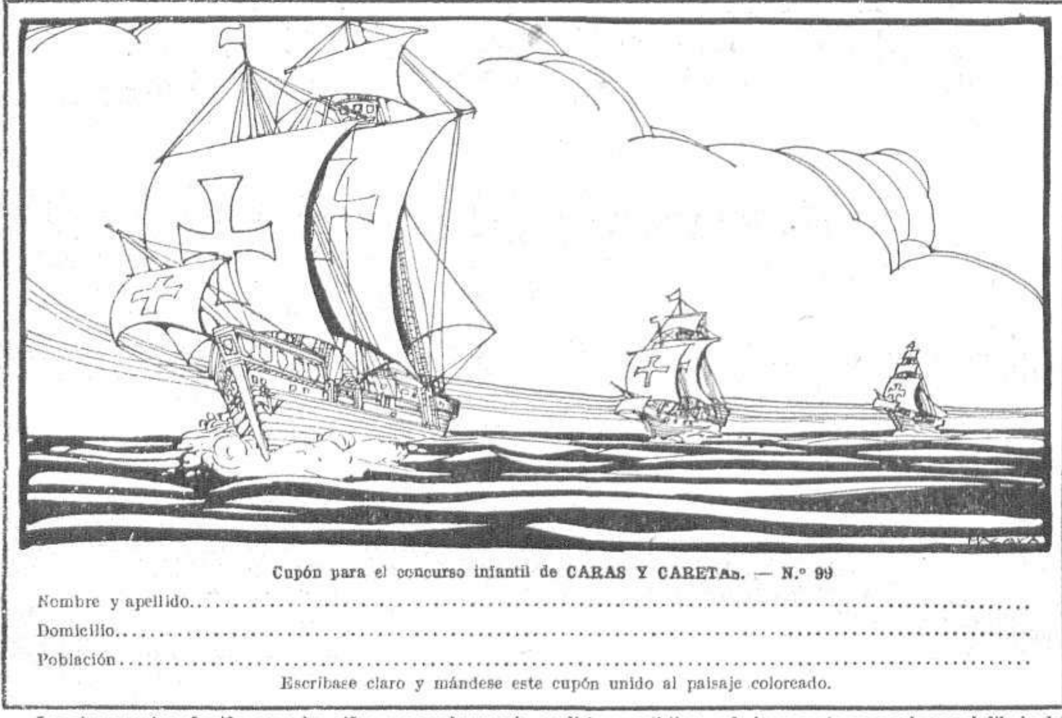
ALBERTO RISCO



CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: **Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.**

Se otorgarán **CIEN PREMIOS**, que serán distribuidos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 99

Nombre y apellido...

Domicilio...

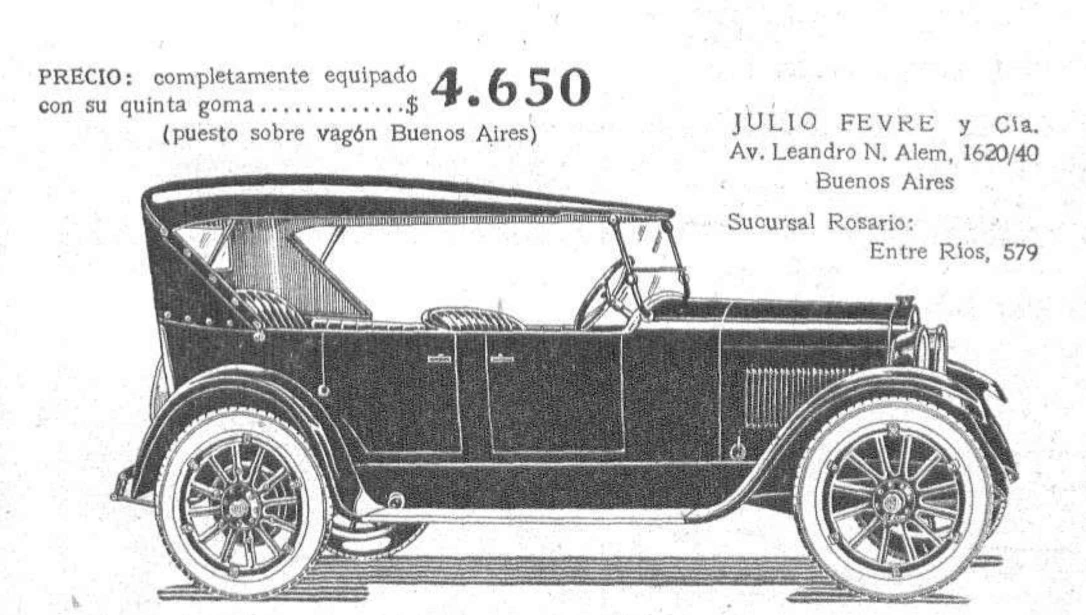
Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

Los cien premios ofrecidos para los niños que revelaran más condiciones artísticas y de buen gusto para colorear el dibujo del Concurso N.° 98 han correspondido a los firmados con los nombres que a continuación se expresan:

Amato, Marino.
Aló, Urbano.
Araujo, M. Dolores.
Agote, Susana.
Angelini, S. Juana.
Alfaro, Gonzalo.
Arena, Argentina.
Améndola, E. Marta.
Barletta, J. Renato.
Braña, Alberto.
Bofferón, Irlanda.
Battistessa, M. del Carmen.
Borell, Nélida.
Botta, Edgardo.
Barrio, Gervasio.
Basilico, Luis.
Caldorola, José.
Capace, Cayetano.
Callay, María.
Cantilo, Dorita.
Cistoldi, Modesto.
Cristiano, Juan.
Campoamor, A. Hirma.
Cardorelli, César.
Colaizzo, Luis.
Castagnino, Ignacio.
Cambarous, L. Lydia.
Cozzé, Antonio.
Chaly, Miguel.
Doello, J. Pachito.
Dreisch, T. Pedro.
Druella, Ceferino.
Echagüe, Guillermo.
Fleitas, G. Aura.
Fallati, Alfredo.
Folgueras, J. Jorge.
Funes, Estela.
Flores, Cora.
Guisández, Beatriz.
Guastini, Olga.
Gambuti, Capolita.
Gutiérrez, B. Ernesto.
Godino, A. Julio.
Gil, Leticia.
Herréiz, Víctor.
Jersitelli, M. Angela.
Juárez, A. Raúl.
Jacobs, Daisy.
Lavoide, Rogelio.
Laroque, Roberto.
Lambertini, Alberto.
Lattuca, Miguel.
Ligalupi, Georgina.
Lucero, R. Leonidas.
Larrea, Isabel.
Morales, Aurora.
Mariñas, L. Roberto.
Mazzeo, Domingo.
Monti, Irma.
Marenco, Stella.
Moore, E. Guillermina.
Mondotte, E. Arturo.
Mubrihill, E. María.
Martín, S. Maruja.
Mihura, Isabelita.
Natalicio, Juan.
Oromí, T. Remo.
Otaola, Elida.
Obispo, Rodolfo.
Polvorín, B. Roberto.
Palacino, Sergio.
Piendebene, Aníbal.
Pajares, Julio.
Porión, Roberto.
Pascual, A. M.
Pilatti, J. María.
Repetto, E. M.
Rizas, José.
Rana, Luis.
Rivero, A. Pedro (hijo).
Rauch, Eugenia.
Rosetti, M. Italia.
Sánchez, Feliciano.
Shannon, Ricardo.
Sereno, Adela.
Sicardi, L. Héctor.
Salord, Paulina.
Tottino, José.
Terrén, María.
Trotta, Elena.
Tomás, J. Bartolomé.
Unzué, Cholita.
Viola, Felipa.
Valerga, María.
Viale, G. Emilia.
Vicuña, Matilde.
Wen, M. J. Nicolás.
Weiscrat, Marcos.
Zóccola, B. C. Lely.
Zuza, Carmen.

Los niños premiados residentes en la Capital deberán presentarse a retirar sus premios a esta Administración los días 23 y 24 del corriente mes, de 9 a 12 y de 15 a 18. — A los que residan fuera de la Capital rogamos soliciten sus premios por carta.



Enlaces



Señorita Emma L. San Martín con el señor Juan Francisco Bianchi. — Ciudad.



Señorita María Justina Frehner con el señor José Capuzzi. — Ciudad.



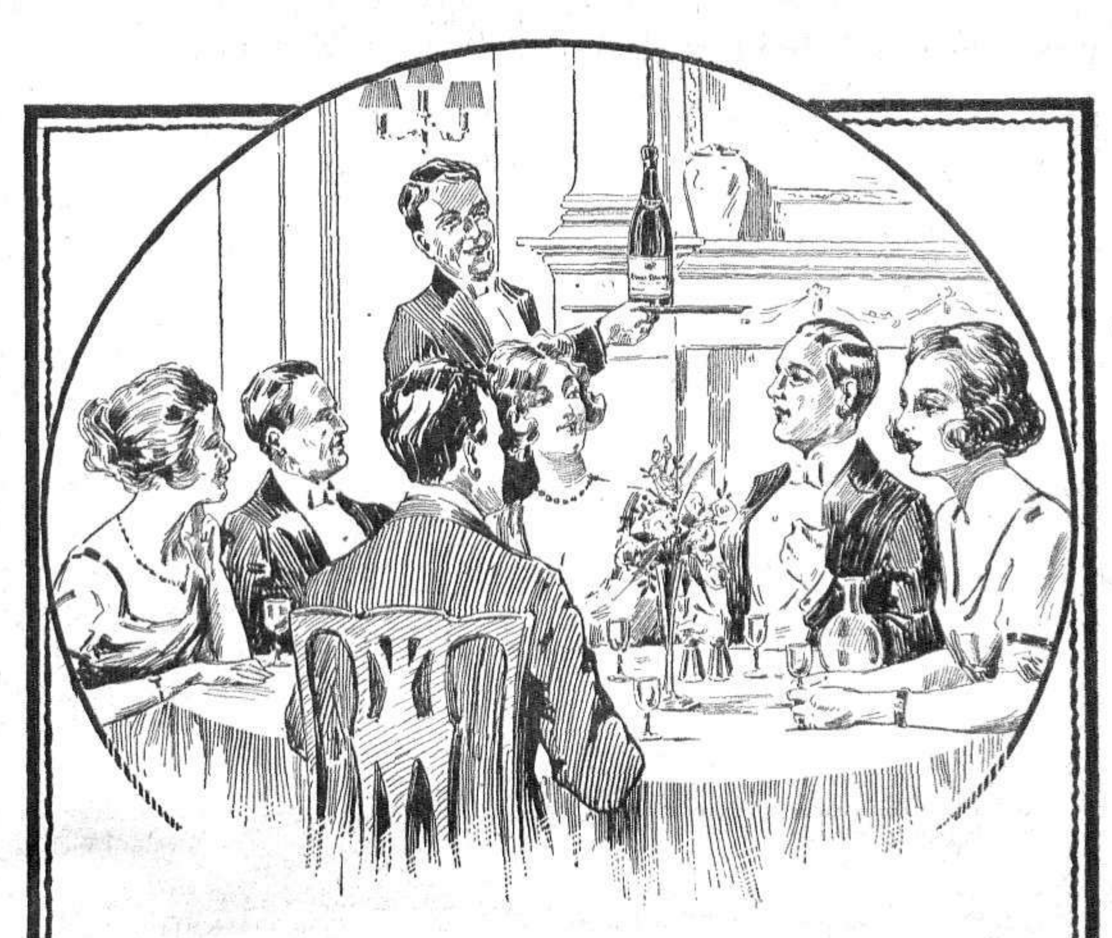
Señorita Lucía Pasquali con el señor Juan Farina. — Avellaneda.



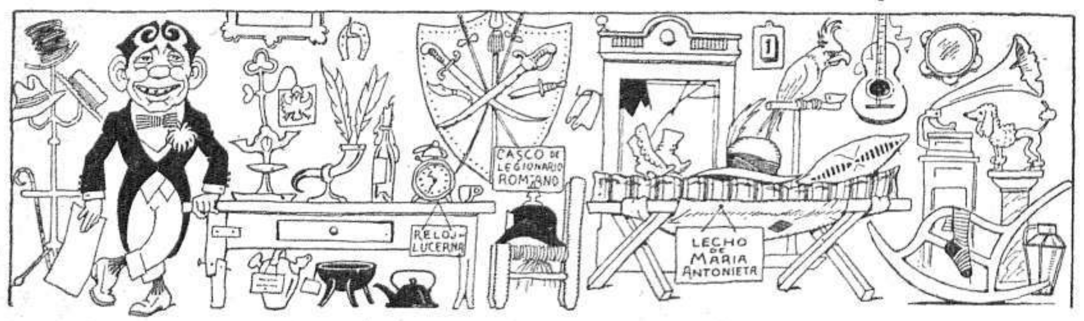
Señorita María Nitti con el señor Carporo G. Corio. — Ayacucho.



Señorita Herminia Fossatti con el señor Alfredo Moro. — [illegible]



EL MUSEO DE SARRASQUETA

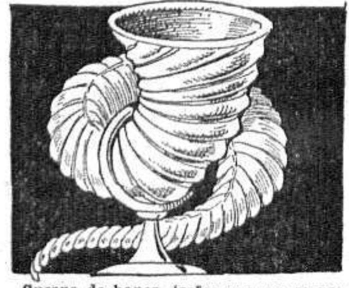


Sarrasqueta, que es un gran arqueólogo y entusiasta coleccionador de objetos raros y estampillas usadas, presenta a ustedes las nuevas antigüedades que ha adquirido.



Abanico de Cleopatra, que le fué regalado por Antonio, cuando éste la flirteaba, navegando en su gasolinera por las aguas del Nilo.

Guitarra de Santos Vega, que usaba en sus payadas de contrapunto, y armaba sus partidas de guitarrita.



Cuerno de honor, trofeo con que se premiaba a los gladiadores en los circos romanos cuando ponían cadáver a su contrario en el primer "round"

Medias de seda de la maja desvestida, las que regaló a Goya después de "posar" para que la retratara al natural.

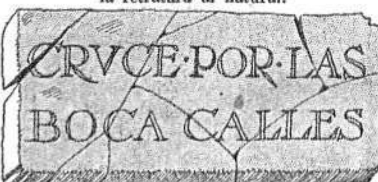
A BRUTO NO HAY QUIEN ME GANE

Puñal con el que Bruto, sin previo aviso, asesinó a César al pie de su banca, en el Senado Romano, porque no había "quorum" que lo defendiera.

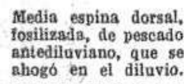




Abanico y espantamoscas real, al que hoy llamamos escoba.



Lápida de mármol encontrada en las ruinas de Nueva Pompeya, con un letrero esculpido que dicen es una ordenanza pretoriana.



Media espina dorsal, fosilizada, de pescado antediluviano, que se ahogó en el diluvio.

Artística urna funeraria que empleaban los griegos para guardar los restos sagrados de sus deudos, y que hoy usamos para los residuos.



Liga de las Naciones, ya muy deshilachada por el mucho uso.

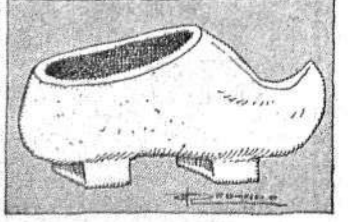


Tabla que ha sido muy discutida porque no se puede comprobar si es de Miguel Angel o de quebracho colorado.



Uno de los tres o cuatro clavos (porque aun no sabemos cuántos eran) de la Pasión de N. S. J.

Vaso con el que Tutankhamón tomaba sus helados de lirio, y canuto hueco, cuando no obstruído, con el que soplaba hacia arriba para tomarlos.

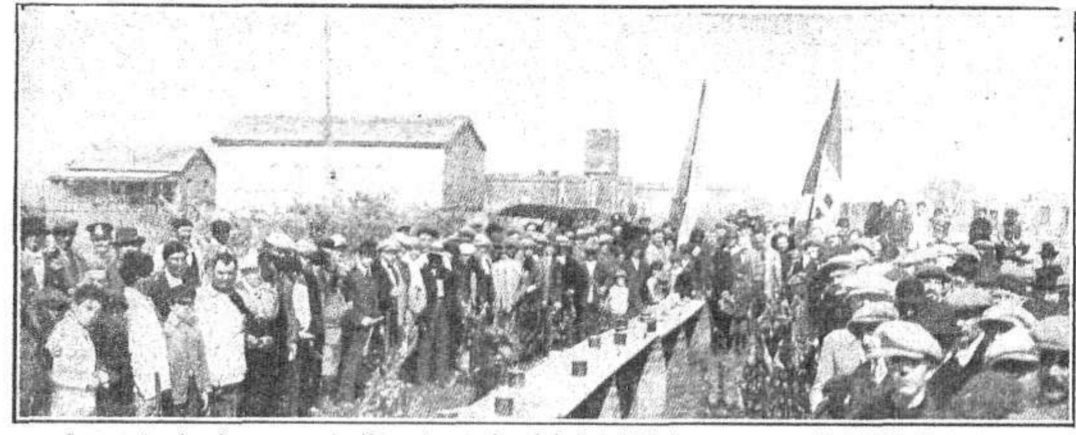


Piragua de los indios del Pilcomayo, hecha de una sola pieza utilizando un tronco de alcornoque.

DIBUJOS DE REDONDO.



CONCURSOS
YERBA GATO
GRAN CONCURSO N.º 42
N. h.y q.. .rr.m.rs.
.l r.nch. d.nd. l.s
p.rr.s s.n fl.c.s



Concurrentes al asado con cuero ofrecido por los miembros de la Sociedad Italiana conmemorando el XX de Septiembre.

APROVECHAMIENTO DEL ALQUITRAN DE MADERA

De la rectificación del alquitrán de madera se obtienen:

Aceite de pino (sólo en el caso de las maderas resinosas), que la industria consume como substitutos de las trementinas. *Aceites ligeros y pesados*, utilizados como combustible (motores Diesel, tipo especial), como productores de gas para iluminación y como desinfectantes, y en la fabricación de barnices. *Creosotas*, utilizadas en medicina y empleadas para la conservación de la madera (creosotación). *Monofenol* (ácido fénico), solicitado en el mercado mundial por las industrias de los explosivos y por la medicina. *Guayacol*, producto base de la fabricación de la vainilla artificial (vainillina), que anualmente es producida en cantidad tal, que reclama cientos de quintales de guayacol. Se usa mucho en medicina como expectorante y contra la tuberculosis pulmonar. *Pez vegetal*, utilizable para preparar mastics para electrotecnia, asfaltos y negro de humo. Esta pez mezclada con aceites pesados da un barniz que se utiliza en la impregnación de cartones, a los que impermeabiliza y hace aptos para formar tejados ligeros.

Unase al valor de todos estos productos el de los gases no condensables que se obtienen destilando el alquitrán, gases que tienen un poder calorífico de 6000-9000 kilocalorías por metro cúbico (400 litros dan un caballo-hora de fuerza), y se podrá tener una idea aproximada del porvenir económico que presenta la industria de la destilación del alquitrán de madera.

Si le preocupa a usted el insomnio, váyase a dormir y procure olvidarse.

La corneja, macho y hembra, empollan alternativamente sus huevos.

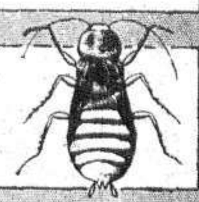




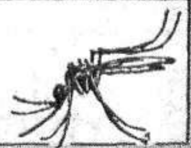
Mata las moscas por habitaciones enteras a la vez, sin afectar en nada los muebles o géneros, ni tampoco las comidas.



Vence la polilla y la saca de los vestidos, alfombras, etc. con aseo y rapidez.



Arroja las cucarachas de sus escondrijos, y las mata en cuanto salen.



Extermina los mosquitos y contra ellos proteje perfectamente las personas hasta la más tierna criatura.



Destruye las chinches todas, rápidamente, sin dejar rastros de olor.



Libra de piojos a la gallina y de pulgas al perro, y mejora todo animal.

Puede usarse con toda confianza, pues no mancha ni contiene ninguna droga nociva.

Para comprobar la eficacia del FLYOSAN aproveche usted nuestra Oferta-Prueba m$n 5.20

No es venenoso para las personas ni para los animales

Flyosan

Se emplea esparcido con su bomba de aire.

Oferta - Prueba

Por m$n 5.20, remitimos en caja de cartón, flete postal pago, una bomba de aire y un tarro de FLYOSAN suficiente para destruir miles de moscas, mosquitos, etc., con gran rapidez.

Si no resulta eficaz le devolvemos su dinero.

DEPOSITARIOS: **Cassels & Co.** **MAIPU 271, Bs. AIRES**

Señores CASSELS & Co.
Maipú, 271
Buenos Aires

Acompaño giro postal por $ 5.20 para que me envien enseguida el juego completo de FLYOSAN con la bomba especial que Vds. ofrecen.

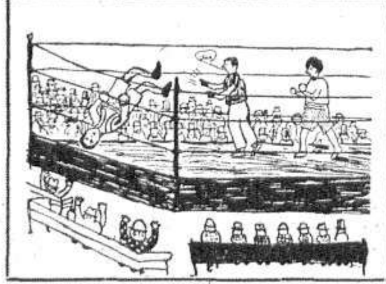
NOMBRE .... DIRECCIÓN ....



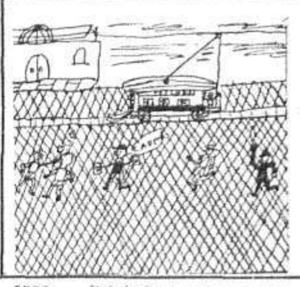
CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



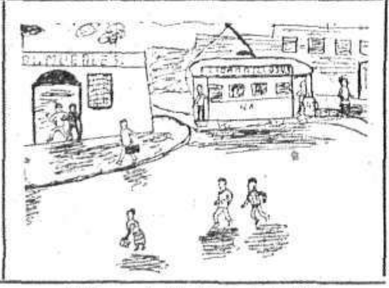
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil CARAS Y CARETAS», Chacabuco 151.



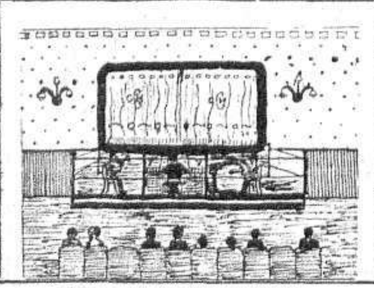
1529 — Dempsey pasando por entre las cuerdas.
NUMA GONZÁLEZ.



1520 — Peleándose por comprar CARAS Y CARETAS.
HORACIO NORIEGA.



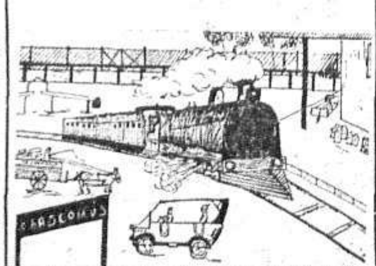
1531 — A la hora del taller.
ALFONSO VÁZQUEZ.



1532 — En el cinema Chaplin.
FRANCISCO MATAS.



1533 — El caballo vencedor.
LEANDRO R. GIOFFREDO.



1534 — El rápido a Chascomús.
BENJAMIN A. RODRÍGUEZ MARÍN.

De los dibujos publicados durante el mes de septiembre han sido premiados los siguientes números: 1499, 1501, 1502, 1504, 1506, 1507, 1513, 1513 y 1514, 1514.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). — Administración: Unión T. 2316 (Avenida)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL		EN EL INTERIOR:		EN EL EXTERIOR	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» 5.00	Semestre	» 6.00	Semestre	» » 4.00
Año	» 9.00	Año	» 11.00	Año	» » 8.00
Número suelto	20 ctvs.	Número suelto	25 ctvs.		
Número atrasado del cte. año	40 »	Número atrasado del cte. año	50 »		

Para Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, España, Ecuador, Honduras, Méjico, Norte América, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año, $ oro **5.—**

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.



LA SEÑORA DEL SUBALTERNO

SHAKESPEARE dice algo respecto a los gusanos, ya sean gigantescos, ya como escarabajos, que, si se les pisa, se revuelven furiosos.

Lo más prudente es no pisarlos jamás, aunque se trate del último subalterno procedente de Inglaterra, que *apenas haya sacado los pies del plato* y que aun conserve en las mejillas los colores producidos por la suculenta vaca inglesa.

Esta historia es la de un gusano que se revolvió. En obsequio a la brevedad le llamaremos Enrique Augusto Ransay Faizanne, el *Gusano*, aunque, en realidad, cuando ingresó en el segundo de Shikarris, donde por varios conceptos fué muy desgraciado, era un chico guapo, barbilampiño y con una cintura como la de una señorita.

> ¡Si gritas, ¡vil asesino!,
> en medio a la multitud,
> todos, con gran inquietud,
> mirarán a su vecino;
> porque desde que a Caín
> acosamos con fiereza,
> el miedo a nuestra vileza
> ni mengua, ni tiene fin!
>
> (*Moralejas de Vibart*).

Los Shikarris forman un regimiento de preferencia, y para poder vivir con ellos hay que saber hacer bien muchas cosas: tocar el banjo (1), montar y guiar con perfección, cantar y representar.

El *Gusano* no sabía más que caerse del caballo o levantar astillas con la lanza de su coche en la puerta de la Administración de Correos, cosas que, al cabo de cierto tiempo, llegaron a ser monótonas. Además se peleaba en el whist, rompía el paño de la mesa de billar, desentonaba cantando, se cuidaba mucho y escribía a Inglaterra a su madre y a sus hermanas.

Cuatro de estas cinco cosas eran vicios que los Shikarris censuraban, consagrándose a extirparlos.

Todo el mundo sabe lo que los subalternos son con los compañeros: amables y sin permitirse actos de crueldad; costumbres muy buenas y muy hermosas, puesto que no hacen daño a nadie, a no ser que algunos pierdan la cabeza, en cuyo caso se producen perturbaciones. Una vez había uno... pero esta es otra historia.

Los Shikarris *shikarriaban* demasiado al *Gusano*, y él lo soportaba todo sin pestañear; pero era tan bondadoso, tenía tantas ganas de aprender y se ruborizaba tan fácilmente, que su *educación* duró poco, y todos le dejaron que hiciera su santa voluntad, menos el subalterno más antiguo, que continuó siendo para él un verdadero castigo.

Y no es que el tal subalterno quisiera hacerle daño, no; mas sus burlas eran groseras y no sabía cuando pasaban de la raya.

Había esperado por mucho tiempo un ascenso, y esto siempre agria a los hombres.

Además estaba enamorado y el amor le empeoraba.

Un día se llevó el coche del *Gusano* para una señorita que no existía; le ocupó toda la tarde, fingió una carta de gracias de la supuesta señorita, y después, cuando lo estaba contando todo en el Casino de oficiales, el *Gusano* se levantó, y con su vocecita de mujer, dijo tranquilamente:

— Fué una buena *trastada*, pero apuesto la paga de un mes contra la de usted, cuando usted ascienda, a que he de jugarle a usted otra, de la que se acordará toda su vida y se acordará el regimiento después que usted muera o reviente.

Dijo esto sin incomodarse, y todos los demás aplaudieron riendo. El subalterno, por su parte, miró dos veces al *Gusano* de pies a cabeza, y respondió:

— Hecho, niñito.

El niño puso a los compañeros por testigos de que la apuesta había sido aceptada, y sonriendo dulcemente comenzó a leer en un libro.

Pasaron los meses, y el subalterno siguió *educando* al *Gusano*, que empezó a cobrar más vida a medida que el tiempo caluroso se aproximaba.

Ya he dicho que el subalterno estaba enamorado; pero lo verdaderamente curioso es que la muchacha le correspondía, y aunque el coronel decía cosas terribles y el comandante refunfuñaba y los capitanes casados tomaban un aspecto de majestuosa sabiduría y los oficiales más jóvenes se burlaban, las relaciones siguieron.

El subalterno se puso tan contento al lograr el mando de una compañía, lo que concidió con que la chica aceptara su amor, que hasta se le olvidó que debía fastidiar al *Gusano*.

(1) Instrumento de cuerda con caja redonda de la forma de un tamboril y mástil como el de la guitarra. — (*N. del T.*).

Una noche, al principio del verano, todos los oficiales, menos el *Gusano*, que se había retirado a sus habitaciones para escribir a la familia, estábamos sentados en la galería, delante de la casa del Círculo. La banda había cesado de tocar, pero nadie pensaba en irse; las señoras de los capitanes estaban también allí.

La locura de un enamorado es ilimitada. El subalterno estaba ensalzando los méritos de su prometida; las señoras hacían señales de asentimiento y los hombres bostezaban, cuando de pronto se oyó el crujir de unas faldas en la obscuridad, y una voz débil y cansada gritó:

— ¿Dónde está mi marido?

No pretendo en lo más mínimo hacer reflexiones respecto a la moralidad de los Shikarris; mas debo consignar que cuatro hombres dieron un salto como si les hubieran pegado un tiro. Tres de ellos estaban casados, y tal vez se aterraban ante la idea de que su mujer hubiera venido de Inglaterra sin avisarles; el cuarto dijo que había cedido al primer impulso, dando después más amplias explicaciones.

— Lionel — gritó la voz (Lionel era el nombre del subalterno), y una mujer penetró en el pequeño círculo de luz de las bujías colocadas en las mesas de whist, extendiendo sus manos en la obscuridad hacia donde estaba el subalterno, a la vez que sollozaba.

Todos nos pusimos de pie, comprendiendo que algo iba a pasar, y dispuestos a creer lo peor.

En este pequeño y desgraciado mundo sabe uno tan poco de la vida del hombre que tiene al lado, aunque después de todo a éste es al único que eso le interesa, que cuando un gran escándalo llega no nos sorprende.

Cada día puede ocurrir una cosa que cambie la suerte de uno.

Acaso el subalterno había sido pescado en su juventud.

A los hombres, a lo mejor, suelen sucederles estos percances.

No sabíamos nada, necesitábamos oir, y las señoras capitanas estaban tan ansiosas como nosotros.

Si había sido atrapado, tenía excusa, porque aquella mujer desconocida, con los zapatos llenos de polvo y con un traje gris de viaje, estaba encantadora: negro el cabello y negros los espléndidos ojos llenos de lágrimas.

Era alta, de hermosa presencia y su voz suspiraba de tal suerte que daba verdadera compasión.

Apenas el subalterno se levantó le echó los brazos al cuello; le llamó querido mío, le dijo que no podía estar lejos de él y sola en Inglaterra aguardando; que sus cartas eran cortas y frías, que le seguiría hasta el fin del mundo y que si era posible que él la hubiera olvidado.

Todo esto estaba hecho y dicho de un modo que no era propio de una señora: ¡había demasiada expresión!

La cosa iba poniéndose fea: las señoras capitanas miraban de reojo y por encima del hombro al subalterno; la cara del coronel era la de un ángel exterminador, cubierta de erizadas cerdas grises, y durante algunos momentos nadie habló.

Al fin el coronel dijo secamente:

— Muy bien, señor mío.

La mujer volvió a sollozar.

El subalterno estaba medio ahogado por aquellos brazos que rodeaban su cuello, y, aunque con voz sofocada, pudo decir:

— Eso es una mentira indecente, ¡yo no he tenido mujer en mi vida!

— No lo jure usted — gritó el coronel. — Entremos en el Círculo. Es preciso aclarar esto de algún modo. — Y suspiró en silencio porque creía en sus *Shikarris*...

Nos precipitamos atropelladamente en la antecámara, y allí con mucha mejor luz pudimos ver cuán bella era aquella mujer.

Ella se detuvo en medio de nosotros; ya parecía ahogarse gritando, ya se mostraba dura y altiva, ya oprimía entre sus brazos al subalterno; aquello parecía el cuarto acto de una tragedia.

La desconocida nos refirió que Lionel se había casado con ella cuando estuvo con licencia en Inglaterra hacía diez y ocho meses, y demostró que sabía lo que todos sabíamos de la familia del subalterno y de la vida de éste.

El estaba del color de la ceniza, tratando inútilmente de interrumpir aquel torrente de palabras, y nosotros, viendo lo guapa que era ella y lo criminal que era él, le contemplamos como a una fiera de la peor especie, aun cuando nos inspiraba cierta lástima.

Jamás olvidaré la acusación de la mujer del subalterno contra éste: *ni él* la olvidará.

¡Fué tan inesperada, surgió de la obscuridad tan súbitamente para caer en el centro de nuestra monótona vida!...

Las capitanas se quedaron un poco atrás; sus ojos estaban encendidos y se podía advertir que habían ya declarado convicto y habían sentenciado al pobre Lionel. El coronel parecía que había envejecido cinco años; un comandante se tapaba los ojos con las manos, y por debajo de éstas miraba a la mujer; otro se mordía el bigote y sonreía tranquilamente como si estuviera asistiendo a una comedia; y en el espacio que quedaba abierto en el centro ocupado por las mesas de whist, el perro de Lionel se mataba las pulgas.

Recuerdo todo esto como si tuviera delante una fotografía y no olvido tampoco el sello de horror impreso en la cara del subalterno.

Aquella cara parecía la de un hombre ahorcado, salvo que era mucho más interesante.

Finalmente, la mujer dió el golpe de gracia diciendo que Lionel tenía grabadas en el hombro izquierdo una F y una M entrelazadas.

Todos sabíamos esto, y para nuestras inocentes inteligencias aquello remachaba el clavo; pero uno de los comandantes solteros, dijo, con mucha finura:

— Supongo que el enseñarnos vuestra partida de casamiento sería mejor para el objeto.

Aquello la irritó; irguióse, miró al subalterno despreciativamente como se mira a un ser miserable, e insultó al comandante, al coronel, a todos. Después lloró, metió la mano en su pecho, sacó un papel y dijo con imperio:

— Tomad y que mi marido, mi legal y legítimo marido, lea esto en voz alta si se atreve.

Reinó un silencio profundo; los hombres nos miramos los unos a los otros, y el subalterno, adelantándose aturdido, vacilante, cogió el papel.

Los demás, a la vez que mirábamos asombrados, estábamos pensando si al final resultaría algo en contra de alguno de nosotros.

El subalterno tenía la garganta seca; pero apenas sus ojos recorrieron el papel lanzó un rugido de satisfacción y dijo dirigiéndose a la mujer:

— ¡Ah, pillo!

La mujer había huido por una puerta. El papel decía: «Este papel certifica que yo, el *Gusano*, he pagado cumplidamente todas mis deudas al señor subalterno y además que éste me debe, con arreglo a lo estipupulado el 23 de febre-

ro, siendo testigos los socios del Círculo, la paga de capitán correspondiente a un mes, en moneda corriente en el Imperio de la India».

Inmediatamente una comisión fué a buscar a su casa al *Gusano*, y le encontró ocupado en desembarazarse de sus disfraces; con el sombrero, la peluca, la falda de lana y demás prendas sobre la cama.

Volvió el *Gusano* al Círculo, como estaba cuando le hallaron, y al verle los *Shikarris* gritaron y aplaudieron tanto que los artilleros, desde su Casino, mandaron a preguntar si se les permitiría tomar parte en la broma.

Creo que todos nosotros, exceptuando al coronel y al subalterno, estábamos algo disgustados viendo que el escándalo había quedado reducido a nada; tal es la naturaleza humana.

No se podía decir nada respecto a la conducta del *Gusano*, la cual prueba lo cerca que están a veces una tragedia de un sainete.

Cuando la mayor parte de sus compañeros sentados alrededor de él, como si fueran jueces, le preguntaban por qué no les había dicho que su fuerte era representar, contestaba tranquilamente:

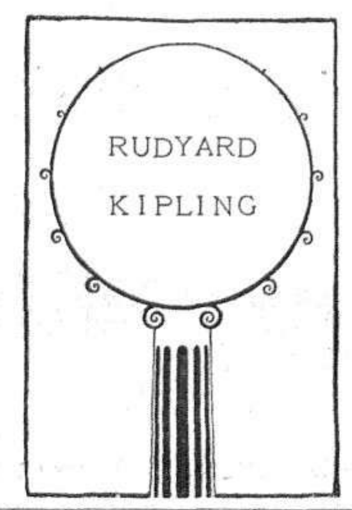
—Nunca pensé que a ustedes pudiera interesarles. Acostumbraba a hacer comedias en casa con mis hermanas.

Mas esto de trabajar con señoritas no podía relacionarse con lo hecho aquella noche. Personalmente, creo que fué de mal gusto y además peligroso: no se debe jugar con fuego.

Los *Shikarris* le nombraron presidente del Centro dramático del regimiento, y cuando el subalterno pagó su deuda, lo que hizo en el acto, el *Gusano* gastó el dinero en decoraciones y trajes: era un buen *Gusano* y sus compañeros estaban orgullosos de él.

Lo único malo fué que le pusieron por mote *La señora del subalterno*, y como ahora hay dos señoras del subalterno en la guarnición, esto confunde un poco a los extranjeros.

Otro día les contaré a ustedes un caso algo semejante a éste, pero en el cual no hubo bromas sino verdaderas desgracias.





CARLOS PELLEGRINI. — Alumnos de las escuelas locales que bajo la dirección de sus maestros organizaron un atrayente picnic celebrando el Día del estudiante.

EL EJERCICIO MENTAL PROLONGA LA VIDA

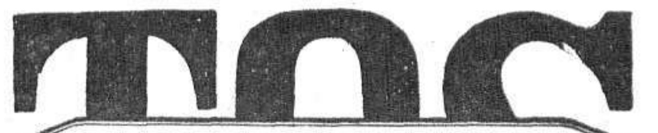
El doctor Duke, de Londres, al prestar una declaración, en las investigaciones hechas por la justicia en el caso de un mercader de granos que intentó una reclamación con motivo de un accidente que le produjo reblandecimiento cerebral, desarrolló la tesis de que dicha enfermedad se produce por la falta de ejercicio mental; y agregó que tal es la causa de la muerte de un treinta y tres por ciento de los rústicos ingleses.

Expuso el doctor Duke que el reblandecimiento cerebral era una enfermedad muy común en los distritos agrícolas. Que el intelecto de los campesinos sufría una especie de atrofia y que, a la edad de setenta años, aquellos morían de un ataque apoplético o cosa semejante.

En apoyo de su teoría citó muchos ejemplos de individuos cuyas facultades intelectuales estaban constantemente empleadas y llegaban a edades mucho más avanzadas que el promedio de las gentes rústicas.

El doctor Hollander, un conocido especialista en las enfermedades nerviosas, dijo en una «interview» que la tesis del doctor Duke era exacta, pero que el término «reblandecimiento cerebral» no era conocido en la profesión médica. El término propio es «parálisis general del cerebro», lo que significa, por lo general, insuficiencia de células cerebrales y endurecimiento de los tejidos. No puede dudarse que el ejercicio mental y el trabajo intelectual constante conservan la juventud, siempre que las condiciones físicas del individuo se encuentren en estado normal.

«He estudiado — dijo el doctor Hollander — el tipo agricultor, y la causa de su degeneración mental obedece a la falta de circulación de sangre por el cerebro. El hombre que piensa poco, mata las fibras nerviosas que conectan el cerebro con los órganos y no le da oportunidad a la sangre de circular por el cerebro. Los individuos que viven más son aquellos que tienen más trabajo mental a que atender y que no tienen las preocupaciones que los negocios ocasionan. A los hombres de negocios los aniquilan las preocupaciones, no el trabajo mental; las preocupaciones hacen que las fibras nerviosas del cerebro afecten los órganos del cuerpo, y éstos, a su turno, afectan el cerebro.»



CURACIÓN PRONTA Y SEGURA
CON LAS
PASTILLAS del Dr. ANDREU
De venta en todas las Farmacias

TOS

Los que tengan **ASMA** o sofocación usen los **Cigarrillos antiasmáticos** y los **Papeles azoados** del Dr. Andreu, que lo calman en el acto y permiten descansar durante la noche.

EL ABUELO

VINO RANCIO DULCE

TAN BUENO COMO UN OPORTO
Y MAS BARATO

Unicos importadores: GONZALO SAENZ & Cía.
MAIPU, 24 — Buenos Aires

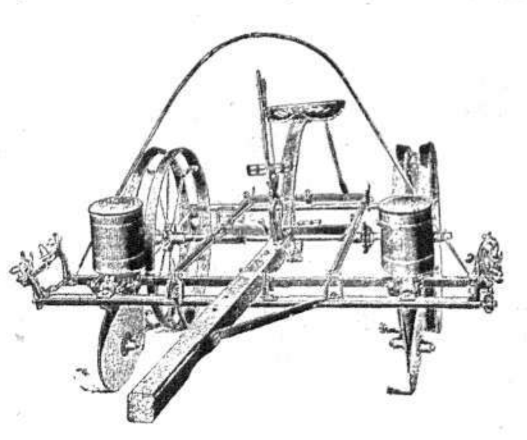


SIEMBRA DEL MAIZ EN CUADRO

Aunque el método clásico de siembra del maíz, para la gran zona que le es propia en nuestro país, es el de la siembra en líneas, algunos, acérrimos, incondicionales y sumisos admiradores de la agricultura norteamericana, aconsejan la siembra en cuadro o «Check Rowing», por la cual el maíz se siembra «a golpes» de 3 ó 4 granos en cada hoyo y a distancia de un metro en todas direcciones. Para difundir su ensayo experimental, vamos a describirlo aunque sea someramente.

Efectuando la operación a mano, es muy sencilla; se abren surcos con el arado, distantes un metro uno de otro, y a igual distancia se colocan en el fondo de los mismos cuatro granos de maíz; trazando de antemano un surco transversal de base, y empezando a sembrar en éste, la plantación quedará hecha en cuadro en todo sentido; se tapan después livianamente los surcos con rastra o azada para cubrir la semilla.

Tratándose de un cultivo en gran escala, hay máquinas para realizar la siembra de este modo: es una sembradora común de dos surcos, que tiene en sus depósitos de semilla placas movibles perforadas de tal modo que dejan caer, a distancia uniforme, grupos de 3 ó 4 granos o semillas en el fondo del surco abierto por los discos, y tapado después por las ruedas de la máquina; el aparato sembrador funciona por medio de dos alambres provistos de nudos a distancia igual y uniforme, afirmados en sus extremidades por estacas y sostenidos sobre carreteles situados a los dos lados de la máquina; cada vez que la horquilla del aparato sembrador se encuentra en contacto con un nudo del alambre, caen los granos en el fondo del surco; se puede sembrar a distancia de metros 0,92, 0,97, 1,02 y 1,07; pero generalmente los alambres tienen los nudos a 92 centímetros de distancia entre uno y otro, de modo que los cuadrados son de 92 centímetros de lado; cada máquina tiene, en su equipo, dos rollos de alambre de 200 metros cada uno; cada dos vueltas hay que cambiar posición a los alambres; un marcador a disco traza, en el suelo, la dirección de los surcos; y, en fin, una vez adquirida suficiente práctica en la colocación de los alambres y en el manejo de la máquina, la plantación resulta en cuadros bastante perfectos en todos sentidos.


Máquina sembradora de maíz en cuadro.

Este método de siembra persigue el objetivo principal de colocar las plantas o grupos de plantas a la mayor distancia posible entre sí, a fin de que tengan la más amplia ventilación, lo que determina la mayor robustez de los tallos; además permite la realización de las carpidas tan frecuentes y numerosas se quiera, pudiendo alternarlas en todas direcciones y manteniendo así el suelo constantemente removido en sus capas superficiales y completamente limpio de malezas; adoptando este sistema se comprende que son superfluas e inútiles las aporcaduras.

Hace algunos años hemos ensayado esta siembra en cuadro en la zona oeste de la provincia de Buenos Aires y pudimos comprobar que el número de plantas que cubre una hectárea de tierra es más o menos igual que sembrándola en líneas, según el método usual; efectivamente, a 92 centímetros de lado en los cuadrados, en grupos de cuatro plantas, contamos 47.000 plantas por hectárea, y con la siembra en líneas a 80 centímetros entre los surcos y 25 entre las plantas, tendríamos 50.000 plantas en la misma superficie. Hemos observado también que en tierras gordas y años lluviosos, las plantas adquieren un excesivo desarrollo foliáceo, se van en vicio, como suele decirse vulgarmente; en zonas de mucho viento las plantas, quedando en pequeños grupos aislados entre sí, fácilmente se encaman; en algunos casos vimos igualmente que la fecundación de las espigas, dada la siembra anotada, resulta a veces deficiente y desuniforme; y el rendimiento no ha sido mayor que con los sistemas usuales.

Este breve comentario no queremos que constituya una crítica al sistema, sino simplemente la anotación lacónica de lo que la observación experimental nos ha sugerido; entendemos, en verdad, que el de que nos ocupamos es un método de siembra especialmente indicado para las zonas de secano; efectivamente, es en tales condiciones que en Norte America se ha difundido su aplicación; en nuestro país tenemos también varias regiones caracterizadas como de secano, y en éstas, o simplemente también donde se temen frecuentes sequías que pongan en peligro la cosecha, es donde puede, posiblemente, prosperar su aplicación; por esto mismo creemos que en las buenas tierras de la zona húmeda o lluviosa no encontramos mayores ventajas para la siembra en cuadro comparándola con el metodo usual y universalmente adoptado de la siembra en líneas.


La carpida del maíz sembrado en línea.

Esto no obstante, siendo que en agricultura nada hay de absoluto y todo es relativo, y como no es cuerdo, por simple pálpito, condenar un sistema o aconsejar otro, [pensamos que conviene multiplicar y extender el ensayo en todas partes donde sea posible, y a eso tienden estas breves indicaciones prácticas.

HUGO MIATELLO
Ing. Agrónomo.



CORRIENTES 1172-80

BUENOS - AIRES

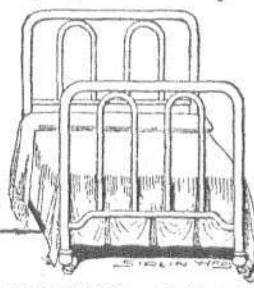
Extraordinarias rebajas de precios.

La demolición y reedificación de nuestros locales de venta nos obliga a reducir nuestro stock de MUEBLES; por cuyo motivo ofrecemos fuertes descuentos sobre los precios indicados en nuestro reciente catálogo general, edición Nº 9.

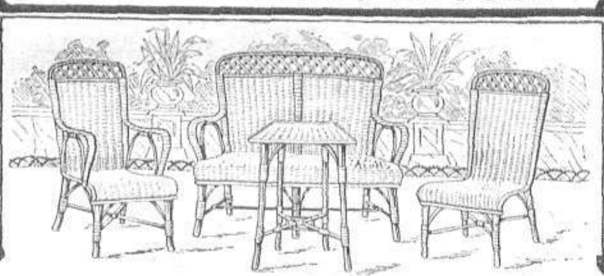
Para el interior embalaje y acarreo gratis.



JUEGO DE DORMITORIO modelo 1099, construído en roble norteamericano, lunas biseladas, mármoles rosados, herrajes y aplicaciones de bronce cincelado. Compuesto de: 1 ropero amplio formato 3 cuerpos, 1 «toilette» cómoda, 2 mesas de luz, 1 cama matrimonial con elástico. El juego completo.. $ **500.—**



CAMA DE HIERRO esmaltada en blanco, con elástico imperial reforzado a doble tejido, toda en hierro; 2 plazas, $ 45.—; 1 ½ plazas, $ 35.—; 1 plaza......... $ **25.—**

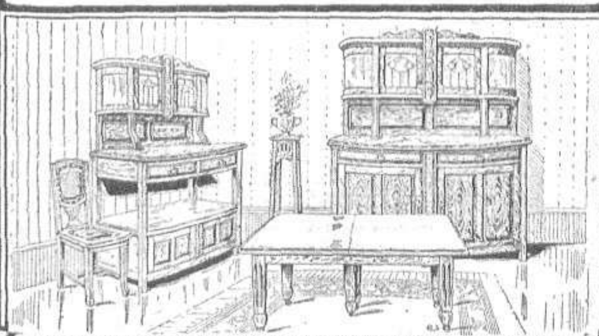


JUEGO DE MIMBRE modelo 1401, especial para campo; reforzado, en color natural. Compuesto de: 1 sofá, 2 sillones, 2 sillas y 1 mesa. El juego completo, precio de reclame... $ **38.—**



HELADERA importada, norteamericana, en roble finamente lustrado, de alta refrigeración; tamaños:

Nro.	303	— 105 × 54 × 37..	$ 75.—
»	304	— 107 × 58 × 42..	» 85.—
»	305	— 110 × 60 × 44..	» 115.—



JUEGO DE COMEDOR de roble norteamericano, lustre claro u obscuro, estilo bombée. Compuesto de: 1 aparador de gran formato, cristales armados en bronce, 1 trinchante, 1 mesa con tabla de agregar y 6 sillas tapizadas con cuero búfalo; herrajes de bronce, mármoles de color rosado. El juego completo, antes $ 600.—, rebajado a......................... $ **430.—**



GUARDARROPA en nogalina maciza, imit. roble, lustre y acabado perfecto, puertas corredizas sobre rieles, luna biselada, herrajes bronce; medidas: alto, 215 cms., ancho, 143.
Precio de gran reclame....... $ **85.—**

Catálogos
- General de MUEBLES edic. Nº 9
- CAMAS de BRONCE » » Nº 2
- CAMAS de HIERRO esmalt. Nº 1
- JUEGOS de MIMBRE edic. Nº 3.

Solicite catálogo del artículo que le interese

ROMANG. — El gobernador doctor Mosca, autoridades provinciales y distinguidos vecinos de este pueblo que tributaron un sentido homenaje a la memoria del doctor Teófilo Romang. En el ángulo: Monumento levantado en homenaje al fundador de este pueblo, doctor T. Romang.

— ¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!



El Alimento Supremo

El QUAKER OATS es el más completo de los alimentos que produce la tierra, rico en los 16 elementos requeridos; dos veces más valioso que la carne y supera al arroz en más de tres veces en elementos que forman el organismo.

Para los niños nada puede substituirlo.

A los adultos les da sangre buena y rica, energía y gran vitalidad.

Su médico conoce el valor del QUAKER OATS como alimento para los inválidos, para crear fuerzas.

El QUAKER OATS es alimento de avena de la mejor calidad. Tómelo usted todos los días durante un mes. Observe cómo mejoran los que lo toman y el vigor y la vitalidad que proporciona a los viejos y a los jóvenes.

El QUAKER OATS se vende en latas enteras y medias, comprimido y herméticamente cerrado — único envase que asegura la retención indefinida de su frescura y sabor.

El artículo legítimo lleva siempre la marca

Quaker Oats



DESDE ITALIA

EL CASO DE LA CONDESA WILMAN

Por el

Dr. A. VACCARI

En Italia es preciso confesar que hay algo que no es posible conseguir en Buenos Aires: la hora del paseo.

Los que se permiten el lujo de pasear en Buenos Aires son los muy ricos o los que no tienen oficio determinado. Los demás andan todo el santo día atareados desde las primeras horas de la mañana hasta la hora de cenar.

Acá no: desde las 17 en adelante todo el mundo se permite el lujo de una «boccata d'aria», y las calles hormiguean de un público que se entrega a la crítica, al flirt y a la política, entendiendo por política la curiosidad morbosa de saber lo que hará el presidente del consejo de los ministros.

No me ha sido difícil adaptarme a la agradable costumbre del paseo, y lo realizo con la tranquilidad del hombre que *ha vendido al contado, puesto que* de esta categoría de felices mortales la naturaleza me ha dado por lo menos lo que los franceses llaman «le phisique du rol».

Fué en uno de estos momentos peripatéticos cuando me sentí tomar del brazo:

— ¿Qué andas haciendo?

— Ya lo ves...

— Ven conmigo.

— ¿Adónde?

— Acompáñame a la estación del ferrocarril

— Muy lejos.

— Vas a ver algo que puede interesarte.

— ¿En qué sentido?

— Como periodista.

— ¿De qué se trata?...

— De una mujer.

Había preguntado de qué, no de quién. Pero si se trata de una mujer, tanto mejor. Las mujeres interesan siempre más que los señores varones.

— Se trata de una señora que sigue viaje para Milán. Viene de Palermo. Mujer riquísima, distinguida, habla varios idiomas, de una preparación acabada...

— ¡Y nada más que eso?

— Ya verás, me profesa una confianza ilimitada, ¿sabes?

— ¡Pobre señora!

— No empieces a bromear; no se trata de nada alegre.

— No faltaría más que me obligaras a patalear hasta la estación para ver a una mujer alegre, y que para colmo está de paso.

— Es una enferma de la mente...

— Entonces no voy. Son espectáculos que me entristecen. No los resisto. Para mi presenciar un ataque de epilepsia y disparar más que ligero es la misma cosa.

— ¿Quién te ha dicho que sufra de ataques epilépticos?

— Lo mismo, che. Son enfermedades que se pegan. Los mismos directores de manicomios andan medio... preocupados, diremos, y todo por el contacto diario que tienen con gente cuyo cerebro vibra mal. La chifladura se pega, estoy seguro.

— Cuando uno no la tiene sí, pero vos estás vacunado... Dejate de bromas... Apurémonos, porque el «direttissimo» está por llegar. Ahora los trenes marchan a horario que da gusto. ¡Habrías tenido que ver antes! Una vez salí de Genova con destino a Piacenza. En la estación Voghera el tren tuvo que parar unos pocos minutos, según horario, pero pasaban los cuartos de hora y... no había síntomas de salida. Bajamos para estirar las piernas, convencidos que esperaría algún tren atrasado que llegase en sentido contrario al nuestro.

— ¿Y qué era?

— Era que el maquinista se rehusaba a seguir porque un cura se había agregado como pasajero. El maquinista no quería saber nada con curas.

— ¿Y cómo terminó el asunto?

— Terminó así. El jefe de la estación llamó al sacerdote, le pidió mil disculpas, pero, en el interés de los demás pasajeros, le rogó que desistiera del viaje. Y el cura desistió. Era cosa de todos los dias, por uno o por otro pretexto Hoy los trenes marchan como relojes, aunque carguen dos seminarios y cuatro conventos de ambos sexos.

El «direttissimo» llegaba con fragor de avalancha, entre resoplidos de vapor y un angustioso chillar de frenos.

Hubo unos segundos de silencio: pasajeros y concurrencia se orientaban estirando el cuello, como buscándose unos a otros.

Vimos un pañuelo blanco agitarse, flamear en la cola del tren.

— Allá... Allá. ¡Al *sleeping car!*

Raras veces he visto una mujer más interesante que la que se puso a conversar con el señor que me había secuestrado, y si no hubiese sido por la extrema movilidad de los ojos, que reflejaban con pasmosa rapidez y exactitud las impresiones que recibían, hubiera creído a aquella dama perfectamente normal.

— Mi buen amigo: ¡Cuánto le agradezco la atención! ¿A qué hora recibió mi telegrama?

— Esta mañana a las diez.

— ¿Pero no recibió ninguno de los despachos que le vine transmitiendo durante el viaje?

— Usted sabe, condesa, que soy el más inútil de los hombres en lo que se refiere a transmisión del pensamiento.

— ¡Pero qué transmisión del pensamiento! Ha sido verdadera telegrafía sin hilos.

— Mi aparato receptor no funciona.

— ¡Cuánto le envidio! ¡Quién pudiera volverse insensible a todas las vibraciones! Para mí cualquier movimiento insignificante constituye un ruido, y todo ruido un lenguaje sonoro. Oigo crecer las hierbas del campo... las flores... Todo. Mi cabeza queda aturdida como por efecto de una gran gritería. Como que es cierto que todo es sonido. *¡Pardon!*

La condesa se retiró un momento y la pudimos observar mientras gesticulaba con un dedo al aire, tal como si escribiera en una pizarra aérea el texto de un deespacho transmitido quién sabe desde dónde. La mano izquierda, abierta destrás del pabellón de la oreja correspondiente, aumentaba la percepción de los sonidos.

Debió tratarse de una verdadera conversación telegráfica, porque a su vez ella movía los labios y con el pulgar, el índice y el anular reunidos parecía telegrafiar por medio de una máquina invisible...

— Estos habitantes de los planetas son muy poco galantes. Saben que estamos conversando y se permiten interrumpirnos.

Mi amigo me había guiñado el ojo unas cuantas



veces, y durante la ausencia de la condesa pudo ponerme al corriente de sus anomalías, así que creí de mi deber llevarle el apunte.

—¿Y por qué no los deja llamar... Con no hacerles caso, terminarán por aburrirse.

La señora se entristeció.

—Hace años que voy en busca de alguien que pueda hacerme sorda a estos llamados y no lo encuentro. He gastado una fortuna. Gastaría otras mil si encontrara quien me librara de estos ruidos que no me dejan ni de día ni de noche. Me parece que soy un mundo y que en mí, dentro de mí, se desenvuelve la vida de la humanidad. No tengo paz. Gritos, voces, insultos, fragores, deliciosas músicas a veces, pero muy pocas. Y no hay descanso. Nunca, nunca. Una vez me enviaron de París un remedio que tenía el poder de hacerme dormir tranquila tres días seguidos... Dormí, efectivamente, pero presa de continuas pesadillas. Al despertarme tuve un ataque terrible y creí morirme. ¿No ven? *¡Pardon!*... Me llaman del planeta Urano.

Aproveché esta segunda ausencia para decirle a mi acompañante:

—Hombre... Me parece que para ésta no hay compostura. ¡Pobre señora! Tan delicada, tan bondadosa... ¿Y cómo?...

—Luego te diré... Mejor es callar ahora, porque tiene un oído finísimo.

La condesa ha viajado por casi toda la esfera terrestre, y no solamente conoce la República Argentina sino que cuando le nombré a Buenos Aires estalló en manifestaciones de una alegría que quisiera calificar de infantil por lo ruidosas y sinceras.

—Estuve en Buenos Aires antes de la guerra... El señor no habrá tenido muchas oportunidades de ver ciudades que se parezcan a Buenos Aires. Ni en el mismo tan decantado París se encuentran *magazines* de la grandiosidad de los que allí existen. Lástima que el tren se va. ¡Me agrada tanto hablar castellano! Nunca se me presentó otra oportunidad desde que vine de allá.

—Sin embargo, lo habla a la perfección, señora...

Y era la verdad. Por otra parte, su expresión era siempre correctísima en cualquier idioma que utilizara.

Un largo estridente silbido y el «direttissimo» emprendió su carrera veloz rumbo a la capital de la Lombardía, mientras la condesa nos saludaba afectuosamente agitando el pañuelo y diciendo en homenaje al americano:

—¡Hasta pronto, señor porteño, hasta pronto!

El último coche desapareció como desaparece en una cueva la cola de una larga serpiente, y nosotros dos nos quedamos mirándonos uno a otro.

—¿Tenía o no tenía razón?

—Es realmente interesante. Pero ¿qué le ha pasado? ¿Por qué ha perdido el dominio de sus facultades?

—¿Lo habrá perdido? Eso es lo que se preguntan todos los facultativos que la examinaron. Habla siempre con una lucidez extraordinaria. Su conversación es de una lógica impecable; solamente que muy a menudo se interrumpe llamada por voces que ella oye y que la solicitan hasta la impertinencia... voces que oye ella y que no advertimos nosotros...

—¿Y cuándo le empezó el?...

—Hará cosa de dos años. Parece que, debido a ciertas lecturas, la condesa se apasionara demasiado por las experiencias ocultistas... Dicen que se dedicaba a prácticas de magia negra. No entiendo gran cosa de estos asuntos, pero esta es la versión que supe del mismo marido de la señora... Un día la encontraron desmayada en el suelo y con el cuerpo lleno de moretones, como si hubiese sido ferozmente apaleada. La pobre quedó muchas horas en completo estado de inconsciencia. Cuando se despertó se hallaba presa de un terror indescriptible, que aumentaba hasta la locura en cuanto cerraba los ojos.

—¿Se veía rodeada por espectros?

—Peor todavía. Al cerrar los ojos sufría la sensación de verse sumergida en un océano de materia pegajosa, como asfalto líquido. Una serie innumerable de seres repugnantes, fosforescentes, la empujaban hacia esta materia densa, que le quitaba la respiración y le parecía que iba bajando, bajando siempre, que la superficie terrestre quedaba muy arriba, muy lejos, imposible de alcanzar aunque multiplicase sus esfuerzos. De ahí su horror para el descanso y la necesidad de una vivísima luz que la rodeara continuamente. No ha habido especialista que no haya sido consultado. Tuvo períodos relativamente tranquilos, pero seguidos por crisis más terribles.

—¿Y nadie le aconsejó un paseo a las Indias o al Japón?

—¿Y para qué? Si no han podido curarla los mejores alienistas europeos...

—Es que para esa clase de enfermedades vale más un yogui hindú o japonés que un alienista europeo. Si yo fuera su marido, disponiendo como dispone de dinero, intentaría este recurso.

—La segunda vez que te encuentres con ella puedes darle esa indicación. Si llegas a convencerla no va a demorar un minuto, porque es mujer resuelta como pocas.

—Y las voces que oye, ¿qué le dicen?

—Bajezas, tonterías. Uno de los fenómenos más extraños es el poder que tiene ella de seguir el pensamiento de otro, aunque sea a distancia. Muchas veces a mí me ha sucedido encontrar cartas en mi casa en las que contestaba de una manera clara y categórica a proyectos e ideas que no haían salido de mi mente, que no había confiado a nadie. Ella se empeña en hacerme un buen receptor de sus transmisiones mentales; así no necesitaré perder tiempo con cartas y telegramas. Pero no sirvo: es inútil...

—Sería lo de menos... Cuestión de ejercicio.

—Hazme el favor. ¡Para perder la cabeza como ella!

—Ahora no hay que exagerar...

—Déjame de brujerías y prácticas demoníacas. Si la humanidad llegara algún día a disponer de ese telégrafo sin hilos que es el pensamiento, mejor para los venideros. Yo sigo mi ruta de hombre ordinario. El que quiere volar demasiado alto se cae.

—Eso no es hablar.

—Pero... con franqueza: ¿Tú también perteneces a la legión de los chiflados? Mira que hay bastantes acá también. En América ya sé que les da a todos por ese lado.

—América es grande... ¿Qué América? Ustedes dicen América como dirían Roma, Nápoles... Y no saben que en una sola provincia argentina caben varias Italias.

—No te sulfures.

—Me sulfuro porque ayer también leí, en uno de los grandes diarios, que el embajador de América había sido recibido por el ministro de Relaciones Exteriores. ¿Cómo es posible hablar en esta forma? ¡El embajador de América! Lo mismo que si allá, en la Argentina, se anunciara que el embajador de Europa fué recibido por el Dr. Alvear, Presidente de la República. Es una lástima que para ustedes el mundo termine en los estrechos confines del país. No saben cuánto pierden con eso...

La discusión habría seguido largo rato sobre este tema si al llegar al domicilio de mi amigo no hubiéramos encontrado un telegrama fechado en Módena, que rezaba lo siguiente:

«Trataré de convencer a mi marido de la necesidad »de un viaje a las Indias o al Japón. Por el momento »mil gracias por el interés que manifiestan hacia mí. »Hasta pronto. — Condesa de Wilman.»

—¿Qué te dije? — comentó mi amigo.

—Digo que vale la pena de aprender... telegrafía sin hilos. Sin los accidentes de aviación nadie hubiera aprendido a volar. Que una dama haya perdido los estribos por imprudencia, no es motivo para despreciar ciertos conocimientos. Muchos sufren de manía religiosa, manía incurable. Y, sin embargo, no por eso se deja de enseñar el catecismo en las escuelas.

Bolonia, julio 1923.





Núcleo de distinguidas señoritas que ofrecieron una demostración de aprecio a la señorita Amalia Sandaza Iturraspe, celebrando su próximo enlace, dando lugar este acto a una brillante reunión social.

LA ENERGÍA ELÉCTRICA

Hace más de cien años que James Watt aplicó la designación de «caballo de fuerza» a cierta medida de energía, después de hacer algunos experimentos con fuertes caballos de tiro.

Suponiendo que la fuerza de un caballo de sangre es igual a la de un caballo mecánico (lo cual no es rigurosamente cierto), se necesitarían diez y nueve millones de caballos de sangre para producir la fuerza que generan en la actualidad las centrales eléctricas de los Estados Unidos. En 1902 hubiera bastado con dos millones de caballos.

Si estos diez y nueve millones de caballos fuesen uncidos a un balancín de acuerdo con las Ordenanzas del Ejército de los Estados Unidos, la doble fila de caballos tendría una longitud de unas 6.300 millas, más que el doble de la distancia entre Nueva York y San Francisco de California.

Y a pesar de tan enorme cantidad de energía eléctrica producida, solamente una pequeña parte de la población es servida.

PENSAMIENTO

El que dirige sus esfuerzos a distinguirse de los demás sin emplear la calumnia, aumenta la prosperidad del Estado; por el contrario, el envidioso que cuenta menos con sus propias fuerzas que con los obstáculos que opone a sus competidores desanimando a los demás con injustas censuras, privando por este modo al Estado de la noble ambición de la virtud, destruye, cuanto destruir puede por su parte, el honor de su patria.

PLATÓN.

AJEDREZ

Nota de la redacción. — Toda la correspondencia para esta sección dirijase a nombre del redactor de la «Sección Ajedrez» de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151, la que aparecerá en lo sucesivo número por medio.

NOTAS DIVERSAS

Hastings. — Según la «Revista Cubana de Ajedrez», después de terminado el Gran Torneo internacional de maestros, jugado últimamente en Hastings, ha adquirido tanto interés la práctica del ajedrez que en el mismo local donde se batieron los maestros se celebró después un torneo infantil intercolegial, tomando parte en él 14 escuelas.

La actuación del ex campeón del mundo, doctor Manuel Lasker. — En un reciente torneo disputado en Mahrisch-Ostrau (Checoeslovaquia) venció el doctor Manuel Lasker entre 14 competidores, algunos de ellos de la talla de Rubinstein, Tarrasch, Tartakover, Bogoljubow, etc., sin perder ninguna partida y empatando sólo cinco, lo que viene probar que se le debe considerar aún como un enemigo formidable.

La partida que publicamos a continuación fué disputada en el «Club de Ajedrez de la Habana», para decidir el segundo puesto de un torneo, que correspondió al señor José Joaquín Araiza, actual campeón de Méjico.

APERTURA RUY LOPEZ

	BLANCAS J. A. Quesada	NEGRAS J. J. Araiza
1	P 4 R	P 4 R
2	C 3 A R	C 3 A D
3	A 5 C	P 3 T D
4	A 4 T	C 3 A
5	O—O	A 2 R
6	P 3 A	P 4 C D
7	A 3 C	P 3 D
8	P 3 D	C 4 T D
9	C D 2 D (a)	C × A
10	C × C	A 2 C (b)
11	C 5 T	T 1 C D
12	P 4 C D (c)	O—O
13	P 3 C (d)	A 1 T
14	C 4 T	P 4 D (e)
15	P 3 A	P 4 A D
16	P 3 T D	P 5 A
17	P × P A	P × P R
18	D × D	A × D
19	C 3 C (f)	P × P A D
20	C 2 D	A 3 C jaque
21	R 2 C	P × P jaque
22	C D × P	C 5 R
23	C × P	T D 1 D (g)
24	C R 3 A	C × P A
25	C × P	A 2 T
26	A 3 R	A × A
27	C × A	T 6 D
28	C 4 A	C 4 C
29	P 4 T D	C 5 D
30	C 5 R	T 6 C
31	P 5 C	P 3 A
32	C 6 A	C × C (h)
33	P × C	A × P
34	P 5 T	T R 1 R
35	T 2 T	T R 6 R
36	T D 2 A R	P 4 A
37	P 3 T	P 4 T
38	P 4 T	R 2 T (i)

Abandonan las blancas.

Notas. — (a) Lo usual es A 2 A, pero Quesada es amante de tratar las aperturas con alguna jugada nueva.

(b) Un movimiento hecho de prisa que yo conceptúo incorrecto, porque permite cambiar al A, por el C. Sin embargo esta jugada más tarde se volvió formidable y decidió el juego.

(c) C × A es lo indicado.

(d) Con la idea de situar el C en 5 A, previniendo en su marcha por 4 T la réplica del negro C × P. Esto nos hace suponer que las blancas tratan de atacar en el flanco del Rey, cuando la debilidad del negro estriba en otro flanco; P 4 T D tratando de abrir brecha es lógico en esta posición, o simplemente C × A.

(e) Las negras emprenden la iniciativa.

(f) No hay nada bueno.

(g) Con C 7 D jaque ganaba calidad, pero yo preferí la del texto.

(h) Desde su casilla inicial 12 saltos ha dado este Caballo! ¡Quién lo dijera! Viene ahora a sacrificarse ante el Alfil que despreció en la jugada 12.

(i) *Dándole la última vuelta al torno.*

Notas tomadas de la «Revista Cubana de Ajedrez», pertenecientes al señor José Joaquín Araiza.

CORREO

A Hugo Jiménez Caroli, Ingeniero Balbin (F. C. P.). — El actual campeón mundial es José Raúl Capablanca, cuyo título *lo conquistó venciendo al doctor Manuel* Lasker en el match jugado en la ciudad de la Habana en marzo y abril de 1921.

A Varios. — El Club Argentino de Ajedrez publica una interesante revista de Ajedrez; *los pedidos pueden dirigirse a la* secretaría del mismo, Cangallo, 833. La subscripción anual es de $ 3.— c/l.

A Luis F. Muzio, ciudad. — Para la lista de direcciones de clubs, revistas o diarios que organicen concursos de problemas, le aconsejamos solicitarla en el Club Argentino de Ajedrez.

A Varios. — El señor Fernando L. Bonazzi, Sarmiento, 1320, cuenta con un surtido completo de obras de ajedrez en todos los idiomas, entre otras muchas una titulada «Glorias del tablero», por el conocido aficionado cubano José A. Gelabert, cuyo tomo está destinado por entero a Capablanca, trayendo 100 de sus mejores partidas.

A Carlos Varela. Ciudad. — El orden en que nos visitaron los primeros maestros contratados por el «Club Argentino de Ajedrez», fueron: Ricardo Teichmann, J. Taubenhaus, siguiéndoles otros, inclusive el actual campeón del mundo, Capablanca.

ESTE RELOJ $ 14 $ 14

N.º 516. — **ANILLO** de oro 18 Fix, pulido, liso, forma herradura, $ **11.00**

N.º 136. — **PLATA 900,** con iniciales grabadas o esmalte...... $ **5.00**

N.º 522. — **AROS** etruscos, imit. plata u oro viejo, el par, pesos....... **4.00**

PLATA 800, tres tapas, máquina Suiza, observado, con cadena..... $ **14.—**

N.º 523. — **PIEDRA** color u obscura, aplicaciones plata vieja el par.. $ **4.00**

N.º 521. — **AROS** enchapado en oro 18 kilates y químicas......... $ **6.00**

N.º 520. — **AROS** de oro y químicas........ $ **12.00**

PULSERA de seda, con placa de plata 900, nombre que se desee en esmalte........ $ **5.00**

La misma, de oro 18 kil. sellado, maciza, $ 15.—

Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno.

N.º 510. — **PLATA 900,** nombre en esmalte..... $ **3.90**

De oro 18 kil. sellado y macizo, $ **16.—**

N.º 139. — **GEMELOS** de plata 900 con iniciales que se deseen en esmalte, el par......... $ **5.00**

La Suiza Americana

RELOJERIA - D. SEITLER - JOYERIA

BERNARDO DE IRIGOYEN 540 Bs. AIRES

Para dormir bien...

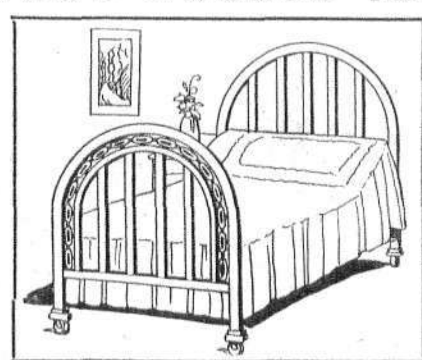
Camas de Bronce "ADOLFO GUTMAN"

DE PURO BRONCE INGLES

BRONCE INALTERABLE

SOLIDEZ A TODA PRUEBA

ELASTICOS ESPECIALES



DURACION ETERNA

COMO IDAD INSUPERABLE

PRECIOS MODICOS

FACILIDADES DE PAGO

La casa iniciadora en el país de la industria de camas de bronce superperfectas

ADOLFO GUTMAN

SAMIENTO, 1561 — FLORIDA, 436 — CANGALLO, 747

Av. DE MAYO esq. TACUARI — Rosario de Santa Fe: CORDOBA, 116



ARROYITO. — Concurrentes al acto de la inauguración del colegio de las Hermanas Mercedarias, institución educacional que prestará un señalado servicio en esta población.

Grupo de niños que tomaron la primera comunión, acto que dió lugar a una hermosa fiesta infantil.

LOS DOS SOLDADOS



Estos eran dos soldados que volvían a la tierra, terminado el servicio, sin tener dinero, pan, ni oficio ninguno.

En medio de sus apuros, dijo uno de ellos a su compañero:

— Si te parece, vamos a echar a pajas a ver a cuál de los dos le toca saltarse los ojos, y el otro le conducirá pidiendo una limosna para el pobre soldado que se ha quedado ciego en la guerra.

Aceptó el otro, y el que la suerte designó se arrancó los ojos, yéndose ambos a mendigar por las aldeas.

Todo el mundo les daba pan y dinero, de tal manera que al poco tiempo tenían una bolsa bien llena.

Entonces el que conservaba sus ojos se cansó de conducir a su camarada, y lo abandonó en medio de un bosque, sin darle siquiera un pedazo de pan ni dejarle un cuarto en el bolsillo.

Quedóse el pobre ciego muy desolado, y cuando sintió que se aproximaba la noche se encaramó en un árbol lo mejor que pudo, y allí se acomodó entre las ramas.

No llevaba mucho tiempo de estar allí cuando un lobo, un león y un oso fueron a pararse debajo del árbol y se pusieron a conversar. Eran tres brujos disfrazados, que hablaban el lenguaje de los hombres y no el de los animales, de manera que el pobre soldado se enteraba de todo.

El lobo dijo al león:

— ¿Qué hay de nuevo por la tierra?

— Ah — dijo el león, — en mi tierra casi todo el mundo es ciego; pero bastaría con que se frotaran los párpados con las hojas del árbol éste que nos cobija para que todo el mundo volviera a la vista.

Apresuróse el soldado a hacerlo así, y apenas se frotó los ojos empezó a ver tan claro como antes de saltárselos.

— ¿Y en su tierra, compadre lobo, qué hay de nuevo?

— Pues que no corre una gota de agua, porque un árbol que hay plantado en medio de un campo se la chupa toda; pero bastaría con dar dos o tres hachazos en el tronco para que corriera en abundancia el agua.

— ¿Y tú qué cuentas de tu país, compadre oso?

— Que la hija del rey está enferma, y aunque le han traído todos los médicos y curanderos del mundo, nadie sabe lo que tiene. Pero yo sí lo sé: y es que hay un sapo debajo de su cabecera, al cual sería necesario que cuatro hombres valientes lo cogieran y lo quemaran con las pinzas de una fragua. La princesa se curaría en seguida y el rey la daría en casamiento al que esto consiguiera.

Los tres animales se fueron cada uno por su lado, dándose cita para el año siguiente al pie del mismo árbol.

El soldado, rebosando de alegría, llenó su pañuelo de hojas del árbol y se puso en camino para recorrer los diferentes países de que habían hablado los hechiceros, y al primero que llegó fué a aquel en que había tantos ciegos. Entró en una casa y dijo:

— Me han dicho que en este país la mayor parte de la gente no tiene vista, ¿es cierto?

— Ciertísimo por desgracia, joven, le respondieron.

— Pues bien, yo tengo unas hojas que devuelven la vista.

Así que lo supieron, todo el mundo se las compraba a peso de oro, y desde entonces no hubo más ciegos en el país.

En seguida echó a andar para la tierra donde no había agua, y entrando en una posada pidió un vaso de agua, y vió que el hostelero estaba lavando los platos precisamente con sidra.

— ¿Por qué no laváis con agua? — le preguntó.

— Porque es muy cara, hijo, y vale más de trescientos francos la barrica.

— ¿Qué darías al que os procurase agua en abundancia?

— Pues lo menos cien mil francos.

— Vengan — respondió el soldado, — que yo me encargo de daros el agua.

Toda la ciudad contribuyó a completar la suma, y entonces el soldado pidió un hacha, y llegado al árbol le dió un primer golpe, que hizo saltar un poco de agua; al segundo golpe saltó más, y al tercero se desbordó por toda la tierra. Las gentes se apresuraron a llenar cántaros, cubos y barricas, creyendo que el agua no seguiría manando; pero desde entonces no volvió a faltar en el país, y dieron con gran gusto los cien mil francos al soldado.

Este partió para el país donde estaba enferma la hija del rey; se hizo llevar a palacio y dijo al monarca:

— Me han dicho, señor, que tenéis vuestra hija enferma hace diez años, sin poder encontrar alivio, y que ofrecéis casarla con quien consiga su curación.

— Verdad es — dijo el rey.

— Pues traedme aquí los cuatro hombres más

valientes de vuestro reino, y que cada uno de ellos coja unas pinzas de fragua.

Así que llegaron les mandó levantar la almohada de la princesa, coger al sapo con las pinzas y mantenerlo sobre el fuego. Apoderáronse del bicho y se apresuraron a ponerlo sobre una gran hoguera, no sin sudar la gota gorda, porque el sapo se resistía con fuerzas enormes.

Pero a medida que se iba quemando iba aliviándose la hija del rey, y así que estuvo hecho cenizas se levantó tan buena y sana como si nunca hubiera estado enferma.

El rey abrazó al soldado y le dijo:

— Voy a cumplir mi promesa y a casarte con mi hija.

Las bodas fueron soberbias, y poco tiempo después el soldado quiso ir a ver a los padres para decirles que era yerno del rey; y en el camino se encontró a su camarada, que le dijo:

— ¡Hola! ¿Cómo es eso que tienes vista?

— Pues que cuando tú me abandonaste me subí a un árbol, y desde allí he oido contar a un oso, a un león y a un lobo la manera de recobrar la vista, de volver el agua a un país que estaba seco y de curar a la hija del rey.

Además le contó cómo los animales se habíau dado cita al pie del mismo árbol.

El soldado se fué al bosque, trepó a las ramas y, ya entrada la noche, vió venir a los tres animales.

— ¿Qué hay de nuevo en tu tierra, compadre león? — preguntó el lobo.

— ¿Te acuerdas de que te dije el año pasado que nadie tenía vista allí? Pues ahora la tiene todo el mundo.

— ¿Y en tu país qué hay de nuevo, compadre lobo?

— Pues que si el año pasado no había agua, ahora la hay de sobra.

— ¿Y en tu tierra, compadre oso?

— Pues que se ha curado la hija del rey, que estaba mala hacía diez años.

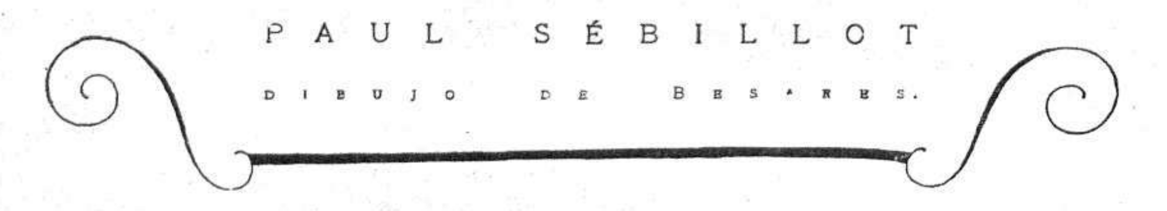
— ¿Cómo es posible todo esto?

— ¿Es que alguien nos ha oído?

Y mirando hacia arriba divisaron entre las ramas del árbol al soldado.

— Ese es el que lo ha escuchado todo — gritó el oso.

Y encaramándose a la copa se puso a destrozar al infame soldado y a echar los pedazos a sus compadres, el lobo y el león, que estaban debajo del árbol.







EL Boyce Moto-Meter es un indicador indispensable de la temperatura del motor. Es un medidor, que *sin fallar*, descubre daños en el motor, diez o quince minutos antes de que el chofer mas experimentado los pueda descubrir.

El Boyce Moto-Meter evita el desgaste prematuro, los cojinetes y cilindros quemados, las válvulas combadas y los émbolos dañados. Inmediatamente indica la correa rota en el ventilador, radiádores con fugas y otros daños.

El Boyce Moto-Meter aumenta la vida de su motor en *miles de kilómetros*. A la primera indicación de demasiado calentamiento, la ancha columna de líquido rojo sube hasta la señal de peligro indicando que hay que detenerse e investigar.

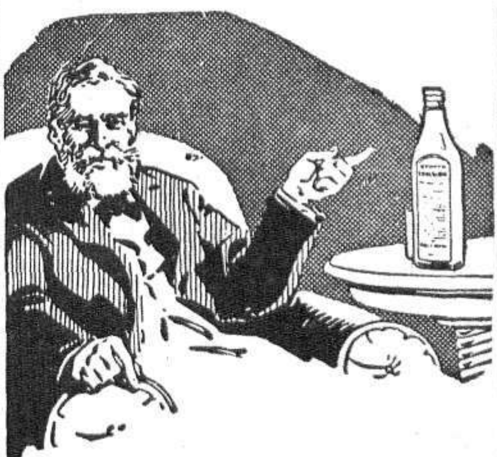
El Boyce Moto-Meter indica cuando un motor frío e ineficiente desperdicia combustible y trabaja forzadamente en cada revolución.

Si Ud. usa un Boyce Moto-Meter en su automóvil, y observa su motor, Ud. nunca volverá a usar su automóvil sin él

THE MOTO-METER COMPANY, INC.
LONG ISLAND CITY, L. I., E. U. A.

BOYCE MOTO METER

"Su automóvil merece uno"



"Si mal no recuerdo, no ha habido un día en que faltara en casa la Emulsión de Scott."

Lo que dice este simpático anciano es verdad de infinidad de hogares donde se precia la salud y la robustez durante todas las edades de la vida.

Tantas enfermedades tienen el mismo origen que miles de personas sensatas han llegado a convencerse de que cuando no basta la Emulsión de Scott, hay que dejar que el médico decida, y frecuente éste también dice:

Tome usted la



EMULSION de SCOTT


BENGOLEA. — Núcleo de destacados vecinos que integraron la comisión organizadora de los festejos realizados en honor de la Virgen patrona.

CASO RARO DE HIPOTIROIDISMO

El doctor Max Berliner presentó a la «Medizinische Gesellschaft» dos hermanos enanos de 15 y 17 años, de la estatura de niños de 4 a 5, esto es, de 101 y 98 centímetros. Los padres y tres hermanas son normales, y entre todos sus parientes no ha existido ningún enano. Sin que los niños hayan estado gravemente enfermos, se retardó su crecimiento desde su primera infancia, seguramente a causa de una perturbación del funcionamiento de la glándula tiroides. Los enanos aprendieron a andar poco después que las criaturas normales, pero el desarrollo intelectual dejó mucho que desear.

Si enfermedades de esta índole se tratan a tiempo por un médico, se logra excitar el crecimiento dando al cuerpo las substancias que le faltan, en el caso presente las secreciones de la glándula tiroides; al mismo tiempo prodúcese una asimilación y desasimilación de substancias y un cambio de temperamento, de modo que se reduce sensiblemente la diferencia entre ellos y las personas normales. Es natural que el tratamiento deberá hacerse con gran constancia y paciencia. En cuanto se interrumpe, aparecen inmediatamente los signos característicos de la enfermedad. Este tipo de enano se encuentra rara vez, y no es tan común y corriente como el de otros. Tanto más sorprendente es, por tanto, que justamente dos hermanos de una familia sufran de esta enfermedad mientras las tres hermanas sean completamente normales y que la norma es la existencia de siete veces más enanas que enanos. La enfermedad no es hereditaria.



La célebre opereta de Lehar que constituyó el éxito más grandioso de la temporada 1923, representándose 170 veces consecutivas por la Compañía BERTINI-GIOANA en los teatros Politeama y Coliseo de la capital.

Nuestro público que ha tenido la dicha de oirla, recibirá con júbilo la noticia de que acabamos de recibir los irresistibles Shimmys de "Las Gigolettes" y de "La Bambolina", cantados en italiano con verdadero arte en dos discos dobles que ofrecemos como primicia.

Discos de 25 centímetros, $ 3.— cada uno

1230 (**Danza delle Libellule.** Shimmy de «Las Gigolettes». Cantado con coro.
(**The Budha Smiles.** Shimmy. Jazz Band.

1231 (**Danza delle Libellule.** Shimmy de «La Bambolina». Cantado con coro.
(**Yes! We have no bananas!** Shimmy. Jazz Band.

ULTIMAS NOVEDADES EN BAILABLES

Discos dobles VICTOR, de 25 centímetros, $ 3.— cada uno

73981 (**Fray Mocho.** Tango.
(**Negrita.** Tango. Orquesta Berto.

78994 (**El Ultimo Beso.** Tango.
(**Atropellando.** Tango. Orquesta Fresedo.

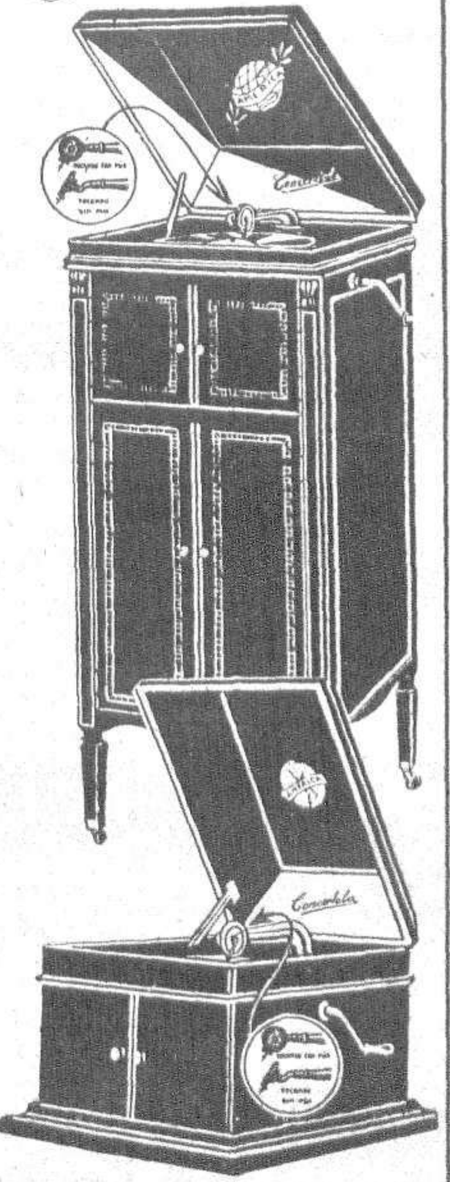
73991 (**Los Rosales.** Tango.
(**Te Fuistes.** Tango. Orquesta Fresedo.

73989 (**Besos Brujos.** Tango.
(**El Pirata.** Tango. Orquesta Cobian.

Discos dobles NACIONAL, de 25 centímetros, $ 3.— cada uno

6205 (**La Ultima Cita.** Tango.
(**Tus Caricias.** Tango. Orquesta Firpo.

7403 (**La Canción de mi Novia.** Shimmy.
(**El Mantón de Manila.** Pasodoble. Orquesta Pacho.



"CONCERTOLA"

La máquina parlante ideal. Toca Discos CON y SIN PUA. No es un artículo de lujo, es de primera necesidad.

ALGUNAS OFERTAS RECOMENDADAS:

N.º 9. — **Gran CONCERTOLA** de Lux, mueble en rica madera, gran motor de dos cuerdas, brazo, membrana y demás accesorios dorados. Con 12 piezas y 600 púas...... $ **380**

N.º 5 bis. — **Regia CONCERTOLA** igual al dibujo, mueble fino en roble o caoba con finos adornos de marquetería. Gran motor de dos cuerdas. Con 12 piezas y 600 púas.. $ **330**

N.º 5. — **Espléndida CONCERTOLA,** mueble en rica madera de roble o terminación caoba. Motor de dos cuerdas. Con 12 piezas y 600 púas........................ $ **250**

N.º 4 bis. — **Preciosa CONCERTOLA** para mesa, igual al dibujo, mueble fino en roble o terminación caoba. Con 6 piezas y 200 púas.............................. $ **150**

Otros modelos desde $ **35** hasta $ **1.300**

Catálogo N.º 21 de Concertolas, Grafófonos y Victrolas, y N.º 22 conteniendo todos los discos de las mejores marcas del mundo, remitimos enviándonos $ 0.20 en estampillas.

CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI

NO TENEMOS SUCURSALES
NO CERRAMOS LOS SABADOS

Av. DE MAYO, 979
Buenos Aires

De San Luis



El jefe de policía, don Juan de la Canal, y demás autoridades policiales presenciando un festival organizado por los presos en la cárcel de esta ciudad.

MUERTES LENTAS

En China saben hacer morir lentamente a los criminales condenados a la última pena; mueren a pedazos, muy despacio, pero a tardar en morirse, a los caracoles, que todo lo hacen despacio, no hay quien les gane.

Un naturalista que había pegado con goma un caracol sobre un cartón quiso, cuatro años después, desprender el molusco, y para no romperlo lo remojó varias veces con agua caliente. Con estos baños el caracol, que el naturalista creía muerto y seco, revivió y sacó su viscoso cuerpo de la concha.

Con varios ejemplares de otras colecciones ha sucedido otro tanto. Algunos de ellos habían permanecido metidos en un cajón, sueltos, sin pegarlos a cartón alguno, durante quince años, y habían sido manejados, mostrados y examinados varias veces durante tan largo período de tiempo sin que dieran señales de vida, ni el coleccionista supiese que las conchas contuvieran cosa alguna.

Al hacer un día un lavado en su colección metió varios ejemplares en agua templada y los dejó a remojo durante algún tiempo. Cuando regresó para terminar su tarea, vió que muchos de ellos habían revivido y subían lentamente por las paredes de la vasija.

¿Quién ha llegado a la cúspide de una montaña sin trepar por sus breñas?

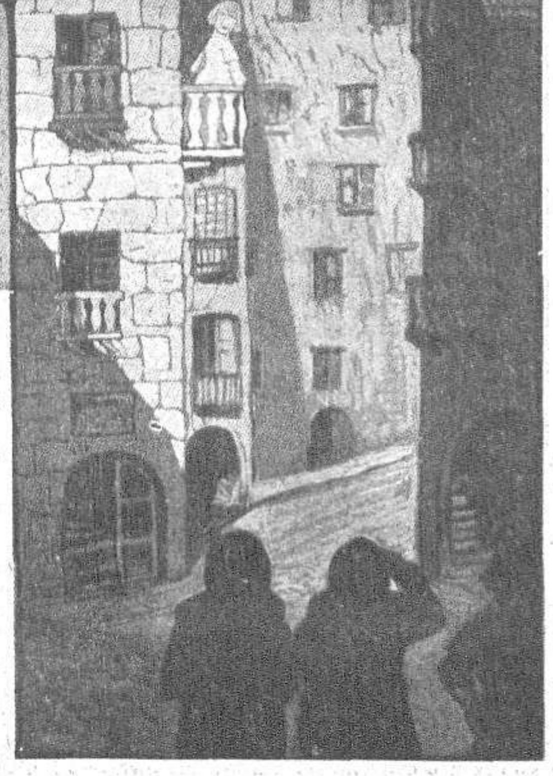
— La razón es una gota de luz en un valle de tinieblas. — COLTON.

LA CHICA DE ENFRENTE

POR

MARCEL LE CORNEC

TRADUCCION DE B. DE LAON



Al ruido de persianas, seco como el chasquido de un látigo, neto como una verdad sin réplica, una cabeza aparece. .Helena está en la ventana.

Todos pueden verla: el busto fuera, a la vista. Es demasiado. ¿Impresión la suya? Mucho menos, porque los postigos tienden a cerrarse.

¡Hop!... estoy aquí... más aquí. ¿No me ve fácilmente? Bueno. Muévase un poco, salga hacia la derecha, usted puede muy bien hacer tan poco esfuerzo por mí. ¡La verdad!...

Mira... su cuerpo se alarga, su cabeza se inclina. ¿Qué sucede en la calle?... Nada... Absolutamente nada. Es su calle. ¿Por qué no miraría ella como yo lo que le agrada?

La calle parece vivificarse. Hay algo. ¡Cuánta agitación en un minuto! Las ventanas se abren. Una infinidad de gente que siente la imperiosa necesidad de tomar un poco de aire. Muchos transeuntes. Muchos. Creo que son siempre los mismos. Deben ser los que no pueden ver bien desde sus ventanas y bajan a la calle para mirar mejor.

Por otra parte, todos, todos echan una mirada a «la chica de enfrente» que justamente mira hacia otro lado.

No tienen suerte. Ella no lo hace a propósito. La vida es así. Es una guedeja de cabellos que se rebela de pronto, una uña que crece mal con una pequeña mancha blanca que emplea meses y meses antes de llegar al borde... A propósito... ¡vamos!... está bien... un gran agujero y nada más... Ha debido recordar de pronto algo de importancia. ¡Qué casa tan obscura la suya!...

El sol busca poner un poco de luz sobre los hermosos cabellos de Helena. No ¡Imposible! La caverna de la casa enorme en que ella vive la ha tragado y parece ahora llorando con todas sus sombras.

Ella está en su cuarto. No se la puede ver. Se la adivina, no obstante, yendo de una pieza a la otra sin saber demasiado para qué, simplemente para que su cuerpo joven guarde la soltura de su edad, para no pensar en nada, para no hablar, sobre todo...

Ella no está sola. Su tía vive con ella. Cuando Helena ha pasado su cabecita entre la ventana entreabierta y luego se ha retirado bruscamente, es porque su tía ha aparecido preocupada, el ojo receloso. Y los gestos traducen un diálogo que se adivina desde aquí.

—¡Dime, Helena!... ¿A quién estabas haciendo señas?

—Yo no hacía señas.

—¡Es que no te estoy viendo!...

—Tú me ves levantar los brazos para que mis mangas caigan bien.

Y sus ojos parecen añadir: ¿Es que no es una cosa natural?

Otras veces la tía parece estar más segura de lo que dice. El duelo es más un cuerpo a cuerpo.

—Te juro que le enviabas besos!...

—¡Yo... tirarle besos!

—¡No me lo vas a negar!... Yo lo he visto con mis propios ojos.

—Te engañas, mi queridita tía; lo que he hecho es retirarme de entre los dientes una pajuela que me molestaba.

—Si no estuvieras todo el día en la ventana no te sucederían esas cosas... y sobre todo, que te vas a echar encima una mala reputación. El señor que vive en el 679 cree que son para él esas señas, y el que vive en el 683, lo mismo...

—¿Cuál dices tú? ¿El del primer piso o el del cuarto?

Y Helena se inclina una vez más: —¿Ves, tía? Si quieres que cierre, ya está... no es tan difícil.

¿Y ahora?... Un ruido seco como un bofetón... Luego unos dedos que se agitan tras de los visillos, febrilmente, y que buscan... buscan yo no sé qué... ¡Ah, sí! el pestillo del postigo... o bien... pero si es una señal de adiós a yo no sé quién...

El sol juega y se detiene largo tiempo sobre esos dedos que recogen la luz, y después no se ve nada más. El sol es como un particular parecido a nosotros... Helena ha cerrado los postigos... La calle se calma. Esos que hace un rato debían ir a comprar una caja de fósforos en el almacén de la esquina o el diario atrasado en el kiosco del bulevard por un artículo interesante que un amigo les había indicado la víspera, todos esos y los otros que miraban el cielo para saber si era un bastón o un paraguas el que debía acompañarles, uno después de otro se han desgranado. La calle ha vuelto a su calma, desierta pudiera decirse. Nadie. La tristeza ha cubierto las casas, las ventanas se han cerrado silenciosas, las veredas se han alargado inútilmente. Todo está melancólico. Nada tiene interés. Hace un poco de frío. El sol, detrás de una nube, aparece breve y se oculta. ¿Nada ha cambiado? No. Sí. Detrás de esa nube pasa otra, otra más espesa, y luego otras muchas, que se aprietan, que se superponen. El cielo se obscurece.

¿Para qué un día tan lindo? Quedaos en casa. Empieza a llover.

¿Para qué la luz y la vida?... La chica de enfrente ha cerrado sus persianas...



ROSARIO DE LA FRONTERA. — Parte de los concurrentes al acto de la bendición de las nuevas campanas de la iglesia de El Naranjo, ceremonia en que actuaron como padrino el señor Eduardo Vilaró y como madrinas las señoras María P. de Vilaró, Elena de Serra y Carmen F. de Pioche y las señoritas Carmen y Waldina Salas.

IDEAS Y SENSACIONES

Lo que más me gusta de la música son las mujeres que la oyen. Encuéntranse allí como si sufriesen fascinación poderosa y divina, inmóviles como un sueño que por momentos las acaricia con el roce de un estremecimiento. Al escuchar, todas adquieren la plenitud excesiva de su fisonomía, su rostro se eleva, y poco a poco irradia la más extática ternura. Sus ojos se humedecen de languidez, se entornan, miran de soslayo o se alzan en busca del cielo. Los abanicos, contra los pechos, laten como en un espasmo o palpitan moribundos como el ala del pájaro herido; otros se deslizan de la mano sin vigor al regazo, y otros con sus guías de marfil oprimen la vaga sonrisa del placer contra los blancos dientecillos. Dilatadas las bocas y los labios dulcemente entreabiertos, parecen aspirar un deleite flotante. Casi ninguna mujer se atreve a mirar cara a cara a la música. Muchas, poniendo la cabeza sobre el hombro, permanecen algo inclinadas como sobre una cosa que les hablase al oído; y algunas, dejando caer la sombra de su barbilla sobre las sartas de perlas de su cuello, parecen escuchar en el fondo de sí mismas. Por momentos la nota dolorosamente arrancada del corazón de un violoncelo hacen estremecerse a las más sepultadas en beatífico sopor, y palideces que duran un segundo, diafanidades momentáneas apenas visibles, pasan sobre su epidermis que tiembla. Pendientes del sonido vibrante y acariciadas por él, diríase que beben *con su cuerpo todo* el cántico y la emoción de los instrumentos. Es cosa de decir que la música para la mujer es la misa del amor.

EDMUNDO Y JULIO DE GONCOURT.



Personal docente de la Escuela Pedagógica Sarmiento celebrando el día del maestro y la inauguración de una clínica dental en dicho establecimiento

TIPOGRAFOS CÉLEBRES

Una nomenclatura completa sería fastidiosa, por lo que nos limitaremos a citar los nombres más conocidos entre ellos.

En el siglo XVI, por no remontarnos más lejos, nos encontramos con Erasmo, que se había establecido en Basilea para hacer imprimir sus obras, cuya composición inspeccionaba minuciosamente. El siglo siguiente se honra con un corrector que fué al mismo tiempo un epistolario, un cronista y... un médico famoso: Guido Patin.

En el mes de julio de 1751 entraba, en calidad de aprendiz, en la imprenta Fournier, que fué después la imprenta Gallot, en Auxevre (Francia), un joven que, cuatro años después, era contratado, como tipógrafo, en la imprenta Real, que dirigía Amisson-Duperon; su salario era de dos francos y medio por día. Vuelve después a Auxevre, siempre en calidad de obrero tipógrafo; en fin, encuentrásele en París, en la imprenta Quillan, donde le vemos elevado al rango de regente. Así vivió durante siete años, hasta que, a su vez, llegó a ser autor bajo el nombre de «Restif de la Bretona». Su primer libro tuvo poco éxito; Restif explica su fracaso por el hecho de haberlo impreso con ortografía reformada, en cuya innovación se manifestó, quizá un poco temerariamente, un precursor.

Balzac, que nos ha iniciado en todo el tejemaneje de una imprenta de provincia en su novela «David Séchard», tuvo durante varios años una imprenta en la calle Visconti, de París.

Podríamos añadir a esta lista, necesariamente incompleta, los nombres de Bernis, que no sospechaba que un día llegara a ser cardenal, embajador y ministro; Beranger, el canzonetista francés; el filósofo y reformador Proudhon; Francisco Buiz, el creador de la «Revue des Deux Mondes» un presidente del Consejo, su excelencia M. Duclerc.

A quien se extrañe de que tantas celebridades no han desdeñado las modestas funciones de la tipografía, pudiera respondérsele, parodiando la frase célebre: «Ante los conocimientos que se exigen de un corrector de imprenta, ¿conoce usted muchos literatos capaces de ser correctores?»




PRODUCTOS
SUPREMA
SUPREMA
2.20
Como los pétalos de una rosa.
Así tendrá el cutis toda dama que, para conservar y acrecentar su belleza, usa a diario en su tocador los notables
PRODUCTOS
SUPREMA
GRATIS remitimos a quien lo solicite una muestra del rico Polvo Grasoso SUPREMA.
POLVO GRASOSO, de gran adherencia, suaviza y perfuma delicadamente el cutis. La caja...... $ 1.10
AGUA COLONIA, de exquisito y delicado perfume. El frasco pesos......... 2.20
DE VENTA EN TODAS PARTES
Sociedad General de Perfumes Productos
SUPREMA
P. BURS y Cía.
Bolívar, 1725
Buenos Aires
SUPREMA
Polvo Grasoso
Insuperable
SUPREMA
INSUPERABLE

LA
TRAGEDIA POLITICA EN CAPILLA DEL SEÑOR

La pasión política, exacerbando los ánimos de ciertos elementos de Capilla del Señor, culminó en un sangriento drama cuyo epílogo fueron los cadáveres de las dos autoridades de aquella antigua municipalidad: el intendente y el comisario. Gran consternación causó en el mencionado distrito el trágico suceso, desarrollado frente a un «Bar» desde el cual, por la puerta y la ventana, arreciaron los criminales las descargas cuando pasaban precisamente ambos funcionarios. Por las rencillas que venían ya distanciando a ciertos grupos y por la aguda irritación que últimamente se advertía entre ellos, era de esperarse de un momento a otro un hecho tan fatal como el ocurrido.

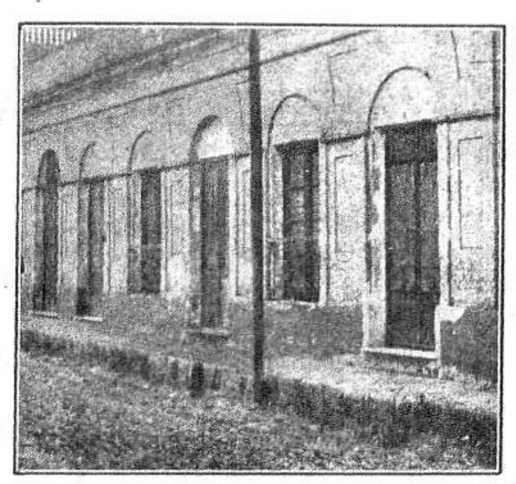
Alfredo E. Giráldez, el comisario asesinado de tres balazos.



José Petrella, intendente municipal, que cayó ultimado por siete proyectiles.



Angel Mastrangelo, detenido en el "Bar Colón" y a quien se le encontraron un revólver y muchas balas.



Frente del "Bar Colón" en que funcionan los comités radicales Juventud e Irigoyenista y donde, al pasar, fueron asesinados el intendente y el comisario.



Francisco Ojeda, uno de los detenidos sobre el que recaen graves sospechas.



Otro de los capturados por creérsele complicado en el doble crimen.



Uno de los hermanos Pereyra, custodiado por un guardia-cárceles, desembarcando en la estación Retiro para ser conducido a La Plata para su enjuiciamiento.



Otro de los sujetos a quien detuvo la comisión de policía en los primeros momentos.



Juan Julio Pereyra, condueño del "Bar Colón" y director de "El Combate", sobre el que recaen directas acusaciones.



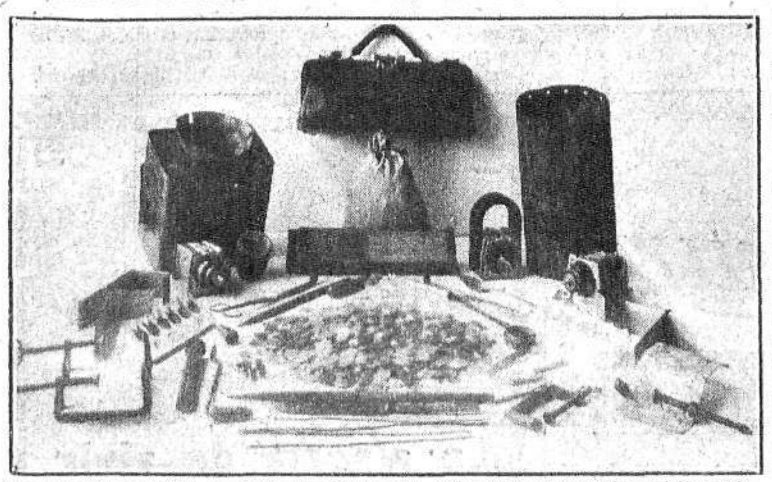


Ropas pertenecientes a las víctimas, agujereadas y ensangrentadas por los proyectiles y las heridas.

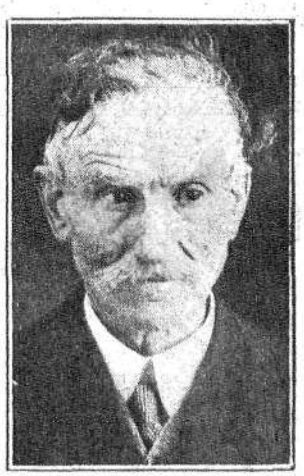


El 2.º jefe de Investigaciones de La Plata, señor Ricardo de la Cuesta, con las armas secuestradas.

FALSIFICACION DE MONEDAS DE 20 CENTAVOS



Herramientas, un molde, un crisol, pequeñas prensas, varios útiles para trabajar metales y más de un millar de piezas falsas de 20 centavos, todo lo cual fué hallado por la policía en la habitación de un monedero falso, domiciliado como portero en Sarmiento, 2210.



Luis Garzotto, anciano falsificador que, de tiempo atrás, venía haciendo circular moneda falsa.

HORRENDA OBRA DE UN DEMENTE

Un demente de nacionalidad italiana a quien el abuso del alcohol fué minando su cerebro hasta provocarle delirio de persecución, según dictaminó el facultativo que le reconoció detenidamente, mata a un paisano y compañero de pieza—un honrado trabajador llamado Antonio Giannoni—golpeándole furiosamente el cráneo, mientras dormía, hasta hacer pedazos tres botellas, para luego, con un cuchillo, inferirle siete heridas en el vientre e intentar degollarlo, declarando, después de ser aprehendido en la habitación en que se encerrara con su víctima, haber obrado así porque había escuchado unos ruidos, «comprobando» que los producía su compatriota, que era su enemig .



El asesino Juan Vorraso en la comisaría adonde fué conducido.



GUALEGUAYCHÚ. — Alumnas de la escuela normal mixta que celebraron el Día del Estudiante, organizando un picnic en la estancia del señor Sixto Vela. — En círculo: Núcleo de profesores del mismo establecimiento que participaron en el paseo.

EL VERSO

El verso es perla. No han de ser los versos como la rosa centifolia, toda llena de hojas, sino como el jazmín de Malabar, muy cargado de esencias. La hoja debe ser nítida, perfumada, sólida, tersa. Cada vasillo suyo ha de ser un vaso de aromas. El verso, por donde quiera que se quiebre, ha de dar luz, perfume. Han de podarse de la lengua poética, como del árbol, todos los retoños entecos, amarillentos o mal nacidos, y no dejar más que los sanos y robustos, con lo que con menos hojas se alza con más gallardía la rama y pasea en ella con más libertad la brisa, nace mejor el fruto. Pulir es bueno; mas dentro de la mente y antes de sacar el verso al labio. El verso hierve en la mente como en la cuba el mosto. Mas ni el vino mejora, luego de hecho, por añadirle alcoholes y taninos, ni se aquilata el verso, luego de nacido, con engalanarlo con aditamentos y aderezos. Ha de ser hecho de una pieza y de una sola inspiración, porque no es obra de artesano que trabaja a cordel sino de hombre en cuyo seno se anidan cóndores, que ha de aprovechar el aleteo del cóndor.

JOSÉ MARTÍ.


Dos vidas ligadas
La salud y el desarrollo de las criaturas dependen en grado directo de las condiciones físicas de la madre en el período de la lactancia.
Si se halla Vd. débil y fatigada para criar a sus hijos, vigorice su organismo tomando AFRICANA EXTRACTO DOBLE, la inapreciable bebida tónica y reconstituyente a la que millares de madres deben su bienestar corporal y el de sus niños.
Habitúese a consumirla en las comidas o a cualquier hora del día.
AFRICANA
EXTRACTO
DOBLE
Elaborada por la Cía. Cervecería Bieckert Lda.
San Juan, 3334 - Buenos Aires
DE VENTA EN
TODAS PARTES
Africana


LA BANDA. — Alumnos de la escuela normal que celebraron el Día del Estudiante organizando un hermoso picnic en las afueras de la ciudad.




Concurrentes al picnic organizado por los alumnos de la escuela "Amadeo Jaques" celebrando el Día del Estudiante.



KICHINEW

Por

ANDRÉ SALMON

— ¡Hurrah! ¡Hurrah! ¡Hurrah!

La aclamación popular elevóse atronadora cual una triple salva. Moisés Lazarino, el sastre de Kichinew, prestamista a ratos, cambista y un si es no es usurero, abrió con lentitud sus pesados párpados, justamente para ver, con sus ojos lagrimeantes, a su compadre Israel Wolff, el lapidario, volteigeante, como un pelele, arrojado a la calle desde un tejado.

— «Beï jidow!» (¡Abajo los judíos!) gritó la turba cuando Israel Wolff se estrelló de cabeza contra el cordón de la acera.

Moisés Lazarino, sacudido por un nuevo terror, intentó cerrar los ojos, pero una aguda punzada hízole gemir y el viejo usurero se extrañó de no haber aun muerto. Por el suelo de la tienda su sangre corría en abundancia sin que pudiera hacer un solo gesto ni el más mínimo movimiento, porque los sediciosos habíanle clavado pies y manos sobre el mostrador de pino.

A través de los cristales de la tienda, Lazarino vió sobre Kichinew, rompiendo las tinieblas de la noche que caía, las llamaradas de un incendio próximo. Capitaneada por un monje a caballo, una turba de exaltados, trajeados con los más exóticos y carnavalescos uniformes, desfiló vociferando. Una descarga de fusilería se impuso a todos los ruidos y el silbido de las balas escuchóse indistintamente aquí y allá.

— «Stoï!» (¡Alto!) ordenó una voz. Luego no se escucharon sino las breves palabras de los oficiales seguidas del rumor de la tropa y el entrechocar de las armas. Detrás del pope y los revoltosos, el crucificado vió desfilar, al galope, un escuadrón de caballería precedido por un general obeso, el cigarrillo entre los labios.

El progrom concluyera. Considerando que ya había durado bastante, la autoridad decidióse a intervenir, y los dragones imberbes substituyeron a los cosacos borrachos de wodka, de sangre y de salvajes acometidas.

Moisés Lazarino lanzó un suspiro de alivio, mas sus heridas arrancáronle aún prolongados gemidos. Empero, confortado, contento de haber escapado de la muerte a la cual tan de cerca vieran sus ojos, el crucificado volvió la cabeza.

En la tienda había un cadáver. Pero, ¿qué importaba? Por aquel despojo sangriento y mutilado atrozmente él no podía derramar una sola lágrima, y, aún, al verlo, Lazarino se regocijó.

Es que el cadáver de aquel niño rubio, de unos tres años, de nariz roma, y que yacía completamente desnudo, abierto el vientre y las entrañas arrancadas, era nada menos que el del hijo de su hija Débora, deshonrada por un suboficial ebrio una noche de Navidad. Aquel no era un hijo de Israel, y el anciano, olvidando por un instante el excesivo sufrimiento suyo, agradeció conmovido al Señor por haber permitido que los imbéciles soldados ofrecieran el estéril sacrificio de aquel chiquillo de su raza a quien creyeron judío.

El prestamista quiso ver a su hija. Inmovilizado por los clavos que le atravesaban manos y pies, el miserable no la pudo ver al punto; pero, habiendo logrado inclinar la cabeza dolorosa, al cabo la descubrió. Ante un armario desvalijado, tendida todo a lo largo, de espaldas y cerrados los ojos, estaba Débora; los largos cabellos negros, despeinados, prestaban admirable marco a su rostro de líneas delicadas y puras; un poco de espuma rosada florecía en sus labios, y sus párpados de largas pestañas permanecían cerrados.

Moisés se echó a llorar dulcemente; sacudíase el pecho con los grotescos sollozos, mientras brazos y piernas, roídos por el tormento, hallábanse helados e insensibles.

En eso, sin que tuviera tiempo para restañar sus lágrimas, el padre lanzó un grito de alegría. Su hija adorada no estaba muerta.

Débora respiraba. A pesar de la obscuridad de la noche, que se intensificaba más y más, Moisés llegó a columbrar el pecho que, regularmente aunque con algo de dificultad, levantaba la camisa blanca desgarrada, ensangrentada y recogida sobre el vientre.

En esos momentos una compañía de infantería, arma al brazo, pasó por la calle; uno de los soldados pegó su nariz al cristal del escaparate del prestamista, quien se guardó muy bien de respirar.

Pasó la tropa; la campana de los bomberos repiqueteó a lo lejos y cien bocas clamaron:

— «Christos voskress!» (¡Cristo ha resucitado!)

— ¡Imbéciles! — murmuró el crucificado echando una mirada de soslayo al niño muerto cuyas entrañas se retorcían en el suelo como culebras en un charco de sangre.

Y después, sobre Kichenew devastado, reinó un silencio mortal. Lazarino, no obstante, escuchaba aún. Había visto más de un progrom, sabía que todos terminaban así, y que, puesto que el general y los «tchinowniks» estimaban la matanza suficiente, podía, por algún tiempo, respirar en paz. Mas, cuando se ha sido rudamente golpeado, cru-

cificado sobre su propio mostrador y se pertenece a la judería de Kichinew, obligada a vivir oculta y de sobresalto en sobresalto la mitad del año, no hay que meditar mucho para darse de lleno a la contemplación confiada y esperanzada del alba que se insinúa.

Un tanto tranquilizado, llamó muy despacio:

—¡Débora!

Como no obtuviera contestación, insistió desconsolado.

—¡Débora! ¡Débora! ¡Débora!...

Y, Débora, al fin, se reanimó y con sus puños gordezuelos frotóse los ojos como una chiquilla perezosa que hubiera dormido demasiado.

Cuando sus hermosos ojos de gacela estuvieron del todo abiertos vió sobre Kichinew el resplandor del incendio, y, próximo a ella, su hijo despanzurrado y su padre agonizante clavado sobre el mostrador de sus tortuosos negocios; y, al recordar sus propios padecimientos que, después de todo no eran nada en comparación con los de aquellos dos desdichados, Débora aulló como una perra maltratada.

—¡Silencio, desventurada! ¡Si los cristianos vuelven!... Débora, ¿estás herida?... Levántate, si puedes, por favor... Me han clavado: libra a tu padre de estos clavos.

Débora dejó caer la camisa sobre sus rodillas y, sin replicar, tendió su brazo derecho. Un golpe de sable le había partido la muñeca, dejándole como un brazalete escarlata, aunque la mano se sostenía todavía. Se levantó quejumbrosa, encendió la lámpara y se arrastró como una bestia hasta el mostrador para caer casi desfallecida a los pies de Moisés.

—¡Débora! ¡Hija mía, ayuda a tu padre que los cristianos le han crucificado! ¿Sufres mucho?...

Débora se inclinó y besó la mano clavada que se ofrecía a sus labios y, ahogada por los sollozos, respondióle:

—¡Padre mío! ¡Mi mano no ha sido del todo arrancada; pero tus pobres manos, padre, tus pobres manos!... —Luego, arrebolado el angustiado rostro, agregó: —¡Oh! Yo también sufro y es porque ellos me han ultrajado y han abusado hasta el escarnio de mi flaqueza y debilidad...

Moisés Lazarino, haciendo un esfuerzo, contempló con detenimiento a su hija, la cual no parecía haber visto al niño mutilado. La camisa de Débora, hecha jirones, mostraba desde los hombros hasta las pantorrillas, y horribles verdugones violáceos, levantados por las fustas de los militares, veteaban sus carnes blancas y abundantes.

—Animo, Débora, que el Señor los juzgará; por lo pronto el niño maldito ha muerto... ¡Regocíjate! ¡Líbrame de este suplicio, te lo ruego!

No obstante su puño desgarrado, a la luz temblorosa de la lámpara a medias encendida, la hija emprendió la tarea de desclavar a su padre. Los clavos habían sido bien hundidos en el pino y, en cada esfuerzo vano que Débora realizaba, lanzaba el crucificado prolongados gemidos.

—Débora, encontrarás las tenazas debajo del cofre. No han robado las tenazas, las tenazas que nada valen... Los muy torpes no saben ni siquiera robar... ¿Comprendes, Débora, lo que te digo? ¡No saben robar!... Y es sobre el mostrador... sobre el mostrador, —¿entiendes? —sobre el mostrador donde me han clavado... ¡Brutos, más que brutos!...

Una extraña alegría coloreóle el lívido rostro, y, en tanto, Débora, que descubría el sentido de aquellas palabras ambiguas, sonreía, sonreía con una sonrisa estúpida y solenciosa, tirando de los clavos cual un hombre, con las pesadas tenazas, sin inquietarse mayormente por el dolor y los gemidos de su padre.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, Lazarino, libres las manos sangrientas, incorporóse sobre el potro de su tormento. Como una loca, Débora arrancó los clavos de los pies con tal furor que Moisés primero imploró y luego amenazó:

—¡Perra, perra! ¡Quieres matarme!

Desclavado completamente, cayó del mostrador y fué a dar en el suelo, precisamente, a la vera del cadáver del pequeño.

Sin pensar en prestarle ayuda, su hija, respirando con dificultad, desorbitados los ojos, echóse sobre el mostrador, sin cuidarse siquiera de la camisa que se le había deslizado hasta la cintura.

El anciano debió incorporarse por sí solo y, por más que se hallaba agotado y sus esfuerzos resultaron vanos, se arrastró hasta un armario y hurgó hasta que dió con un formón. Luego se aproximó a Débora que permanecía jadeante y silenciosa.

Ridículamente, el padre, insensible al atroz dolor, empuñó la herramienta entre las palmas de sus manos perforadas, y, pegadas las ropas a la carne por el sudor y la sangre vertida, comenzó su faena.

Por tres veces consecutivas cayó sobre el gran charco rojizo que se extendía en el suelo y por tres veces consecutivas debió levantarse por sí solo entre lamentos, injurias y terribles convulsiones.

Al cabo, bajo un postrer esfuerzo, cedió la cubierta del mostrador y cayó con gran estrépito. A la luz de la mísera lámpara sus ojos maravillados contemplaron la aparición de los rublos de oro y de plata apilados y entremezclados entre los billetes amarillos, verdes, azules, rosados, blancos, de uno a mil rublos, nuevos y sedosos, inmundos y rugosos, todos, por igual, adorables. Sólo entonces el padre y la hija se abrazaron con efusión riendo estúpidamente hasta que, de pronto, las lágrimas aparecieron y las fuerzas los abandonaron.

Repentinamente Débora ocultó su rostro entre ambas manos y vertió otras lágrimas más amargas, el corazón atormentado en tal forma que Moisés barruntóse una desdicha ignorada.

—¡Perra! —vociferó mostrándole el pequeño cadáver. —¿Qué es lo que te desconsuela? ¡No será la muerte del chiquillo lo que te hace llorar, me imagino!

—Padre —respondió en voz baja Débora, —no te lo he dicho todo... Me han vapuleado con sus sables, me han brutalizado como no te lo imaginas, han abusado de mí hasta lo inaudito... Y, ahora, como la vez pasada...

Los ojos llorosos de Débora volviéronse hacia el cuerpo del niño.

Moisés Lazarino lanzó un innoble juramento y, sobre la cabeza de su querida hija, levantó las pesadas tenazas. Mas, débil y desesperado, sin hacerle daño alguno, dejó caer el hierro.

Mientras Débora lloraba, el viejo judío empujó con la punta del pie el pequeño cadáver a la vez que suspiró:

—¡Qué le vamos a hacer!...

Y, en su memoria atormentada y borrosa, buscó un versículo que pudiera explicarle aquella dolorosa voluntad del Señor.





El gobernador de la provincia, gerentes de diversos bancos locales y representantes del comercio mayorista que asistieron al banquete ofrecido por un núcleo de amigos al señor Eduardo Gowland, gerente del Banco Comercial del Azul.

EL ARTE DE FUMAR

El verdadero fumador no se satisface con cualquier clase de cigarrillo, sino que tiene su cigarrillo preferido, y sólo ése le proporciona placer. Si se ve obligado a recurrir a otra marca, al principio le es más bien desagradable y necesita algunas semanas para acostumbrarse al nuevo cigarrillo.

Muchos fumadores, según dice un conocedor, se echan a perder fumando cigarrillos y convirtiendo un placer en verdadero vicio, que lo único que les proporciona es una calma momentánea.

El que fuma un cigarrillo después de otro no merece ser contado entre los fumadores inteligentes, como tampoco el que durante la comida enciende un cigarrillo. El conocedor fuma su cigarrillo con lentitud y saboreándolo, pues entonces y sólo entonces obtiene el completo placer de fumar y, además, daña menos su salud. Un cigarrillo bien confeccionado es una verdadera obra de arte. Si se le parte por la mitad, se encontrará que las hebras de tabaco están uniformemente colocadas, sin que se encuentre en ellas ni la más mínima partícula de polvo o pedacitos de tabaco. La buena calidad del tabaco se reconoce por la longitud de la ceniza, y, por lo general, el tabaco es mejor cuando la ceniza es más obscura. La mala calidad del papel es un defecto grave en el cigarrillo. El papel debe ser de arroz, aunque este papel no tiene nada que ver con el arroz, y se prepara de buen lino y cáñamo.


PAGINAS CAMPERAS

Macho, pero zonzo

NEPOMUCENO se crió curtido, que es como los gauchos, pedazos de la pampa con derecho a la acción autónoma, resultan tan admirables de resistencia. Era un mocetón en toda la ley. Hombre listo y hombre fuerte. Resignado a la dura tarea y capaz en la más ruda, contaba a la cabeza del núcleo de seis hasta diez que las estancias linderas reclutan para refuerzo en días de intenso e impostergable trabajo. Y allá iba él, en su «tapado», gozoso de ser útil y preferido.

Le querían y le respetaban. Hubo un suceso que le dió fama de bien nacido. Un domingo, en lo mejor de las carreras del pueblo y mientras estaba conversando efusivamente de intento, alguien, de a pie, le deslizó el rebenque de entre los dedos. Creyó que era broma y trató de reconquistarlo. Pero nadie lo tenía. Fué cuando juntó un poco de rabia. Y a uno que se le reía mucho lo volteó del caballo, desde el suyo, cuando comprendió que no ignoraba el nombre del posesor. Ya en el suelo los dos, el otro, con las manos en las narices, dijo la verdad: — ... el ñato Ortega... ya se fué... montó, yo lo vi... va pa el lao del arroyo!...

Nepomuceno no disimuló la contrariedad, pues se trataba de un paisano de raza, reconocido como medio matón. Los demás, ya individualizado el sujeto, se desasosegaron también: allí era cosa de que «no pasó nada»... o lo que dispusiera el amigo despojado. El gesto de muda expectativa duró menos, sin embargo, que el de asombro, después, con el ademán instintivo en todos de contenerlo; es que Nepomuceno dijo algo muy grave, montó y arrancó en su seguimiento.

Tres o cuatro de los menos miedosos salieron en pos. Les llevaba el deseo de ayudarle o de presenciar un crimen... Guardaban distancia, no obstante. Y a un rato de andar, ya vieron al que se había ido a la par del que lo perseguía. Pensaron que el matón, en fin... Pero divisaron que Nepomuceno, ciego de varonía, le asestaba un golpe y lo bajaba al otro; que se largaba él también y que, tras otro golpe más fulminante, sin mengua de ser amagado con su propio rebenque, lo hacía trastabillar e hincarse; que le tomó la prenda y, tranquilamente, volvió a montar y regresó a tranco de paseo.

Eso lo vieron con la boca abierta, detenidos sobre la ancha calle y a prudente trecho, por si acaso. Después se reunieron con él y retornaron a las carreras. Más atrás llegó, luego, el temido abusador, sonriente y como si tal cosa. Se arrimó a Nepomuceno y le sopló esto: — No créia que me alcanzaras... Quería probarte el tostao... Disculpá, hermano, la corrida...

Era una agachada. No cabía duda, pues, de que el gaucho malo reconocía la superioridad del nuevo hombre; y no cabía duda de que el nuevo hombre era un «macho».

PERO todo eso no sirve para nada más que para estar, gloriosa y peligrosamente, entre los hombres, donde más haya, que es donde más se es admirado. Otra cosa es que le robaran el sentimiento. Y es lo que le pasó — ya le venía pasando casi sin darse cuenta — al mocetón fornido y sin pizca de miedo. Le pasó que en «Los Cardos» había seis puestos, y que el del sur, construído sobre el camino en que todos andan por fuerza, porque es el que lleva al pueblo, alberga a la moza más linda del pago; una moza que tiene la mala costumbre de no desperdiciar el saludo de los viajeros; una moza llena de curiosidad y de coquetería; una especie de duende bonito que siempre se asoma o que siempre se deja ver, al borde del gran monte, como una bendición o como una maldición.

Nepomuceno no sabe cómo pensar ni de él mismo ni de la moza, pues ve que le sonríe con toda la cara. ¿Hará cosa parecida con todos los que pasan?... Comprende que son gracias felinas, gracias naturales de gatita humana, de hermosa gatita humana. Pero la mira bien, la observa requetebién, cada vez que por allí cruza, y le encuentra un encanto que le revoluciona la cabeza y el cuerpo. Le viene algo así como un mareo; se siente como electrizado y como si lo bajasen de su tostado maravilloso...

Se ha acordado muchas veces de aquel su grato suceso de un día domingo con el ñato medio matón; de que lo pudo tan sencillamente. Se ha acordado, pero sólo para esto: para dirimir qué similitud existe entre el robo material de un rebenque y este otro robo espiritual que no le mueve a ningún escarmiento; si debe o no debe proceder ahora... Se queda *muy torpe y no atina*. Y es que ve que *ella* le roba *algo*, pero ni él mismo puede precisarlo. Y que aunque lo precisara — no se le ocurre que fuese el corazón, todavía, al menos — de *cómo* es la forma del escarmiento.

Y la moza, catequizada por aquel busto bizarro de gaucho hermoso y mentado, ansía su conquista para siempre. La moza sueña con él. Se le antoja que posee todas las virtudes a que aspira su virginidad rozagante. Le parece su ídolo único. Le sabe como el más apto para su cariño y su felicidad. Se deshace por su estampa y sus expresiones. Sí, querría oirle, de cerca, bien cerca, sobre el alambrado o sobre las hierbas, o recostados en un árbol frondoso, su palabra dulce y viril; y querría que, como al descuido, cuando más colorada naturalmente se pusiese, él, el muy varón, y varón atrevido, la tomase por la cintura y le robase un beso abrasador. Lo piensa o lo sueña valientemente. La fragancia del campo le ha dicho de la primitiva manera del amor tal cual es. Pero...

NEPOMUCENO ha sido solicitado para una hierra, y no compareció. Le hablaron para acompañar un arreo, y no fué. Le dijeron

de ir a un establecimiento vecino, donde le echaran el ojo para futuro capataz o segundo mayordomo. . . Se puso contento esta vez, en vista del alto aprecio demostrado por sus aptitudes; quedó en pensarlo, y todavía lo piensa. Noticias muy honrosas para un hombre laborioso, mientras sólo se despierta, en cada día, para la labor. Eso era antes. Aquel hechizo de la puesterita, ahora, le ha vuelto caviloso y hasta le ha quitado la fortaleza. Va al pueblo, donde es mimado, y comprueba que, falto de espíritu combativo, falto de impulso, hasta los más sotretas se permiten palmearlo. Si no fuese por culpa de las polleras, a la primera de cambio habría roto una dentadura preciosa, cosa de que no se propasasen en el boliche, porque él es bueno, es manso, cultamente bromeado, hasta que, tocado por una indirecta que le entra mal por el oído siempre atento, descarga toda su hombría con su puño machacador. La culpa es de las polleras... Pero, ¡son tan lindas! Le da por seguirlas con los ojos bien alertas; les halla, en todas las que ve, cosa de vuelo y de música; siente olor a mujer por todas partes; cree que no hay nada más importante en el mundo que las trenzas y los tobillos... Y se le sale la zafaduría por la boca... Lo hace por contraste: es por endiosar más a la puesterita, que, esa sí, ni compararársela; aunque nadie, tal el secreto de su simpatía de fuera del egido, se la conoce o se la compara.

Vuelve del pueblo silbando. Si alguno le dice que lo acompaña, pues va más lejos, Nepomuceno le inventa un olvido, en la primera esquina, y es para torcer, de modo que el otro siga. Tuerce, calcula el alejamiento del prójimo y se vuelve; el objeto es enfrentar a su dama sin comitiva.

Hoy le aconteció eso por quinta o sexta vez. Y anda «viendo» el cómo para resolver el problema de seguir trabajando o de seguir zonceando (en su apreciación) con la susodicha. Es que comienza a percatarse de que le duele algo por dentro. Se comprende la crisis y se la explica con dulzura y con fastidio. Estimulándose un poco, se ha dicho: — O me hago novio o me voy ande me llaman. Claro, si me hago novio, me pongo de fijo en algún lao; y después de los confites me la llevo conmigo! — Este último razonamiento le ha hecho estremecer de alegría... — Pero que sea rápido, se agregó; o que no sea sino embrujamiento y se acabó.

....

Se volcaba el crepúsculo, pujando porque la luna no afianzara el reinado de la luz. Corría un céfiro agradable, saturando a gramilla fresca. Se proponía una noche plácida y harta de poesía silvestre. El hombre habría de impregnarse de Naturaleza y de ser romántico bajo su imperio...

La moza aguardaba. Le vió cuando, sobrado el medio día, él rumbeaba hacia la estación. Sabía de su regreso. Se arregló primorosa y estuvo atenta, entre el boscaje, algo lejos de la casa, para cuando viniese. Se preparaba mañosa.

Así, coincidencia del tiempo, la hora y el ardid femenino, Nepomuceno, en llegando hasta aquel sitio digno del mejor idilio, insinuantemente llamado por el par de manecitas blancas, sofrenó medio aturdido, y accedió a acercarse y abandonar el tostado.

— ¡Güenas tardes!

— Casi buenas noches, dirá. Venga. ¿A que no sabe por qué lo he incomodao? Disculpe, ¿eh?...

— Mande nomás; nu és incomodo... ¡qu'esperanza!

— Pues porque desiaba alvertirlo, ¿sabe?... A lo mejor, de puro valiente qu'es, ni se daba cuenta, y sucedía una desgracia. Es que yo supe ¿sabe?... supe porque ói todo, todito. Fué aquí, esta tarde, luego que usté pasó pal pueblo...

— Diga nomás; y se lo agradezco...

— En fin, ói, pero no le dí tant'importancia, la verdá, porque sé qu'es tan hombre y tan guapo! Pero, a lo mejor, son tan bandidos!... (y aprovechaba, a compás del relato, para aproximarse a él). Vea, Neponuceno, ande con cuidao! El ñato ese, el ñato del rebenque, ese que se lo robó y que después usté golpió, anduvo esta tarde y estuvo con tata. Tata lo trata bien, como todos, claro está, pa que no le tome ojeriza. Y yo le ói que le decía, como enojao contra usté, cosa'e chismes sin duda, qu'esto y que l'otro...

— No caigo nadita...

— Ni v'a cáir, Neponuceno. Neponuceno o Nuceno, nomás... ¿cómo quiere que le diga?...

— Nuceno, qu'es como todos me dicen, nomás...

— ¡Nuceno! ¡Qué lindo nombre! ¡Nombr'e varón! Adivinarían, cuando se lo pusieron, qu'iba a ser tan hombrote, tan sin miedo!... (Ya casi se rozaba con él, pecho con pecho, alambrado por delante, apenas...) Yo lo estimo mucho, Nuceno, mucho. Aura ya está alvertido, áura ya sabe y me quedo más tranquila, ¿sabe?...

— Pero ya sabe ¿de qué?

— ¡Oh!... ¿y no sabe que lo estimo mucho... y además lo del bandido?

— Güeno, muchas gracias.

Allá, *pero muy lejos, se presumía un jinete* al galope, como viniendo. El creyó que debía irse, no gustoso de su situación.

— ¿Se va? ¡No se vaya! Mire, lo esperé toda la tarde. Como a veces lo veo ir y volver en seguida... Hoy tardó mucho y lo estuve esperando... ¿Se va? ¡Bueno, adiós!

Y sucedió lo inaudito. Después del adiós y desasiéndose, ella, ardiente, le acomodó un beso en la boca, mientras él pensaba en el jinete, dejándolo pasmado. Al reaccionar, ya la tenía como a veinte pasos, en presurosa huída. Corría y saltaba. Volvíale el rostro y le saludaba con el brazo en alto.

No le quedó sino montar y disponerse a continuar el viaje hasta su casa. Y emprendió un paso perezoso, los ojos sobre aquella ágil silueta perdida en la noche clara, los brazos sobre la montura reflexivo y contrariado al propio tiempo.

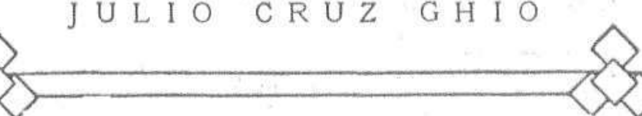
Cruzando, algo despacio, el otro le espetó bien fuerte, a favor del curso de la brisa:

— Adiós, «Macho» ¿Qué hacés ... cómo te sentís?

— Adiós, Bautista... ¡Macho, pero zonzo!... Salú, recuerdos.

¡Macho! Con ella había sido el más zonzo entre los más zonzos. Ni haberle devuelto aquel beso sabroso!... Y hasta caía en que lo del ñato Ortega era pura excusa, para detenerlo y acercarlo, pues estuviera con él, amigo como jamás de la vida, casi toda la tarde, en el boliche del pueblo.

JULIO CRUZ GHIO





Alumnas del 2.° año de la escuela normal que celebraron alegremente el Día del Estudiante.

Alumnas del 3er. año B que organizaron con el mismo motivo un atrayente picnic en la casa-quinta de Acri.



Grupo de maestras de la escuela normal que participaron en los festejos organizados por las señoritas alumnas.

Interesante grupo de alumnas de 3er. año en pose para "Caras y Caretas".

EL JUEGO

POR

LEONARDO A. BAZZANO



Ahora que ha desaparecido la «grippe», gracias a la acción de los médicos de la Asistencia Pública... y al cuidado que puso cada habitante de la metrópoli para evitar el contagio, ahora, cuando podríamos conceptuarnos felices, advertimos otro mal, otra epidemia que recrudece de manera alarmante: la quiniela.

¿Quién no juega a la quiniela? ¿Quién no tiene un número predilecto? Así puede ser el 15, como el 47, como el 89 o como cualquier otro de la centena.

Juega el procurador, el juez, el agente de policía, el comerciante, el actor, el político, el hacendado, el médico, el enfermo y... pongan ustedes aquí todas las etcéteras que quepan en la página. Hay un núcleo de personas que no juega: los quinieleros... Sus razones tendrán.

El jugador a la quiniela, el legítimo, el verdadero, el jugador «nato» juega por «pálpito», por impresión del momento. Ve aproximarse un auto y piensa que aquel vehículo le trae la suerte. Toma el número. Lo anota en la cartera o en el puño de la camisa. Sube luego a un tranvía y anota el número del guarda. ¿Es de cuatro cifras? Mejor. Sacará de ahí dos números para jugar, que, con el del auto, serán tres.

El juego es tan antiguo como la humanidad. Abel y Caín entretenían sus ocios de pastores jugando a quien matara más pajaritos. Así se jugaron el histórico burro de la trágica quijada. El cuadrúpedo era de Abel, y Abel lo perdió. Después perdió aun más: perdió la vida.

Andando el tiempo y siguiendo la evolución natural de todas las cosas, la humanidad se pasó a juegos mayores. Dió en jugar a algo más peligroso que las quinielas: la guerra. Este juego no ha caído aún en desuso. Hoy se juega con más ciencia que en tiempos remotos. Entonces se hacía a trastazos. Ahora con armamentos perfeccionados y con vehículos que andan a nivel del agua, debajo de ella o por encima de las nubes.

El juego de la guerra, perfeccionado hasta su máxima perfección, ha venido a parar en un comercio internacional, a expensas del cual viven miriadas de personas. De donde se deduce que, para muchos, la guerra es más productiva que la quiniela. Y ahí está la razón de la existencia de ese otro jueguito.

Existen otros juegos peligrosos... La política, verbigracia. Muchos se han arruinado en ella. Otros se enriquecieron. Los que pierden son los que juegan a cartas vistas. Este juego, como el de las carreras, tiene sus entendidos, sus «catedráticos». La habilidad, la experiencia, sirven de algo. En cambio, en la quiniela lo hace todo el azar, la casualidad. Entre los dos juegos es preferible el último. Las ventajas y desventajas son idénticas para todos.

En las carreras, cuando los productos que participan en una prueba son debutantes, el jugador se orienta buscando antecedentes de sangre. En el box se buscan antecedentes... de puños. Y así en el «tennis» y así en las carreras a pie. Hay quienes juegan a quien coma más ranas. Entre los contendores conviene buscar al que tenga mayor capacidad estomacal, al que sea más glotón. En estas apuestas... mutuas suelen ganar los médicos sin necesidad de jugar. Ganan curando indigestiones.

Hay quienes no pueden vivir sin el juego. Cuando nada tienen para jugar, juegan... una mala pasada a cualquier amigo o conocido a fin de proveerse de los recursos necesarios para despuntar el vicio.

Se juega en el hipódromo, en las canchas de «foot-ball», en el club, en el café, en la salita de fumar. Se juega en todas partes, todos los días y a cualquier juego. Se juega al ajedrez, a las damas, al ta-te-ti. Los niños juegan al «gana-pierde», que es el juego más equitativo. Juegan los hombres y juegan las naciones. Hay algunas que juegan al «gana-pierde», como los niños. Y esto ocurre porque hay gobiernos que, como los niños, son ingenuos... y confiados. Como éstos, juegan para entretenerse. Lo malo es que los pueblos no quisieran que se jugase. Pero... ¿son los pueblos los que mandan o son los gobiernos?

De todo esto resulta que el juego más inofensivo es el de la quiniela. Por lo menos el que causa menos males. He aquí como, reflexionando, hemos aplacado nuestra ira, la ira que sentíamos contra ese inocente pasatiempo que da de vivir a los quinieleros.

Nosotros, con una moral muy amplia, juzgamos que todos los juegos deben ser permitidos, hasta el de arrojarle pelotillas de papel al catedrático, siempre que éste sea calvo, ilustrado y pobre.

Prohibiríamos uno solo: el juego de prendas, que siempre fué considerado inocente y que suele resultar fatal para algunos jóvenes incautos, porque de ellos se incautan las mamás... con vistas a suegras.

Hay juegos aún más peligrosos, temibles: juegos que exigen almas fuertes, bien templadas, heroicas. Hoy se juega a quien cruce a nado, en el menor tiempo posible, el canal de la Mancha; otros se juegan la integridad física en un match de box por el campeonato. Hay herederos de fortunas colosales que juegan a quien se arruina más pronto.

La humanidad ha jugado y jugará siempre, a despecho de todas las leyes prohibitivas. Cuando cruzamos la Avenida de Mayo y sus hermanas las diagonales, ¿no nos jugamos la vida? ¿Y contra qué? Contra una problemática indemnización, que nunca cobraríamos nosotros sino nuestra familia.

BELLA VISTA — Damas de la Sociedad de Vicentinas repartiendo víveres entre los pobres de esta localidad, con motivo de celebrarse el aniversario de la fundación de esta institución benéfica.



Profesores de la Facultad y de la Escuela de Agricultura visitando la hermosa chacra experimental de Villa Celia.



Una llamada telefónica al 5921, Avenida, o una carta y nada más.

Basta con que en una u otra nos diga: quiero tal, tal y tal artículo o tanto de aquel otro, para que inmediatamente nuestro personal exprofeso aliste su pedido y nuestros distribuidores lo hagan llegar de inmediato, tambien, hasta destino. De esta simple y cómoda manera cientos de nuestros clientes de la Capital e Interior nos compran sus artículos de farmacia, desde la más simple droga casera hasta el más raro específico, seguros de la excelencia de nuestros productos y lo moderado de nuestros precios.

Y lo particular del caso es que despachamos con igual empeño treinta centavos de iodo, por ejemplo, como un pedido mil veces mayor.

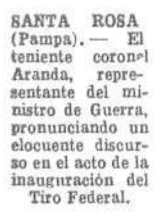


192, DEFENSA, 192

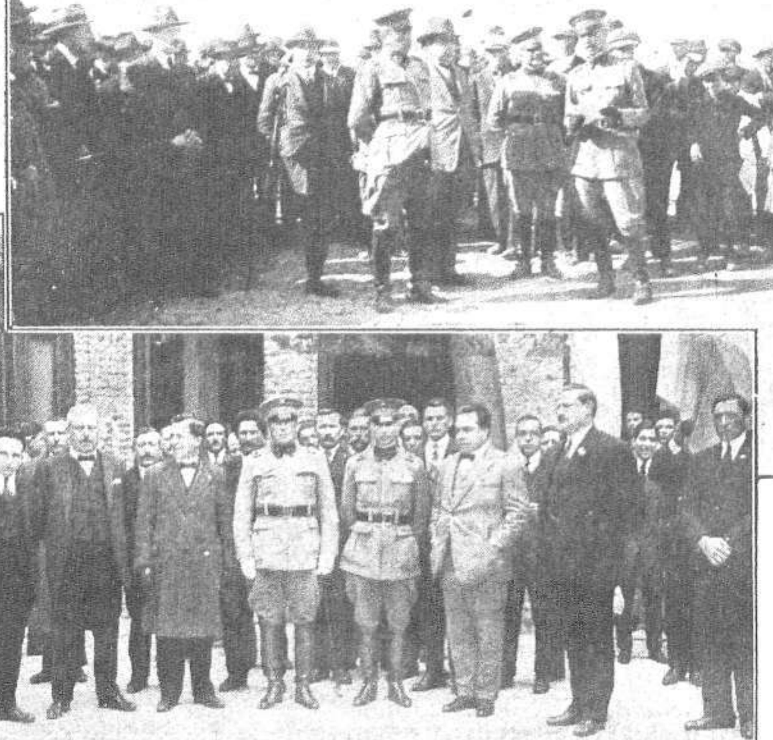
Unica Sucursal:

FLORIDA, 159 (Pasaje Güemes)

U. Telef. del 5921 al 5925, Avenida.



SANTA ROSA (Pampa). — El teniente coronel Aranda, representante del ministro de Guerra, pronunciando un elocuente discurso en el acto de la inauguración del Tiro Federal.



Caracterizados miembros de la colectividad italiana tributando una visita de cortesía a las autoridades provinciales y a la prensa el día en que conmemoraron el 20 de Septiembre.

Exposición Regional de Avicultura y Cunicultura en San Nicolás

GRAN ENTUSIASMO ENTRE LOS EXHIBIDORES Y NUMEROSA CONCURRENCIA

Fué una feliz idea la que se le ocurrió a la activa comisión de la Sociedad Rural Argentina, aunque un poco retrasada, con respecto a la conveniencia de concertar más exhibiciones de avicultura en todo el país con el plausible objeto de dar mayor desarrollo e interés general a tal industria, fijando, al efecto, fechas y distritos que correspondieran a los intereses de los criadores, expositores y demás personas afectas al ramo.

Al que suscribe le place conceder crédito a quien lo merece, y aunque por ningún concepto deja de reconocer la buena labor realizada por la Sociedad Rural Argentina, posee informes directos para afirmar que este primer movimiento fué sugerido por la Asociación Argentina de Criadores de Aves, Conejos y Abejas. Entre los miembros de esta institución existen personas muy activas y capaces, cuyos cerebros no descansan, siempre en procura de alcanzar más amplio desenvolvimiento y progreso para las industrias a las que se hallan íntimamente ligados; y a estos inteligentes y laboriosos hombres, lo mismo que a la Asociación a que pertenecen, deben las más sinceras gracias todas aquellos que se interesan en la reproducción de aves, conejos y abejas.

Explicado esto, digamos que la de San Nicolás resultó una buena selección para ser la primera exposición regional, en cuyo partido quedan comprendidos los distritos de Pergamino, Rojas, Salto, Arrecifes, San Antonio de Areco, San Pedro, Pilar, Mercedes, Baradero, Campana y Carmen de Areco, y en las ricas y extensas tierras que rodean estos pueblos existen, en gran número, criaderos, en tanto que aves y demás crías son cultivadas en estancias y chacras en larga extensión.

Resulta extraño consignar, a pesar del hecho de que el programa fué liberal, que la exhibición no atrajo el número de exhibidores y criadores que era de esperarse. Sin embargo,



Primer premio y Campeón Gallo raza Wyandotte Blanca. Expuesto por el criadero "Santa Catalina".

se exhibieron alrededor de 300 lotes de variadas razas, un conjunto de aves para carne y postura o para los dos fines a la vez, y esto debe ser considerado como un excelente principio.

Considerable interés se despertó con la visita del gobernador de la provincia de Buenos Aires, que llegó desde La Plata para inaugurar la exhibición, acompañado por varios de sus ministros, incluso el de Obras Públicas, doctor Rodríguez Jáuregui, habiendo también concurrido el ingeniero Pedro T. Pagés, presidente de la Sociedad Rural Argentina, el doctor Gregorio Viera, secretario, y delegados de varias sociedades de avicultura.

Conviene dejar constancia de que estos caracterizados viajeros fueron cordialmente saludados durante todo el trayecto, y a su llegada a San Nicolás salió a recibirles para acompañarles el intendente local, don Víctor Bard, y los principales residentes, que les dieron escolta hasta el lugar de la exposición.

Se pronunciaron muchos discursos que ahora no son del caso, entre los cuales se destacó el del Dr Viera, que estuvo muy acertado cuando se refirió a la avicultura como a una de las principales industrias que debe ser cultivada por los pequeños terratenientes y cuyos beneficios son rápidos y seguros, compensando al criador con abundancia sus esfuerzos.

Para obtener buen éxito en este ramo, el criador deberá trabajar e invertir capital y tiempo lo mismo que para la producción de borregos, ganado vacuno o equino.

Consagremos ahora algunas líneas a las diferentes secciones de la exposición. Primero y principal, la organización resultó buena, advirtiéndose en seguida el cuidado y la competencia empleados en la preparación de las diversas exhibiciones. Hablando en general, las aves ofrecían un buen aspecto, es decir, bien atendidas y presentadas, lo que es siempre muy importante.

Los criaderos mejor representados fueron los Orpingtons Leonados y los Plymouth Rock Barreados, registrándose excelentes especímenes de ambas razas. Los ejemplares Rhode Island Reds resultaron un lote malo, aunque había algunos hermosos. Sin embargo, las pollas y gallinas eran bastante mejores que los pollos y los gallos. Entre los de esta raza que se exhibieron advertíanse algunos animales esperando todavía por el color de su plumaje.

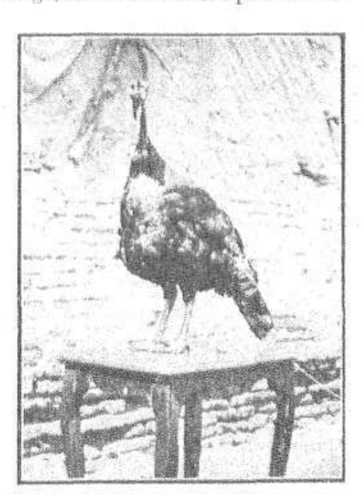
Hubo varios buenos ejemplares sueltos de Minorcas Negras; la exhibición correspondiente a los ejemplares Catalana del Prat fué bastante pobre y de escaso tamaño. Esta era una raza que, hace algunos años, prometía ser muy popular en vista de sus cualidades de ponedora, siendo mi opinión que los criadores deberían cuidar más la selección que el tamaño y el plumaje.

No hace mucho tiempo todavía que, en estas columnas, me referí al indudable valor de la raza Leghorn Blanca, recomendando sinceramente su cultivo. Lo mismo en la de Rosario que en esta exposición ahora reseñada, verifiqué una cuidadosa inspección de todos los registros, y siento mucho decir que en ambas ocasiones he sufrido fuerte decepción al encontrarme con una mescolanza de aves. Hubo un tiempo en la Argentina cuando el «standard» inglés de esta raza hallábase estrictamente ligado a los criadores, y me parece que, sugestionados por la bonita raza norteamericana de estas aves de corral, y tratando de cultivarla, han perdido el cultivo de la raza inglesa, tan notable por su buen cuerpo. El color también ha sido pospuesto ante la conformación, y en un lote de estas aves de figura muy bonita, vistas por mí en Rosario y en San Nicolás, pudeo bservar un muy discutible matiz amarillo del plumaje.

Los jueces no dieron ningún primer premio a esta raza aunque en la categoría para gallos y gallinas no hubieran estado muy equivocados dando primer premio a los ejemplares que se llevaron el segundo. Sin embargo, acaso los árbitros procedieron



Gallo Orpington Negra, Ganador de Primer Premio y Campeón, vendido en $ 131. Expuesto por el criadero "Chanteclair".



Pavo Mammouth Bronze, Primer Premio y Campeón. Expuesto por la "Granja Nenucho".

bien siendo severos con objeto de estimular a los criadores para que produzcan más correctos especímenes de la raza. Por mi parte, mi advertencia es que se debe dejar a la raza norteamericana completamente aislada.

En las razas Wyandottes Blancas y Orpingtons Negras hubo un par de grandes ejemplares, y el gallo de la última fué vendido en pública subasta en $ 131.

Orpingtons Blancas constituyeron un pobre lote, pero las categorías para Orpingtons leonadas resultaron bien completas en número, y la calidad, en general, era buena, pero con nada sobresaliente. Aquí, otra vez, los jueces fueron muy severos, y yo creo realmente que la calidad de los registros de los criaderos de Dª. Julia H. A. Martínez de Hoz y del doctor Fermín Lajarza resultaron, en dos distintas ocasiones, merecedores del primer premio. Sin embargo, yo no tuve las mismas oportunidades que tuvieron los jueces para examinar y sopesar con detención las aves, pero yo he presenciado adjudicar primeros premios a ejemplares de clase inferior, tanto en exposiciones nacionales como en extranjeras.

Los registros en la sección para Langhans Negras e Indian Game no merecen mencionarse, pero, en cambio, la de patos y sus variedades Indian Runner y Criollas fueron un excepcionalmente buen lote, y los criadores que consagraron atención a esta última raza merecen gran crédito por lo que lograron realizar en tan relativamente corto espacio de tiempo.

La competencia en las categorías para pavos se limitó a los registros de dos criadores de la raza Mammouth Bronze, que es la favorita universal. El primero y el segundo premio fueron llevados en cada categoría por aves de excelente calidad, y los campeones de la «Granja Nenucho» fueron rematados por el intendente municipal y alcanzaron buenos precios. En general, la subasta pública correspondiente a todas las secciones resultó un buen éxito, siendo una prueba evidente del interés que se está despertando en la industria de la crianza de aves.

En la sección de cunicultura hubo pocos registros y ninguno de ellos merece especial mención.

«CAPONIZACION». — La producción de capones en cada criadero, o, más concretamente, en cada granja o estancia, es un excelente negocio.

Pollos que han sido castrados en temprana edad se desarrollan admirablemente y producen con abundancia carne tierna y bien coloreada con menos alimento que necesitan los gallos y los pollos, y por esta razón, la facilidad y la conveniencia de la «caponización» va siendo generalmente reconocida y practicada por los criadores de gallinas. La Sociedad Rural Argentina, actuando bajo el deseo de cooperar a la reproducción gallinácea y en interés de sus criadores, hizo arreglos con míster Thomas W. Burgin, el bien conocido experto en avicultura, con el objeto de que diera, en la exposición de San Nicolás, varias demostraciones acerca del particular, y sus conferencias fueron atendidas por muchos criadores y visitantes.

En cada una de ellas míster Burgin explicó las muchas ventajas que se obtienen en la producción de capones, demostrando muy claramente lo sencillo que es la operación que consiste en convertir los pollos en capones cuando se usa el instrumento apropiado y se cuidan algunos detalles. En las demás regionales exposiciones que se vayan celebrando antes de fin de año, pronunciaré conferencias de esta índole.

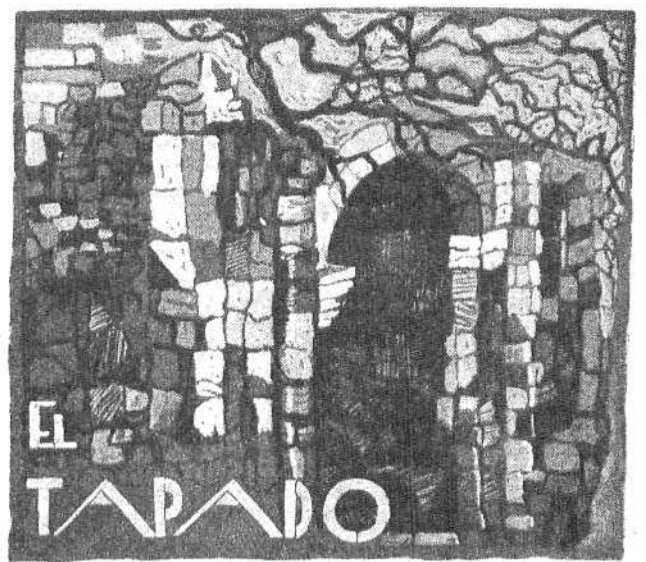
En conclusión; permítaseme decir a mis lectores porque he dado preferencia esta semana a la exposición de San Nicolás teniendo por delante la provincial de ganado. Durante los últimos catorce días he recibido muchas cartas acusándome de no ocuparme de avicultura, dedicando todos mis artículos a los estancieros y criadores de ganado vacuno, carneros y equinos, y también el editor de un importante diario de Bahía Blanca, hace pocas semanas, me aseguraba que, hablando en nombre de un lote de criadores consagrados a la avicultura, me sugería que publicara mi humilde opinión acerca de esta industria relacionada con la primera exposición de San Nicolás, agregando que había perdido cierto escrito mío dedicado preferentemente a tan interesante asunto.

Guo. G. Peters


QUEMU QUEMU (Pampa).—Grupos de señoras y señoritas que cooperaron al mejor éxito de la Kermesse de Beneficencia realizada últimamente.



Comisión directiva del Club Argentino de Deportes en compañía de las comisiones auxiliares que tan eficazmente la secundan en su acción.



Tranquilízate, paciente marido. Perdona la ingrata desilusión, coqueta mujercita: muy equivocada estás si en las siguientes líneas piensas encontrar la descripción de algún nuevo modelo que haga resaltar tu arrogante silueta, provocando la admiración de unos y la desesperación de *otro*.

Llaman tapado, en Misiones, a los tesoros que dejaron sepultados los jesuítas en época de la conquista, en cuya búsqueda se encaminó el mortal escritor de estas líneas, acompañado por otros dos intrépidos compañeros, conocedores de aquellos lugares. Poco me interesa que los incrédulos pongan en duda esta fidedigna historia, creyéndola producto de una ardiente fantasía; por mi parte narraré, sin agregar ni quitar un ápice, todos los acontecimientos que muchos creerán inverosímiles.

◇

El trece de enero de 1913 (nunca olvidaré la fecha), mientras saboreaba tranquilamente el café, condición indispensable para comenzar mi labor de seis largas horas — si es que hay horas más largas que otras — se presensó el ordenanza Sánchez, quien, sin pronunciar palabra, paseó su mirada por el amplio salón buscando seguramente alguna víctima. Y digo víctima, porque su presencia era siempre portadora de malas noticias, por cuyo motivo le mirábamos como al símbolo de la *jetta*, fama en realidad bien merecida, por cuanto el llamado hacia un empleado significaba el anuncio de un apercibimiento, una amonestación o alguna cesantía que se había firmado al promulgarse el nuevo presupuesto. No extrañe, pues, si la llegada de ese hombre paralizaba la sonrisa en todos los labios, quedando perplejos, con las tazas en suspenso, y reteniendo la respiración hasta tanto su mirada, que temblaba sobre nuestras cabezas como la espada de Damocles, eligiera al desdichado mortal que debía comparecer ante el jefe para recibir — de seguro — una mala nueva. Por fin la mirada burlona del ordenanza se detuvo al encontrarse con la mía.

— «De parte del jefe, que se presente con sombrero y todo».

Mis compañeros, que vieron desaparecer el peligro, respiraron libremente, y a mí nunca me pareció tan desagradabe aquel mal café que pocos momentos antes saboreaba con exquisita voluptuosidad. Los treinta peldaños de la escalera fueron interminables, a pesar de bajarlos de dos en dos; miles de conjeturas pasaban por mi mente como relámpagos, tratando, en vano, de buscar el motivo de aquella llamada «*son sombrero y todo*», y resignándome ante cualquier catástrofe, sintiendo no haberme despedido de mis compañeros, me presento ante el jefe, en espera de la sentencia.

— De orden de Su Excelencia — me dijo a quemarropa — mañana a las ocho se embarcará usted para Misiones, a relevar al ingeniero Maidana que se ha roto una costilla. Continuará los trabajos del puente. Aquí tiene los pasajes, las instrucciones y... buen viaje.

—Pero debo prepararme......

— ¡Nada! Mañana se embarca usted. No olvide las instrucciones.

Saludé, dí media vuelta, salí, llegué a casa agitado y sudoroso, compuse mi valija, y durante toda la noche no pude conciliar el sueño, pensando que iría a enterrarme durante largo tiempo en un lugar solitario, lejos de la civilización, donde, según decían, todos los animales feroces se habían dado cita para hacer inhabitable aquella región.

◇

Así fué como conocí aquel pintoresco lugar y al personaje que, con sus persuasivas palabras, me hizo entrever que todas las riquezas del «Imperio Jesuítico» estarían en nuestro poder con sólo quererlo. Me instalé en Santa Ana, antigua población — hoy en completa ruina — y después de esfuerzos titánicos conseguí alojamiento en casa del señor Silvestre Merlo, maestro de escuela del lugar, que vivía con una hermana anciana, quien me dijo que las palabras hotel, fonda, posada y todas sus similares eran desconocidas allí.

Don Silvestre, que así le llamaremos en lo sucesivo, era un hombre delgado, seco, de nariz aguileña, labios finos, mirada brillante, que como luz salía de sus pequeños ojos alojados en cavernosas órbitas. Vestía una especie de no sé si levita, jaquet o sobretodo, de color indefinido, dándole un aspecto fantástico. Su abundante cabellera negra y lacia, que muchas veces le caía sobre la frente, obligábale a un continuo ademán con que pretendía domar aquel rebelde cabello, que con insistencia cubríale la frente a manera de pantalla.

Todas las noches, al volver de mi trabajo, sorprendía a don Silvestre absorto en la lectura de un enorme libro, que presuroso ocultaba al notar mi presencia, y me llamó la atención cuando vi que proseguía la lectura una vez que creíase inobservado. Tomé aquello como una manía, y como pienso que para vivir en paz es menester respetar las manías, nada dije, ni siquiera hice alusión sobre el misterioso estudio de don Silvestre.

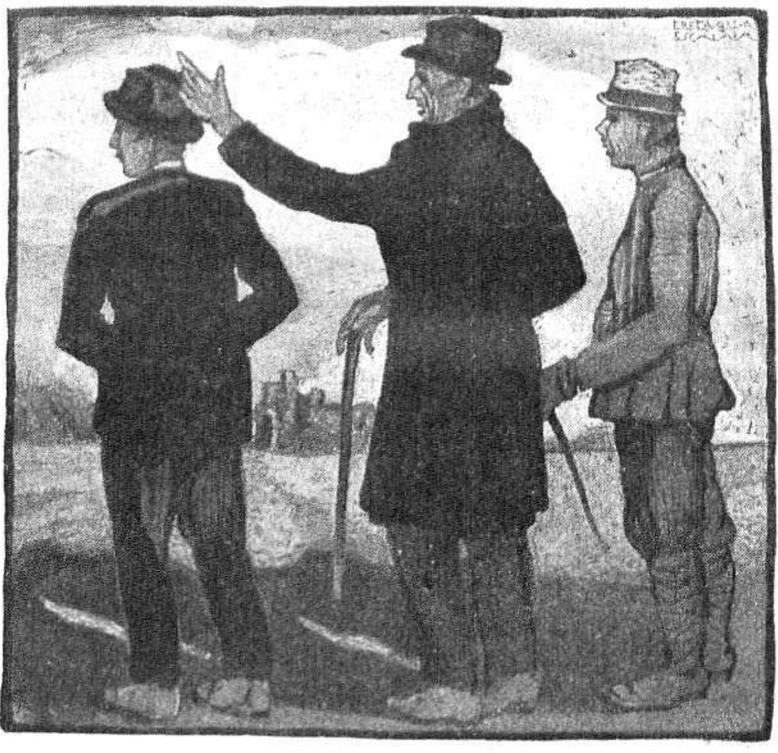
Al poco tiempo de estar en la casa me trataban como de la familia, pero nunca me dijeron que era lo que estudiaba durante tanto tiempo aquel enamorado de la lectura. Efectivamente, se dejaba entrever de su conversación que había leído mucho, de una lectura desordenada y sin método. Su fuerte era la historia y la psicología — a juzgar

por sus afirmaciones — y sus conversaciones predilectas versaban siempre sobre temas de espiritismo y sugestión.

Una noche manifesté deseos de visitar las ruinas jesuíticas que, según me habían referido, se encontraban cerca de allí, en el cerro Santa Ana, y nos pusimos de acuerdo para ir un domingo bien temprano.

El ansiado día llegó, llevando por compañía a un señor Roberto Frick, campesino de origen alemán, cultivador de una pequeña extensión de terreno que el gobierno le había donado para colonizar aquellos lugares.

Don Silvestre hacía de cicerone, explicando con pelos y señales como habían sido sorprendidos los jesuítas por don José Ignacio Merio (de quien él se decía descendiente en línea recta) que, portador de las instrucciones escritas de puño y letra del conde de Aranda, había llegado a Buenos Aires en época de Bucarelli. Enardecido con su peroración, nos refería como los agentes de Bucarelli sorprendieron a los jesuítas en la mañana del 3 de julio de 1763 y que, después de embarcarlos, sin ninguna resistencia, se sorprendieron al encontrar las arcas completamente vacías.



Aquí hizo una larga pausa, y después de observar atentamente a Frick y a mí, con voz sentenciosa dijo:

—Los jesuítas enterraron sus tesoros, seguros de regresar, pues 24 horas antes supieron la llegada de los emisarios de Bucarelli, transmitiéndose la noticia en media hora por todas las reducciones.

—¡Imposible! — exclamé yo. — Ahora que conozco estos lugares, veo que trasladarse de un punto a otro se necesitan más de tres días, y con más razón en aquellos tiempos que no existían las picadas que hoy se han ejecutado a través de los bosques impenetrables.

—¡Ah!... señor. Observe donde están situadas todas las ruinas jesuíticas... Santa Ana, Apóstoles, San Ignacio, Candelaria...

—Tanto peor...

—¡Tanto mejor! — exclamó irritado don Silvestre, que a la mínima contradicción se ponía hecho un energúmeno.—¿No ve usted que todos los lugares que le he citado se hallán situados en las lomas, en los terrenos más altos? Y bien; los jesuítas, sepa usted, se comunicaban por medio de grandes humaredas como si fuera un telégrafo sin hilos.

—*¡Marafillosol* — exclamó el alemán.

—A una señal dada, que significaba peligro, todas las reducciones jesuíticas escondieron sus tesoros; ¡y nosotros los encontraremos!

Tanto el alemán como yo pegamos un salto, creyendo que don Silvestre había perdido el juicio.

—Usted el es hombre que yo necesitaba, dijo dándome una fuerte palmada en un hombro, — pues podrá dirigir con acertado tecnicismo una buena excavación.

Yo sonreía y no daba importancia a las palabras de don Silvestre, que terminé por creerlo evidentemente loco.

—*¿E ió que pode hacer?* — dijo el alemán, al parecer entusiasmado.

—Usted también tendrá su parte. Si me juran ayudarme, seremos ricos antes de una semana.. Pero prométanme absoluta reserva, sin cuyo requisito todo estará perdido.

El alemán juró solemnemente, y yo... tuve que hacer otro tanto.

—¡Volvamos a casa sin pérdida de tiempo! Los enteraré del secreto que desde largo tiempo oculto en mi pecho.

Regresamos a todo galope a la escuela, y sin darnos tiempo ni siquiera para sacudirnos el polvo del viaje nos encerró en su habitación, presentándonos el célebre libro que antes había ocultado al enterarse de mi presencia. Después de hacernos jurar nuevamente, abrió aquella reliquia de amarillentas páginas y lo colocó cuidadosamente sobre el escritorio.

—Este libro fué encontrado por mi abuelo en el fondo de esta casa, y ha necesitado tres generaciones para descifrarlo, cumpliéndome a mí tan alta gloria, pues, como verán, está escrito en clave.

—*¡Atmirables!* — gritó el alemán, que como yo, creía que allí estaba explicado donde encontraríamos el tesoro.

—La empresa es difícil, pero, estoy seguro que llegaremos al término, puesto que en ustedes he encontrado dos hombres de carácter y decididos.

El alemán, se puso de pie, haciendo una profunda reverencia.

—Pongan atención a lo que dice el libro:

« Se tomará un macho cabrío, mátesele en día
« viernes, a las ocho de la noche, en luna de cuarto
« creciente. Tres personas del sexo masculino,
« con tres cuchillos, forjados especialmente para
« el caso, clavarán cada uno su arma, una sola

» vez, en el cuello, vientre y corazón, silmultáneamente. Muerto así quítesele la piel y se la convierte en tiras de tres pulgadas de ancho, añadiéndolas con hilos hechos de las tripas, mientras a fuego lento, con leña de manzano, redúzcase a cenizas la carne del animal, advirtiendo que los operadores no deben probar ninguna clase de alimento desde las doce horas antes de la operación. Recójanse las cenizas y guárdeselas en un cofre de palo santo. Con la tira de piel hágase un círculo, dentro del cual se colocarán las tres personas, cuyo presidente será el que haya herido *en el corazón* al macho cabrío. Declámese la invocación de página 67 por siete veces y aparecerá inmediatamente *Belzebú, que se pondrá a tus órdenes y a quien mandarás* como un esclavo. No te amilanes, él no podrá entrar en el círculo, las cenizas de su antecesor *será tu talismán. Trátalo con energía* y dureza y te ayudará en lo que mandes. Sólo el presidente podrá hablar, *y sólo con Belzebú*. Ten cuidado, no te dejes engañar, porque suele presentarse en forma de animal, de mujer, de un amigo, o de mil formas diversas, por ver si puede romper el círculo, y entonces todos estaréis perdidos. Elegirás una noche de sábado, luna en cuarto menguante, cielo limpio y despejado y verás bien pronto, al comenzar tu invocación, que una nube invadirá el firmamento, cubriendo al estrellado cielo mientras dure la operación...
» Una mesa, tres sillas, tres candelabros con velas de sebo del macho cabrío, y cada uno empuñe su cuchillo, mostrándolo amenazador al aparecer el nocturno visitante... »

Así seguía, haciendo una serie de complicadas advertencias; luego, la forma de vestir del presidente, que debía endosar una banda, un bonete, una capa con inscripciones cabalísticas, una varita roja... y que sé yo cuantas cosas más.

Cuando don Silvestre suspendió la lectura, nos mostró todos los objetos necesarios requeridos. Sólo faltaba matar al macho cabrío, y a tal efecto hacía ya un año que criaba uno y que yo había visto en el huerto de la casa.

El alemán estaba entusiasmadísimo, y don Silvestre aseguraba que pronto tendríamos más millones que la misma *Caja de Conversión*. Yo incrédulo a todo; pero sigamos... los hechos hablarán.

Se mató el macho cabrío, se convirtió en cenizas, etc., etc. No me explico como pude aguantar el hambre, y en más de una ocasión, en un descuido de don Silvestre, quise comerme una costillita del sabroso animal, pero la ira del maestro llegó a tal grado que me dió miedo al verlo dispuesto a cometer un desatino.

— ¡Miserable! — gritó furioso. — ¿Es posible que no puedas contener la gula pensando que por ese mísero bocado te expones a perder una cuantiosa fortuna?

El alemán, que también me había imitado, no sabía si devorar de un mordisco la apetitosa carne o volverla a tirar al fuego.

— *Herr Salvetre, yo rinuncia a los miliones si permite comer esta chivo. Prefire un minimum derealidad a un maximum de idealismo.*

Ante esta sentencia del alemán la ira del maetro llegó al grado superlativo absoluto.

— Si así desperdiciáis la fortuna que os ofrezco, en modo alguno tenéis autorización para labrar mi desdicha.

Y furioso, con gesto imperativo, nos obligó a ayunar hasta terminada la solemne operación.



Desde temprano nos instalamos cerca de las ruinas jesuíticas, donde *tres siglos nos contemplaban*. Una vez dispuesto todo, el presidente (que era don Silvestre) comenzó a invocar al fiero *Satanás*. La noche era hermosísima, el silencio de la selva impresionante, y la tétrica figura del maestro, con esa extraña vestimenta, tenía un aspecto macabro. Con sus lentes en la punta de la nariz y la vista baja, leía en voz alta, pero sin que yo pudiera pescar una sola palabra, a pesar de que me consta que hablaba en castellano. De pronto la mesa tembló con insistencia; miré para ambos lados y vi que el alemán movía con su codo al presidente, indicándole con sus saltones ojos que observara al frente. Este levantó la vista, sin interrumpir la lectura, apoderándose un estremecimiento de toda su persona, comunicándomelo a mí, que lo tenía tomado por el brazo. En seguida comprendí la causa del espanto de mis compañeros; una negra nube se levantaba en el horizonte, invadiendo el estrellado cielo. Sentí cómo si una mano me tirara de los cabellos y temí perder la serenidad. A duras penas pude reprimir un grito de terror cuando, en la soledad del momento, fuímos aturdidos por un formidable trueno. Los tres nos miramos entre asombrados y temerosos, como queriéndonos animar el uno al otro, pero el pánico llegó al colmo cuando divisamos que una figura humana se acercaba hacia el círculo, mientras el viento anunciador de la tempestad amenazaba apagar los débiles candiles.

El infernal visitante ya estaba cerca de nosotros y don Silvestre, con tartamuda voz, redoblaba sú invocación, mientras los tres blandíamos en alto nuestros cuchillos relucientes.

Belzebú llegó justamente a orilla del círculo, donde se detuvo observando con curiosidad. Los tres temblábamos de pies a cabeza.

— Dime, ¡oh enviado de Plutón! ¿Dónde está el tesoro jesuítico?

— Pero, don Silvestre... ¿no me conoce?... Soy Cirilo, que vine por que me llamó la atención ver en el campo esas luces.

E intentaba entrar en el círculo protector.

— Señor maestro, por Dios, no me asuste.

—¡Contesta y tiembla!—gritó nuestro presidente.

— Vámonos, don Silvestre, que se nos viene un aguacero encima...

— ¡Te ordeno contestes por Zeus, Plutón, Orfeo, Belzebú y Papesatán! ¿Dónde está el tapado?

Los tres nos levantamos de nuestros asientos en el preciso instante que el enviado de Satanás pretendía romper el círculo, pero nuestras amenazadoras actitudes le hicieron cambiar de resolución, saliendo a todo escape, mientras un fuerte aguacero cayó sobre nosotros, obligándonos a regresar al pueblo calados hasta los huesos y más muertos que vivos por el temor y la fatiga.

PEDRO HEREDIA

NOVELAS CORTAS

PRESENTADAS AL CONCURSO LITERARIO DE

CARAS Y CARETAS

TITULOS Y LEMAS

Insondable. (En garde).
La estrella errante. (Llegar, sufrir y luego partir: He ahí la vida).
Los seis toros de don Pascual. (Calypso).
Martha. (Sin lema).
Omnia vincit amor. (Amor de madre, que todo lo demás es aire).
Espírita. (Alma).
El que manda. (Mentor).
El tallador de rubíes. (El tallador de rubíes).
El drama de Pancho Alsina. (Ocho mil seiscientas treinta y dos palabras).
Entre dos noblezas. (H. S.).
Con sus propias armas. (Nunca es tarde para arrepentirse ...)
¿Atracción?... Amor. (Normal).
Ausonio. (Ignotus).
Maquiavélico. (Maquiavélico).
Mi propia viuda. (Fam).
La consagración. (Muchas veces, cuando más dura se nos hace la vida...).
La veleidosa. (Salmaroli).
Lágrimas. (El día que los hombres se compenetren...).
La tragedia de una mujer fuerte. (Intilmasi).
La tristeza de Jesús. (Rumaldo).
¡Pobre Julieta! (La fuga de un amor es la apoteosis de un desengaño).
Extrait de mon journal du front. (Poilu).
Estrellas errantes. (J. R.).
Estaba escrito. (Rama).
Vida plena. (Timbó).
Deseo. (Límpida fons).
Rosa de Sión. (Fortiter et semper).
Los cazadores de cisnes. (Un hijo del llano).
Los lirios blancos. (T. C.).
La voz de la conciencia. (Argentino).
La bruja. (La conciencia. Bruja).
Alma de cántaro. (Alma de cántaro).
No era nada lo del ojo. (Fortuna faret fatnis).
María del Mar. (Pinares y mar).
Obsesión. (M. M.).
Una vez, amor. (Sofía).
Una noticia de policía. (Sin lema).
El vencedor. (El verdadero cariño siempre sale vencedor).
El hombre que no amó nunca. (Elfino).
El refugio de Santa Rita. (Fénix).
Tesoros criollos. (V. R.).
Paloma blanca. (Castilla por don Enrique).
Su padre. (Hawk Rellum).
Corazones del campo. (J. C. M.).
Sora. (Despertar es morir. — Bécquer).
Al margen. (Amor y Trabajo).
Gauchito. (Germinal).
Los tres crímenes. (Los crímenes, más que una novela...).
La luz mala. (Prometeo I).
Las vueltas del destino. (León bayo).
Blanca flor. (V. G.).
Lindo no más. (Siga la fiesta).
Pasionaria. (Puntano).
La campana de la ermita. (Saturno).
Estrellas errantes. (Dios y mi derecho).
Aventuras de un recién nacido. (J.).
El último experimento del doctor Ax. (Tubo de ensayo).
Falso optimismo. (Doliente).
El rey de los opas. (N. T.).
Agua filtrada. (Emilio).
Misia Gioconda. (Costumbrista).
Cimas y simas. (Pescador de caña).
El pan nuestro de cada día. (Nikita).
La dicha de un desdichado. (Lohengrin).
El misterio de una vida o la vida un de misterio. (Aida).
El camino entre la niebla. (Viajero).
El cacique. (Belleza y Trabajo).
Un muchacho raro. (Annubis).
Al calor del hogar. (Unión).
Venus. (Pan a los hombres; al espíritu vuelo).
¡Malhaya Amor...! (Ars, veritas, vita).
La pobre Torcuata. (E. I. A.).
La ciudad nativa. (Aborigen).
Romance de la estrella fiel. (Garcilaso).
Una verdad. (Quien no avanza, retrocede).
Cola de tigre. (Veritatem dilexi).
El dolor humano. (Pablo Aldini).
El minuto de locura. (Lord de Winter).
Beso de sangre... Beso de muerte. (R. J. V. A.).
La tragedia de Souza Reylli. (Rex).

EN EL NUMERO PROXIMO CONTINUARA LA LISTA DE LOS TRABAJOS RECIBIDOS